Más que maestros

Ayudas para el cuidado

pastoral del niño

Betty S. de Constance



www.publicaciones.net

Constance, Betty S. de

Más que maestros: ayudas para el cuidado pastoral del niño /

Betty S. de Constance; ilustrado por Clemente Montag. - 4a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Publicaciones Alianza, 2013.

252 p. + Papel: il.; 20x14 cm.

ISBN 978-950-759-118-1

1. Teología Pastoral. 2. Niñez. 3. Adolescencia. I. Clemente Montag, ilus.

CDD 253

Más que maestros

4ª edición

La Pampa 2975 P 1

1428 Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-950-759-118-1

www.grancharoff.com

A mi querido esposo, David,

quien, amando como Cristo,

se sacrificó en lo personal

e hizo posible mi ministerio.

Agradecimientos

El esfuerzo de escribir este libro ha permitido que mi gratitud a Dios sea aún más profunda, porque de repente hay personas, con las que he compartido mi trabajo durante mucho tiempo, a las que hoy puedo ver de un modo absolutamente diferente.

Agradezco a mi esposo, David, por el continuo desafío de su fe en mí y en el ministerio que Dios me ha dado. Gracias a su arduo trabajo e inspirada visión, Publicaciones Alianza existe.

Agradezco a H. Elías Botella, editor, por explorar siempre más allá del texto y ofrecer sugerencias que aclaran mis conceptos.

Agradezco a Clemente Montag, dibujante, por usar la gracia de sus dibujos para mostrar la gracia de Dios.

Agradezco a la escuela dominical de mi iglesia, la Alianza Cristiana y Misionera de Liniers, Buenos Aires, y a su directora, mi querida amiga Marta de Leverone, por no solamente cumplir la función de ser mi laboratorio, sino por soportar mis largas ausencias y brindarme siempre su apoyo.

Agradezco a aquellas personas como Rut Righi, Mónica Gaitán, Rubén Campobasso, Elizabet Schutz, Marcela Sanabria y Ximena Álvarez, quienes, anónimamente y sin recompensa material alguna, semana tras semana derraman su corazón en el cuidado pastoral de los niños.

Me considero una persona privilegiada por gozar de la riqueza que todas estas personas representan en mi vida.

Aclaración

Este es el libro *Más que maestros*. Este libro está orientada a pastores, maestros y líderes que desean tener herramientas para el cuidado pastoral de niño. Además, usted puede usar las láminas, ayudas visuales y juegos, que le permiten al consejero de niños hacer su trabajo de un modo más eficaz. Si usted es un consejero o pastor de niños, y planea usar este libro para orientar o tener sesiones de consejería con niños, entonces es recomendable el uso del suplemento de láminas. En la página 17 de este libro encontrará una lista de láminas. Esas figuras y juegos se utilizan, tal como se describe en los capítulos de este libro, para llevar adelante la sesión de consejería con el niño.

Contenido

Ovejas sin pastor

Hace unos años estaba en la ciudad de Santiago, Chile, visitando un colegio cristiano de esa ciudad. Una de las directoras me había llevado a su oficina para conversar. Por las ventanas se veía a los niños corriendo y jugando en un tiempo de recreo. Mientras observábamos la escena, ella me comentaba sobre las enormes necesidades emocionales que se manifestaban diariamente por los alumnos de su colegio. Entre sus comentarios, dijo algo que me impactó.

—Yo veo al niño de hoy como un niño que está sólo —dijo—. Cuando trato de ayudar a uno de estos niños que está en crisis, lo escucho y luego trato de asignarle alguna tarea práctica que él puede hacer a solas. Ya sé que no va a recibir apoyo de sus padres o de otro adulto para resolver su problema.

He recordado muchas veces sus palabras porque expresan la triste realidad de lo que es la vida de los niños hoy. Están solos debido a la fragilidad emocional de muchos matrimonios que viven en medio de una sociedad que distorsiona los valores y la importancia de la familia y que deja al niño expuesto e indefenso. Debido a las ausencias de sus padres por su empleo y otras obligaciones fuera del hogar, el niño no tiene con quién hablar de las cosas que pasan en su vida. Tiene que enfrentar a solas sus problemas cotidianos y las crisis traumáticas que a menudo sacuden su vida. Toda persona que trabaja con los niños ve como esta realidad va agravándose cada vez más y siente la frustración de no encontrar soluciones adecuadas para estos niños tan alterados, sobre todo al ver que el núcleo familiar, que tendría que ser un refugio y fuente de seguridad emocional para el niño, ha dejado de serlo. Lo cierto es que el niño de hoy enfrenta a un mundo que lo llena de soledad, tensiones, dudas y temores y que crea en él un estrés crónico por las pérdidas y los cambios que le toca vivir.

Por si esto fuera poco, la sociedad actual sobrecarga al niño con una niñez sumamente acelerada. Le muestra pequeñas niñas modelos vestidas como seductoras y enseña a las niñas cómo usar su cuerpo para seducir a los varones. Lo insta a comportarse con el sexo opuesto como si fuera un adolescente, eligiendo una novia y supuestamente enamorándose de ella. Además, la televisión llega a ejercer una influencia incalculable sobre las actitudes y valores de los niños. Estudios realizados sobre los hábitos de los niños en relación a la televisión comprueban que en la sociedad Occidental el niño dedica un promedio de cuatro horas diarias mirando programas televisivos. Según una encuesta en los Estados Unidos, estos programas contienen un promedio de veinticinco escenas de violencia por hora, dejando en claro que la sociedad acepta el hecho que la agresión es parte de la vida y que el niño irá asumiendo esas actitudes como parte de un desarrollo normal.

Por otro lado, las crecientes restricciones económicas que sufren la mayoría de los países latinoamericanos, más el alarmante aumento en el desempleo, crean tensiones en los adultos que a menudo se descargan sobre los niños. Una de las más tristes manifestaciones de esto es el abuso físico y sexual que sufren los niños. Según las investigaciones hechas en relación al abuso, esto va en aumento en proporción a las limitaciones de ingresos de los adultos de la familia.

Además de las situaciones socio-económicas que afectan el hogar, es normal que el niño también experimente profunda ansiedad en relación a su propia persona. Entre las emociones que más le perturban están la vergüenza, la baja autoestima y la culpa. Todo este bombardeo de circunstancias conflictivas, de influencias negativas y de sentimientos confusos hace que el niño se sienta totalmente indefenso ante la realidad que le toca vivir. En medio de esa impotencia, se encuentra sin la capacidad de expresar o exteriorizar lo que está sufriendo. A la vez, los adultos tienen la tendencia, algunos dirían la necesidad, de ignorar esta realidad en la vida de los niños porque el hecho de saber

lo que les pasa los recuerda la angustia de su propia niñez. Admitir que hay dolor en la vida del niño hace revivir en nosotros las terribles emociones que marcaron nuestro propio pasado y por eso preferimos no pensar en los elementos que causan heridas en los niños con quienes trabajamos.

La tarea que enfrenta el maestro, entonces, es sumamente compleja. Un pedagogo, haciendo referencia a la educación secular, me dijo:

—El maestro de hoy tiene que ser mucho más que un docente. Necesita ser un psiquiatra, un asistente social y un terapeuta de familias. Ni hablar del desafío constante de tratar de mantener orden en el aula.

Las realidades que describo también tienen su efecto en la tarea de enseñanza que se hace en la iglesia. Nunca ha sido fácil encontrar a suficientes personas para ser maestros en la Escuela Dominical o para hacerse cargo de otros programas relacionados con los niños. Ahora, dado las exigencias de la vida actual, más las conductas indisciplinadas que se observan en los niños, es cada vez más difícil reclutar a voluntarios para estos ministerios. En un taller para maestros, una de las maestras de Escuela Dominical expresó su frustración cuando me dijo:

—Los niños de ahora son imposibles de contener. Tengo que admitir que me levanto los domingos totalmente desganada para ir y enseñar mi clase. Nunca sé lo que va a pasar en ella. La verdad es que quiero dejar de participar en la Escuela Dominical porque no doy más.

Las observaciones y reacciones de estos maestros confirman mi convicción de que debemos dedicarnos a otro tipo de trabajo con los niños de nuestras congregaciones. Ellos necesitan no tanto la información bíblica, si bien esto es una parte necesaria de la tarea de enseñanza, sino más bien la atención individual y consistente de una persona que les ayude a sobrellevar las cargas que tienen. Necesitan lo que llamo "cuidado pastoral", una preocupación por el bienestar del niño. El énfasis tradicional de las iglesias evangélicas en cuanto al trabajo con los niños ha sido el de "ganarlos para Cristo", es decir, queremos que el niño tome una "decisión de fe", que implica aceptar a Cristo como Salvador. Una vez que el niño haya hecho esa decisión, los insertamos en el programa educacional de la iglesia, en donde se supone ha de recibir una enseñanza más o menos sistemática de la Palabra de Dios. Esa enseñanza consiste principalmente en la transmisión de información a través de las historias bíblicas y la memorización de textos. A veces, gracias a Dios, se forma una amistad significativa entre el maestro y uno o más de sus alumnos y a veces en ese intercambio de amistad, el maestro se entera de los problemas que puede estar enfrentando el niño. Pero creo que esa amistad es la excepción y no la regla, porque generalmente el maestro no pone un empeño en crearlo, creyendo que su tarea es de ser una fuente de información bíblica y nada más. Además, hay que admitir que muchas el maestro no tiene ni la capacitación ni las herramientas para ayudar al niño a enfrentar sus problemas.

En cierto modo, creo que nos podemos engañar en cuanto a la urgente necesidad de pastorear a los niños. Si observamos la forma de ser del niño, donde se demuestra despreocupado y alegre, podemos creer que él no tiene necesidades espirituales y emocionales tan profundas y urgentes como los tienen los adultos. Esa percepción la adquirimos porque el niño no sabe comunicar sus preocupaciones de la forma como lo hacen las personas grandes. Por eso el adulto prefiere creer que el niño no vive problemas o crisis tan importantes como para afectar su desarrollo espiritual. Pero no es así.

Hay otro elemento que limita a los adultos en esta tarea. Por lo general la persona que trabaja en la enseñanza bíblica y en la formación espiritual de la niñez no es una persona instruida en lo que son los procesos evolutivos de los niños. Por lo tanto, no se entienden los elementos fundamentales que afectan las percepciones del niño frente al mundo. Tratamos al niño como si fuera un adulto en miniatura y pasamos por alto la enorme complejidad de sus limitaciones en relación a la comprensión de los conceptos espirituales. Ni tampoco entendemos todas las capacidades que tienen para expresar sus inquietudes espirituales. Tenemos que decir, entonces, que nuestro trabajo con los niños

está bien intencionado pero mal orientado. A menudo somos culpables de reflejar la misma descripción que se encuentra en Ezequiel 34:4 en relación al trabajo del pastor: "No fortalecen a la oveja débil, no cuidan de la enferma, ni curan a la herida; no van por la descarriada ni buscan a la perdida". Cuando se trata de un niño, (que siempre es débil, a veces enfermo, casi siempre con heridas debido a sus circunstancias de vida, y frecuentemente confundido) tenemos que admitir que no sabemos pastorearlo adecuadamente.

El propósito de este libro es ofrecer una solución a ese problema. Con más de treinta y ocho años de intenso trabajo con niños dentro del contexto de la iglesia evangélica en América Latina, estoy convencida de que las personas que trabajan con la niñez en su formación espiritual son absolutamente clave para la salud de la iglesia. Tristemente, estas personas son poco tomadas en cuenta, su profunda dedicación es ignorada y sus esfuerzos casi nunca reciben el reconocimiento que merecen, ni mucho menos el respaldo económico necesario para hacer un programa adecuado en la Escuela Dominical. Pero su dedicación y sacrificio son admirables. Escribo este libro pensando especialmente en esos maestros consagrados que desean hacer una labor aún más excelente para el Señor.

Aunque este libro es escrito mayormente para maestros, también reconozco que puede haber padres, abuelos, parientes u otros adultos que tiene interés en el bienestar del niño, pero que no necesariamente trabajan con ellos en los aspectos educativos formales. Como tal, esta edición ofrece la opción de comprar únicamente el libro sin el suplemento. El suplemento, esencial para todo maestro que trabaja con el niño en la resolución de sus problemas, incluye 82 láminas, 25 caras de emociones, 4 juegos didácticos, 4 libritos para el niño y 1 familia de títeres. Creo que este libro ofrece al lector una amplia comprensión de cómo es el niño y cómo responde ante las diversas crisis que le toca vivir. La idea de "pastorear al niño" no es una actividad limitada a profesionales u obreros cristianos. Merece la atención de todo adulto que tiene contacto con niños y que siente una preocupación por hacer algo por ellos. Quienes desean adquirir los recursos que se ofrecen en la edición para maestros, lo pueden hacer por medio de las oficinas de *Publicaciones Alianza* o en su librería preferida. Esta editorial publica materiales de enseñanza bíblica conocidos por el nombre VIVIR LA BIBLIA. Muchas de las láminas y actividades que forman parte de este libro aparecieron primero en diversas series de lecciones. Debo aclarar que los conceptos elaborados en este libro no surgen de un contexto psiquiátrico o psicológico sino de mi experiencia como docente especializada en la educación del niño y su formación espiritual. Por supuesto, hay conceptos similares entre estas disciplinas. Lo que he elaborado en este libro es más bien el producto de mi experiencia en la formación espiritual de la niñez en el contexto latinoamericano y de una profunda inquietud en cuanto al proceso que debe darse cuando ofrecemos ayuda pastoral al niño. Además, he sido motivada por la convicción de que sin un cuidado pastoral adecuado, nuestros niños no llegarán a conocer en verdad al Buen Pastor que dio su vida por ellos. Este libro representa, entonces, un intento personal de cumplir con el mandato que llegó primero al apóstol Pedro cuando el Señor le dijo: "¿Pedro, me amas? Apacienta mis corderos" (Juan 21:15). Siento que mi parte en este mandato es cuidar de esos corderos, los más indefensos de nuestras iglesias.

Listado de las láminas

A través de todo el libro el lector encontrará referencias a láminas por número. Para entender de lo que se ilustra en cada lámina, uno puede mirar el listado que sigue. Cada vez que se ve el símbolo del asterisco (*) en el texto del libro, se refiere a esta lista.

1. Un niño tratando de hablar con la madre ocupada en los quehaceres de la casa.
2. Un niño enojado porque un hermano ha roto los útiles de su cartuchera.
3. Una niña contándole a la madre que los hermanos se están peleando.
4. Una niña enojada porque tiene que cuidar de su hermanita que llora.
5. Una niña envidiosa de su hermana mayor porque es más bonita.
6. Dos hermanos peleándose.

7. El cuarto del niño totalmente desordenado.
8. Una niña negándose a ponerse el vestido que le sugiere la madre.
9. Una niña tomando café y pan soñando de comer pollo y papas.
10. Una madre descubriendo que no le alcanza el dinero.
11. Un hombre en su oficina tenso y sobrecargado por trabajo.
12. Un hombre angustiado por no tener empleo.
13. Una madre en camino a su empleo despidiéndose de su hijo.
14. Una madre y sus hijos viendo salir en avión al padre.
15. Un padre anunciando por teléfono el nacimiento de su hijo.
16. Una madre enferma en cama con la hija llorando y el hijo mayor cuidando al bebé.
17. Un hijo siendo retado duramente por la madre.
18. Un niño en la cama escuchando la pelea de los padres en el cuarto adjunto.
19. Un niño siendo objeta de burla de los compañeros.
20. Una niña llegando por primera vez a su nueva escuela.
21. Un niño mostrándose amigable con un compañero.
22. Una niña bonita luciéndose ante sus amigas.
23. Dos muchachos burlándose de un compañero.
24. Un niño sintiéndose mal por haber sido excluido del partido de fútbol.
25. Un niño sacando secretamente dinero de la cartera de la madre.
26. Un niño jactándose por su nueva patineta y Walkman.
27. Un niño asustado por no saber la respuesta en el examen.
28. Una niña deprimida por haber sacado malas notas en el boletín.
29. Un niño nervioso por no saber la respuesta de un problema de matemática.
30. Un niño siendo retado por la maestra por haberse equivocado en la tarea.
31. Un niño mostrándose orgulloso por ser el preferido de la maestra.
32. Una niña enojada por tener tantos deberes.
33. Una niña mostrando su habilidad como buena lectora.
34. Unos padres complacidos por las buenas calificaciones del hijo.
35. Una niña orgullosa por haber sido elegida como abanderada del grado.
36. Un niño que se luce por su mucha habilidad para tocar la guitarra.
37. Un niño que recibe los desprecios de los compañeros por haber pateado mal la pelota.
38. Un muchacho burlándose por la gordura de una niña.
39. Un niño llorando por alguna situación relacionado con el fútbol.
40. Una niña llorando por alguna situación relacionado con la gimnasia.
41. Un niño que es muy veloz en las competencias.
42. Un niño celebrando el gol que acaba de meter.
43. Una niña que acaba de mudarse, mirando a los vecinos desconocidos.
44. Una niña insegura por no saber lo que se espera de ella en su nueva escuela.
45. Un niño triste por la mudanza que está por hacer.
46. Un niño discapacitado, pero contento.
47. Un niño con el pie fracturado contemplando cómo subir la escalera.
48. Una madre en cama enferma.
49. Un niño asustado por encontrarse en el hospital.
50. Una niña sintiendo terror al ser examinada por el dentista/médico.
51. Una niña discapacitada con muletas.
52. Un niño atendiendo al abuelo enfermo.

53. Un niño angustiado porque su perro ha sido atropellado en la calle.
54. Un niño en el cementerio llorando la muerte de un ser querido.
55. Dos niños sorprendidos al ver la maleta del padre como para viajar.
56. Dos niños llorando el hecho que el padre se va de la casa.
57. Una niña llorando la ausencia del padre.
58. Un niño preocupado al escuchar la pelea de los padres.
59. Un padre con tres hijos, pero sin la madre (por muerte o divorcio).
60. Una madre sola con su hija e hijo.
61. Una abuela a cargo de sus dos nietas.
62. Un padre con sus dos hijos y la esposa de su nueva pareja con sus hijos.
63. Dos padres con sus tres hijos de diferentes edades.
64. Una pareja dándole la bienvenida a su casa a una niña que viene a vivir con ellos.
65. Una madre drogadicta inyectándose delante de su hijo.
66. Un padre borracho gritándole a sus hijos.
67. Dos padres gritándose o insultándose.
68. Un niño siendo abusado físicamente.
69. Una niña traumatizada por haber sido abusada sexualmente.
70. Una niña tratando de cuidar de sus hermanitos.
71. Un hombre furioso.
72. Una mujer indignada.
73. Un niño con la pierna fracturada aburrido por no poder salir de la casa.
74. Una familia víctimas de una inundación.
75. Una familia víctimas de un incendio de su hogar.
76. Una familia víctimas de un terremoto.
77. Un niño que ha observado un accidente automovilístico.
78. Una familia que ven inundada su casa.
79. Dos niños observando el asalto de un kiosquero.
80. Un padre siendo secuestrado por guerrilleros.
81. Un muchacho amenazando a un niño.
82. Dos niños viendo la violencia dramatizada en la televisión.

Capítulo 1

El contexto de la ayuda pastoral al niño

Me impacta la escena que observo todos los domingos. Niños de todos los tamaños entran corriendo en el plantel educacional de la iglesia. No saludan a nadie hasta llegar a los pisos superiores donde están las aulas. Si la directora de la escuela dominical está en la puerta o en un pasillo, la saludan al pasar, pero su saludo es seguido siempre por la misma pregunta: "¿Está mi maestro?". Esa expectativa de encontrarse con su maestro es, en realidad, una expresión del anhelo entusiasmado del niño de encontrarse con la persona que lo toma en cuenta, que lo llama por nombre y le da lugar para hablar de sus cosas en un ambiente preparado especialmente para él. Yo creo que éste es el contexto más adecuado para ejercer la ayuda pastoral al niño.

Debo explicar el sentir que le doy a través de todo el libro del término "ayuda pastoral". Me refiero al trato que un adulto puede darle al niño que se caracteriza por una relación de afecto y que ofrece guía, orientación, apoyo, aliento,

compañía y consuelo dentro de un contexto establecido. No estoy usando el término en relación al liderazgo y autoridad implícito en el puesto de pastor de una iglesia. Creo que esta ayuda está relacionada con un lugar físico, la iglesia, el edificio que va adquiriendo para el niño un significado especial relacionado con Dios. Esa ayuda se expresa por individuos que sienten la vocación y el llamado para el ministerio entre la niñez. El lugar y las personas, entonces, establecen el medio ideal donde el niño dolorido ha de ser escuchado y donde, a la vez, se habla de Dios y se aprende de su Palabra. Las personas ideales para ofrecer este tipo de ayuda son los maestros que tienen a su cargo la formación espiritual de los niños. Esos maestros no pertenecen a la familia del niño, pero por lo general la conocen y por eso pueden servir de puentes entre el niño y su familia cuando surgen circunstancias de dolor y confusión. Los maestros pueden llegar a ser los "abogados defensores" del niño, cumpliendo con el llamado de Jesús cuando dijo: "El que recibe a un niño como éste en mi nombre, me recibe a mí" (Mateo 18:5). ¡Qué tarea privilegiada!

El éxito que puede tener la persona en cuanto a la ayuda pastoral al niño depende en gran medida en la relación afectiva que se forma entre el maestro y su alumno. Creo que el lugar más apropiado para que esta relación se fomente es en la iglesia donde ya existen programas dirigidos hacia los niños. También hay situaciones donde una iglesia tiene otras formas de contactarse con niños de la comunidad, como por ejemplo, por una escuela privada o por programas especiales de deportes. Muchas veces se brinda como parte del programa pedagógico un consultorio de ayuda al niño y su familia, supervisado por un psicólogo profesional y llevado adelante por maestros capacitados o posiblemente por integrantes del equipo pastoral de la iglesia. En estos casos, sin embargo, la ayuda pastoral tiene un contexto académico, casi siempre relacionado con el rendimiento del niño en sus estudios. En cambio, cuando la ayuda pastoral se ofrece en la iglesia, está definida por el ambiente de la Escuela Dominical y basada en una relación voluntaria donde el maestro puede ganarse la amistad y confianza del niño.

Las oportunidades para realizar la ayuda pastoral pueden darse de diferentes maneras. La más natural es cuando nace como reacción o respuesta a la actividad de aplicación de una lección bíblica. La lección en sí ha tocado cierto tema. Digamos que sea, por ejemplo, la descarga de enojo de uno o varios miembros de la familia. Al observar las reacciones de los alumnos, el maestro puede darse cuenta de si hay algún niño que está siendo afectado por esta realidad. Es posible que, en forma espontánea, un niño diga: "Mi papá se enoja mucho conmigo. A veces me pega". O que otro diga: "Yo me enojo mucho con mis hermanos". El maestro, entonces, busca un momento donde puede conversar a solas con uno u otro de sus alumnos para darles la oportunidad de compartir, si desea, lo que está pasando en su hogar. En ese encuentro individual el maestro está dando oportunidad a que el niño hable de su realidad. Si el maestro es sensible a las reacciones de sus alumnos cuando se da la aplicación de la lección, estas situaciones pueden producirse continuamente. Muchas personas adultas me han comentado que en su experiencia de niño en la iglesia jamás tocó su realidad porque "nadie nunca me preguntó nada". Recibieron una enseñanza bíblica artificial que nunca llegó a penetrar su diario vivir. Después de todo, el propósito de la enseñanza religiosa es lograr la transferencia de los conceptos bíblicos a la vida práctica. En ese proceso, el maestro tendrá reiteradas oportunidades de ofrecer una ayuda pastoral a sus alumnos.

Otra oportunidad donde la ayuda pastoral puede darse es cuando alguna circunstancia inesperada despierta en los niños un interés urgente en un tema, a tal punto que el maestro se ve obligado a dejar de lado la lección preparada para esa clase para atender el reclamo de sus alumnos. Recuerdo una clase que tuve la semana después de la muerte repentina del hijo del pastor de mi iglesia. El joven había fallecido de un infarto en plena reunión el domingo anterior. Los niños de la clase no habían tenido oportunidad de expresar sus interrogantes ni de hablar de sus temores en relación con lo que había sido una experiencia traumática para todos. Inicié la clase orando por la familia del pastor, y en cuanto dije "amén", toda la clase quería hablar del tema. Sus preguntas y comentarios me dieron una excelente oportunidad de crear un encuentro especial sobre el tema de la muerte, dándoles lo que llamo "ayuda pastoral" para entender la realidad de esta experiencia trascendental que afecta la vida de toda persona.

Una tercera manera de llevar a cabo el cuidado pastoral al niño es a través de encuentros individuales que el maestro estructura con sus alumnos. Muchas veces el impulso para programar este tipo de encuentro se da cuando el maestro reconoce que un alumno necesita atención especial para hablar de alguna circunstancia que le está afectando. Dependiendo en la circunstancia o en la gravedad del problema, el maestro acuerda con el alumno tener uno o varios encuentros privados. Este libro describe estas circunstancias y brinda pasos prácticos para ayudar al maestro a trabajar con el niño en la resolución de sus problemas.

Una cuarta manera de realizar la ayuda pastoral al niño es a través de la formación de un equipo especializado de consejeros. Esto es un paso más complejo ya que requiere que haya personas con una capacitación suficiente como para atender a los niños que requieren una atención específica para resolver problemas más severos. Este equipo debe tener la aprobación y el apoyo del liderazgo de la iglesia y ser compuesta de quienes han demostrado capacidades especiales para aconsejar a los niños. Pueden ser personas que forman parte del plantel de maestros de la Escuela Dominical o, preferiblemente, personas con una capacitación especial en la asistencia social o en la consejería. Para un mejor rendimiento, este equipo debe establecer días y horarios específicos que se dan a conocer para que los padres puedan tener acceso a esta ayuda para sus hijos. Hace unos años se presentó el caso en nuestra escuela dominical de tener tres niños que manifestaban necesidades emocionales muy evidentes y que estorbaban el desarrollo normal de las clases. Para proveer una dimensión de apoyo a los maestros, la directora de la Escuela Dominical libró a una de las maestras de tener una clase para que estuviera disponible para poder llevar aparte a uno u otro de estos niños y darle la atención que necesitaba. Lo interesante fue que estos niños no veían como una disciplina el hecho de ser separados de su clase normal para tener este tiempo a solas con la otra maestra. Inclusive, luego de estar un tiempo con actividades especiales dirigidas por la maestra, generalmente decían: "Ahora estoy mejor. ¿Puedo volver a mi clase?" Era como si necesitaran de un respiro emocional con alguien que supiera proveerles un pequeño oasis donde calmar su ansiedad y nerviosismo. Estos encuentros especiales se hacían en una pequeña oficina de la iglesia o si no en algún rincón disponible, hasta a veces en una de las escaleras. Lo importante era que estos niños perturbados podían recibir la atención personalizada que necesitaban. Aunque los niños no se dieron cuenta, estaban participando en un encuentro pastoral.

El maestro que se dedica al cuidado pastoral de sus alumnos buscará toda oportunidad posible para conocer mejor a cada uno. Al decir esto, me doy cuenta que todo maestro lucha con las muchas demandas sobre su vida y tiempo, y encuentra difícil apartar el tiempo necesario durante la semana para hacerlo. Pero cuando servimos a Dios, debemos mantener un ideal alto y definirnos no lo que *podemos* hacer sino lo que *debemos* hacer. Esto quiere decir que como maestro establezco como prioridad dedicar tiempo para estar con mis alumnos en alguna actividad o momento, y entonces me organizo para llevarlo a cabo. ¿Qué puedo hacer para conocer mejor a mi alumno? Lo puedo hacer tratando de estar presente cuando él juega un partido de fútbol, cuando tiene una participación en un programa especial en el colegio, o cuando se celebra un evento especial en su vida, como su cumpleaños. Si el alumno se enferma, el maestro lo llama por teléfono y trata de visitarlo. Si alguien en su familia sufre un accidente, un robo o un incendio, o si se presenta alguna circunstancia traumática como la muerte de un ser querido, el maestro debe hacer lo posible para estar presente para consolar al niño y su familia. Pero más que nada, el cuidado pastoral se desprende de esos momentos que se dan todos los domingos en la iglesia donde el maestro se muestra cálido en su afecto y genuino en su interés por la vida y las actividades de su alumno. De esta manera el maestro crea un ambiente donde el alumno sabe que será escuchado y tomado en cuenta. Cuando existe una relación así entre maestro y alumno, siempre se darán en forma espontánea oportunidades para ejercer el cuidado pastoral. No hay forma de medir el impacto para bien que puede tener tal relación sobre la vida de una niño o un adolescente.

Hoy yo me gozo en la evidencia de que el cuidado pastoral del niño tiene grandes beneficios. A menudo recibo cartas, llamadas telefónicas o e-mails de niños, adolescentes o adultos que me cuentan de sus vidas, sus estudios, sus noviazgos, sus casamientos, sus hijos y una infinidad de experiencias que son parte de la vida. Y siempre me agradecen

mi interés, mis oraciones y mi amor expresado hacia ellos. Me recuerdan incidentes y circunstancias cuando necesitaban la comprensión de un adulto, y me agradecen en palabras de gran emoción todo lo que representó para ellos mi vida. No hay recompensa más enorme que las vidas de mis ex-alumnos que hoy aman y sirven al Señor.

Siempre me impacta cuando observo en la puerta de la iglesia, o en un pasillo o en la vereda, a un maestro dialogando con un alumno, haciéndole preguntas e interesándose por sus actividades. Uno ve en la cara del niño el gozo e entusiasmo de ver que es tomado en cuenta. Uno ve el aprecio que siente el niño por su maestro cuando lo saluda con un beso al llegar o con un abrazo al despedirse. Al ver esas escenas, pienso que así era el Señor con todos los niños y me inspira ver que hay entre sus seguidores muchos que siguen su ejemplo. El cuidado pastoral del niño es, al fin, nada más complejo que saber expresarle el afecto genuino.

Capítulo 2

La finalidad de la ayuda pastoral al niño

Es importante aclarar desde un principio los parámetros que definen lo que estoy llamando "ayuda pastoral al niño". Cuando uno se acerca al dolor emocional de los niños, la tendencia es de responder con una u otra actitud que representa dos extremos. Una de esas actitudes es negar la realidad de que existe dolor en la vida de los niños, porque preferimos seguir creyendo que ellos son felices por naturaleza e incapaz de entender las dimensiones de la angustia humana. La otra actitud es de creer que la resolución del dolor en el niño supera totalmente nuestras capacidades y que la única solución es recurrir a la ayuda de psiquiatras o consejeros profesionales. El enfoque que presento en este libro es que la primera reacción no es válida y que la segunda es absolutamente necesaria, pero solo en algunos casos. Es mi fuerte convicción de que no podemos ayudar al niño si no partimos del hecho de que todo niño sufre dolor emocional, algunos más que otros, por las vivencias que experimenta en su hogar y en su entorno social. Es también mi convicción que todo adulto, y especialmente los que somos maestros, podemos hacer mucho para aliviar ese dolor y lograr sanidad emocional en la vida del niño. Y no tenemos que ser consejeros profesionales para lograrlo.

El maestro que trabaja en el contexto religioso tiene importantes recursos espirituales para ofrecerle al niño una contención correcta y adecuada. Aún más, son los recursos espirituales que nosotros mismos gozamos que nos dan la confianza para lanzarnos a esta tarea. Pero es necesario señalar que lo primero que hace falta para que esa ayuda se haga realidad es que el maestro defina su ministerio por algo más que la tarea de enseñanza. Debe ver su ministerio como una "tarea pastoral" y su vida como el instrumento que Dios utiliza para ofrecer al niño la contención espiritual que necesita, similar a lo que ejerce el pastor en relación a la congregación. Ese enfoque cambia el sentir de lo que hace, y demanda un compromiso distinto en cuanto a la tarea de formación espiritual del niño. Para empezar, impone la obligación de lograr una capacitación cabal para comprender las necesidades del niño en sus distintas etapas de desarrollo. Pero también requiere que haya una disposición conciente de permitir que Dios utilice su vida como un canal de ayuda y bendición para el niño, en formas que son más que una mera presentación académica de la lección bíblica en una clase los días domingo.

Lo que la ayuda pastoral NO es

Esta postura que quiero presentar es sencilla. Para empezar, el maestro NO está asumiendo un papel para el cual no está capacitado, como por ejemplo, el de asumir el rol de psicopedagogo o psicólogo. NO asume el papel de ser un experto en la terapia familiar. Tampoco NO está tratando de restarle autoridad al pastor titular de la iglesia ni a asumir una autoridad espiritual que no le haya sido delegada. NO cree tener todas las soluciones para resolver la confusión y el

dolor del niño ni tampoco tiene la capacidad ni el tiempo de atender a todos los casos que le puedan llegar. Al contrario, acepta con humildad sus limitaciones y se da cuenta, desde el inicio de su ministerio, de que las necesidades de sus alumnos superan sus capacidades como ser humano. Igualmente reconoce que el entorno familiar del niño queda fuera de su alcance en cuanto a lograr transformaciones que uno desearía para el bien del niño. Su ayuda se limita, en la mayoría de los casos, a fortalecer espiritualmente al niño para que éste pueda enfrentar con otra actitud su triste realidad que probablemente no tenga soluciones inmediatas.

Debo enfatizar que la ayuda pastoral al niño NO debe proponer soluciones mágicas. Hoy en día en muchas de las iglesias evangélicas latinoamericanas hay una constante búsqueda por ver milagros. Parece que tenemos la necesidad de creer que el "Dios de lo imposible" puede intervenir en forma espectacular en las circunstancias que limitan el bienestar de los humanos. Eso hace que la oración se transforme en una forma de manipuleo a la soberanía de Dios, donde se insiste que él conceda el milagro que tanto anhelamos. Para dar más evidencia de una fe vigorosa, declaramos con soberbia que Dios va a conceder lo que hemos pedido, como si esto fuera nuestro derecho. Entonces, cuando le hacemos promesas al niño sobre el obrar de Dios (ejemplo: "Dios no va a permitir que tus padres se separen"), es jugar con su tierna fe y crear la posibilidad de un desengaño cuando no acontece lo que se dijo. La tendencia del niño es creer absolutamente en la palabra de su maestro y cuando ve defraudado esa confianza, es posible que empiece en él un proceso de desilusión en cuanto a Dios y en cuanto a la iglesia. Por eso el maestro, siendo responsable del correcto cuidado pastoral que ofrece al niño, debe presentarle a Dios como realmente es: un Dios soberano involucrado en la vida de sus hijos para ayudarlos a tomar buenas decisiones ante las circunstancias de la vida y para fortalecerlos cuando experimentan dolor y sufrimiento. Es, además, un Dios que se compromete con sus hijos para ayudarlos a resistir la tentación al pecado y a transformar situaciones luego que ellos hayan permitido que Dios los transforme primero. Reitero, entonces, que la oración no es una varita mágica para eliminar los contratiempos de la vida. La oración es el diálogo constante que utilizamos para desarrollar y fortalecer nuestra relación personal con Dios y por la cual vamos entendiendo sus propósitos en nuestra vida.

La ayuda pastoral al niño NO debe definirse en términos de una "guerra espiritual". Aunque este enfoque se ha hecho muy popular en las iglesias evangélicas, debemos cuidarnos mucho con utilizar esta metodología con los niños. No hay duda que el Enemigo de nuestras almas lucha continuamente para destruir la vida espiritual de grandes y pequeños. No podemos negar tampoco que Satanás utiliza a adultos para dañar y destruir a los niños. La guerra espiritual es una realidad en la vida del creyente, sea adulto o niño. Sin embargo, cuando definimos la vida cristiana en estos términos, siempre existe el peligro de distorsionar las circunstancias. Por ejemplo, decir que un niño agresivo, malhumorado o deprimido está endemoniado, y a veces hasta decírselo al niño mismo, es acusarlo de algo terrible que le crea más confusión aún. Cuando a ese niño se le trata de hacer una "liberación" utilizando los métodos de la guerra espiritual, es posible crear una reacción traumática en el niño y le hace daño a su desarrollo espiritual. Hay niños que han sufrido grandes trastornos por ser tratados de esa manera.

Por cierto, hay niños que han sido expuestos a influencias satánicas por ser obligados a participar en horribles ritos de ocultismo. Otros, que han vivido en hogares donde los adultos habitualmente practicaban algún tipo de brujería, han sido víctimas de estas influencias que han contribuido al abuso físico y sexual. Algunos han sufrido increíblemente por el efecto del alcoholismo o la drogadicción en sus padres. En todos estos casos donde uno puede ver el descontrol de los padres en cuanto a su propia vida uno puede decir que se debe en gran medida a la opresión demoníaca. Cuando un maestro siente que la conducta de un alumno demuestra trastornos de índole satánico, debe buscar la ayuda de personas experimentadas en la intercesión y en la liberación que han demostrado tener discernimiento espiritual para enfrentar esta realidad en una manera eficaz. Es importante no ir a los extremos en esto: por un lado de "ver al diablo" en todas las malas conductas de los niños, y por otro de negar totalmente que hayan influencias satánicas que pueden haber dañado al niño.

¿Cómo se define la correcta ayuda pastoral al niño?

Para elaborar una definición adecuada a este tipo de ministerio entre los niños, relato un incidente que ocurrió en una clase de niños de 9 a 11 años de edad. Un alumno llamado Jorge llegó a la clase un domingo con una cara "de tormenta". Se notaba por su rostro que algo le estaba afectando profundamente. Desde el inicio de la clase, su actitud fue de un desinterés total, algo no habitual en él. Además, los dos maestros se sorprendieron al ver conductas agresivas del niño hacia sus compañeros, ya que generalmente era un niño apacible y feliz. Cuando terminó la clase, uno de los maestros lo abrazó y le preguntó si podía quedarse unos minutos para charlar. Los dos maestros se sentaron a su lado y le preguntaron si le pasaba algo, porque veían que estaba molesto. El niño reaccionó en una manera inesperada. Escondiendo su rostro entre sus brazos, se largó a llorar amargamente. Cuando pudo contenerse, les contó de algo que le había dicho la hermana mayor en camino a la iglesia que lo había herido profundamente. Le había dicho que no era hijo real de sus padres, que era adoptado. Los maestros escucharon con atención, luego le aseguraron al niño que lo que había dicho la hermana no era cierto porque ellos conocían muy bien a la familia y le preguntaron si quería que ellos hablasen con sus padres y su hermana. El niño respondió enérgicamente que no, se calmó de su llanto y les sonrió. "Ahora estoy bien" les dijo secándose las lágrimas. Los maestros oraron por él y lo despidieron viendo a un niño transformado.

Una presencia que acompaña

Este pequeño incidente ilustra la esencia de lo que entiendo es la ayuda pastoral al niño. Todo niño interpreta sus vivencias emocionales en forma exagerada. El niño del incidente que relaté no se puso a analizar por qué su hermana le había dicho esas palabras. Tampoco entendía que lo había hecho por celos, o simplemente por fastidiarlo. El niño tomó las palabras con toda la fuerza de su impacto y reaccionó emocionalmente transformándolas en conductas. Su transparencia habitual hizo imposible esconder sus sentimientos. Dichosamente, los maestros supieron interpretar las transformaciones de conducta del niño como señal de algún problema aún no verbalizado.

La ayuda pastoral se puede definir como la disposición del adulto de interesarse lo suficiente en la vida del niño como para entender e identificar las áreas de necesidad en su vida y encontrar maneras de ayudarlo. Podemos agregar a eso la disposición de jugarnos por el niño para brindarle ayuda como la que el Señor mismo le ofrecería, es decir, una o todas las actitudes expresadas por las siguientes palabras: consuelo, apoyo, protección, compañía, bendición, guía, afirmación y esperanza. Es decir, brindarle al niño los maravillosos aportes que se describen tan bellamente en el Salmo 23.

Quiero ser claro: la ayuda pastoral no es tanto resolver los problemas que le trae la vida al niño, sino el fortalecerlo de diferentes maneras para enfrentar esos problemas. En el caso de Jorge que mencioné antes, el sentirse escuchado y afirmado por sus maestros, además de recibir una orientación distinta y el consuelo espiritual de sus oraciones, era suficiente para que él saliera de allí fortalecido en cuanto a su identidad y ayudado para hacer frente a la relación con su hermana.

Estoy convencida de que mucha de la angustia del niño de hoy, que se ve reflejada en su hiperactivismo, su agresión o su pasividad, está radicada en su sensación de soledad frente a la vida. Para el niño, el solo sentirse acompañado, aunque sea por un maestro que ve una vez por semana, le traerá alivio, seguridad y esperanza. El niño rápidamente aprende, como todos nosotros lo hicimos, que el mundo es difícil y que las convivencias son complicadas. Carole Klein, en su libro *El mito del niño feliz*, dice:

> No deberíamos ponernos a la defensiva mientras ellos luchan por definir su personalidad. Al comprender las limitaciones de nuestra capacidad de cambiar el curso de su desarrollo, podremos acompañarlos siempre con

nuestro afecto, listos para ofrecer cualquier ayuda que podamos dar a medida que ellos van enfrentando los inevitables desafíos de la niñez.

Bruno Bettelheim, una autoridad en la correcta crianza de niños, declara:

Una de mis prioridades en la enseñanza es corregir la falacia actual que sostiene que es deseable que los niños sean criados aislados de las frustraciones y dificultades de la vida. En cambio, debemos enseñarles desde la infancia que el éxito en la vida reside en la capacidad de saber enfrentar las dificultades, de luchar y de salir adelante.

Creo que en los planes de Dios para el correcto desarrollo de los niños, la ayuda pastoral adecuada apunta a eso.

Dentro de la iglesia siempre habrá algunos niños con problemas emocionales más severos que requieren ayuda profesional. Los maestros y los directores de los programas de niños deben estar atentos a casos así y la iglesia debe contar con el apoyo de profesionales para estas situaciones que requieren una consejería a largo plazo o, si hace falta, una terapia familiar. No debemos sentir vergüenza ni interpretar como algo contradictorio a nuestra fe, el que haya personas, ya sean niños o adultos, que pueden requerir ayuda profesional para resolver sus conflictos. Vivimos en un mundo caído donde abunda el pecado, lleno de crisis existenciales, donde la preocupación y la ansiedad son elementos constantes en la vida. No debe sorprendernos que haya trastornos mentales y emocionales en la gente. Pero en la mayoría de los casos, los niños que llegan a nuestras iglesias no requieren atención profesional. Ellos necesitan simplemente una mano extendida que representa el amor del Señor en nosotros. La ayuda pastoral, asumida correctamente, le ofrece esa mano al niño.

Ayuda para hablar de dolor

Este libro ha sido escrito originalmente con la intención de proveerle al maestro ayudas prácticas para ayudar al niño a hablar de su dolor. Esas ayudas ilustradas se dan por medio de láminas, una serie de actividades, juegos interactivos y libritos que sirven para crear un espacio en donde se le facilita al niño la posibilidad de hablar sobre los problemas que esté enfrentando. *En esta edición del libro estas ayudas no aparecen. Ver la introducción*.

¿Por qué es importante que el niño hable de sus problemas? Porque si no encuentra la forma de expresar lo que le pasa, seguirá sin aliviar el dolor que sufre y sus conductas, su rendimiento escolar y su capacidad de disfrutar de la vida serán afectados. El dolor internalizado, que nunca se resuelve, carcome profundamente la autoestima y distorsiona la vida emocional. Alguien me preguntó una vez si era suficiente sólo con escuchar al niño, sin hacer otra cosa. Mi respuesta fue que probablemente no fuera suficiente, pero mejor poco que nada. Ser escuchado representa una cuota enorme de la ayuda que el niño necesita recibir. Una de las angustias más grandes del niño es no saber cómo expresar lo que siente. Pero una vez que el niño haya encontrado las palabras para describir y nombrar lo que le sucede, él mismo podrá comenzar a entender que podrá transformar sus actitudes en relación a las circunstancias que le toca vivir. Cuando su maestro es capaz de orientar sus pensamientos hacia Dios y ayudarlo a entender que a través de diversas maneras Dios lo acompaña en medio de sus circunstancias, su vida espiritual será fortalecida. Para muchos niños sentirse escuchados por un adulto, sea su maestro o sus padres, forma sus primeras experiencias en saberse escuchado por Dios.

Estoy convencida de que el niño actual necesita desesperadamente de este tipo de ayuda. Ni la tecnología más avanzada, ni la película más divertida, ni el juego electrónico o programa de computación más ingenioso podrán ocupar el lugar de una relación comprometida de afecto e interés personal entre un maestro y su alumno, especialmente porque el maestro también representa una dimensión espiritual para el niño. Esto también se puede decir en cuanto al trato de los padres en relación a sus hijos. Una relación de afecto, donde los padres ponen el empeño de escuchar con

cuidado a sus hijos, bautiza la relación con una dimensión pastoral porque ellos están contribuyendo a la creación de vidas sanas.

Capítulo 3

La ayuda pastoral y la formación espiritual del niño

En una ocasión, una maestra amiga me compartió una experiencia triste que recién había vivido.

—Hace unos días fui a visitar a tres niños de mi Escuela Dominical que acababan de perder a su madre por un cáncer—me comentó muy perturbada—. Pero cuando llegué, no sabía qué hacer o qué decir. ¡Nunca me sentí tan inútil!

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás tan mal? —le pregunté.

—Cuando llegué abracé a los tres niños —dijo— y me largué a llorar a la par de ellos. Pero para mi sorpresa uno de los tíos me retó y me dijo que los niños no necesitaban verme llorando. ¡Tuve la sensación que mi visita les había molestado! Me fui de allí muy mal, sintiéndome como una intrusa. Todavía me queda una sensación fea, como que fracasé en mi intento de consolarlos.

Yo traté de darle a mi amiga otra perspectiva con relación al incidente que había vivido.

—¿Qué te parece que hubiese hecho Jesús con esos niños? —le pregunté.

Se quedó mirándome y luego me contestó que seguramente Jesús hubiese sabido perfectamente cómo consolar mejor a esos tres niños angustiados.

—Puede ser —le dije—, pero creo que hubiese hecho lo mismo que tú hiciste. Creo que él los estaba consolando de la mejor manera a través de tus abrazos y tus lágrimas.

Nos cuesta pensar en un Jesús humanizado respondiendo en formas sencillas a la las complicadas demandas de la vida. Preferimos pensar que Jesús siempre respondió de un modo perfecto a las circunstancias que le tocó vivir, sin tener las dudas con las cuales nosotros luchamos. Nosotros, en cambio, no sabemos qué hacer o qué decir en ciertas circunstancias y llevamos un sentido de culpa por no tener las respuestas adecuadas. Por eso elaboramos enormes distorsiones en el concepto de Dios y, sin darnos cuenta, se las transmitimos a los niños. Las distorsiones pueden ser cambiadas solamente por una fe sencilla y natural demostrada por personas que aman a Dios y han aprendido a amar a los niños. Mi amiga estaba mostrando el amor de Dios a esos pequeños niños de la mejor forma, compartiendo su desolado dolor. Sus abrazos y lágrimas eran un reflejo de la misma actitud que el Señor demostró cuando lloró por la muerte de su amigo Lázaro y compartió la angustia de sus hermanas y amigos (Juan 11:17 a 37).

Este pequeño incidente que he relatado ilustra uno de los elementos más importantes del ministerio pastoral a los niños. El hecho de ejercer lo que llamo “ayuda pastoral” significa que aprovechamos cada oportunidad que se nos presenta para contribuir a la formación espiritual del niño. La enseñanza que recibe en la clase es solo una parte de lo que llamaríamos su “formación espiritual”. Idealmente, el entorno familiar debería contribuir a ello; mejor dicho,

debería ser el fundamento de esta formación. Pero como esto no se da en la mayoría de los hogares, aun en aquellos donde los padres son cristianos. En tanto, es el maestro de Escuela Dominical u otro adulto comprometido a su bienestar quien juega un papel decisivo en la formación espiritual del niño. El nivel de influencia que ejerce esta persona dependerá en dos cosas: de la relación afectiva que tiene con el niño y de su comprensión de cómo guiar al niño en el desarrollo de su relación con Dios.

La necesidad de una relación personal con Cristo

Para que el niño pueda recibir la ayuda pastoral en su mayor sentido, debe conocer a Cristo como su Salvador personal. Esto no es una excusa para hacer diferencias en el trato con los niños. Pero no se puede hablar de formación espiritual sin que la persona, en este caso el niño, haya hecho un compromiso inicial de fe en Cristo como Salvador. Esta experiencia afecta el alcance de lo que se puede lograr en su formación espiritual. Por eso no debemos perder de vista la necesidad de estructurar momentos especiales donde podemos presentarles el plan de salvación y darles la oportunidad de tomar sus primeros pasos hacia un compromiso inicial con el Señor.

Hay muchas maneras de presentar el plan de salvación a los niños. La inmensa variedad de caminos a través de los cuales las personas llegan a Dios hace imposible fijar una sola fórmula que deba aplicarse para toda persona como pasos inalterables en la decisión de fe. La individualidad del niño es tan absoluta como la del adulto, y no debería ser ignorada por el uso de esquemas presuntamente aplicables a todos. No obstante, el niño debe entender en alguna medida ciertas verdades básicas para aceptar a Cristo como su Salvador. Sugiero que en este proceso de guiar al niño en su decisión de fe el maestro use un lenguaje sencillo (ver la explicación que sigue) sin entrar en explicaciones simbólicas, ya que, por su desarrollo intelectual, el niño no capta aún los simbolismos. También es mejor usar un solo texto bíblico para no confundirlo. Sugiero el uso de Juan 3:16 de la Versión Popular "Dios habla hoy", en el cual, después de que el niño haya orado personalmente expresando su necesidad a Dios, el maestro puede leer el versículo con él sustituyendo la palabra "mundo" y la frase "todo aquel" con el nombre del niño.

Estas son las verdades básicas que el niño debe entender (los versículos en paréntesis son para el conocimiento del maestro):

1. Dios ama a todos sin excepción y quiere que seamos parte de su familia. Así lo declara Juan 3:16.

2. Todos hemos pecado y por eso no podemos sentir el amor de Dios ni tampoco ser sus hijos. El pecado es la actitud que dice: "Yo hago lo que yo quiero y no lo que Dios quiere". El pecado me separa de Dios (Romanos 3:23).

3. Cristo, el Hijo perfecto de Dios, murió en la cruz por mis pecados (1 Juan 4:10, Romanos 5:8).

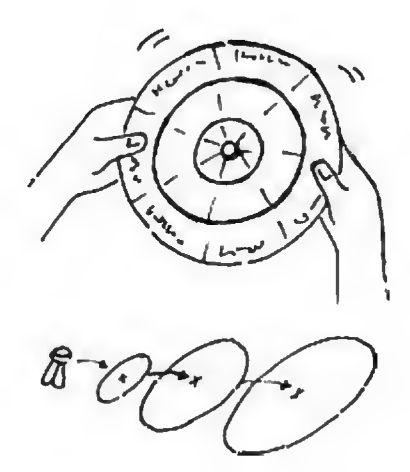
4. Si siento tristeza por mis pecados, puedo arrepentirme y pedirle perdón a Cristo. En ese momento, él me perdona y llega a ser mi Salvador personal, haciéndome un hijo de Dios (Juan 1:12).

5. Vivir como hijo de Dios significa obedecer lo que Dios quiere de mi vida. Él está conmigo para ayudarme a vivir así (1 Juan 2:17, Gálatas 2:20).

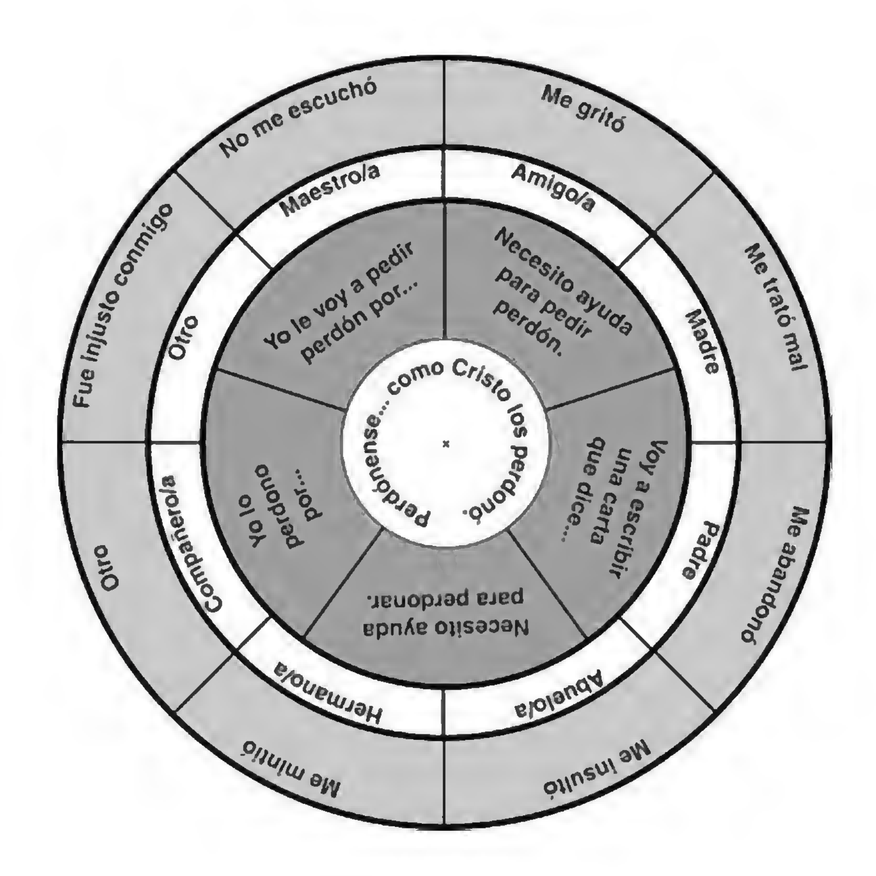
Este esquema cubre los puntos importantes del evangelio. Por supuesto, el niño puede responder a la invitación de recibir a Cristo como su Salvador sin entender todo lo que estos conceptos teológicos significan. La regeneración de una vida es obra del Espíritu Santo y no se ve limitada a nuestros tiempos ni esquemas de vida. Dios es original en todo lo que hace en cada vida. En la ayuda pastoral que el adulto ofrece al niño, uno no está obligándolo a cierto proceso sino acompañándolo en entender y profundizar su relación personal con Dios. Es importante reconocer y respetar los diferentes procesos que Dios utiliza en cada vida.

La confesión del pecado y el perdón de Dios

Los encuentros pastorales con niños en forma individual ofrecen hermosas oportunidades para profundizar los conceptos espirituales más importantes. Por ejemplo, cuando el niño reconoce que ha estado involucrado en algún problema que ha surgido de su conducta, el maestro tiene la oportunidad ideal para hablar del arrepentimiento y la confesión y, cuando es oportuno, preguntarle si quiere confesar su conducta incorrecta a Dios y pedir su perdón. Sin embargo, uno debe tener mucho cuidado de no culpar al niño por alguna conducta porque es posible que él haya sido víctima de circunstancias fuera de su control. Pero cuando el niño mismo acepta responsabilidad por su desobediencia, o cuando confiesa tener sentimientos de odio y rencor, la oportunidad se presenta para hablar del perdón que el Señor ofrece cuando confesamos nuestros errores. Un encuentro pastoral, donde se puede admitir los errores y pecados cometidos, es un momento propicio para que el niño comience a entender la importancia del perdón que él puede recibir. El niño debe ser ayudado a entender que él, al igual que todos, necesita practicar el hábito de pedir perdón por los errores que comete. También debe entender que él puede ofrecer perdón a otros. Merece señalar aquí que nunca se le debe obligar al niño a perdonar a las personas que le han hecho un daño. Más bien, uno debe explicarle que Dios nos capacita para perdonar a otros de la manera en que él nos perdona a nosotros, y que cuando uno perdona a la persona que me ofendió o me hizo daño, yo encuentro verdadera paz. Hay niños que necesitan ser ayudado en el difícil proceso de perdonar a quienes le han hecho daño: a sus padres, a sus hermanos, a sus maestros, a sus compañeros, a sus vecinos u otros. El poder perdonar a otro libera al niño, como lo hace también al adulto, de las emociones dañinas de odio, rencor y amargura. El perdonar a otro nos fortalece espiritualmente y hace posible la reconciliación entre las personas ofendidas o heridas.



Como el perdón es un concepto intelectual, el niño necesita algún elemento concreto para entender las circunstancias cuando debe perdonar y cuando podrá perdonar a otros. Una herramienta que he encontrado muy eficaz para esto es la “La rueda del perdón” (*ver ilustración*). La rueda más grande es para usar con un niño que necesita reconocer ciertas circunstancias donde debe perdonar a otro por algún daño cometido contra él (me mintió, me gritó, etcétera). La rueda intermedia contiene los nombres de las personas que pueden haben cometido el daño (amigo, padre, hermano, etcétera) y se usa para ayudar al niño a tomar conciencia de las personas que él puede perdonar. La rueda del medio especifica aspectos del perdón, como por ejemplo, “Yo lo perdono por…” o “Voy a escribir una carta que dice…”, etcétera).



El Concepto de Dios

El niño adquiere un concepto de Dios gradualmente a través de muchos factores que influencian su entorno. Si sus padres son cristianos y tienen el hábito de asistir a una iglesia, el niño irá formando su concepto a través de todo lo que escucha en la iglesia, principalmente por las clases donde recibe enseñanza bíblica, por las prédicas del pastor, por su participación en los cultos, y por los encuentros pastorales, si las hay. La adquisición de un concepto positivo de Dios es quizá el beneficio más importante en el ministerio pastoral entre la niñez. El niño, por su necesidad de tener representaciones concretas de los conceptos intelectuales, distorsiona fácilmente su imagen de Dios por lo que escucha en la iglesia y por lo que vive en su casa. Por ejemplo, sus primeras ideas acerca de Dios Padre han de estar estrechamente condicionadas por la percepción que tiene de su propio padre y de las experiencias que vive con él. Si esa relación es distante o conflictiva, su percepción de Dios adquirirá las mismas características. Es dichoso el niño que goza de una relación vital y afectiva con su padre, que confía plenamente en él y que siente que él está interesado e involucrado en su vida. Una relación así crea parámetros ideales para una relación sana e íntima con Dios. Debemos recordar la importancia que tiene la presencia de otro adulto en la vida del niño, especialmente en los casos donde el niño no tiene un modelo positivo. Este niño necesita a alguien confiable que puede estar involucrado en su vida y que sepa demostrarle amor incondicional y una vida que refleja las características del Señor. Cuanto más disfuncional sea la familia del niño, tanto más importante es el maestro u otro adulto en su formación espiritual. Esta persona puede ser hombre o mujer, pero es esencial que su compromiso con el niño sea incondicional y que sus interacciones con él manifiesten la actitud de gracia que Dios muestra hacia nosotros: "Tú eres mi hijo amado; estoy muy complacido contigo" (Marcos 1:11, NVI).

Todo programa religioso dirigido hacia el niño está impartiendo de muchas maneras información que condiciona su imagen de Dios. Piense en el escenario donde tal programa puede distorsionar el concepto de Dios en vez de edificarlo. Sería así: el programa de la Escuela Dominical está totalmente desorganizado; lo que se promete no se hace; los maestros no cumplen ni con los horarios ni con sus responsabilidades y manifiestan interés en cualquier otra cosa menos que en sus alumnos; el espacio físico donde se desarrollan las clases es estrecho, incómodo e improvisado; y la actitud de la congregación hacia ellos es sacarlos de los cultos para que no molesten. En ese escenario, el niño va

recogiendo una impresión que ha de condicionar negativamente su vida de fe: "En la casa de Dios, no me toman en cuenta".

Aunque ésta es la triste realidad en muchas iglesias, es más que evidente que no debemos insultar la dignidad del niño sujetándolo a esas condiciones. Tenemos que incentivar otra actitud hacia el niño, para que podamos sembrar conceptos positivos acerca de Dios en su vida. La redefinición que propongo en cuanto a la tarea del maestro es que él sea más que una fuente de información (preocupado únicamente por el contenido de la lección o las actividades de un programa) o más que un niñero (ocupado en entretener al niño durante el tiempo del culto de los adultos). Vuelvo a decir, entonces, que el maestro debe pensar en su labor en términos de dar cuidado pastoral a los niños bajo su cargo y debe orientar su tarea como un ministerio hacia ellos. Ese ministerio enfocará entre otras cosas las necesidades emocionales del niño, especialmente su dolor. De esa forma nuestras iglesias llegarán a ser verdaderamente lugares en donde los niños viven la realidad de las palabras de Jesús: "Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos" (Marcos 10:14, NVI).

La libreta de oración

Un aspecto fundamental del ministerio pastoral con los niños es la oración. La práctica de la oración es algo que se aprende. Dichosa la persona que aprendió de niño el hábito de la oración. La mayoría de las personas no han tenido esa experiencia y como tal luchan por incorporarlo en su vida adulta. El niño puede aprender el hábito de la oración. También puede experimentar que Dios se hace real en la vida a través de la oración porque por ella expresamos no solamente nuestras necesidades y problemas sino también nuestra gratitud y adoración. El niño necesita sentir la seguridad que la oración le puede dar para enfrentar sus vivencias. Esa seguridad queda confirmada cada vez que puede compartir un momento de oración con su maestro. Hay algo importante y concreto que el maestro puede hacer para reforzar con sus alumnos la importancia de la oración: esto es tener una "Libreta de Oración". El maestro explica que esta libreta es su propiedad privada y que adentro hay una página que corresponde a cada niño. En ella anota las peticiones especiales que le puede compartir algún niño durante una clase o en un encuentro pastoral individual. Es importante que el maestro permita que los niños vean que usa su libreta (quizá cuando está anotando alguna petición) pero que lo guarde en seguida para que ellos sepan que sus peticiones más personales son mantenidas por el maestro en completa confidencialidad. En los encuentros pastorales subsiguientes con el niño, es valioso revisar las peticiones que ha expresado y cómo Dios ha obrado en ellas.

En mi ministerio he visto muchas veces cómo el niño responde a las palabras "estoy orando por ti". Después de que yo haya tenido un encuentro privado con un niño y él haya compartido algún problema conmigo, cuando lo veo en domingos subsiguientes me acerco a él y le digo, a veces al oído: "estoy orando por el problema que me compartiste". En seguida sus ojos destellan y brota una sonrisa. Con esas palabras sencillas, él sabe que no está solo. Hay un adulto que se interesa en él y lo acompaña en su lucha. Ojalá muchos adultos entendieran la importancia de sostener al niño de esta forma.

Capítulo 4

Maestros que han experimentado la sanidad

Un joven, maestro de la escuela dominical, se me acercó un jueves en la reunión de oración y me dijo:

—El domingo próximo voy a estar de huelga.

—¿Qué? —le pregunté sorprendida, sin entender a que se refería.

—Es que no puedo enseñar esa lección que tiene que ver con los insultos —siguió diciéndome—. Yo sufrí mucho cuando era niño por los insultos y la agresión verbal de mi padre. No puedo hablar de eso con los niños porque me hace revivir recuerdos muy feos. ¿Por qué tenemos que hablar de ese tema en la iglesia?

Afortunadamente, con algo de estímulo de mi parte, el joven cambió de opinión y dio la lección como de costumbre. Me compartió después de que la clase había sido impactante porque él decidió compartir con los alumnos el dolor que le habían causado los insultos y las palabras denigrantes de su padre. Los niños vieron que él se identificaba con ellos y que entendía su dolor y eso le dio autoridad para ayudarles a entender los recursos que tenemos en Cristo para enfrentar ese tipo de problemas.

No es algo extraño que el maestro, en su trabajo con los niños, se vea afectado por su dolor y se encuentre reviviendo sus propias vivencias del pasado. Las experiencias que nos formaron, a veces traumáticas, afectan todo lo que somos y hacemos. Por eso creo que el tema de la sanidad emocional del maestro es un requisito indispensable previo para poder trabajar correctamente con los niños porque uno mismo ejemplifica la vida sana y positiva que es posible en Cristo.

La correcta percepción del niño

¿Cuál es nuestro concepto del niño como persona? Todos hemos desarrollado una forma de ver y concebir a los niños de acuerdo al trato que nosotros hemos recibido siendo niños. Algunas personas perciben al niño como a un juguete, cuya presencia es para la diversión de los adultos. Para el que tiene este concepto, el trato con el niño se limita a "pasarla bien con él", es decir, entretenerlo o divertirse con él. Los que tienen esta percepción del niño todavía creen en el mito del niño feliz e inocente, y prefieren mantener esta actitud superficial negando el dolor y la angustia que pudiera estar en su vida.

Otros lo ven como a un pequeño ser subdesarrollado, cuyas torpezas y limitaciones se deben a su inmadurez. El trato que estas personas ofrecen al niño es condescendiente, con algo de arrogancia e impaciencia, como aguantándolo hasta que crezca y llegue a ser "normal" y responsable. Estas personas muestran poca compasión frente a los problemas del niño, dando a entender que con un esfuerzo mayor, el niño puede superar sus dificultades.

Otros lo ven como a un adulto en miniatura, capaz de aprender y entender todo al igual que el adulto, siempre que se esfuerza lo suficiente. Personas con esta visión presionan al niño intentando lograr en él conductas, actitudes y opiniones que se asemejan a las de un adulto. Se felicitan cuando ven evidencias de conductas en los niños que son similares a las de adultos, ignorando la gran capacidad que tienen los niños de imitar conductas y actitudes que observan. En el contexto espiritual corremos un gran riesgo cuando incentivamos a los niños a imitar estilos de canto y de oración que son propios de los adultos, hasta deseando que muestren evidencias de los dones del Espíritu Santo. Este enfoque hacia el niño se puede observar en los contenidos de muchos de los programas que desarrollamos para ellos con contenidos llenos de conceptos abstractos y simbólicos, imposibles de ser entendidos por él. Recuerdo un incidente que ilustra esto: un maestro de niños de 3 y 4 años se había esforzado mucho en una presentación que hizo en su clase sobre el Espíritu Santo. Para ayudar a que los niños captaran la idea, explicó cómo el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma de paloma. Además, hizo que los niños cortaran de cartulina el dibujo de una paloma, para llevarlo a casa. Horas después, en camina a casa, la madre de uno de los alumnos quedó muy intrigada cuando su hijo exclamó: "¡Mamá! ¡Mira cuántos espíritus santos que hay en la plaza!". Este incidente, como tantos más, ilustra cómo los niños incorporan conceptos en forma literal, sin distinguir su simbolismo. Nos ayuda entender que no se debe enseñar conceptos espirituales al niño como si fuera un adulto en miniatura.

El concepto correcto hacia el niño es que es un ser en desarrollo. Ni más, ni menos. Representa las capacidades y las limitaciones de la etapa evolutiva en la cuál se encuentra. Si hemos de entender correctamente al niño tenemos que ser

concientes de estos procesos de desarrollo. Aunque su desarrollo físico, social, intelectual, emocional y espiritual responde a factores determinados por su medio ambiente, también es cierto que la asimilación de estos elementos está condicionada por las limitaciones que representan las etapas de desarrollo. Es sumamente importante que el maestro conozca estos procesos evolutivos en la vida de los niños y las limitaciones que representa cada etapa. Al fin de cuentas, esas características que a veces nos hacen perder la paciencia con los niños fueron diseñadas por Dios, y él se deleita con ellos tal como son.

Recuerdo a Juancito, un niño de dos años y medio de edad, cuando tuvo que procesar la muerte de su abuela. Por un mes, antes de su muerte, había estado viviendo en el departamento de la abuela. Había venido con sus padres en un largo viaje en avión desde otro país y nosotros los habíamos invitado a casa cuando recién llegaron. Juancito se mostraba un niño seguro, afectuoso y comunicativo, con un vocabulario avanzado para su corta edad. Se mostraba a gusto con nosotros y disfrutamos de su presencia. Pero una semana después de la muerte de la abuela, la pareja y el niño vinieron de nuevo a cenar a casa. Juancito había cambiado radicalmente. Había perdido totalmente su seguridad y llorisqueaba casi toda la noche. En dos ocasiones se lanzó a llorar con sollozos desgarradores y sin aparente motivo. Hasta tuve que esconder algunos adornos que señalaba (unos búhos) porque decía que le daban miedo, aunque antes los había mirado y tocado con curiosidad. Para que el niño comiera algo, los padres tuvieron que sentarlo en medio y permitirle que reposara la mano sobre la rodilla de cada uno mientras la madre le daba la comida en la boca. No quería soltar a ninguno de los dos para tomar la cuchara. Durante la cena preguntó en varias ocasiones sobre su “Abu”. Una pregunta nos llamó la atención:

—¿Abu se va a caer del avión? —le preguntó a la madre.

La madre, muy sabia, entendía su preocupación.

—No — le respondió—, no se va a caer. Ella está en el cielo con Dios, no está viajando en el cielo como nosotros en un avión.

La respuesta tranquilizó a Juancito.

Las reacciones de Juancito en su intento de procesar algo tan traumático como la muerte de la abuela, nos ayudan a entender la complejidad del trabajo pastoral con el niño. Aunque Juancito tenía apenas dos años y medio de edad, todas sus percepciones, sus inseguridades, sus miedos y hasta su enojo eran típicas de las limitaciones de esa etapa de su desarrollo. Pero esa pequeña persona, confundida por las experiencias que estaba viviendo, podía ser ayudada por alguien capaz de prestar atención a las expresiones de dolor producida por su pérdida, en este caso su madre. Así es el niño de cualquier edad. Reclama la presencia de personas mayores que puedan entender cómo es él, cómo piensa y cómo percibe las cosas. Necesita de personas capaces de dar importancia a sus vivencias y a acompañarlo en el proceso de resolver sus problemas.

La correcta percepción de la tarea pastoral

Otra percepción importante que ha de afectar nuestro ministerio con los niños es la definición que le damos a la tarea pastoral en sí. Muy pocos de nosotros hemos experimentado la bendición de una contención pastoral sostenida. Esto no se debe a que no hubo excelentes pastores en nuestro contexto de vida durante la niñez. Más bien ha sido porque estos líderes no han visto al niño como necesitando la ayuda pastoral en las formas o con la urgencia que lo necesita el adulto, cuyas necesidades son muy evidentes. Al fin, son las personas que están en crisis las que reciben la atención pastoral. Como consecuencia, al no tener esa cobertura pastoral en nuestra niñez y adolescencia, hemos aprendido a llevar nuestras cargas a solas. En el proceso, hemos adquirido una visión distorsionada de la tarea pastoral.

La mayoría creemos que el cuidado pastoral se reserva para las personas más conflictuadas, los que siempre están tambaleando espiritual y emocionalmente y que no pueden resolver la vida sin la ayuda de otros.

No es así. El Señor nos dice que él es el Buen Pastor (Juan 10) y el salmista nos asegura que "El Señor es mi pastor" (Salmo 23). Evidentemente, todos necesitamos ser pastoreados, no importa la edad. Estos dos pasajes tan conocidos nos describen los elementos que forman parte de un cuidado pastoral adecuado. Una de los conceptos más significativos que expresan es la de la peregrinación compartida: "Tu estarás conmigo" dice el salmista. "El buen pastor va delante de sus ovejas y las ovejas le siguen" dice el apóstol Juan. En este sentido, "pastorear" es sinónimo de "acompañar".

Si intentamos definir este concepto dentro de los parámetros que nos sugieren ciertas palabras, creo que los términos adecuados serían los siguientes: identificación, respeto, confianza, protección, apoyo, amor, compasión y esperanza. Estas palabras nos dan una definición amplia en cuanto a las actitudes que definen la tarea pastoral. Pero cuando pensamos en el niño, es importante reconocer que uno de los objetivos fundamentales de la tarea pastoral es "facilitar el lenguaje del dolor". Es decir, proveer un espacio seguro donde el niño pueda encontrar formas de expresar y dar nombre a lo que está sufriendo. Para muchos niños, el alivio que necesita se encuentra en el hecho de compartir su problema con alguien que lo comprenda y que le dé validez a su vivencia. Pero cuando el individuo no ha encontrado este tipo de alivio a su propio dolor, le será muy difícil ver como importante el hecho de proveérselo al niño.

Otro elemento fundamental en este proceso de ayuda pastoral es la capacidad de reconocer lo que Dios YA está haciendo en una vida. La angustia de un pasado no resuelto ni sanado a veces crea una percepción distorsionada en cuanto a nuestra capacidad de resolver los problemas de otros. Cuando en nuestra niñez hemos sufrido mucho, sentimos una enorme necesidad de ayudar a que los niños no experimenten lo mismo. Pero en esto nos equivocamos porque nadie tiene la solución para la vida de otro. Pero conocemos al Buen Pastor, que sí las tiene. Un autor lo expresa muy bien: "No somos una fuente de soluciones para los problemas de la gente, pero sí podemos compartir nuestro vaso". Nuestra confianza es que Dios ama a los niños y está obrando en sus vidas por medio de las circunstancias que les toca vivir. El maestro con madurez espiritual "comparte el vaso" de su experiencia y conocimiento espiritual con su pequeño alumno que sufre.

En una ocasión los discípulos de Jesús no sabían qué hacer respecto de un niño que estaba en un estado deplorable. Él les dio la respuesta, tan valedera para nosotros como para ellos, al decir: "Tráiganme al muchacho" (Marcos 9:19, NVI). Para que seamos equilibrados en nuestro ministerio pastoral, nunca debemos olvidar que los corderos son de él y que él tiene la solución para su necesidad.

La correcta percepción de mi propia persona

Me impactó mucho un comentario que leí hace poco. El autor sostenía que hay dos categorías de personas: éstas no son "los justos" y "los culpables", como muchas veces creemos. Todos somos culpables, con una diferencia importante. Hay personas culpables que admiten sus fallas y hay personas culpables que no las admiten. Me parece que todos entramos en una u otra de estas dos categorías. La prueba de nuestra madurez espiritual, dice este autor, no se encuentra en lo puro y santo que nos creemos ser, sino en el hecho de reconocer la falta de pureza que aún existe en nuestra vida. Este enfoque me ayudó a aclarar la visión de mi propia persona. Siempre quiero verme como mejor de lo que soy, cuando en realidad debo verme como soy, una persona débil y necesitada. Solo así puedo gozar de la gracia de mi Señor, quien me sigue moldeando a su imagen.

Hay un elemento esencial en nuestra capacidad de ejercer la ayuda pastoral al niño. Tiene que ver con el hecho de que uno mismo haya iniciado un proceso de sanidad emocional. Antes de intentar aliviar el dolor de otro, es necesario que sepamos contestar la pregunta "¿qué he hecho yo para sanar mi propio dolor?". Creo que el elemento más difícil de

admitir y resolver en cuanto al dolor del pasado tiene que ver con los abusos. Casi toda persona ha experimentado algún tipo de abuso y estas experiencias, especialmente aquellas vividas en la niñez, nos han afectado profundamente. Para muchas personas, la manera menos dolorosa de enfrentar esas experiencias es olvidarlas, tapándolas como con un manto negro. Para otros es negarlas, sustituyendo el dolor con fantasías del pasado e idealizaciones del presente y el futuro. A la vez, hay personas que viven repasando en su mente todos los maltratos e injusticias de su niñez y tienen apenas contenidas la rabia y amargura profunda que sigue envenenando todas las circunstancias de su vida. Lamentablemente, todas estas reacciones limitan a la persona en la tarea pastoral que podría tener con los niños.

Si una persona, sea líder, maestro o padre, no está dispuesto a enfrentar su dolor y permitir el proceso largo y profundo de sanidad que quiere obrar el Espíritu Santo en él, tendrá grandes limitaciones en la manera en la cual se relaciona con los niños. Una de esas limitaciones ha de ser su incapacidad de conectarse emocionalmente con el dolor del niño. Si percibe en él algo que le recuerda su propio pasado no resuelto, intentará evitar los sentimientos que el dolor del niño despierta en él. Mantendrá distancia emocional con el niño y tratará de ignorar su problema. Igualmente, su resistencia hacia el dolor lo llevará a establecer metas superficiales para su clase que estarían definidas por conductas, asistencia, trabajos de memorización y cosas parecidas, sin preocuparse por elementos más profundos que le resultan incómodos.

Otra limitación que se observa en el maestro con heridas no sanadas es la tendencia de minimizar el sufrimiento de los niños. “No es para tanto”, se dice a sí mismo. “Yo viví cosas peores y sobreviví.” Esta reacción cancela la realidad del dolor en la vida del niño. Otra reacción que puede darse es el hecho de tratar de arreglar los problemas con soluciones fáciles y, al parecer, mágicas: haciendo una oración o leyendo un texto bíblico. Por supuesto que sin la oración y el fundamento de la Palabra de Dios es imposible que el Espíritu Santo haga su obra de sanidad, pero hacemos mucho daño cuando utilizamos estas herramientas divinas de una manera superficial.

—Me ofrecieron una curita espiritual —me comentó un adolescente una vez, haciendo referencia a una conversación que había tenido con un líder sobre un problema personal—. Oré mucho pero no cambió nada.

También hay que hacer la observación que cuando el maestro no ha experimentado una sanidad propia, puede sentir un rechazo hacia el niño que demuestre características similares a las que él vivió en su propia niñez. Prefiere que ese niño no esté presente en su clase porque lo incomoda. El niño llegará a percibir ese rechazo y quedará herido por la actitud de su maestro.

Otros maestros se refugian en el concepto de que todos los problemas en los niños se entienden por actividad demoníaca y que todo se puede resolver por aceptar que estamos en una “guerra espiritual”. La solución es practicar una liberación o exorcismo.

Están también aquellas personas que trabajan con los niños para satisfacer el vacío emocional y afectivo que ha quedado del dolor de una niñez conflictiva y no resuelta. Conozco de una situación donde la maestra le decía reiteradamente a su clase:

—Como yo no tengo hijos propios, el Señor me los dio a ustedes y los amo como si fueran mis hijos.

Su comentario llegó a tener enorme repercusión cuando de repente se separó de su esposo, dejó la iglesia y tuvo un hijo con un amante. Los niños lloraron su ausencia por meses y uno expresó su dolor cuando me dijo estas palabras:

—La queríamos como si fuera nuestra madre —dijo—, y esto nos hace sentir que estamos viviendo un divorcio.

Cuando hablo de la necesidad de un proceso de sanidad en la vida de toda persona que trabaja con niños, no estoy sugiriendo que esto proceso sea fácil ni rápido. No hay soluciones mágicas. Muchas veces queremos creer que en Cristo

hemos de encontrar una sanidad instantánea. Hace poco un pastor con experiencia en el tema me dijo: "nadie se recibe de sanidad interior". Quiso decir que el proceso de sanidad nunca termina. Cuando he vivido procesos profundos de sanidad en mi propia vida, voy a saber en qué consiste el dolor del alma herida. Más bien voy a conocer lo que implica enfrentar la realidad de mi dolor, de poder hablar de las cosas que me han dañado y poner nombre a las personas y los eventos que me marcaron. Habiendo aceptado mis experiencias formativas dolorosas y habiendo experimentado la sanidad que trae el perdón, voy a poder integrarlas a mi vida de tal manera que no me debiliten más, sino que se transformen en fuerza. No me sentiré incómodo ante al dolor de otros. Más bien, a través de mi propia vulnerabilidad y transparencia, los podré acompañar con confianza a la presencia del Sanador. Todo mi dolor ha sido redimido por la sangre de Cristo y perdonado por su gracia. He recibido la fuerza emocional y espiritual necesaria para enfrentar el sufrimiento de otros y ser capaz de tratarlos con verdadera compasión.

La correcta percepción del dolor del niño

Todavía existen personas que tienen un concepto ingenuo en cuanto a los niños. Quieren creer, a pesar de la evidencia al contrario, que la niñez es una época de inocencia y felicidad. Creen que el niño, por ser "chiquito", no entiende lo que está pasando a su alrededor y que las crisis y los problemas de su hogar no lo van a afectar. Toda persona que se relaciona con los niños en forma continuada, especialmente como docente, sabe que la realidad es otra. El niño es sumamente listo; capta todo lo que está pasando en su entorno, especialmente aquello que tiene que ver con su persona. Lo que da la impresión a los adultos de que es inocente es que no sabe verbalizar lo que percibe o lo que le pasa, en gran medida porque no lo entiende del todo. Para empezar, nadie le da explicaciones de las que él puede entender, así que vive creando sus propias suposiciones. No tiene parámetros para evaluar las cosas en forma objetiva. Aunque siente las cosas intensamente, las sufre en silencio. Ciertas características lo hacen muy vulnerable al sufrimiento: es consciente de que depende de los adultos que definen y forman parte de su mundo; se siente inseguro en cuanto a su persona y por eso anhela profundamente sentirse aceptado y amado; no está seguro de sus capacidades y por eso quiere ser reconocido como capaz. Pero además, posee una enorme capacidad de confiar en otros y de perdonar los errores de los que ama. Todas estas características se combinan en él y hacen que sea muy sensible al dolor y a las pérdidas que a menudo llegan a ser su realidad.

Presento aquí un diagrama utilizado por profesionales que trabajan con niños en hogares transitorios. El diagrama nos ayuda a entender todas las áreas que afectan la vida y que, cuando hay cambios, pueden causar dolor en la vida del niño.

Las nueve áreas esenciales de la vida

RAÍCES

UNA RELACIÓN SIGNIFICATIVA

SALUD

UNA FUNCIÓN SIGNIFICATIVA

INFORMACIÓN

UNA FUENTE

DE GOZO

ESTABILIDAD ECONÓMICA

UN LUGAR

UN GRUPO

Todo ser humano necesita de estabilidad en estas nueve áreas para sentirse seguro en su mundo. Cualquier cambio o crisis en una de las áreas afecta a todas las demás. Estos cambios se perciben emocionalmente como pérdidas. Frente a la pérdida, la correcta reacción emocional es el duelo. En la familia ideal, para el niño la relación significativa es con sus padres. Por lo tanto, su función significativa es ser hijo de ellos. Su fuente de gozo puede ser las salidas en familia los fines de semana, jugar con los primos o pasear con los abuelos. Su lugar es su casa donde se siente seguro y donde hay espacio para él. Su grupo se compone de compañeros de escuela y de amigos de la iglesia. En su estabilidad económica, depende del empleo de los padres. Su información, que responde a las áreas de su curiosidad, siempre es fluida y viene de lo que le dicen los padres, sus maestros, los amigos y los medios de comunicación, especialmente la televisión. Su salud por lo general es buena. Y sus raíces se definen por familia extendida que son los abuelos, los tíos y otros parientes que influyen en su vida cotidiana.

De repente, en esta familia ideal, se vive una crisis muy grande. Los padres se separan y, como ocurre muchas veces, nadie le da al niño una explicación adecuada de las razones por esta separación. Mirando el diagrama podemos empezar a entender las dimensiones de pérdida que llegan a la vida de este niño. Su relación significativa cambia completamente, porque la unidad que siempre conoció como papá/mamá no existe más. Su función significativa se vuelve confusa porque ahora no sabe con seguridad cómo ubicarse con relación a ambos padres. Su fuente de gozo, las salidas familiares los fines de semana, no se hacen más y se encuentra pasando los fines de semana con uno u otro de los padres en medio de las intensas emociones que la separación ha causado en ambos. Es probable que tenga que mudarse, así que el lugar donde vivía desaparece para ser reemplazado por otro que no le gusta. Su relación con su grupo cambia porque se muda, o si no se cambia a otro barrio, ahora lleva una carga difícil de compartir porque debe enfrentar las reacciones de los amigos a su nueva situación. La estabilidad económica que conoció hasta ahora se transforma en una situación precaria en la que, probablemente, la madre tenga que salir a trabajar fuera de la casa si es que no lo hacía antes. Sus fuentes de información han dejado de ser confiables, porque se siente traicionado por los padres. Probablemente tenga muchos interrogantes contestados a medias y siente que muchos lo están engañando. Su salud probablemente quede afectada por su estrés emocional. Sus raíces, la familia extendida, suele ser cortada por la mitad, ya que la familia del padre se siente incómoda en la alterada relación con su nuera. ¿Cómo puede este pequeño ser manejar tanto dolor y pérdida? Llama la atención la capacidad del niño de sobrevivir todo este trauma.

Todos los que amamos a los niños y deseamos llegar a ellos con un ministerio pastoral adecuado tenemos una fuente de aliento muy importante: nuestro anhelo nace primero en el corazón de Dios. Nuestro Señor quiere expresar su amor hacia los niños a través de nosotros. Es él quien entiende su dolor y en él encontramos la fortaleza para sostenerlos y guiarlos en medio de las circunstancias difíciles que les toca vivir. Cuando empezamos a involucrarnos al mundo de dolor que tienen que manejar los niños de hoy, muy pronto hemos de sentirnos agobiados por la complejidad

de lo que observamos. Creo que es importante admitir esto, porque da validez a nuestra insuficiencia para resolver las situaciones que vemos. Sin embargo, vuelvo a decir que no todo depende de nosotros. Esa sensación de impotencia es necesaria para que nos mantengamos cerca de la Fuente Divina y para que la ayuda que ofrezcamos no salga de nuestras capacidades, sino de los recursos que vienen de Dios quien comprende el dolor del niño en toda su magnitud. Reitero que no hay mejor manera de hacer llegar ese consuelo a un niño dolorido que a través de la vida de un maestro que haya experimentado en Dios la sanidad de su propio dolor.

Capítulo 5
El niño y el lenguaje del dolor

Hace unos años llegué a saber que Jorgito, un niño de siete años de edad que asistía nuestra Escuela Dominical, había sufrido el abuso sexual por parte de dos vecinos adolescentes. Su madre me informó que el niño se negaba a hablar de lo que le había pasado. En un encuentro pastoral privado que tuve con él, le mostré una serie de tarjetas con dibujos de caras de niños expresando diferentes emociones. Le pregunté:

—¿Hay algunas caras aquí que muestran lo que tú sentiste esa tarde cuando esos muchachos te molestaron?

Jorgito tomó las tarjetas casi con desesperación. No deliberó mucho en seleccionar cuatro. Desechó la carita que decía "enojo" para tomar la que decía "furia". Las caritas que seleccionó mostraban miedo, furia, culpa y tristeza. Sin que yo lo guiara más, él mismo quiso ordenarlas de acuerdo con la intensidad con que las había sentido.

—Ésta primero —dijo, mientras señalaba la tarjeta de la furia—. Luego éste —y señaló el miedo—. Después éstas dos las sentí iguales —dijo mostrándome las de culpa y tristeza.

Por medio de unas tarjetas que mostraban diferentes emociones, Jorgito había comenzado a aprender un lenguaje para dar expresión a su dolor. Esas sencillas herramientas, algo Jorgito podía ver y tocar, sirvieron para proveerle de palabras que expresaban sus intensas emociones en relación a una experiencia sumamente traumática.

Cuando uno se acerca a un niño con el deseo de acompañarlo mientras atraviesa una crisis familiar o pérdida personal, lo primera reacción que uno siente es la impotencia. Surgen muchas preguntas: ¿cómo puedo establecer una relación de confianza con este pequeño niño tan traicionado por las circunstancias de la vida? ¿qué debo hacer para entender su punto de vista en esta situación? ¿cómo puedo aliviar su dolor y no agregar más angustia a su confusión? ¿de qué manera puedo ponerme a su lado como abogado defensor, sin parecer que estoy invadiendo su intimidad o la privacidad de su familia? Todos estos interrogantes son válidos y representan algunas de las razones por las cuáles no nos atrevemos a proveerle al niño una contención pastoral cuando surgen las crisis.

A pesar de la impotencia natural que uno siente en estas circunstancias, hay maneras correctas de responder, usando algunos métodos sencillos que ayudan al niño a dar expresión a lo que está sintiendo. Todos, tanto adultos como niños, necesitamos aprender un lenguaje emocional, especialmente lo que se llama el "lenguaje del dolor" para poder articular adecuadamente nuestro sufrimiento. Si no podemos exteriorizar nuestro dolor de tal manera que otro lo entienda y le otorgue la validez que merece, entonces seguiremos siendo carcomidos por un dolor nunca resuelto y que, a su vez, afectará muchas áreas de la vida. Una mujer compartió conmigo el enorme alivio que sintió cuando encontró en una lectura una descripción perfecta de lo que había sido su experiencia de dolor y sufrimiento.

—¡Así fue mi vida! —exclamó casi a gritó por el entusiasmo que sentía por su descubrimiento—. ¡Nunca pensé que podría encontrar palabras para explicar lo que viví! Esta lectura me ayudó a entender por qué experimento lo que siento hoy.

El dolor es una de las emociones más difíciles de describir. Pocas personas saben hacerlo bien. Por eso uno siente una fuerza liberadora en el poder expresar con palabras adecuadas el dolor causado por las injusticias y los secretos que han definido una vida. El niño también puede experimentar esta liberación, pero necesita ser ayudado a encontrar las palabras que expresan su sufriendo.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

¿Cómo entender las emociones? Debemos empezar con reconocer que necesitamos adquirir un lenguaje de dolor. Pero un vocabulario correcto es apenas parte de lo que necesitamos para poder identificar e interpretar las emociones. Cuando se trata de hablar de las emociones, todos practicamos formas de evitarlo. Por ejemplo, cuando alguien nos pregunta "¿cómo estás? O ¿cómo te sientes?", contestamos con la palabra "bien" o con la palabra "mal". Pero estas dos palabras no definen nuestro estado emocional. Sirven más bien para esconder nuestro estado anímico real. Esta respuesta habitual se debe al hecho que nunca hemos aprendido a manejar un lenguaje emocional.

En el trabajo pastoral con los niños, especialmente cuando se trata de ayudar a aquel que se encuentra en circunstancias de crisis o de dolor, una de las finalidades es enseñarle cómo utilizar un vocabulario emocional. La mayoría de los niños responden con alivio y mucho entusiasmo cuando aprenden esta nueva dimensión de comunicación. Para esto, el niño necesita entender que todos tenemos una vida exterior que puede ser visto por todos (por las conductas) y una vida interior que otros no ven y que es conocida únicamente por nosotros y por Dios. Mucho de lo que pasa en la vida interior tiene que ver con los pensamientos y las emociones. Generalmente, los pensamientos son lo que impulsan las emociones. Es importante aclarar al niño que las emociones no son malas en sí. No hay "buenas" emociones y "malas" emociones. Sería mejor designarlas como emociones "cómodas" e "incómodas", o "positivas" y "negativas", pero no clasificar a algunas como "malas". Dios nos creó para sentir y expresar las emociones. Él las siente también, pero sin los desequilibrios que son propios de los humanos. Él nos dio la capacidad de sentir porque quería que fuéramos como él, con la capacidad de responder a los estímulos de la vida. Aunque las emociones no son malas, a veces la forma cómo las expresamos crea problemas y causa daño a otros.

¿Cómo ayudar al niño hablar de sus emociones? En alguna medida, esa es la pregunta que quiero contestar. Los diálogos que siguen pueden ayudar al maestro, cuando realiza algún encuentro pastoral con el niño, a enfocar diferentes aspectos relacionados con las emociones. Por supuesto, es necesario tener acceso a las tarjetas con caras que expresan diferentes emociones (que se proveen en la edición para maestros) para poder usarlas como la base de la conversación. Estas veinticuatro tarjetas muestran emociones diferentes. En cada tarjeta la emoción está identificada al dorso para que el niño los identifique por la expresión de la cara y no por la palabra que pueda leer. Después de que el niño haya identificado la emoción por la expresión en la carita, el maestro puede sugerir un nombre, o varios nombres, para enriquecer el vocabulario emocional del niño.

Diálogo 1 – Identificando las emociones

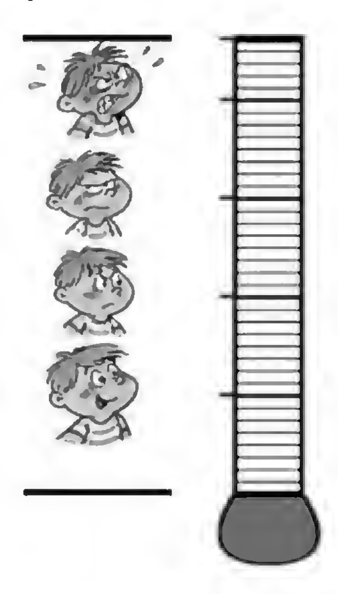
El maestro que está iniciando el uso de las caritas puede hablar con el niño de esta manera: *Estas tarjetas con caras nos ayudan a poner nombre a lo que sentimos adentro. Todas estas caras representan lo que llamamos "emociones". Nos ayudan a entender cosas que sentimos. Otras personas no saben lo que estamos sintiendo nosotros adentro, solamente Dios y nosotros. A veces podemos tener una expresión en la cara que muestra una emoción, pero por dentro estamos sintiendo otra. ¿Alguna vez te pasó algo así? Vamos a jugar un poco con estas caras. Yo voy a elegir una cara y contarte las cosas que me hacen sentir de esa manera. Después te toca a ti. ¿Puedes señalar una cara que representa lo que sentiste alguna vez? ¿Quieres contarme cuál fue la circunstancia que te hizo sentir así?*



Diálogo 2 – La intensidad de las emociones

El maestro que desea ayudar al niño a entender la intensidad de las emociones puede utilizar el "Termómetro de las Emociones" con el diálogo que sigue: *Algunas de las emociones son más fuertes que otras. Hasta a veces nos asustan cuando las sentimos. ¿Cuál de éstas caritas te parece que está mostrando una emoción fuerte? ¿Cuál le sigue en intensidad? ¿Cuál te parece sería la emoción más difícil de controlar? ¿Puedes pensar en alguna circunstancia cuando reaccionaste con esa emoción?*

Podemos usar este termómetro para medir la intensidad de las emociones que sentimos. Por ejemplo, tú dijiste que a veces sientes mucho enojo cuando pasa cierta cosa. ¿Puedes usar el termómetro para mostrarme cuánto enojo eso (describir la circunstancia) te hace sentir? ¿Hay otra circunstancia que te causa menos enojo? ¿Qué circunstancia es la que produce en ti la reacción más intensa de enojo?



Diálogo 3 – La mezcla de las emociones

Para ayudar al niño a entender la confusión que a veces siente por la mezcla de emociones, el maestro puede entablar un diálogo así: *A veces sentimos una emoción muy fuerte como el enojo, y pensamos que es lo único que estamos sintiendo. Pero generalmente estamos sintiendo otras emociones a la vez. Todos tenemos muchas emociones y estas se mezclan en determinadas circunstancias. Por ejemplo, cuando estamos enojados, puede ser que también nos*

sintamos tristes y preocupados. ¿Te acuerdas de esa vez que dijiste que habías sentido mucho enojo? ¿Puedes buscar otras emociones que también estabas sintiendo?

Diálogo 4 – Asumiendo responsabilidad por las emociones

Para ayudar al niño a asumir responsabilidad por sus emociones, el maestro puede utilizar el siguiente diálogo: *Una cosa importante acerca de las emociones es que cada persona es dueña de sus propios sentimientos. Nadie puede asumir la responsabilidad de manejar las emociones de otro. A veces decimos: "¡Tú me hiciste sentir así!" pero en realidad uno mismo decide reaccionar de determinada manera frente a la conducta de otro. La forma correcta de expresar esto sería: "Cuando tú haces tal cosa, yo siento mucha … (frustración, enojo, preocupación, etcétera)". Es decir, yo puedo sentir cierta emoción en relación a la conducta de otro, pero tú puedes sentir algo completamente diferente. Las emociones son muy personales.*

Las emociones que expresan las personas que viven con nosotros nos afectan mucho, y esa reacción está bien porque los queremos y lo que dicen nos afecta. Siempre hay cosas que yo puedo hacer para ayudar a los demás. Pero no puedo hacer nada para que sienta lo que yo quiero. No podemos obligar a otra persona a sentir la emoción que nosotros quisiéramos que sienta. Somos responsables por nuestras conductas y por lo que hacemos cuando estamos sintiendo una emoción muy fuerte. También somos responsables por la forma cómo expresamos una emoción. Pero no podemos asumir responsabilidad por lo que otros sienten. Ellos, tanto como nosotros, son dueños de sus propias emociones. ¿Qué carita muestra la emoción que más te gustaría ver en los miembros de tu familia? ¿Qué cara te asusta cuando la ves en uno de ellos? ¿Qué cara te hace sentir culpable? ¿Quieres contarme por qué te sientes así?

Diálogo 5 – La coherencia de las emociones

El maestro puede usar el siguiente diálogo para ayudar a un niño a entender la coherencia emocional: *A veces usamos una emoción para tapar o esconder a otra más fuerte. Yo conozco a una niña que por un tiempo se largaba a llorar por cualquier motivo (señalar la cara de tristeza). En realidad, lo que ella sentía era mucho enojo (señalar la cara del enojo) porque los padres siempre la acusaban de problemas que no eran su culpa. Además, en su familia se le permitía llorar, pero se lo retaba duramente si demostraba su enojo. Pero si tapamos una emoción por otra, seguimos sufriendo adentro porque no podemos expresar lo que realmente sentimos. ¿Alguna vez te has sentido así? ¿Cuál fue la emoción que quisiste esconder?*

Diálogo 6 – Las formas correctas de exteriorizar las emociones

El maestro puede recurrir al siguiente diálogo para ayudar al niño a entender la forma correcta de exteriorizar el enojo: *Una de las emociones más fuertes que podemos sentir es el enojo (señalar la carita). La mayoría de las personas no saben cómo manejar esta emoción correctamente y eso les trae problemas. A veces una persona enojada puede lastimar a otros. ¿Alguna vez alguien que conoces, estando muy enojado, te lastimó? ¿Quieres contarme lo que pasó? Quiero decirte también que a veces las personas, cuando están muy enojadas, pierden el control de sus emociones. A veces se ponen a gritar y a insultar a otros con palabras muy hirientes. Algunos rompen cosas, o empiezan a golpear a otros. Otros muestran su enojo con silencio y deciden no hablar con nadie por días enteros. Los miembros de la familia sufren mucho cuando ocurren estas cosas. Por eso es tan importante entender formas de expresar el enojo que no dañan a las personas.*

¿Sabías que el enojo es una emoción que necesita ser descargada? Generalmente se descarga por determinadas partes del cuerpo. Por ejemplo, algunas personas descargan el enojo a través de la boca: muerden, escupen, gritan o insultan. Otros lo descargan a través de sus manos: hacen puños, pellizcan, pegan o rompen cosas. Otros lo descargan con sus piernas y pies y se ponen a caminar frenéticamente de un lado a otro o a correr, o sino patean o hacen tropezar a

otro. Cuando entendemos dónde sentimos la necesidad de descargar el enojo, hay una posibilidad de canalizarlo por una actividad que no daña a otra persona pero que nos hace sentir alivio. ¿Por qué no tratas de identificar los modos de descargar el enojo que tiene tu hermano?… ¿tu papá?… ¿tu mamá? ¿Y cuáles son las formas que tú usas para descargar el enojo?

Hay muchas maneras de descargar el enojo sin causarle daño a nadie. Por ejemplo, tú puedes descargar el enojo a través de tus pies y puedes salir a correr en un parque o alrededor de la manzana. Si descargas el enojo a través de tus manos y brazos, puedes pegarle fuerte a una almohada o colchón, o con un palo pegarle el tronco de un árbol grande hasta que empieces a sentir alivio de tu enojo. Si tú necesitas usar la boca puedes comerte una manzana grande o varios chicles a la vez, mientras masticas con toda tu energía. O quizá tú puedes encerrarte en un lugar donde nadie te puede escuchar y ponerte a gritar con toda tu fuerza. Lo importante es reconocer cuál es el modo en que tú descargas el enojo y aprender entonces una forma de expresarlo que no lastime a otros ni destruya cosas.

Nota: Si el enojo parece ser el problema más evidente en la vida del niño, el maestro puede sugerir estos métodos o pensar en otros que puedan ayudar a que el niño empiece a canalizar correctamente esta emoción. Por supuesto, lo más importante es ayudar al niño a detectar las áreas de su vida donde el enojo es su reacción a la injusticia que percibe en sus circunstancias de vida. Para esto ayuda utilizar láminas que muestran escenas de la vida en familia, o del niño con sus pares o en la escuela. Una vez que el niño haya identificado circunstancias específicas, puede empezar a entender como la injusticia estimula su enojo. Habiendo logrado este paso, el maestro puede utilizar uno de los métodos que siguen para profundizar la comprensión del niño sobre esta emoción tan fuerte.

El Termómetro de las emociones

Este recurso se encuentra en el libro original únicamente. Sirve para que el niño pueda medir la intensidad de enojo que siente frente a determinadas circunstancias *(ver Diálogo 2)*.

Un cuaderno del enojo

En lugar de manifestar su enojo en las formas acostumbradas, el niño puede anotar en un cuaderno las circunstancias que le causan enojo, la razón de su enojo, y también una palabra que explique la intensidad de emoción que siente (mucho, algo, poco). Lo lleva como un diario, anotando la fecha cuando ocurrió cada incidente. La finalidad de esta actividad es ayudar al niño a tomar conciencia de las circunstancias que contribuyen a esta emoción y lo difícil que es manejarlo. Después de unas semanas, el maestro puede repasar con el niño el contenido del cuaderno y ayudarlo a pensar en diferentes opciones ante la injusticia en cuanto a sus conductas y expresiones verbales.

Diálogo 7 – Los recursos emocionales que tenemos en Dios

El maestro puede utilizar el siguiente diálogo para guiar al niño en una comprensión de los recursos emocionales que encontramos en Dios: *El que más nos puede ayudar con esta emoción fuerte del enojo es Dios. Uno puede engañar a otros al poner una cara que no muestra lo que realmente siente, pero uno no puede hacerlo con él. El siempre sabe lo que realmente nos pasa. ¿Pero sabes algo? Dios nunca se enoja por lo que sentimos. Eso sí, se preocupa mucho por el daño que esa emoción puede causar en nosotros y en otros. Cuando estamos envueltos en una situación que nos causa mucho enojo, Dios nos dice: "A ver, ¿cómo te puedo ayudar con esa emoción que estás sintiendo?" Siempre podemos pedir su ayuda para controlar el enojo y él siempre nos escucha*.

Nota: El maestro puede aprovechar este diálogo con el niño para entender mejor su comprensión en cuanto a la presencia de Dios en su vida. Es posible que el niño no tenga en claro el hecho que Dios está con el siempre. En tanto, este puede ser un buen momento para guiarle a tomar la decisión de invitar a Jesús a estar en su vida (ver las

sugerencias en el capítulo 3 sobre la formación espiritual del niño). También este diálogo puede prestarse a enfocar algunos recursos específicos que nos ofrece Dios, usando los métodos que siguen.

El salmo de las emociones

El maestro lee con el niño (o pide que el niño lo lea) el Salmo 142:1 al 3a, en la Versión Popular. Le explica que Dios desea que nosotros le digamos en oración todo lo que estamos sintiendo para que él nos pueda ayudar a entender y expresar nuestras emociones. Cuando no hay otra persona con la cuál podemos compartir estos sentimientos, siempre podemos hablar de ellos con el Señor.

Con los tres versículos de este Salmo se puede hacer una segunda actividad: confeccionar un señalador para usar en la Biblia u otro libro. También se puede confeccionar un cuadro con frases del texto para colgar sobre la pared. Estos trabajos manuales sirven para dar validez a las emociones que está manejando el niño y proveen un elemento visible para recordarle de la ayuda que encontramos en Dios.

SUGERENCIAS PARA AYUDAR AL NIÑO

Todo encuentro pastoral con los niños debe incluir alguna actividad que enfoca las emociones. Puede ser algo tan sencillo como la pregunta que le hace el maestro: "¿cómo te sientes hoy? ¿Puedes mostrarme con las caritas alguna emoción que sentiste esta semana?" Preguntas como éstas no solamente ayudan al niño a sentirse cómodo con la expresión de sus emociones, sino que le afirman en el hecho de que sus sentimientos son importantes y tienen validez.

El uso de láminas que ilustran circunstancias de la vida

Hace unos años en la iglesia donde asistíamos decidimos que era necesario establecer un consultorio pastoral para niños. La idea era que los maestros capacitados podían estar disponibles cierto día y hora para ayudar a niños de la congregación que pudieran estar atravesando diversos problemas. En una ocasión, una niña de nueve años de edad fue traída al consultorio pastoral porque la madre estaba preocupada por la conducta agresiva que manifestaba hacia la hermanita. En esa ocasión la directora de la escuela dominical y yo iniciamos una serie de encuentros con la niña queriendo entender lo que estaba sucediendo en su vida. Utilizando algunas láminas que yo había seleccionado para el encuentro, le pedimos que las mirara y le preguntamos si había algunas que tenían que ver con las cosas que ella estaba viviendo últimamente. Para nuestra sorpresa, seleccionó una lámina que mostraba una madre enferma postrada en la cama. Su comentario fue que muchas veces su mamá no se quería levantar, porque estaba muy triste. Mostrándole las caritas de emociones, le preguntamos qué emoción le hacía sentir ese hecho. Eligió la carita de la culpa y la del enojo. Al ver esta reacción, pudimos asegurarle que ella no tenía la culpa por la tristeza de la madre ni tampoco era su responsabilidad lograr que su madre se sintiera mejor. Pudimos charlar a fondo sobre las cosas que sí podía hacer la niña para ayudar a su madre y le aseguramos que nosotros estábamos disponibles siempre para ayudar en esa situación. Terminamos el encuentro orando juntas, pidiendo la guía del Señor por ella para saber cómo ayudar a la madre. La semana siguiente la madre inició una terapia con un consejero profesional cristiano y el entorno emocional para la madre y la hija cambió completamente.

Este incidente ilustra el beneficio de uno de los métodos más eficaces para facilitar el lenguaje del dolor en los niños. Me refiero al uso de láminas que ilustran las diversas circunstancias que afectan la vida de los niños. La lámina es algo representativo y concreto que provee una vía de identificación y estimula a que el niño hable y revele, sin darse cuenta, sus propias emociones. El suplemento que acompaña este libro ofrece unas ochenta láminas que ilustran escenas típicas de la vida del niño. Estas sirven como una herramienta para facilitar el diálogo con el niño. Cada capítulo de este libro sugiere varias maneras de incorporarlas en un encuentro pastoral con niños. Por lo general, apenas uno muestra la lámina seleccionada uno observa por su rostro y por los movimientos de su cuerpo que el niño se identifica con la

ilustración. Entonces se le puede preguntar sobre lo que cree que está pasando en la lámina. Lo que cuenta ha de revelar lo que él mismo está viviendo. Se puede decir: *Creo que algunas de las cosas difíciles que estas viviendo tienen que ver con algo similar a lo que se ve en esta lámina. ¿Quieres contarme un poco lo que te está pasando? Me gustaría poder ayudarte.*

El juego del kiosco

Cuando uno está tratando de establecer confianza con el niño, no conviene ser muy directo en el diálogo. Por sus limitadas experiencias y vocabulario, el niño se siente inseguro cuando se le pide hablar de una situación de crisis en su vida. Tiene que haber otros estímulos para que el diálogo se produzca en forma natural. Uno de los métodos para lograr esto es por el uso de juegos que se hacen con láminas. Yo uso un juego que he llamado "El juego del kiosco". Llevo al encuentro una caja de dulces, cada una de las cuales tiene un precio en fichas. También preparo de antemano un sobre con "fichas", que pueden ser pequeños redondeles de cartulina. Yo selecciono ciertas láminas y las coloco en un sobre grande. Le explico al niño las reglas de juego: debe sacar al azar una lámina del sobre y contar una historia sobre lo que pasa en la lámina, y para esto recibirá cierta cantidad de fichas. Si no quiere hablar sobre lo que ve en la lámina que ha elegido, la puede dejar de lado y seleccionar otra, pero no recibe fichas hasta no contar una historia. A veces, para incentivar al niño, conviene que el maestro participe en el juego contando una historia sobre una de las láminas que él selecciona. Al final del encuentro el niño puede "comprar" dulces, según la cantidad de fichas que haya ganado en el juego. La finalidad de la actividad es que, al contar una historia sobre la lámina, el niño está dando detalles sobre sus propias vivencias. Indirectamente, el consejero ha logrado que el niño "hable sus cosas" y revele lo que le está pasando.

Láminas y emociones

Otra forma de profundizar el aprendizaje del niño sobre sus emociones es usando las láminas junto con las caritas de emociones. Después de seleccionar algunas láminas que reflejan la situación del niño, se le pregunta: *¿Puedes señalarme una lámina que muestre una situación que te hace sentir triste? ¿Qué te causa enojo? ¿Miedo? etcétera. ¿Qué ves en la lámina que te hace sentir esa emoción?*

Después se puede charlar sobre las vivencias que las láminas traen a su memoria. Del mismo modo, se puede señalar alguna escena en la lámina y preguntar: *¿Qué te parece que está sintiendo ese niño? ¿Puedes mostrarme con las caritas?* Es importante que el maestro respalde los aportes del niño con frases afirmativas, tales como: *Es cierto que cuando pasa eso, uno siente…,* o *No es fácil para el niño enfrentar eso, ¿verdad?,* o *Hace falta mucha valentía para sobrellevar una circunstancia así, ¿no es cierto?* De esta manera, el niño siente que sus emociones son válidas y que sus interpretaciones de sus circunstancias están siendo escuchadas y entendidas.

Habiendo establecido esta base de diálogo con el niño sobre sus experiencias y sus emociones, el adulto puede iniciar actividades que ayudan al niño a resolver sus problemas. Si el niño no encuentra un lenguaje adecuado para hablar de lo que le está pasando, nadie puede ayudarlo a sentir alivio ni consuelo. El trabajo pastoral con el niño nos obliga a utilizar métodos que lo incentivan a expresar y describir los problemas que está viviendo. Utilizando métodos sencillos como éstos, el adulto involucrado puede confiar en que el Espíritu Santo le guiará a encontrar caminos que conducen a soluciones, aunque sean parciales. La más importante solución que podemos ofrecer es que el niño sienta el gran alivio de haber sido escuchado.

La tarea pastoral con la niñez es un desafío enorme, que a la vez trae grandes satisfacciones. Aquellos que nos dedicamos a este ministerio nos damos cuenta de que, en cierto modo, pastorear a los niños implica llegar al verdadero corazón de las cosas. Sin saberlo, los niños reflejan toda la disfuncionalidad de sus familias. Esto implica que uno nunca está trabajando únicamente con el niño, sino con todo su entorno familiar. La iglesia y su liderazgo tienen que enfrentar

esta realidad también porque es allí donde las personas necesitan ayuda. Quizá así comenzaremos a ver lo que tanto anhelamos: un evangelio que transforma verdaderamente las vidas de las familias que componen el reino de Dios.

Capítulo 6
Ayudas para entrar en el mundo del niño

Estaba preparándome para un viaje que tendría una duración de unas seis semanas. Durante mi ausencia, quería mantener contacto de alguna forma con los alumnos de mi clase de la Escuela Dominical, aunque otra maestra me reemplazaría. El último domingo antes de mi viaje, repartí papel y sobres a los alumnos, explicando que les estaba pidiendo un favor.

—Quiero estar orando por ustedes durante mi viaje —les expliqué—. Así que necesito que cada uno me anote algunos motivos de oración. Quiero que sean cosas personales o de sus familias, porque quiero apoyarlos con mis oraciones. Prometo que lo que van a anotar quedará en confidencia, algo muy privado entre ustedes y yo y, por supuesto, Dios.

Escribieron por unos minutos, colocaron los papeles en los sobres y me los entregaron. Más tarde en mi casa, leí lo que habían escrito. La mayoría habían anotado cosas generales (incluyendo un pequeño fanático que pedía que orara para que su cuadro de fútbol, Boca Juniors, ganara). Pero me sorprendió las peticiones de una de las niñas que se llamaba Susana. Había anotado nueve motivos de oración muy personales, algunos que expresaba en palabras que hacían sentir su desesperación, y otros que tenían que ver con situaciones en su familia. No tuve oportunidad de hablar personalmente con ella antes de salir de viaje, pero la llamé por teléfono para asegurarle que iba a tener muy presente sus pedidos. El domingo que llegué de vuelta, ella y dos de sus amigas me buscaron después de la reunión.

—¿Podemos hablar con usted? —me preguntó la que me había dado la lista larga—. ¡Queremos contarle cómo Dios contestó algunas de nuestras oraciones y las suyas también!

Disfruté de mi charla con ellas y me sentí honrada por poder ser parte de sus vidas de esa manera y de saber cómo Dios había contestado algunas de las peticiones. Comprobé nuevamente que la "desesperación" que había expresado Susana en su lista se había disipado al poder anotar su petición y saber que alguien estaba orando por ella. Volviendo a mi casa ese día pensé: "Hubiese perdido la oportunidad de ayudar a esos niños si no hubiera entrado en su mundo por medio de esas listas reservadas de sus motivos de oración".

DESCRIPCION DEL PROBLEMA

El niño de hoy vive en un mundo muy alejado de esa utopía que queremos imponerle, un mundo de inocencia y felicidad. Algunos psicólogos han llegado a sugerir que en la sociedad actual la etapa de la niñez ha desaparecido. Basan su opinión en el hecho de que el niño se siente cada vez más presionado por poseer cosas y por tener múltiples experiencias similares a los modelos de la juventud en la moda y el entretenimiento. También son presionados en las áreas de su sexualidad, teniendo que responder a los códigos sociales que los obligan a usar vestimenta provocativa y

hasta en tener relaciones sexuales con el sexo opuesto. Esta aceleración en las experiencias hace tambalear su frágil auto-imagen y, como consecuencia, el niño adquiriendo una sensación de incapacidad ante la vida.

Para poder definir su vida correctamente, el niño necesita la ayuda de adultos. Es entonces como el maestro de la escuela dominical, u otro adulto interesado, puede ofrecerle al niño un refugio seguro en donde él pueda descargar sus ansiedades y preocupaciones, y donde pueda sentirse amado y aceptado por lo que él es. Aquí es necesario contestar la pregunta: ¿cómo puedo llegar a ser un refugio para el niño? Es necesario reconocer que no es una tarea fácil porque el niño, fiel a las características de sus diversas etapas de desarrollo, es poco comunicativo en cuanto a sus problemas. Sus experiencias de vida son limitadas. Es decir, no puede hacer comparaciones con otras situaciones porque cree que lo que él está viviendo es lo que vive todo el mundo. Entonces, para penetrar esa perspectiva es imprescindible establecer primero una base de confianza con el niño. Este proceso de ganarse la confianza del niño se logra cuando el adulto toma el tiempo para conversar con él sobre temas generales relacionados con su vida: el colegio, la familia, los amigos, la música, los programas de televisión, los videos o los deportes, temas que de por sí le interesan y sobre los cuales se deleita en expresar su opinión. En todas estas conversaciones, no importa lo trivial que le puede parecer el tema, el adulto debe escuchar con respeto y atención, mostrando un interés genuino en las opiniones del niño. Este intercambio adulto/niño establece las bases para una comunicación abierta y una relación de confianza.

Pero la finalidad de esta comunicación no es meramente de charlar de temas inofensivos. La finalidad es ayudar al niño en crisis. ¿Cómo uno se acerca al niño que refleja en sus conductas su confusión por el entorno conflictivo de su hogar? ¿Cómo se puede llegar a la vida interior de un niño cuando su mundo se está desintegrando por la separación de los padres o por la muerte de algún ser querido? ¿Cómo se habla con un niño enfermo o deprimido?

Una posible respuesta a estos interrogantes sería resignarse a las cosas como están, decidir que no es problema de uno, y que después de todo, los momentos de crisis en la vida del niño pronto van a pasar. Esta sería una actitud irresponsable. No creo que Jesús dejaría sólo a ningún niño que sufre. Sus palabras siguen siendo nuestra meta en todo el trabajo que hacemos con ellos: "dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan". El Señor quiere usar nuestros brazos para levantarlos, nuestras bocas para alentarlos y bendecirlos y nuestros oídos para escucharlos. Para hacer esto eficazmente, necesitamos ayuda. De allí que presento a continuación algunas técnicas que pueden ayudarnos a entrar en el mundo del niño con la intención de acompañar y ayudarlos.

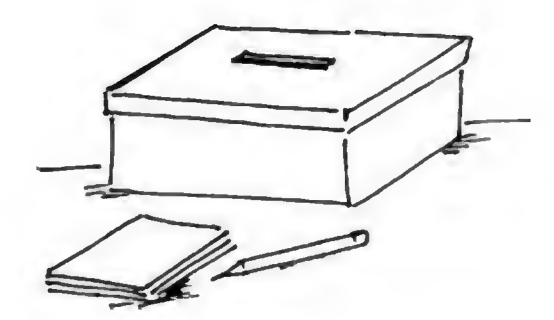
SUGERENCIAS PARA AYUDAR AL NIÑO

Una de las realidades en la vida del maestro, o de cualquier adulto, es las limitaciones que tiene en cuanto al tiempo. Todos vivimos atareados con muchas responsabilidades. A lo mejor hemos tomado el tiempo para hacer una preparación apurada de la lección que corresponde al próximo domingo, o para hacer una visita a un alumno que se encuentra en una situación de extrema necesidad, o para hacer un llamado telefónico a un niño que ha faltado varios domingos. Lo que hemos hecho en forma apurada representa la inversión máxima de tiempo y esfuerzo que podemos dar. ¿Cómo encontrar, entonces, el tiempo necesario para conocer los problemas reales en la vida de un niño? ¿Cómo aprovechar al máximo los pocos contactos que tenemos con él los domingos? ¿Cómo pasar de lo superficial a lo profundo en la búsqueda de las áreas problemáticas de su vida? ¿Cómo entender a nuestros propios hijos? Aunque tengamos que hacerlo dentro de las limitaciones de tiempo, hay elementos prácticos que nos pueden ayudar para este fin.

La caja de los mensajes secretos

Para esta actividad el maestro prepara una caja de zapatos forrándola con papel de un color alegre y abriendo una ranura en la tapa. En uno de los costados escribe las palabras: "La caja de los mensajes secretos". Cada vez que utiliza la

caja debe colocar al lado un bloc de papel y algunos lápices. El maestro explica a los niños que el propósito de la caja es para ayudarlo a conocerlos mejor y orar más efectivamente por ellos. Se les dice que ellos pueden escribir sus mensajes en un papel, doblarlos y meterlos en la caja. El maestro aclara que las notas que escriben pueden contener pedidos de oración, algún problema con el cual necesitan ayuda, o algún interrogante que les ha quedado después de la lección bíblica. En la nota también pueden compartir algún acontecimiento grato o quizá algo triste que les haya pasado. Se explica que deben escribir su nombre sobre el papel para que él sepa de quien se trata.



Para que este método sea efectivo, el maestro debe revisar la caja todas las semanas al terminar la clase. Si descubre que un niño ha escrito algo que demanda una reacción inmediata (ejemplo: mis padres se están peleando mucho) debe tratar de hablar con el niño en privado antes que se retire de la iglesia, asegurándole que va a estar orando por él y averiguando si se debe buscar ayuda para los padres. Si no es algo de mayor urgencia (ore para que yo saque una buena nota en el examen), igualmente el maestro debe responder, posiblemente llamándolo por teléfono. Para asegurar que lo que escriben los niños quede reservado, puede ser necesario preparar la caja de tal manera que los niños no la pueden abrir. Para esto, el maestro consigue una pequeña caja de madera, tipo cofre, que puede ser cerrado con un pequeño candado, para evitar que la curiosidad de los niños podría traicionar la confidencialidad que el maestro ha prometido.

Conozco una iglesia en donde los dirigentes del programa con niños tienen una caja así para uso de todas las clases de la escuela dominical, haciéndoles saber a través de sus maestros que los niños pueden escribir sus mensajes y colocarlos en la caja en cualquier momento. Por supuesto, para que este método sea eficaz, es imprescindible que alguien sea responsable de hacer llegar a los respectivos maestros los mensajes, quienes se harán cargo de responder a los pedidos de los niños.

Juego: "Conocernos"

Esta es una actividad que ayuda a crear un ambiente de confianza entre los mismos niños y a la vez permite al maestro conocerlos un poco más. Su preparación es muy sencilla y se puede adaptar a muchas situaciones.

Materiales necesarios: Un dado y tablero gigante que se armará sobre el piso. El maestro prepara el juego de antemano cortando cuadros de cartulina de color, de aproximadamente 30 cm. por 30 cm. Sobre uno de los cuadrados se escribe: "Comienzo" y sobre otro se escribe "Fin". Si la clase se compone de 6 a 10 niños, debe haber unos 15 a 20 cuadros en total. Sobre los otros cuadros se escriben de antemano las frases que siguen abajo, una por cuadro. Las frases contienen algo que el niño debe contestar sobre su persona o sobre algún aspecto de su vida. El maestro debe seleccionar las que son más adecuadas para su grupo de niños y agregar otras que representan su realidad.

¿Qué quieres ser cuando seas grande? ¿Por qué?

¿Cuántas personas hay en tu familia?

Nombra dos cosas por las que te sientes agradecido.

¿Qué sabes hacer bien?

¿Cuál es la cosa más linda que te ha pasado?

¿Cuál es la cosa más triste que te ha pasado?

Para ti, ¿cómo debe ser un padre?

Para ti, ¿cómo debe ser una madre?

¿Cuál es tu actividad preferida?

¿Qué te causa gran frustración?

¿Qué te hace sentir tristeza?

¿Qué te hace enojar?

¿De qué equipo de fútbol (o deportivo) eres hincha?

¿Cuál es tu comida preferida?

Si Jesús estuviera aquí, ¿qué pregunta le harías?

Algunos de los cuadros deben ser de otro color para distinguirlos de los demás. Estos cuadros representan algo divertido (si se quiere, se puede dibujar en ellos una cara sonriente) como las frases que siguen (el maestro puede inventar otras):

Camina como un cangrejo.

Elige a un compañero y canta con él tu canción preferida.

Haz el ruido que hace una rana.

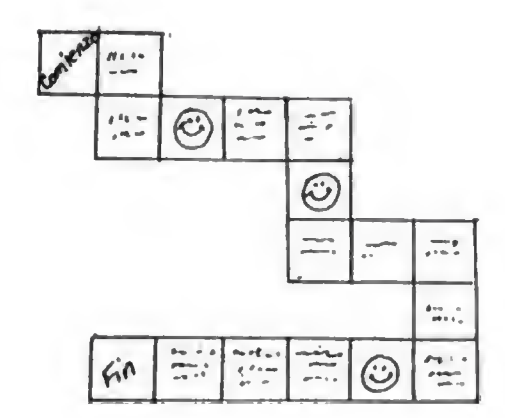
Haz que se ría algún compañero pero sin tocarlo o hacerle cosquillas.

Imita a algún cantante de moda.

Párate sobre un pie y canta algún estribillo de publicidad.

Imita a un gallo.

Procedimiento para el juego: El maestro coloca los cuadros de cartulina en el piso en forma serpenteada como se ve en los juegos de mesa. *Ver ilustración.* Los cuadros con consignas divertidas (las caritas en la ilustración) deben estar repartidos entre los otros cuadros y no estar todos juntos.



(1) Se divide el grupo en parejas. Si hubiera un número impar de alumnos, el maestro se integra para formar una pareja más.

(2) Un niño de cada pareja será el que tira el dado para saber cuántos cuadros se puede avanzar en el juego. El otro hará las veces de “pieza de juego”, parándose sobre el cuadro de cartulina que corresponda. Cada pareja inicia el juego desde el cuadro que dice “Comienzo” y avanza el número de cuadros que sacó el compañero con el dado.

(3) El niño que hace de “pieza” contesta la pregunta primero. Tiene dos oportunidades durante el juego de pedir que lo haga el compañero.

Esta actividad también se puede preparar como juego de mesa para ser utilizado por el maestro y un alumno. Para esto, se preparan tarjetas de cartulina de un mismo color (en tamaño de 8 cm. por 12) con las preguntas y se colocan en una pila a un costado. También se prepara otra pila de tarjetas de otro color con los elementos graciosos. El tablero se hace dibujando una serie de casilleros sobre una cartulina grande, marcando el comienzo y el fin. Dentro de algunos de los casilleros se dibuja una cara sonriente. Cuando el jugador llega a uno de éstos, debe sacar una tarjeta de la pila de consignas divertidas. Se utiliza un dado para saber el número de casilleros que se debe avanzar en cada turno. Cada participante tiene una ficha hecha de cartulina, una moneda o un botón, y lo va moviendo según la tirada del dado.

Juego: “La bolsa de palabras”

Esta actividad ofrece uno de los mejores métodos para comunicarse con un niño, no importa la edad. Combina el elemento de juego con la técnica de la historia y provee un contexto natural y cómodo para charlar con el niño y escuchar sus experiencias y opiniones. Este juego es una variación del juego llamado “El Kiosco” que se explica en el capítulo 5.

Materiales necesarios: Se necesita una bolsa de tamaño mediano, de papel o de tela, sobre la cual se escriben las palabras “La Bolsa de Palabras”. Debe haber una cajita de fichas (pueden ser hechas de redondelitos de cartón). Tiene que haber una caja que contiene los premios (caramelos, chicle-globos, chupetines, lápices, chocolatines, etcétera.).

Se preparan pequeñas tarjetas donde se escribe una palabra en cada una (ver la lista abajo). El maestro selecciona las tarjetas con las palabras que crea conveniente para la circunstancia que está viviendo el niño, o agregando nuevas si es necesario. Por ejemplo, si un miembro de la familia ha sufrido un grave accidente, se seleccionan las palabras que tienen algo que ver con ese hecho. La cantidad de palabras que el maestro selecciona depende del tiempo que desee dedicar al juego. El maestro coloca las tarjetas seleccionadas en la bolsa.

funeral		**adulto**		**bautismo**		**oración**		**valiente**		**papá**
operación		**accidente**		**preocupación**		**operación**		**castigo**		**niño**

divorcio		**enojado**		**enfermedad**		**amigo**		**solo**		**morir**	
llorón		**Dios**		**hospital**		**abuelo**		**insulto**		**cuerpo**	
infierno		**chica**		**miedo**		**amor**		**maestro/a**		**bebé**	
ambulancia		**estúpido**		**malo**		**cruel**		**cargada**		**cielo**	
triste		**deseo**		**iglesia**		**abuela**		**tía**		**mala nota**	

Procedimiento para el juego: El maestro inicia el juego para darle al niño un ejemplo de cómo se juega. Saca al azar una palabra de la bolsa y lo utiliza en una frase. Le explica al niño que él puede ganarse una ficha cuando utiliza la palabra que ha sacado en una frase. Puede ganarse dos fichas si cuenta una historia usando la palabra varias veces. A veces el niño se entusiasma tanto que prefiere jugar solo, sin esperar que el maestro tome su turno. No importa. La finalidad del juego es dirigir los comentarios del niño hacia elementos importantes que pueden ser la causa del problema que está viviendo. La historia que inventa ha de reflejar su propia experiencia, y el maestro atento podrá enterarse de las emociones y actitudes que están afectando al niño, y entonces podrá definir y ofrecer al niño una ayuda adecuada.

Después de un tiempo de juego, o cuando el maestro crea oportuno, el niño puede elegir un premio de acuerdo con el número de fichas que se haya ganado. A los premios se le fijará de antemano un valor, que podrán ser redimidas en fichas.

Juego: "Completar la frase"

Este método ayuda al niño a hablar de sus problemas emocionales. El maestro puede introducir la actividad como un juego y participar junto con el niño. Por lo general, el niño mayor se encuentra más cómodo escribiendo su respuesta, mientras que el niño más pequeño ha de responder verbalmente con más facilidad.

La metodología es sencilla. El maestro lleva al encuentro papeles preparados con frases escritas seleccionadas (ver abajo). Son frases inconclusas que el niño debe completar a su criterio. Si el maestro está participando junto con el niño en la actividad, se turnan leyendo las frases que han completado. El niño puede hacerle preguntas al maestro sobre sus frases y viceversa. De esta manera, se abre un diálogo sobre las áreas específicas que el maestro quiere enfocar. A continuación se dan algunas frases pero el maestro debe inventar otras que apuntan más a las áreas problemáticas en la vida del niño.

Frases sobre las emociones: No me gusta sentirme triste porque… Yo odio a… Sentí mucha vergüenza cuando… Me da miedo cuando… Estaba contentísimo cuando… No me gusta llorar porque…

Frases sobre la autoestima: Me gustaría ser más… Las chicas (los muchachos) piensan que yo… Es imposible para mí hacer… Si pudiera cambiar algo de mi cuerpo sería… Lo que más me gusta de mí mismo es… Soy diferente de los demás porque… La cosa que hago mejor es… Me gusta el colegio porque… No me gusta el colegio porque…

Frases sobre la familia: Mis hermanos deben… Mi familia nunca… Mi papá (mamá) siempre dice… Lo que más me gusta hacer con mi familia es… No me gusta cuando mi hermano… No me gusta cuando mi papá…No me gusta cuando mi mamá …

Frases relacionadas con la formación espiritual: Siempre me pregunto por qué Dios... A mí me preocupa... Yo quiero saber... Yo no entiendo por qué... Yo quisiera que Dios... Después de la muerte, la persona...

Es evidente que el maestro puede adaptar este método con facilidad a cualquier circunstancia que enfrente el niño. Si escucha con atención los detalles sutiles que emerjan en las respuestas, tendrá material en abundancia para facilitar el diálogo con el niño acerca de sus problemas.

Tarjetas de oración

El maestro puede preparar pequeñas tarjetas dobladas donde figuren los nombres de sus alumnos. El maestro los lleva a la clase en un sobre. En cualquier domingo las puede repartir a cada alumno y pedir que, durante la semana, escriban en la tarjeta algún problema que les está afectando, explicando que lo que escriben le servirá a él para saber cómo orar por sus alumnos. Se devuelven las tarjetas al maestro el domingo siguiente. El maestro debe aclarar que los pedidos de oración serán confidenciales entre el alumno y él. Después, en las semanas subsiguientes, el maestro debe ser consecuente con esta actividad y preguntarle al niño si está viendo cambios en su situación.



La Rueda de Emociones

Esta sencilla actividad es eficaz para entender las emociones de los niños. Se puede utilizar con un grupo o individualmente. Aunque este artefacto se encuentra impreso en la edición para maestros, el lector que tenga interés puede confeccionar uno. Utilizando el dibujo como guía, el maestro puede confeccionar las diferentes ruedas escribiendo a mano frases que tienen relación con las áreas de problemas que está enfrentando el niño. Por ejemplo, *El redondel grande* puede incluir estas frases:

- Alguien en mi familia está enfermo.
- Falta dinero en mi casa.
- Me castigaron injustamente.
- Se burlan de mí.
- No me dejan jugar.
- Mi maestra me grita.
- Me tengo que quedar solo.
- Para un niño que ha vivido la separación de sus padres, *el redondel grande* puede incluir estas frases:
- Mi papá no viene más a casa.
- Mi mamá (o papá) habla mal del otro.

- Mi mamá tiene un novio.
- Mamá tiene que trabajar fuera de casa.
- No me gusta tener que cuidar de mis hermanitos.
- Mi papá se va a casar otra vez.
- Mi mamá (papá) está muy triste.

En ambos casos, una de las secciones del redondel debe contener la palabra "otro" para que los niños puedan agregar situaciones que no estén incluidas entre las palabras escritas.

El redondel intermedio expresa las diferentes emociones: fracaso, tristeza, soledad, miedo, preocupación, enojo, desánimo y odio.

El redondel pequeño expresa lo que Jesús puede hacer para ayudar al niño viviendo alguna crisis: amor, compañía, aliento, paz, consuelo, valentía, ayuda y solución.

Procedimiento: El maestro explica las tres partes de la rueda al niño. Es muy importante hablar sobre las palabras que expresan lo que Jesús puede hacer para nosotros, porque son conceptos abstractos que los niños necesitan comprender.

Cuando se utiliza el redondel con un grupo o clase, cada niño toma su turno seleccionando una circunstancia que vivió alguna vez, o que está viviendo en la actualidad. Cuenta lo que ocurrió, luego selecciona una emoción de la rueda mediana y la hace coincidir con la circunstancia que eligió. Explica cómo se sentía y por qué (puede ser que elija más que una emoción). Luego busca la palabra de la rueda chica que representa lo que necesitaba en ese momento de Jesús.

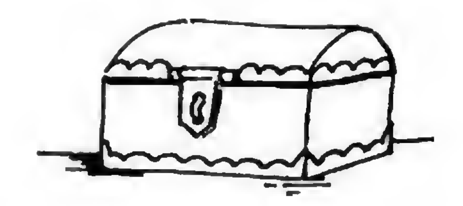
Cuando el maestro estructura privado con un alumno, puede pedir que el niño seleccione una circunstancia que está ocurriendo actualmente en su vida. Luego se procede de la misma manera como se hizo con el grupo.

Para iniciar la actividad, conviene que el maestro dé un ejemplo personal, mostrando con las ruedas las emociones que sentía y cómo Jesús lo ayudó. Cuando se haya trabajado por un tiempo con la rueda, el maestro puede orar por el niño pidiendo que pueda sentir la ayuda del Señor que necesita para su situación.

Fotografías de la niñez

Esta idea, y la que sigue, me fueron entregados por el equipo de atención pastoral para niños de la Iglesia de los Hermanos Libres "El Encuentro" de la ciudad de Quilmas, Buenos Aires, Argentina.

Un maestro con dones muy especiales para la atención pastoral al niño descubrió que podría abrir una ventana a la vida del niño compartiendo fotografías de cuando él era niño. Él había sido un niño gordo que sufrió siempre las burlas de sus compañeros y que, además, se sintió rechazado por no ser hábil para los deportes como los demás. En su encuentro con un niño que padecía circunstancias similares, le mostró una foto de su niñez y le compartió algunas cosas que para él habían sido difíciles en esa etapa de su vida. El efecto sobre el niño fue sumamente positivo. Podía ver a su maestro como alguien que se identificaba con sus luchas, pero que había podido superarlas y llegar a servir a Dios como ahora lo hacía. Esta técnica está al alcance de cualquier persona que se interesa por ayudar a los niños con sus problemas y puede llegar a ser una herramienta útil para lograr una identificación inmediata con el niño.



El cofre

Varios maestros dedicados al cuidado pastoral de los niños en una iglesia en los suburbios de Buenos Aires encontraron un método para abrir el entendimiento del niño sobre experiencias traumáticas en su vida. Llamaron su método "El cofre". El equipo de consejería había estado trabajando con una niña que hacía cuatro años había sufrido abuso sexual de parte de un pariente. Aunque el asunto se había descubierto, ella no podía hablar con nadie de lo que había ocurrido. La madre había venido buscando ayuda porque el doloroso "secreto" estaba afectando mucho la conducta de la niña. Después de trabajar un tiempo con la niña estableciendo una base de confianza, dos de los consejeros decidieron probar una idea nueva. Prepararon una caja como las que se usan para guardar joyas y la decoraron en forma muy especial. Adentro, en la bandeja superior colocaron diferentes elementos: unas flores artificiales, unas tarjetas lindas, unas pulseras y varios elementos de fiesta. Explicaron a la niña que el cofre representaba la vida de la persona, con una parte exterior que todo el mundo ve, y una parte interior que nadie lo ve. Mientras iban sacando las cosas bonitas hablaron con ella sobre el hecho de que en la vida interior las personas guardan las experiencias y los recuerdos gratos. Se pusieron de acuerdo con ella de que cada vida tiene esas cosas lindas. Pero en la bandeja inferior los maestros habían colocado una bolsa de tela que contenía una naranja podrida cubierta de moho y despidiendo un olor feo. Pidieron que la niña sacara la bolsa y cuando lo abrió, puso cara de asco al descubrir lo que contenía. Las maestras le explicaron que muchas vidas también esconden secretos feos. Le preguntaron qué efecto podría tener esa naranja podrida sobre el resto del contenido del cofre, y la niña respondió que el olor a podrido iba a impregnar todas las demás cosas. Con la ayuda de las maestras, ella comenzó a hablar de su "secreto feo" y la vergüenza que le hacía sentir. Al admitir la verdad del abuso que había sufrido, pudo llorar el dolor que había llevado a solas por tanto tiempo y recibir el consuelo y el alivio que necesitaba.

Este método se debe utilizar con niños más grandes, ya que el simbolismo del cofre resulta comprensible para ellos. El niño pequeño puede confundirse con simbolismos de este tipo. El lector encontrará sugerencias para el uso de este método en los capítulos que tratan sobre las diversas crisis de los niños.

El uso de historias

La técnica de la historia es útil con casi todas las edades de niños. A los niños les encanta escuchar historias, especialmente historias verídicas. Las historias bíblicas, por supuesto, ofrecen excelentes posibilidades para examinar con el niño diferentes aspectos de la vida con Dios. Las historias de Jesús con los niños y con personas necesitadas también le traen consuelo y aliento al niño. Pero las historias de vivencias actuales de niños ofrecen una técnica de comunicación importante. Para los niños cuyo sufrimiento es tan intenso que no encuentran palabras para expresarlo, un cuento provee un elemento indirecto y alegórico que les permite exteriorizar su dolor. Algunas de las siguientes sugerencias han sido adoptadas del libro *Pastoral care with children in crisis* (El cuidado pastoral de los niños en crisis), por Andrew D. Lester.

Algunas de las crisis en la vida del niño tienen que ver con circunstancias que llamamos crisis: la enfermedad, los conflictos entre sus padres, los problemas en el colegio, el miedo y la inseguridad por causa de una mudanza y los problemas con sus pares y con otros. Los capítulos que siguen en este libro enfocan áreas específicas de crisis en la vida de los niños. En esto de las historias, hay que tomar en cuenta que los niños de hasta ocho años de edad pueden identificarse fácilmente con el cuento de un animalito al que le pasó algo similar a su problema. Pero los niños más

grandes responden mejor a las historias de la vida real, inclusive de incidentes que vivió el maestro en su niñez, porque crean un puente de identificación.

Con un niño pequeño que acaba de vivir por una mudanza, el maestro puede decir algo así: *Hoy vamos a hacer una cosa diferente. Vamos a turnarnos contando historias acerca de cosas tristes. Yo voy a comenzar con un cuento de un perrito que lo llevaron a vivir a otra casa…* Cuando le toca el turno al niño, el maestro debe escuchar con atención para enterarse de algunas áreas de miedo o preocupación que el niño expresa mientras relata su cuento.

Con un niño más grande, el maestro puede decir: *Quiero contarte una historia de un niño como tú que yo conozco. Vivió algo parecido a lo que tú estás viviendo…* Cuando termina de relatar la historia, le explica que conoce bien al niño porque era él mismo. Averiguar si el niño quiere hacerle algunas preguntas sobre lo que le pasó. También, y logrando el mismo efecto, se puede contar la historia de otra persona conocida. La historia le da al niño la oportunidad de reconocer que otras personas enfrentan cosas similares a las que él está viviendo y esa identificación le permite aclarar puntos importantes de confusión que pueda tener.

El uso de dibujos

Por lo general, el niño se expresa en forma natural por medio del dibujo y, si es de edad escolar, ya está acostumbrado a usar diferentes medios artísticos. La expresión artística es especialmente útil en el diálogo con los niños porque no requiere ninguna capacidad verbal. La mayoría de los niños se sienten limitados por su vocabulario y les cuesta comunicar verbalmente los elementos abstractos de su vida como las emociones y los sentimientos. La técnica del dibujo, en combinación con el diálogo, proveerá al maestro la oportunidad de observar cómo el niño percibe los detalles que forman parte de la crisis, cómo interpreta esos incidentes y cómo está respondiendo emocionalmente. El diálogo que surge en base al dibujo puede ayudar al maestro a cambiar las percepciones que tiene acerca del niño y ofrecerle consuelo y guía para su situación. Para utilizar este método, el maestro debe tener a mano lápices negros, goma de borrar, crayones, lápices de color, fibras, bloc de dibujo o papel blanco.

Dibujo libre

El maestro le entrega al niño una o varias hojas de papel y le dice: *Quiero que me hagas un dibujo de cualquier cosa que te guste Yo también voy a hacer uno.* Esta actividad sirve para establecer un ambiente cómodo entre adulto y niño, porque el hecho de que los dos estén haciendo un dibujo juntos ayuda a establecer una relación de confianza entre los dos. Cuando hayan terminado, se comparan los dibujos explicando las distintas partes. El maestro no debe hacer un dibujo complicado, porque no es una competencia. Al contrario, el niño se siente muy bien si puede sugerirle al maestro algo que pudiera mejorar el dibujo que está haciendo. La finalidad principal de esta actividad es establecer en poco tiempo un vínculo de confianza.

Dibujo guiado

Cuando el maestro quiere lograr un diálogo con el niño sobre algún problema que está enfrentando, puede pedirle un dibujo que muestre algún elemento específico. Por ejemplo, en el caso de un niño que está por mudarse, puede decir: *¿Por qué no me haces un dibujo de la casa donde ahora vives pero que vas a dejar?* O, para el niño que está internado en el hospital: *¿Por qué no haces un dibujo de todo lo que te ha pasado hoy en este lugar?* O, para el niño cuya madre ha tenido una enfermedad prolongada: *¿Por qué no me haces un dibujo de cómo es tu casa sin la ayuda de tu mamá?* O, para el niño que ha estado recientemente en un accidente: *Dibújame cómo quedó el auto después del accidente.* El maestro debe estar dibujando junto con el niño, haciendo su versión de la situación de lo que puede estar sucediendo. La razón de esto es para que el maestro no esté mirando al niño mientras dibuja, porque lo pone nervioso.

Dibujar el problema

Cuando se ha logrado cierto nivel de confianza con el niño, se puede ir directamente al grano y decir: *Yo sé que las cosas han cambiado para ti desde que tu papá se fue de casa. ¿Por qué no me haces un dibujo para mostrarme cómo es tu vida ahora? Yo voy a hacer uno que muestra las cosas que yo pienso que están pasando.* Algunas cosas que el maestro puede dibujar serían: un niño atrapado en el medio entre los dos padres, un niño preocupado pensando que él tiene la culpa de la separación, un niño que siente vergüenza por su familia, o un niño preguntándose por qué Dios permitió que pasara esto (se puede usar globos con texto para ilustrar esto). Luego, cuando entren en diálogo sobre los dibujos, el maestro puede preguntar al niño si las cosas que él dibujó tienen algo que ver con lo que el niño está sintiendo.

Dibujos de cosas perdidas

Para el niño, la mayoría de las crisis tienen que ver con la pérdida de alguien o de algo. El proceso de duelo que acompaña la pérdida es profundo y resolverlo demanda un esfuerzo emocional muy grande. Cuando la persona pueda expresar lo que siente, podrá avanzar a la otra dimensión emocional, que es la aceptación de lo perdido. Por eso, es oportuno pedir que el niño haga un dibujo relacionado con sus recuerdos de lo que ha perdido porque esto ayuda para aliviar el proceso de duelo ya que le permite exteriorizar su dolor. Por ejemplo, en el caso de la muerte de una hermana, se puede dividir una hoja en cuatro partes y decir: *Miguel, vamos a dibujar algunos recuerdos de tu hermanita. ¿Qué son las cosas que más extrañas de ella? Yo también voy a dibujar algunas cosas que recuerdo de ella*. Luego comparten los trabajos, explicando los detalles que han sido dibujados. Para algunos niños, es posible que la actividad incentive lágrimas, pero esto es uno de los beneficios del encuentro. El dolor se alivia compartiéndolo. Hay muchos niños que nunca encuentran un espacio seguro donde pueden llorar. El maestro puede compartir ese momento de dolor abrazando al niño y orando por él, pidiendo que el Consolador lo ayude a llevar su dolor.

El uso de títeres

Otro método para entablar el diálogo, especialmente con niños pequeños, es por el uso de títeres. Un títere puede aliviar la tensión que se produce en el diálogo directo porque ocupa el lugar de un tercero en la conversación. Es más fácil para un niño pequeño entablar una conversación con un títere que con un adulto, especialmente si se encuentra en una situación de crisis en su vida. Por ejemplo, digamos que el maestro quiera hacer una visita a la casa de un niño enfermo. Después de saludar al niño, el maestro saca el títere y dice algo así: *Hoy traje a mi amigo Pirulín. Como él nunca estuvo en cama enfermo, mi amigo quiere saber cómo lo estás pasando.* El títere saluda al niño y luego empieza a hacerle preguntas. *¿Por qué tienes esa venda? ¿Te duele? ¿Te dan de comer cuando estás en la cama? ¿Qué cosas? ¡Menos mal! Yo creí que solamente te daban píldoras y jarabes y remedios feos para tomar. Alguien me contó que a veces te pinchan con una aguja. ¿Es verdad eso? ¿En serio? ¿Cómo es que se llama eso?* Mientras tanto, el maestro está atento a las emociones que puedan surgir en la charla entre el niño y el títere, como por ejemplo, el miedo, el aburrimiento, la soledad, la fiebre producida por la enfermedad, etcétera. Al conocer las respuestas y reacciones del niño, el maestro puede responder a ellas con consuelo y aliento espiritual.

Otra variación en el uso de títeres es tener una familia de títeres de dedo, compuesta por un títere por cada miembro del sistema familiar del niño (los padres, hermanos, abuelos y otros). El maestro, con los títeres puestos sobre su mano, inicia el diálogo con el niño a través de un cuento inventado sobre las actividades de una familia típica, dejando que los personajes "hablen" por medio de los títeres de dedo. Luego el maestro le pasa los títeres al niño para que haga lo mismo, pero inventando su propia historia. El maestro debe estar atento a la historia que relata el niño porque revelará elementos sobre el entorno familiar del niño y sobre sus otras vivencias. (*)

En una iglesia el grupo de consejeros de niños fabricó títeres hechos de medias para ser usados en sus encuentros con niños. Confeccionaron cada títere para que expresara alguna característica de la personalidad o alguna emoción. Por ejemplo, fabricaron uno hecho de colores opacos y con una expresión de tristeza; otro con cabello de lana roja y una expresión de enojo; otro vestido de payaso; y otro muy pequeño para ilustrar el hábito de desaparecer con facilidad.

Haciendo *rol-plays* (asumir un personaje), con los niños donde ellos elegían el títere, lograron que los niños asumieran la personalidad del títere y por ello reflejaran características de sus propias emociones reprimidas. Esto permitió que los maestros enfocaran ciertos aspectos emocionales que necesitaban ser trabajadas con el niño.

Todos los métodos que acabo de señalar son sencillos pero eficaces para llegar a conocer la realidad del niño. El mundo de su vida interior es complejo y a menudo inaccesible al adulto que quisiera llegar a él con ayuda. Robert Cole, un gran psicólogo de niños, declara lo siguiente: “El juego es el camino más adecuado para conocer las percepciones de los niños en cuanto a su mundo”. El maestro que desea llegar a la vida de un niño necesitado para ofrecerle ayuda pastoral, puede lograrlo cuando utiliza los métodos adecuados. El Señor puede bendecir estas técnicas sencillas para entender mejor los niveles de dolor y frustración que los niños tienen que enfrentar.

(*) Para el lector que tenga interés en los títeres de dedo, lo puede conseguir en el Suplemento que forma parte de la edición para maestros. Allí también hay sugerencias de cómo emplearlos para la ayuda pastoral.

Capítulo 7
El niño y su familia

Para el niño, su mundo es representado por su familia. Según el plan de Dios, es en el seno de la familia que el niño aprende quién es y cuál es su valor como persona. Esto será un proceso constante mientras va creciendo porque irá aprendiendo muchas cosas, como por ejemplo la manera correcta o incorrecta de relacionarse con los demás, los modales que son aceptables en la sociedad y cuáles son las capacidades que tendrá que desarrollar para poder defenderse con éxito en el mundo. En una familia cristiana, desde una temprana edad el niño tendrá la posibilidad de aprender cómo relacionarse con Dios, aunque a la vez también irá observando si hay o no coherencia en cuanto a la fe que proclaman sus padres. Este proceso de definición positiva ocurre en mayor o menor grado dependiendo en si el entorno familiar le ofrece al niño los elementos básicos de protección, alimentación adecuada, amor, respeto, correctos estímulos y límites coherentes, además de estabilidad económica. Cuando faltan todos o algunos de estos elementos fundamentales, el niño va perdiendo valor personal y se vuelve inseguro, temeroso y desconfiado, adquiriendo en el proceso una baja autoestima.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

La tarea pastoral dirigida hacia el niño nos obliga a entender las estructuras familiares que le rodean. Muchas de sus necesidades se desprenden de su relación con sus padres y hermanos y es fundamental que el maestro sepa la realidad de esta relación para poder ayudar al niño a mejorar y fortalecer sus vínculos familiares. Podemos tomar por sentado que casi todo niño tendrá dificultades en algún momento en cuanto a las relaciones interpersonales con miembros de su familia y que estas tensiones se reflejarán en sus actitudes y conductas.

La rivalidad entre hermanos

Es muy normal en toda familia que se formen actitudes de competencia entre los hermanos. Puede nacer por el favoritismo expresado por los padres hacia uno de ellos, o puede surgir por las marcadas diferencias en las capacidades que manifiestan uno u otro. Frecuentemente es el niño del medio que se siente desplazado o ignorado por los padres. También es muy común que la rivalidad exista porque son de sexos opuestos, y varones y mujeres se irritan por sus diferencias. Aunque los factores que contribuyen a esta rivalidad son numerosos y complejos, a menudo las peleas entre hermanos son expresiones del desplazamiento que sienten y el deseo de obtener de alguna manera la atención y aprobación de los padres. Para el niño que vive en un ambiente de mucha rivalidad y peleas entre hermanos, es importante que tenga en su vida a personas que lo valoren por lo que él es y que le permitan expresar sus dudas sobre su valor como persona. En esos casos, es fundamental que el maestro u otro adulto lo ayude a entender que Dios lo valora grandemente a pesar de los factores que carcomen su auto estima.

El rechazo

Hay niños que muestran a través de sus conductas agresivas que están acumulando enojo y frustración. Generalmente esto tiene que ver con las relaciones entre los miembros de la familia en donde el niño percibe, quizá erróneamente, de que es rechazado por alguien, especialmente el padre o la madre. Una vez tuve un alumno de diez años cuya agresividad en el aula había superado los límites de lo soportable. Yo sabía que era adoptado y sospechaba que su conducta tenía alguna relación con este hecho. Hablando un día con él, le pregunté por qué hacía cosas que obviamente iban a causar un rechazo por parte de los demás niños. Me contestó con una frase directa y desafiante:

—Ya estoy acostumbrado a que me rechacen —me dijo—. ¿Qué tiene?

Aparentemente, sus conductas aberrantes respondían a una lógica de niño que le decía que si ya se sentía rechazado, debería comportarse como para lograr más rechazo aún. Lógicamente, la complejidad que representa esta sensación de rechazo no necesariamente será percibida por la mayoría de las personas, ni por sus maestros, porque están con el niño por un tiempo limitado durante la semana. Y aunque el maestro pudiera percibir en el niño la sensación de ser rechazado, no es un terapeuta como para entender los factores que hayan creado esa actitud. Sin embargo, el niño que se siente rechazado necesita de un espacio donde alguien le puede ayudar a expresar lo que está sintiendo, ayudándole a manejar mejor las situaciones que producen rechazo en sus relaciones con otros. Ese espacio puede ser creado por el maestro que le ofrece pautas sencillas para exteriorizar su frustración y enojo, sin dañar a otros, y asegurándole que es aceptado y amado tal como es.

La sobrecarga emocional

Uno de los problemas más grandes que enfrenta el niño de hoy tiene que ver con lo que algunos llaman “la renuncia de los padres a ser padres”. Cuando un niño ve a sus padres abrumados frente a las circunstancias de la vida, empieza a asumir responsabilidad emocional por ellos.

—Mi papá no tiene trabajo —me compartió una niña de nueve años de edad— y yo no sé qué vamos a hacer.

La expresión de su rostro mostraba que ella se incluía entre aquellos que eran responsables por lograr una solución al problema. Yo era consciente de que la falta de empleo del padre iba a traer grandes problemas a la familia. Ahora veía que la niña estaba cargando el peso de esa circunstancia. Cuando uno tiene solamente nueve años, eso representa una sobrecarga emocional. En varias ocasiones he hablado con niños que me dicen que no comparten con sus padres sus experiencias difíciles “porque no los quiero preocupar”. No es fácil entender los factores que contribuyen a que el niño sienta una carga emocional por lo padres. Pero algo sí es cierto: de alguna manera el niño se siente culpable y cree que tiene que hacer algo. Por eso, en la tarea pastoral con los niños, es imprescindible ayudarlos a entender que esas cargas no son su responsabilidad. Uno puede decirle al niño algo así: *“Ese problema que me cuentas es un asunto de gente*

grande, no de niños. Es imposible que tú puedas hacer algo para arreglarlo. Por ejemplo, tú no puedes manejar un camión de carga porque eres demasiado pequeño, ¿verdad? El problema de la falta de empleo de tu papá es como un camión de carga para ti. Tú no puedes resolverlo. Le corresponde a la gente grande ocuparse de eso".

Los niños siempre se ven afectados por las crisis económicas de su familia. Por eso yo creo que es importante que la comunidad de la iglesia tenga estructuras en donde una familia que esté pasando necesidad económica pueda encontrar apoyo y ayuda, sea por consejería y oración, pero especialmente a través de elementos concretos como comestibles para aliviar la abrumadora situación. Este hecho ayuda para aliviar la carga emocional que el niño está llevando.

La sobrecarga de responsabilidades

Otra área de necesidad en la vida del niño surge de modificaciones que se producen en las estructuras familiares. En hogares donde trabajan ambos padres, es común encontrar que uno o varios de los niños tengan que asumir ciertas responsabilidades que corresponden a los adultos. Lo mismo se produce cuando son hijos de madre soltera o cuando se produce un divorcio entre los padres y los niños terminan viviendo con uno de ellos. En esos casos, los niños más grandes tienen que asumir responsabilidades por el cuidado de los hermanitos, viéndose limitados en cuanto a tiempo que pudieran dedicar a la recreación o a sus propios estudios. Algunos se ven obligados de encargarse de las compras de comestibles, de la preparación de comidas, de la limpieza de la casa, de lavar y planchar la ropa de la familia y, como si todo esto fuera poco, de supervisar que los hermanos cumplan con los deberes. Por supuesto, el hecho de colaborar con los quehaceres de la casa es una muestra correcta de participación en la vida familiar. Pero es otra cosa cuando el niño tiene que estar "a cargo" en forma habitual de un aspecto de la vida familiar, pues esta responsabilidad se torna difícil de soportar más aún porque el niño no tiene la capacidad de entender o resolver situaciones complejas que muchas veces pueden producirse. El niño tiene una forma egocéntrica de pensar, lo que hace que interprete las circunstancias que le toca vivir en relación con su persona y no tomando en cuenta el bienestar de los demás. Es cierto que a veces el niño se cree capaz de asumir determinadas responsabilidades, cuando en realidad no lo está.

Un hombre joven me contó de una experiencia que vivió de niño que ilustra esto. Como ambos de sus padres trabajaban fuera de la casa, cuando él volvía de la escuela tenía que ir a recoger a su hermanito de un año de edad de la casa de una vecina, para luego cuidarlo él hasta que llegara la madre. Al niño le gustaba jugar al fútbol con los niños vecinos. Una tarde le invitaron a jugar y entonces, no pudiendo resistir la oportunidad, salió a correr por la cancha con su hermanito a cuestas. En eso, un pelotazo fuerte le pegó en la cabeza del bebé, dejándolo inconsciente. El joven me decía:

—Mi gran miedo en ese momento era el castigo que iba a recibir de mis padres por lo que había pasado, y no en lo que le había pasado a mi hermanito. Nunca me olvido del terror que sentí en ese instante por no haber cumplido debidamente con mi responsabilidad.

En otros casos, la "sobrecarga" a la cual me refiero viene por actividades extracurriculares que los padres le imponen al niño. Estos padres insisten en que sus hijos se involucren en una infinidad de actividades: un programa de deportes, en clases de idiomas, en clases de música, o dibujo, o computación. A veces los padres organizan la vida de sus hijos como para que todas las tardes, después del horario normal de clases, tengan que estar participando en una u otra de estas actividades. El niño nunca tiene oportunidad de relajarse y "ser niño". Estos son niños acelerados, cuyos intereses son definidos por los padres cuyas motivaciones a veces están determinadas por querer dar a sus hijos lo que ellos no tuvieron en su niñez. El resultado de esta vida agitada es de robarle al niño la oportunidad de ser escuchado y tomado en cuenta. No hay tiempo para intercambios significativos entre niño y adulto. En esto casos, el cuidado pastoral que el maestro puede proveer al niño es darle un espacio donde será escuchado y donde puede ventilar sus preocupaciones y sus ansiedades. Sobre todo, el maestro lo ayuda a entender que tiene valor por lo que es y no por lo que hace.

Los conflictos familiares

El niño que vive en un ambiente familiar lleno de conflictos no resueltos lleva una carga emocional muy grande, que generalmente esconde. (Ver capítulos 14 y 17 sobre "Separación y divorcio" y "Abusos"). Este ambiente conflictivo casi siempre se genera por las discusiones y peleas entre los padres en sí o entre los padres y los hijos. Como estos conflictos nunca parecen resolverse, el niño empieza a culparse y llega a dudar de su propio valor como persona. Por supuesto, se sabe que en todo hogar se producen discusiones por una razón u otra. Pero es diferente el efecto cuando estas discusiones se resuelven en formas maduras y sanas. Allí el niño aprende que el enojo se puede encausar y resolver sin producir daño a otro y, aún más importante, que el perdón es una fuerza que transforma las relaciones interpersonales y sana los desacuerdos entre los padres y los hijos. El conflicto no representa el fin del mundo. Cuando las discusiones se resuelven de forma correcta, el niño aprende que puede expresar lo que siente, llegar a un acuerdo y convivir en paz.

Evidencias de problemas emocionales en el niño

¿Cómo puede el maestro o cualquier adulto reconocer las necesidades emocionales de los niños a su cargo? Aquí doy algunas evidencias:

Agresividad exagerada

El maestro observa en el niño una agresión constante hacia sus compañeros y posiblemente hacia los adultos. La agresión se manifiesta por pegar, pellizcar, tirar el cabello, usar malas palabras, o molestar a otro de cualquier forma. El niño da evidencia de carecer de recursos propios para controlar su enojo. Sus conductas impiden el desarrollo normal de la clase.

Tristeza

El maestro percibe una habitual expresión de tristeza y ansiedad en el niño que se manifiesta por su falta de interés en las actividades de la clase, por su aislamiento de los demás niños, por la expresión de ansiedad en su rostro o porque nada lo entusiasma.

Exceso de conductas para llamar la atención

El maestro empieza a darse cuenta de que está gastando más energía y tiempo en responder a los reclamos de un alumno que a atender y llevar adelante a toda la clase. Este niño insiste en acaparar la atención del maestro únicamente para él y, cuando no la recibe, toma la revancha en manifestar conductas que distraen a los demás.

SUGERENCIAS PARA AYUDAR AL NIÑO

Ser un maestro involucrado, accesible y compasivo

Es sumamente importante establecer una buena relación con todos los alumnos desde el inicio del ejercicio como maestro. Esta relación se forma por la actitud de interés, respeto, entusiasmo y compromiso que el maestro manifiesta en todo momento. También significa que uno programa tiempos antes y después de la clase para charlar con uno u otro, haciendo preguntas puntuales que muestran un interés genuino en su vida, en su familia y en sus actividades. A la vez, el maestro debe cuidarse de no indagar en forma inapropiada o insistente. El maestro toma la iniciativa en el diálogo, pero siempre respeta y afirma lo que el niño dice. Estas son algunas preguntas que se pueden hacer: *¿Cuántos hermanos tienes? ¿Quién más vive contigo en tu casa? ¿Hay miembros de tu familia que no viven más con ustedes? ¿Qué hiciste esta semana con tu familia que fue divertido? ¿Qué es lo que más te gusta hacer con tu papá… tu mamá… tu hermano… etc.? ¿En qué actividad se destaca tu hermana… tu hermano? ¿Cuál es tu actividad favorita?*

Organizar encuentros privados con el alumno

Cuando el maestro percibe que puede haber problemas en el hogar del niño, el maestro puede sugerirle al alumno que le gustaría reunirse con él en privado para conocerlo mejor y saber de las cosas difíciles que puede estar enfrentando. Entonces el maestro habla con los padres y programa el lugar y hora del encuentro de tal forma que no sea complicado para los padres en cuanto al transporte. Es importante explicar a los padres que el propósito del encuentro es conocer mejor a su hijo para ofrecerle cualquier ayuda que pueda desear. Si uno descubre que los padres resisten tal encuentro privado, es mejor no insistir.

Durante el encuentro se puede utilizar alguna de las siguientes ayudas para facilitar el diálogo con el niño.

Utilizar láminas como base para el diálogo con el niño

El maestro selecciona entre las láminas 1 a 8 (*) las que pueden reflejar la situación de la familia del niño. O sino, se puede utilizar todas las ocho láminas y hacer preguntas puntuales sobre cada uno. Éstas serían algunos de lo comentarios que se podrían hacer: *Aquí tengo una cantidad de láminas que nos van a ayudar a hablar sobre experiencias que viven los niños. A veces nos sentimos muy confundidos frente a ciertas cosas que pasan en nuestra familia. Puede ser que esto te haya pasado a ti y que sientes una preocupación por algo en tu familia. Quiero que mires las láminas para ver si hay alguna que muestra algo que pasa en tu familia. Puede ser que escojas una o varias de las láminas. Eso nos va a ayudar a charlar sobre lo que te está pasando y quizá podemos encontrar unas soluciones*.

Se invita al niño a hacer un juego juntos. El maestro coloca las ocho láminas mezcladas boca abajo y pide que el niño seleccione una al azar y que explique lo que está pasando en ella. O sino que invente una historia sobre lo que ve allí. Animarle con el hecho que para cada historia que cuente, recibirá tres fichas. Explicar que al final del encuentro él podrá usar las fichas para comprar golosinas que el maestro tiene preparadas para este fin (ver página 68).

Usar las caritas de emociones

Se utilizan las caritas para profundizar el diálogo que ha surgido en la actividad previa. El maestro puede decir: *Cuando existen situaciones dentro de la familia como las que mencionaste, sentimos muchas emociones. Vamos a ver si puedes encontrar en las caritas alguna emoción que sientes a causa de lo que estás viviendo con tu familia* (dar tiempo para que busque y explique). *Casi siempre sentimos más que una emoción. Generalmente sentimos muchas a la vez. ¿Cuál de las emociones que señalaste es la más difícil de manejar? ¿Por lo general cómo la expresas? ¿Hay otros en tu familia que quedan doloridos por tus reacciones? ¿Quieres que te ayude a pensar en otras maneras de reaccionar que no te traerían problemas? ¿Hay una emoción que te hace daño cuando la ves en algún miembro de tu familia? ¿Hay alguna emoción que te hace bien? ¿Qué es lo que está pasando cuando tu hermano (papá, mamá) siente eso? ¿Crees que hay algo que tú puedes hacer para que no sigan sintiéndose de esa manera?*

Es importante recalcar siempre que cada individuo es responsable por sus propias emociones. El niño no puede controlar el estado emocional de otra persona, pero puede hacerse responsable por sus propias conductas que contribuyen a alterar el estado emocional en otro. Debe aprender que hay una diferencia entre decir “Tú me haces sentir así…”; que es una frase que hecha la culpa a la otra persona, y decir: “Cuando pasa eso, o haces aquello, yo siento tal cosa…”; que es una frase que identifica la emoción que uno siente. No todas las personas reaccionan de la misma manera frente a un determinado acontecimiento o estímulo. Cada individuo es dueño de su vida emocional. Muchos niños se sienten culpables por las emociones expresadas por los miembros de su familia, especialmente sus padres. El maestro puede aliviarles la culpa y aclarar con cuidado la diferencia entre conductas y sentimientos.

Utilizar el juego de títeres de dedo

Los títeres de dedo se pueden usar de muchas maneras. Como actividad inicial, el niño puede seleccionar los títeres que representan todos los miembros de su familia que viven con él. Luego el maestro puede dialogar con él sobre distintos aspectos de las relaciones en la familia. Puede usar preguntas como éstas: *¿Quiénes se llevan mejor en tu familia? Colócalos juntos. ¿Quiénes se pelean cuando están juntos? ¿Cómo te hace sentir cuanto esto ocurre? ¿Quieres mostrarme tus sentimientos con las caritas? ¿Tú tienes algo que ver con esos conflictos? ¿Puedes pensar en algo que puedes hacer para no involucrarte en esas peleas? ¿Hay alguien que no está viviendo con ustedes ahora y que tú extrañas mucho? ¿Hay alguien nuevo en tu familia? Muéstrame con los títeres cómo cambiaron las cosas para ti después de la llegada de tu hermanito (o de la persona nueva). Muéstrame cómo está la familia en los momentos cuando todos lo están pasando bien. ¿Cuándo es eso? Si pudieras cambiar algo en tu familia, ¿qué sería?*

Utilizar los dibujos

Cuando se organiza un encuentro pastoral con el niño conviene tener siempre a mano papel y colores. El doctor Roberto Coles, uno de los psiquiatras de niños más famosos de los Estados Unidos, lleva siempre consigo a donde vaya papel y colores. En cualquier lugar donde se encuentre, él entabla conversaciones con niños usando solamente esos elementos, pidiendo que el niño dibuje algo. Cuando viaja a otros países, donde existe la barrera de otra cultura e idioma, igualmente él usa papel y colores para “conversar” con el niño. El dibujo le da al maestro el elemento ideal para lanzar la conversación con el niño. Se puede estimular al niño para hacer un dibujo con algunas frases como las que siguen: *Tengo la impresión que no encontraste en las láminas una que muestra lo que tú estás viviendo. ¿Quieres hacer un dibujo que lo muestre? ¿Quieres hacerme un dibujo de algo que puedes hacer para que tu familia sea más feliz? Yo voy a hacer un dibujo de eso también. Cuando terminamos, podemos explicar al otro lo que hemos dibujado.*

Definir pasos concretos para lograr cambios

Generalmente en un encuentro pastoral el maestro puede detectar algo específico que representa el problema mayor que el niño tiene en relación a su familia. No es aconsejable indagar más de lo que el niño quiera compartir. Por ejemplo, el niño puede decir: “mi madre está enferma”. En vez de preguntar qué enfermedad tiene o qué complejo es su situación, preguntar: “¿Cómo te sientes al ver que ella está así?” Por el momento, lo importante es conseguir que el niño exprese la emoción que la circunstancia pueda producir. Con la emoción o conducta que el niño haya compartido, por más escueto que sea, se puede trabajar. El maestro puede decir algo así: *Cuando uno ha podido nombrar la emoción que siente en relación a su situación familiar, el próximo paso es decidir qué se puede hacer para resolver esa emoción. Por ejemplo, si sientes miedo porque ves que tu mamá está enferma y crees que algo peor le puede pasar, ¿qué puedes hacer para calmar ese miedo?*

El maestro y el niño piensan juntos en posibles soluciones. Puede ser algo tan lógico como hablar con el padre u otro adulto en la familia explicando que el niño siente mucha angustia por lo qué le está pasando a la madre y necesita tener más información. O puede ser algo como escribirle una nota a la mamá admitiendo el temor que siente y pidiendo que le explique lo que está pasando. Juntos, el maestro y el alumno, deciden cuál es la mejor solución. Si se trata de otras circunstancias y emociones que están afectando las emociones y conductas del niño, se puede identificarlas y definir formas de ir modificándolas a través de esfuerzos diarios. El maestro puede sugerir “La solución del semáforo” para que el niño haga un control diario de los cambios en su conducta. *Ver apéndice*.

Este paso de fijar conductas alternativas es sumamente importante en el encuentro pastoral porque le permite al niño adquirir una sensación de control sobre la situación problemática que le está afectando. Por supuesto, no necesariamente se va a solucionar el problema de raíz. Pero la ayuda que el niño percibe es que hay un adulto que lo escucha, que le da validez a sus problemas y que está a su lado para encontrar soluciones. Esto en sí le provee al niño sobrecargado un alivio enorme, y se va del encuentro con la sensación de haber sido ayudado. Encuentra esperanza para la circunstancia que está viviendo.

Conclusión del encuentro

El maestro debe terminar su encuentro pastoral con el niño orando con él. Es conveniente que el maestro tenga a mano su "Libreta de Oración" donde puede anotar las peticiones específicas que el niño ha compartido sobre los problemas de su hogar. Para que el niño tenga evidencia de la importancia que el maestro la da al encuentro, debe ir anotando lo que el niño le va dictando, siempre con el compromiso de guardar absoluta confidencialidad en cuanto a la información que ha recibido. Si el niño lo desea, él mismo puede orar por la situación que está enfrentando, pidiendo la ayuda de Dios para cumplir con los pasos que ha acordado con el maestro. Luego el maestro ora pidiendo por el problema del niño y por su familia.

Capítulo 8
El niño y sus pares

Roberto, un niño de 10 años de edad, había sido un problema en la clase desde el primer domingo que asistió. Sus tíos, que asistían a la iglesia, lo traían obligado a la Escuela Dominical. Él no tenía ningún deseo de estar allí y se desquitaba haciendo todo lo posible para molestar a sus compañeros de la clase. Usaba palabras sucias, sus modales eran groseros y su creatividad en inventar maneras de irritar a su maestra y a los demás niños no tenía límites. Un domingo, cuando Roberto faltó a la clase, la maestra habló con los alumnos sobre el problema y pidió sugerencias de ellos sobre cómo cambiar la situación. Los niños ofrecieron una variedad de soluciones, desde "prohibirle que venga más a la clase" hasta "hablar con él para saber por qué se estaba portando de esa forma". Todos acordaron de orar por él. En los domingos subsiguientes, la maestra tuvo dos encuentros privados con Roberto al finalizar la clase. Descubrió que era un niño atormentado por un pasado lleno de rechazo y maltrato por parte de sus padres. Aunque los tíos lo habían recogido en su hogar, la carga emocional que llevaba el niño lo descargaba casi diariamente contra ellos por intercambios verbales tensos e hirientes. Sin embargo, los dos encuentros con la maestra produjeron algunas leves mejoras en su conducta. Pero el cambio grande en él se vio cuando la clase festejó como sorpresa su cumpleaños, regalándole un reloj que había soñado tener por mucho tiempo. Con ese festejo Roberto se sintió aceptado y valorado por sus pares y eso incentivó un cambio en su forma de comportarse con el grupo.

Somos por naturaleza seres sociables. A partir del momento en que el niño empieza a asistir a una guardería o jardín de infantes, su mundo se expande rápidamente para incluir a otros niños, quienes llegan a ser sus pares. Hasta entonces ha vivido protegido en su hogar, relacionándose con los hermanos si los tiene, y los contactos con los niños vecinos han sido controlados en alguna medida por los padres. Pero ahora al asistir al jardín se intensifica la complicada tarea de aprender cómo socializarse con otros, un proceso que le traerá grandes satisfacciones y angustias el resto de su vida. En situaciones donde el niño está con sus pares, uno ve surgir diferentes características en cada niño en cuanto a cómo se relaciona con otros. Estas diferencias tienen que ver con varias elementos: el temperamento de cada niño, su nivel de maduración en el proceso evolutivo de su crecimiento, el tipo de crianza que recibe en su hogar y su propia seguridad y autoestima. Los que trabajamos en la educación y el pastoreo de los niños tenemos que reconocer estos rasgos individuales y tratar de manejarlos de tal forma que produzcan una correcta socialización en el niño.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

¿Cuáles son, entonces, algunos de los factores que producen tensión y angustia emocional para el niño en sus relaciones interpersonales con sus pares?

La discriminación

Los niños son notorios en su capacidad de incluir o excluir a un niño de un determinado grupo. Muchas veces el niño "víctima" no identifica ni entiende cuál de los códigos están manejando sus pares. Por ejemplo, el rechazo puede producirse sobre la base de la vestimenta, la raza, el color de piel, los amaneramientos, la habilidad deportiva, la importancia o no que tiene su familia en la comunidad, o el tiempo que ha estado en el barrio o el colegio. Lo interesante es que estos códigos que definen aceptación o rechazo van cambiando continuamente. El niño que se siente rechazado y excluido sufre muchísimo. Se siente agredido emocionalmente. Cada muestra de rechazo carcome su auto estima. Cuando se vive una serie de experiencias de rechazo en la niñez, la persona llega a ser un adulto inseguro con una autoestima destruida. Por eso, el maestro debe estar atento a situaciones en donde percibe que un niño está siendo discriminado o rechazado para poder corregir, en lo posible, las actitudes de los otros niños. Los niños pueden entender el efecto dañino de la discriminación. También pueden entender la importancia de demostrar una actitud de aceptación para con los compañeros, tal como son. La iglesia ofrece un contexto muy especial en donde el amor de Cristo se puede ensalzar y donde los niños pueden tomar conciencia de sus perjuicios y tratos discriminatorios para luego corregirlos, demostrando respeto y consideración por cada uno de sus pares.

La competencia

El hábito de compararnos con otros es parte de la vida y puede ayudarnos a lograr y mantener un correcto equilibrio en nuestro concepto propio. Sin embargo, es muy común que el niño sienta que está siempre compitiendo con otros, y cuando no llega a la medida de sus pares en cualquier actividad, se cree un fracasado. Los factores que contribuyen a este sentido de competencia son muchos. Puede tener su base en el hogar, en donde el niño se siente en competencia constante con sus hermanos por la atención de los padres. Puede darse por las profundas dudas que acarrea en cuanto a su propio valor como persona. Cual fuera la causa, en todo grupo siempre hay alguno que quiere ganar o sobresalir siempre. El maestro puede encontrarse en un dilema cuando reconoce esta realidad en uno o varios de sus alumnos. Hay que reconocer que el niño básicamente está luchando con su propia inseguridad y entonces trata de compensar con un esfuerzo desmedido por esmerarse en una o muchas actividades. Lo opuesto del niño muy competitivo es el niño inseguro, que nunca quiere participar en una actividad donde haya la posibilidad de perder. Este niño necesita ser ayudado para no temer a los desafíos porque, ante todo, es aprobado por Dios como persona, no importa si pierde o gane, o si es más o menos diestro en alguna actividad. La constante tarea del maestro es edificar seguridad en el niño.

La agresividad

Hay niños que solamente saben relacionarse con otros por medio de las agresiones. Es común que en un grupo de niños el maestro observe en algunos tratos agresivos contra sus compañeros, tanto verbales como físicos, y se sienta impotente para resolverlo. El niño que es el blanco de la agresión de otro a menudo resiste volver a la iglesia. A la vez, el niño agresor frecuentemente es marginado por los demás hasta que también él decide no seguir más en la clase. Pero la agresividad no es una conducta común en todo niño. Al contrario, se refleja en algunos que por lo general esconden por esa conducta la confusión y frustración que llevan adentro. Un maestro llegó a saber que un niño sumamente agresivo en su clase escuchaba todos los domingos una discusión entre sus padres que consistía más o menos en el mismo intercambio verbal:

El padre: ¡No me digas que vas a llevar al nene otra vez a esa iglesia! ¡Lo vas a transformar en un maricón!

La madre: Sí que lo voy a llevar. Dejarlo aquí contigo solamente le hará más daño. ¿Quién sabe a dónde serías capaz de llevarlo?

No es de sorprender que, tras ese tipo de pelea en la casa, el niño en cuestión entrara en la iglesia como un terremoto, persiguiendo a los niños más pequeños, molestando a sus pares y faltándole el respeto a sus maestros. El maestro puede ofrecer ayuda a un niño así. Debe empezar ayudándolo a hablar de la confusión que le producen las

peleas entre los padres y la frustración que siente por las opiniones encontradas que expresan. La agresión del niño refleja la impotencia que siente al no saber cómo resolver este conflicto. El maestro puede ayudar al niño a entender que su agresión le daña emocionalmente y lo margina de sus compañeros. También lo ayuda a entender que él puede moderar sus conductas porque conoce al Señor, quien fue coherente en todo, y él le ayudará a lograr coherencia y equilibrio en su vida.

La timidez

El niño tímido se encuentra sin las habilidades necesarias para entablar relaciones interpersonales con sus pares. No sabe qué hacer ni qué decir. No sabe cómo acercarse a sus compañeros para formar amistad. Su timidez lo aísla aún más y como consecuencia, busca desaparecer en medio del montón. Para el maestro, es muy fácil pasarlos por alto o hasta ignorarlo completamente. A veces la timidez es el resultado de maltrato en el hogar; a veces es el producto de haber sido ignorado por sus padres. Hay niños que vienen de hogares donde reina el silencio porque nadie conversa y nadie toma el tiempo de escuchar al otro. El niño huérfano y el hijo de madre soltera frecuentemente son tímidos porque carecen del apoyo emocional que les daría seguridad personal. Niños que vienen de esas situaciones necesitan una ayuda especial. Para empezar, necesitan mucho afecto, como también afirmación en cuanto a su persona y sus habilidades. Necesitan sentirse escuchado, para luego comenzar a entender algunas de las emociones que manejan y que han creado su inseguridad. Además, necesitan aprender algunas técnicas sencillas que lo pueden ayudar a relacionarse con seguridad con los demás.

Cómo reconocer que existe problemas en las relaciones interpersonales de los alumnos

Cuando se ve que el niño es discriminado por sus pares

El maestro observa que los demás niños de la clase no quieren sentarse a su lado, hablan mal de él cuando no está presente o expresan su rechazo de forma abierta.

Cuando un niño deja de asistir a la clase, aunque sigue viniendo a la iglesia

El maestro trata de identificar las actitudes expresadas por los niños de la clase que han sido las causas por las cuales el niño se haya sentido incómodo y rechazado y no quiera asistir más, aun cuando el niño no haya expresado o admitido estas reacciones. A veces la causa radica en algo que tiene que ver con el maestro mismo: un cambio repentino en su manejo de la clase; un malentendido entre el maestro y alumno; una percepción equivocada en relación a un comentario hecho por el niño; una resistencia a tener que cambiar de maestro o de clase.

Cuando surgen problemas entre los alumnos durante las actividades competitivas

El maestro reconoce que teme estructurar juegos o actividades que requieren que haya un ganador y un perdedor, porque se produce tensión en la clase. Algunos niños habitualmente se enojan y la finalidad de la actividad se disipa por los resultados contraproducentes de la competencia en sí.

Cuando las palabras y conductas agresivas de algún alumno interrumpen el desarrollo de la clase

El maestro observa que la agresión de un niño no mengua a pesar de todos sus esfuerzos, sino que se va intensificando. El niño agresivo expresa cada vez más su rebeldía para llamar la atención o para imponer cierto control sobre la situación.

Cuando la timidez de un niño le impide que participe plenamente en las actividades de la clase

Aunque el maestro pueda lograr una interacción fluida y cómoda con el niño a nivel individual, observa que su tendencia en la clase es aislarse de sus pares, no hablando con ellos y evitando formar amistades.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

El maestro es la persona que debe establecer pautas en cuanto a no permitir la discriminación en su clase. Cuando hay evidencia de discriminación o cuando surge de parte de los niños algún comentario discriminatorio contra un compañero, el maestro debe contradecirlo inmediatamente. Se puede reaccionar de esta forma: *José, escuché que dijiste que no querías sentarte al lado de Miguel porque es…* (repetir la expresión que usó José). *Tú estás equivocado en lo que dijiste. Todos somos diferentes en nuestra manera de ser, pero todos somos iguales a los ojos de Dios. En esta clase todos nos respetamos como Dios nos respeta.* El maestro debe establecer como regla básica para la clase que nadie puede dañar a otro, ni con palabras ni con conductas, y debe insistir en que la regla se cumpla siempre. Si un alumno persiste en actitudes discriminatorias hacia otros, estructurar un encuentro personal con él para descubrir las raíces de su actitud y ofrecerle ayuda para cambiar.

Primera solución: estructurar actividades que permitan que los alumnos se conozcan mejor. Debido a que las familias de la iglesia vienen de muchos barrios, los niños de una clase generalmente se ven solamente los días domingo y por tanto, no tienen oportunidad de formar vínculos de amistad entre sí. Para corregir esto, se puede hacer algunas de las siguientes actividades: planear salidas y paseos juntos; organizar un campamento de un fin de semana; estructurar actividades en grupo donde todos participan en la creación de trabajos artísticos; celebrar juntos los cumpleaños; hacer proyectos en bien de otras personas o de la comunidad (levantar papeles en una plaza). Todas estas actividades en grupo ayudan para formar amistades entre los participantes.

Segunda solución: organizar encuentros individuales con el alumno que manifiesta actitudes discriminatorias. Es importante que el alumno no perciba este encuentro como una disciplina o como obligado por "ser diferente" o "problemático". El enfoque de la ayuda pastoral no es de disciplina, sino de encontrar formas de ayudar al niño a expresar sus emociones y hablar de sus problemas, con la meta de resolverlos. El maestro puede lograr esto usando algunas de las ayudas que se sugieren a continuación.

Ayudando al niño agresivo

En un encuentro individual, el maestro puede colocar las láminas 9, 21, 22, 23, 26, 81 (*) sobre la mesa y decir algo así: *Cada uno de nosotros tenemos diferentes maneras de relacionarnos con los demás. Algunos han aprendido formas de hacerlo que hace que sean queridos y buscados por otros como se ve en esta lámina* (Mostrar Lámina 21). *¿Qué te parece que son algunas cosas que este niño hace para que otros quieran ser su amigo?*

A veces nos relacionamos con otros solamente para sentirnos importantes o para que nos tomen en cuenta. En estas láminas hay niños que están usando diferentes maneras para convencer a los compañeros que son importantes. ¿Quién está usando su aspecto físico para eso? ¿Quién está poniendo en ridículo a otro para que los demás lo ignoren? ¿Quién está insultando a otro para rebajarlo y hacerse él como siendo mejor? ¿Quién está atemorizando a otro para sentirse importante? ¿Quién usa sus pertenencias para darse valor? Si tus compañeros de clase de la Escuela Dominical te identificaran con alguna de estas láminas, ¿cuál te parece que elegirían? ¿Tendrían razón o no?

Luego el maestro coloca las caras de emociones sobre la mesa y dice: *A veces nos ayuda entender qué está pasando dentro de nosotros cuando mostramos ciertas actitudes frente a los demás. ¿Puedes seleccionar algunas caritas que muestren lo que tú sientes cuando estás en la clase? ¿Hay algo que yo puedo hacer para que te sientas mejor en la clase?*

De acuerdo con lo que el niño comparta dentro de este encuentro individual, el maestro puede planear con él algunos pasos concretos para corregir sus actitudes y mejorar su manera de relacionarse con los demás.

Ayudando al niño tímido

En un encuentro individual, el maestro puede colocar sobre la mesa las láminas 19, 20, 22, 23, 24, 27, 37, 38 (*) y decir: *Aquí hay unas láminas que muestran situaciones que a veces se dan entre los niños. Algunas muestran a niños que parecen ser muy seguros de sí mismos. ¿Cuáles son? Otras muestran a niños que están pasando un mal momento por alguna razón. ¿Cuáles son? ¿En cuál de las láminas se ve a un niño que está sufriendo mucho? ¿Me puedes decir por qué? ¿Con cuál de estas láminas te puedes identificar? ¿Puedes mostrarme con las caritas de emociones las cosas que te parece que ese niño está sintiendo? ¿Te sientes así algunas veces en nuestra clase? Yo te voy a señalar las caritas que muestran lo que a mí me gustaría que sientas en nuestra clase. ¿Qué puedo hacer yo para que tú estés más a gusto en la clase?*

De acuerdo con lo que el niño comparta, el maestro puede planear con él algunos pasos concretos para ir resolviendo su timidez.

Ayudando al niño que es intensamente competitivo

En el encuentro, el maestro puede usar la lámina 37 (*) e iniciar un diálogo de esta manera: *¿Tú puedes explicarme lo que está pasando en esta lámina? ¿Por qué están tan enojados los muchachos? ¿Qué te parece que están gritándose? ¿Cómo se sentirá el niño que no pateó la pelota? Muéstrame con las caritas lo que puede estar sintiendo ese niño. ¿Hay alguna otra manera de reaccionar frente a esta situación que no le haría sentir lo que acabas de señalarme? ¿Puedes inventar un diálogo diferente que podrían tener entre sí estos muchachos? A veces en nuestra clase observo que te hace mal perder en un juego o en una competencia, y creo que algunas de las cosas que dices les duelen a tus compañeros. ¿Hay algo que yo puedo hacer para ayudarte a no reaccionar así?*

De acuerdo con lo que el niño comparta, el maestro puede planear con él algunos pasos concretos para reconocer y cambiar sus reacciones cuando hay actividades de competencia.

Finalmente, termino señalando que el uso de las láminas y las caritas (que se encuentran en el Suplemento a este libro) pueden servir de muchas maneras para ayudar al niño a dialogar sobre sus problemas personales, en este caso su relación con sus pares. Aunque todas las circunstancias de hogar, escuela y medio ambiente que viven los niños son distintos, los elementos básicos de su personalidad son similares. Hay muchos niños que necesitan la ayuda de un adulto para corregir y cambiar sus actitudes y conductas que entorpecen las relaciones interpersonales entre sus pares.

Conclusión del encuentro

Al ir terminando la sesión privada con el niño, el maestro puede pedir su orientación para anotar en su libreta de oración algunas peticiones que tienen que ver con la situación de la cual han estado hablando juntos. Luego, los dos pueden orar pidiendo la ayuda del Señor para lograr los cambios deseados. El maestro puede pedir que el Señor le dé al alumno paciencia, tranquilidad, valentía y respeto para crear buenas relaciones con otros.

Capítulo 9
El niño y la escuela

Mi esposo y yo habíamos vuelto a la Argentina después de vivir un año en los Estados Unidos. Nuestra hija, que en ese momento tenía ocho años de edad, estaba tratando de adaptarse al nuevo colegio en el barrio donde nos habíamos mudado. Era un desafío que todos los días le causaba frustración. Había perdido el uso fluido del español por haber usado únicamente el inglés durante nuestra estadía en Norteamérica y eso intensificó la fragilidad de su autoestima que diariamente parecía estar al punto de derrumbarse totalmente. Recuerdo una tarde cuando todo hizo crisis. Al llegar del colegio vino corriendo a mi escritorio, se subió a mi falda, me abrazó fuerte y estalló en llanto. Recuerdo que lloró desconsoladamente por unos minutos. Yo la acariciaba sin decir nada, esperando escuchar algún relato de terror sobre los acontecimientos de su día. Para mi sorpresa, cuando se había calmado un poco y le pude preguntar lo que había pasado, me contestó con firmeza:

—Nada. ¡No pasó nada! —insistió—. Necesitaba llorar un poco, nada más. ¿Qué hay para comer?

Y salió corriendo hacia la cocina con su equilibrio emocional aparentemente reestablecido. Yo, en cambio, me quedé sentada unos instantes con una sensación de gran alivio, dando gracias a Dios de que mi hija había pasado un día más en el "turbulento mundo" de la escuela y sin ninguna crisis de mayor envergadura.

No se puede tratar el tema de la pastoral al niño sin entender la importancia que tiene la escuela en su vida. Todo padre sabe cuánto puede variar el bienestar emocional de su hijo o hija según las experiencias que haya tenido ese día en el colegio. Su autoestima se eleva o se desploma de acuerdo con los incidentes que vive en ese entorno, determinado muchas veces por las calificaciones que recibe o de las notas de evaluación que envía a casa su maestro. Aunque todo niño siempre ha vivido bajo las presiones que representa su rendimiento escolar, hoy el ambiente de la escuela es más complicado. Una de las áreas de cambio, especialmente en las grandes ciudades, es la amenaza de la compra y uso de drogas. Otra es la sexualidad precoz, estimulada por la televisión, las modas y las diversas formas de entretenimiento. Otra es la violencia que está en todas partes en el ambiente escolar. A veces se demuestra por portar armas a la escondida y amenazar con ellas a compañeros y hasta a los maestros. Hoy es común ver en las escuelas públicas y privadas a policías en la entrada y celadores en los pasillos y los patios para tratar de controlar la delincuencia que ha llegado a formar parte de la cultura escolar.

Aunque el maestro de la escuela dominical hace su labor en otro ambiente, no puede menos que observar las evidencias de estos problemas en las conductas de sus alumnos los días domingo porque los niños vienen cargados con las tensiones creadas por su escuela secular. El maestro no será eficaz en la enseñanza de la Biblia ni en la ayuda espiritual que ofrece al niño si no toma en cuenta el efecto de estas experiencias en la vida de sus alumnos.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

Las circunstancias vividas en la escuela alteran al niño y siembran confusión, inseguridad y temor. A veces esa tensión se evidencia en el hecho que el niño se muestra desmotivado para estudiar o hasta resiste asistir a la escuela. También se demuestra por un constante estrés causado por sentirse incapaz ante las exigencias de los deberes o de las pruebas. A veces se demuestra por estar marginado de sus compañeros y sumergido en una profunda soledad. El colegio, por ser el centro de su mundo por muchas horas del día, contribuye a que el niño sufra diversos problemas.

El problema de cambios en la autoestima

Debido a sus limitadas experiencias de vida, el colegio adquiere para el niño enorme importancia donde su valor como persona es puesta continuamente a prueba. El contexto de esa prueba es su rendimiento escolar. A veces un maestro puede destruir la autoestima de un alumno por un trato injusto. En una ocasión, observé como una mujer adulta estalló en lágrimas al contar delante de un grupo de personas un incidente que ocurrió cuando de niña en la

escuela primaria una maestra la había humillado frente a la clase. Los que formábamos su audiencia quedamos impactados al ver cómo ella revivía la emoción y el dolor de algo que había ocurrido veinte años antes. Este incidente ilustra el daño que se produce en la autoestima cuando el niño no recibe la aprobación que busca.

Todo niño necesita de ayuda para saber que lo que él ES como persona representa un valor que no cambia, y que lo que HACE es otra cosa. Por ejemplo, si un niño saca una mala nota en un boletín, no significa que es estúpido (a veces los adultos que conforman su hogar le hacen tal acusación). Más bien debe ser ayudado a entender que es una persona inteligente, y la mala calificación se debe a que no entendió las lecciones o que no se aplicó lo suficiente en cumplir con los deberes o, posiblemente, que el maestro no supo explicar los conceptos con claridad. Además de su rendimiento como alumno, la autoestima del niño es afectado por la relación que logra con sus compañeros de clase. Supe de una niña que cayó enferma al saber que una compañera de clase había invitado al resto de la clase a su fiesta de cumpleaños, pero no a ella. La sensación de rechazo fue tan aplastante que no quiso levantarse de la cama por varios días. Para el adulto es difícil entender el enorme efecto que tiene en el niño la aceptación o el rechazo, pero esto se debe a que la autoestima del niño es aún muy frágil.

Conflictos de valores

El niño que viene de un hogar cristiano casi siempre va a tener problemas en el colegio. En su hogar y en su iglesia está aprendiendo valores cristianos. Pero cuando trata de aplicarlos o vivirlos en el ambiente de su colegio, va a descubrir que otros no tienen o aceptan estos valores. El colegio es donde se producen los primeros choques. Descubre que lo que le enseñan en la iglesia no lo creen ni lo practican sus compañeros. Por ejemplo, cuando se niega a copiarse en los deberes o en una prueba, encontrará que los demás se burlarán de él. El hecho de copiarse, de mentir, de usar malas palabras y términos groseros, o aún de robar, son conductas totalmente aceptados y hasta admirados por lo compañeros del colegio. El niño que trata de vivir con valores cristianos pone en juego sus amistades y se expone a la incomprensión y la burla. Dado esta realidad, el maestro cristiano necesita dar lugar para que el niño exprese sus dudas sobre lo que cree y su desilusión por encontrarse con el rechazo de sus valores. No debe sentirse juzgado por verbalizar el conflicto que estos valores producen en él y el rechazo que siente de parte de sus compañeros de colegio. El maestro debe enfatizar que esto es normal pero que los cristianos podemos aceptar esto porque tenemos la presencia del Señor con nosotros para darnos fuerza ante la incomprensión y oposición de otros.

Temor al fracaso o al éxito

Muchos niños viven sintiéndose amenazados continuamente por creer que no son capaces de cumplir con los desafíos intelectuales que establece el colegio. Temen que los padres van a descubrir que su rendimiento es inferior a lo que ellos desean, y que van a ser castigados por no llegar esa medida. A veces se intensifica su temor por el trato que reciben de una maestra "gritona" y las amenazas que ella utiliza para tratar de conseguir un esfuerzo mayor de parte de los alumnos. La tensión que este temor produce en el niño puede tener efectos físicos (dolor de estómago o de cabeza) y emocionales (dificultad para concentrarse o de dormirse de noche). Estos niños viven creyendo que la aprobación de sus padres, su aceptación en la familia, y hasta el amor que reciben de ellos depende de un buen rendimiento en el colegio, ¿cómo no van a temer al fracaso? Pero este problema tiene otra cara. Me refiero a lo que pasa cuando el niño viene de una familia en donde los padres son prácticamente analfabetos y ellos reconocen que son incapaces de proveer al hijo un apoyo académico adecuado. Hay casos en donde los padres se sienten tan inseguros frente a los logros escolares de sus hijos que comienzan a burlarse de sus logros, hasta haciéndoles sentirse avergonzados por lo que están aprendiendo. Estos niños viven con una gran confusión, queriendo por un lado superarse para no estar limitados como lo están sus padres, y por otro, llevando un sentido de culpa por gozar de sus logros académicos.

Problemas de socialización

Para muchos niños, el colegio representa una serie de situaciones sociales complicadas. Está tratando de insertarse en un mundo donde los códigos de convivencia son muy diferentes de los que representa su hogar, especialmente cuando se trata de un hogar cristiano. Por ejemplo, quizá en el entorno familiar se le ha enseñado al niño que no debe pelearse con sus hermanos. Pero en los recreos del colegio aprenden muy pronto que los niños agresivos y peleadores son los que tienen poder sobre los demás. Al no defenderse llegan a ser víctimas. O quizá en su hogar aprendieron a no usar malas palabras ni frases groseras. Pero encuentran entre sus compañeros de colegio que esas palabras y frases forman parte normal del vocabulario de la mayoría. Muchos niños pequeños son aterrorizados por alumnos de los grados superiores con amenazas de ataques físicos. Supe de una niña de segundo grado que los padres le daban diariamente unas monedas para comprar golosinas en los recreos. Pero este hecho fue descubierto por un niño de quinto grado que empezó a quitarle las monedas todos los días. La niña le tenía tanto temor que no tenía la valentía de contarle a los padres, muchos menos a la maestra, por temor a lo que el muchacho podría hacerle. Por fin un compañero vio lo que estaba pasando y fue a contarle a la maestra, quien intervino para hacer justicia. Circunstancias como éstas, producidas entre los mismos niños, hacen que se crea enorme confusión y ansiedad para algunos. La probabilidad de conflictos y maltrato se agudiza porque el niño siente como prioridad el hecho de ser aceptado por sus compañeros y mantener amistades en ese medio donde vive la mayor parte de su día. Si no tiene acceso a algún adulto que lo pueda orientarlo en cuanto a los parámetros que debe definir al cristiano en un mundo con otros valores, es probable que el niño empiece a adoptar una especie de vida doble: lo que vive en el colegio donde se acomoda a los valores aceptados por todos, y lo que se vive en su casa donde predominan los valores cristianos. Ese hábito será difícil de modificar en años posteriores. En relación a este tema, es necesario señalar que muchos padres cristianos no ofrecen un apoyo emocional a sus hijos porque no los escuchan cuando tratan de compartir su confusión en cuanto a las diferencias en los valores morales o cuando tratan de confesar alguna experiencia en el colegio que les ha hecho daño. Como esta es una realidad difícil de corregir, creo que la esperanza está en el maestro de Escuela Dominical que se involucre en la vida de sus alumnos para ofrecerles la dimensión de apoyo que tanto necesitan.

Evidencias de problemas en el niño

Cuando haya pérdida de interés o se resiste a asistir al colegio

No es extraño que los padres comenten esta situación con el maestro de la Escuela Dominical, buscando ayuda para resolver esta actitud de parte de su hijo. A veces el niño mismo da evidencia de su rechazo del colegio, quizá en forma indirecta como cuando el maestro trata de involucrarlo en trabajos participativos o manuales en la clase. Esta reacción puede ser inconsciente por parte del niño, pero no obstante lo expresa enfáticamente: "¡No quiero leer!" o "No me gusta escribir" o "No quiero hacer eso". Si el maestro percibe de parte del niño un rechazo a toda actividad estructurada, es probable que necesite ayuda para dar expresión a los factores que están creando su problema.

Cuando haya cambios en su rendimiento escolar

Uno percibe que hay un problema cuando el niño comienza a demostrar problemas de aprendizaje, cuando se muestra indiferente en cuanto al cumplimiento de los deberes o cuando se producen otros cambios en sus hábitos de estudio, especialmente si anteriormente no los tenía. Esta situación generalmente va acompañada por un cambio en la autoestima del niño. Se vuelve incomunicativo, quiere aislarse de los demás miembros de la familia, o pasa mucho tiempo encerrado en su cuarto. Algo ha pasado en el hogar o en el colegio que ha creado este cambio en el niño.

Cuando tiene problemas para relacionarse con los compañeros de clase

A veces las evidencias de este problema se ven por las agresiones que se manifiestan entre uno u otro de los niños. El maestro puede deducir que existen problemas no resueltos en la vida del niño agresor y que se manifiestan estando en situaciones donde tiene que relacionarse con sus pares. Aquí se produce una circunstancia curiosa. Digamos que

durante la clase un domingo un alumno llega a admitir que ha sacado una mala nota o ha fracasado en un examen esa semana. Casi siempre el mismo niño empieza a lanzarse frases despreciativas queriendo que sus compañeros lo escuchen: ¡Soy un estúpido! ¡Soy un tonto! ¡Qué burro que soy! Es probable que él haya escuchado estas expresiones dirigidas hacia él en su casa o en el colegio. Él se atribuye esas características, porque cree que se las merece. Con esa actitud de autodesprecio este alumno se niega a participar en la clase, quizá a no leer un versículo en voz alta o a contestar alguna pregunta, porque teme la burla de sus compañeros. La consecuencia de esto es que los niños de la clase de Escuela Dominical pueden empezar a usar las mismas frases despreciativas en relación al niño, porque no lo creen capaz de aportar algo positivo al grupo. Entonces él intuye el mismo rechazo que siente en la casa o en el colegio. La clase de Escuela Dominical se convierte en un reflejo del problema vivido en el hogar y/o el colegio.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Organizar encuentros privados con el niño

Utilizar las láminas 20, 27, 28, 29, 30, 32 (*) y las caritas de las emociones. El maestro pude iniciar la conversación con el niño haciendo referencia a lo difícil que es para un niño de su edad manejar todas las circunstancias que representa el colegio. Explicarle que el motivo del encuentro es su deseo de entender mejor lo que le puede estar pasando en relación al colegio, para luego encontrar juntos las soluciones que sean posibles. Si existe poca confianza entre alumno y maestro, el juego "El Kiosco" (ver página 68) puede ayudar en abrir el diálogo. Si ya existe bastante confianza en la relación maestro/alumno, un diálogo abierto utilizando las láminas puede ser suficiente. El maestro empieza diciendo algo así: *Yo tengo la impresión de que estás enfrentando algunas situaciones difíciles en el colegio. A veces los problemas que tienen los niños allí tienen que ver con las cosas que se ven en estas láminas. ¿Tú ves algo aquí que es similar a algo que te está pasando? ¿Quieres contarme algunos detalles? Me ayudaría saber algunas de las cosas que eso te hace sentir. ¿Me puedes mostrar con las caritas lo que estás sintiendo frente a este problema?*

Es probable que el maestro se dé cuenta desde un comienzo que los problemas que tiene el niño en el colegio están radicados en la dinámica familiar. En este caso, invitar al niño a mirar algunas láminas de familias para ver si encuentra en alguna de ellas algo que explica lo que le esté pasando en su hogar. El maestro tendrá que determinar si la situación demanda una ayuda más profesional y de qué manera buscar esa ayuda. De todos modos, su responsabilidad pastoral se limita a la vida del niño en cuestión y no en la problemática de los padres. Si lo que surge es algo complicado dentro del seno familiar, el maestro no debe llevarlo a niveles mayores (intervención pastoral o psiquiátrico) sin pedir primero el permiso del niño. El encuentro siempre debe terminar con oración, haciendo referencia al problema.

Formular con el niño pasos concretos para iniciar una resolución al problema

Una forma de empezar con esto es ayudarle a definir y adoptar mejores hábitos de estudio. Muchas veces se toma por sentado que el niño ha de recibir ayuda de parte de los padres en cuanto al estudio o el cumplimiento de los deberes. No siempre es así. También es posible que el niño necesite un apoyo escolar para una materia como, por ejemplo, la matemática. En otros casos podría ser conveniente tener una entrevista con el director/a del colegio para determinar cuáles son las necesidades que perciben en el niño, o su hubiera alguna situación que esté afectando al niño. A veces es posible que el niño necesite asumir responsabilidad por alguna conducta que está causando los problemas (está pegando o agrediendo a sus compañeros). El sistema escolar público y privado generalmente tiene recursos y personas que pueden ayudar al niño, siempre que alguien haga de mediador o defensor del niño. El maestro no puede resolver todos los factores que estén afectando al niño, por supuesto, pero su interés en el problema, su apoyo en escuchar al niño y su disposición de buscar una solución pueden hacer mucho para aliviar la carga.

Por supuesto, el maestro debe funcionar como aliado de los padres en buscarle ayuda al niño. Si el niño no les ha compartido los problemas que puede estar teniendo en el colegio, el maestro puede ayudarlo al niño a definir cómo y cuándo debe hacerlo. También es posible que el niño ya lo haya compartido pero los padres no le dieron importancia, o no han hecho nada para resolverlo. En estos casos, el maestro puede ofrecer su ayuda también a los padres.

Un programa de ayuda escolar como parte del programa de la iglesia

He tenido el privilegio de conocer algunas iglesias que tienen un gabinete de apoyo escolar en donde docentes u otras personas capacitadas de la congregación se turnan voluntariamente para trabajar con los niños que tienen problemas académicos, ofreciéndoles un refuerzo en su aprendizaje o en sus hábitos de estudio. Encuentro esta solución una excelente inversión en la vida de los niños y una forma práctica de demostrar el amor y la preocupación cristiana. Ojalá hubiera muchas iglesias que optaran por hacer algo parecido porque es algo sumamente beneficioso para los niños, como también para los adultos que participan.

Conclusión del encuentro

Una vez que el maestro haya podido detectar en dónde radican los problemas que el niño pueda tener en relación al colegio, el maestro puede brindarle el apoyo espiritual que ofrece la oración, asegurándole que Dios está con él para ayudarlo a manejar mejor sus problemas. Se puede usar su "Libreta de Oración" para anotar los pedidos específicos que expresa el niño. La promesa que se encuentra en Santiago 1:5 puede animar al niño: "Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie". Si hay indicio de que el niño lleva una carga de culpa por su rendimiento escolar, el maestro debe tratar de identificar su origen: por algo que él hizo que no debiera haber hecho, por actitudes de odio y rencor hacia un compañero o un maestro, por culpa falsa o culpa genuina. El maestro puede ayudarlo a entender la importancia de la confesión, el perdón y la libertad que hay en el Señor para vivir de otra manera. Por supuesto, si el niño no conoce a Cristo en forma personal, es importante darle la oportunidad de hacerlo (ver capítulo 3, "La formación espiritual").

Capítulo 10
El niño y su autoestima

En la iglesia donde asistía hace unos años, organizamos un programa para niños que se desarrollaba durante la reunión de oración de los días jueves. En la clase que me tocó a mí, había una niña que se llamaba María y que era una alumna muy complicada. Sus estados de ánimo parecían cambiar con la velocidad de un relámpago, variando entre los extremos de euforia a la de intenso enojo y angustia. Nunca se sabía en qué estado iba a llegar a la clase. Una noche llegó alterada por algo, mostrando tanta agresividad en sus palabras y conductas que a cinco minutos de iniciarse la clase todo se había desintegrado. No me quedaba otro remedio que sacarla fuera del aula para tratar de calmarla.

—¿Te pasa algo, María? —le pregunté, tratando de no mostrar mi enojo—. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte?

Me miró con sus enormes ojos marrones y pude ver que se llenaban de lágrimas.

—Hoy llevé mi boletín a casa —me dijo, haciendo un esfuerzo para no llorar—. Mi mamá lo miró y me dijo que soy una estúpida. Yo tenía una sola nota mala. ¡No es justo! ¿Por qué me dijo eso?

Con esas palabras estalló en llanto. Mientras lloraba me permitió que la abrazara. Tuve la sensación de que entre mis brazos yo abrazaba nada más que el esqueleto de una niña, cuyo interior había sido destruido. El cartel de "estúpida" que la madre le había colocado, siendo ella la persona que representaba absoluta autoridad para la niña, la estaba destruyendo. Me imaginaba que la niña había escuchado ésta y otras frases denigrantes muchas veces, y por eso su conducta era tan agresiva.

—Escúchame, María, —le dije sosteniéndola con mis brazos extendidos para mirarla a los ojos—. Te voy a decir una cosa y quiero que la tomes muy en serio. Tu mamá se equivocó en lo que te dijo. Cualquiera puede sacar una mala nota de vez en cuando. Tú no eres ninguna estúpida, porque Dios no hace personas estúpidas. Dios nunca te diría eso. Lo que hace falta es que estudies un poco más para levantar esa nota. Eso es todo.

Puede ver como en seguida se iban calmando sus sollozos. Se secó las lágrimas y me miró con una sonrisa tenue.

—Gracias, —me dijo—. Me siento mejor. ¿Puedo volver a la clase?

¡Qué fragilidad que hay en la autoestima de un niño! Ellos llegan a ser víctimas de las palabras crueles que lanzan los adultos, sin ser éstos conscientes del daño que esas palabras producen en la autoestima del niño.

Cuando hablamos de los encuentros pastorales que el maestro u otro adulto puede tener con el niño, una de las finalidades principales es el hecho de afirmar su valor como persona. El niño vive, como si fuera, en medio de un mundo lleno de espejos. Como no sabe todavía quién es como persona, ni cómo debe ser, se mira constantemente en los espejos que otros le ofrecen para ir definiendo su identidad y su valor como persona. Los reflejos que contribuyen a una auto-imagen positiva son aquellos que le brindan amor incondicional, aceptación por lo que él es, sentido de pertenencia y la afirmación de sus capacidades y logros. Los que lo destruyen son aquellos que le dicen que su presencia molesta (por tanto, no pertenece), que solamente es querido si cumple determinados requisitos (por tanto, el amor que recibe es condicional), que es aceptado sólo bajo ciertas condiciones (por tanto, en sí mismo no vale) y que nunca va a poder lograr nada (por tanto, sus capacidades y logros son cancelados). Mi propia experiencia en el trabajo con niños me dice que esta fragilidad es tal que, aunque puede haber muchos elementos que contribuyen a un auto-concepto positivo, una sola experiencia negativa puede crear dudas en el niño e iniciar el deterioro de su auto-imagen. Para producir en el niño un auto-concepto positivo y duradero, tiene que haber una cierta continuidad en cuanto a los reflejos positivos que el niño ve en los espejos a su alrededor.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

Existen muchos factores que contribuyen a la auto-imagen de la persona, pero los más significativos se pueden organizar bajo cuatro categorías generales, todas fundamentales en el proceso de autodefinición del niño.

Amor incondicional

Fuimos creados a la imagen de un Dios de amor para ser amados y para amar. El anhelo más profundo del ser humano es sentirse amado incondicionalmente. Sin embargo, son pocos los que experimentan un amor incondicional en sus relaciones interpersonales. El niño aprende muy temprano en su vida que el amor que recibe de sus seres más queridos, especialmente sus padres, depende de sus conductas. ¿Cuántos niños escuchan en repetidas ocasiones expresiones tales como éstas: "¡Si vuelves a hacer eso, no te quiero más!" o "¡Si no dejas de llorar, te voy a dar un castigo para que sepas lo que es el dolor!" o "¡No te aguanto cuando te pones así!" o "Si no nos obedeces, te vamos a echar de la casa". Justificamos frases como éstas sabiendo que no las decimos en serio y creyendo que el niño ha de

entender eso. Pero nos olvidamos que para el niño, toda palabra que sale de la boca de un adulto es algo para ser tomado "en serio". Siempre le queda la duda si esta vez lo que amenaza hacer el adulto se va a cumplir.

Muchos niños llegan a la iglesia y a nuestras clases de Escuela Dominical sin tener la seguridad de que son amados incondicionalmente por otros. En el cuidado pastoral que el maestro le brinda, el niño va entendiendo que es amado y que tiene valor como persona por la enseñanza que recibe acerca del amor incondicional de Dios y por el ejemplo del trato afectivo que le demuestra el maestro. He visto esta maravillosa transformación muchísimas veces al observar la labor de maestros dedicados trabajando dentro del programa que ofrece la iglesia para los niños. Lo que más me inspira de esto es que, cuando la fe en Dios es parte de la transformación en el auto-concepto de la persona, el cambio será permanente.

Pertenencia

Todos los que somos maestros hemos podido observar el proceso lento que vive un niño que llega como nuevo a la clase y que tiene que ganarse la aceptación del grupo ya formado. También hemos observado cómo los niños, por diferentes razones, aceptan o rechazan a un compañero. Dentro de una clase, este proceso de aceptación o rechazo puede ser controlado en alguna medida por la actitud del maestro, quien debe cuidarse de no demostrar rechazo para uno u otro de sus alumnos y que, además, debe ejercer la autoridad para lograr que los niños tampoco lo manifiesten entre si. Por lo general, los niños aceptan a sus pares sin problema, pero no siempre. Cuando un niño no se siente parte de un grupo, a veces ni siquiera del núcleo íntimo de su propia familia, sufre intensamente. Aunque trata de disimularlo, no puede dejar de pensar en el rechazo que siente y hasta busca las más insignificantes evidencias para alimentar ese sentimiento. Los que más sufren por falta de pertenencia son hijos adoptivos, niños huérfanos, hijos "de crianza", hijos de madres solteras e hijos de padres separados. Estos niños sienten gran confusión en cuanto a su lugar en el mundo. En la dimensión emocional de su vida, sienten que no pertenecen, y además, muchas veces sospechan que han hecho algo para merecer ese rechazo. Por eso es hermoso ver a un niño, especialmente a uno de estos niños desplazados, llegar a su clase el domingo con entusiasmo, saludar a su maestro que lo está esperando y escuchar el saludo cálido de sus compañeros. En ese entorno, su sentido de bienestar es evidente. Él pertenece a esa clase. Un ejemplo de esto se ve por el placer que evidencia un niño preescolar cuando llega a la clase y la maestra le entrega un elemento preparado para registrar su asistencia. El niño va y lo coloca en el lugar que corresponde con una sonrisa de gran satisfacción, como diciendo: "¡Acá estoy! ¡Acá pertenezco!". Es por esto que insisto que la atención pastoral que brinda el maestro en forma individual a cada uno de sus alumnos transmite un mensaje de incalculable valor que dice: "Aquí tú eres importante. Aquí perteneces".

Aceptación

Toda persona anhela sentirse aceptada por lo que es. Sin embargo, muchos individuos viven toda su vida creyendo que si otros lo conocieran como realmente son, nadie los aceptaría. Este terror a ser descubierto es en realidad un rechazo de sí mismo y que tuvo su comienzo temprano en la vida. Muchas veces esto tiene que ver con su aspecto físico. Muchos adultos recuerdan con dolor haber oído de niño frases que recalcaban algún rasgo físico: "¡Acá no queremos a gordos!"; "¿Por qué eres tan narigón?"; "¡Con esos dientes te pareces a un conejo!"; "¿No sabes que los petisos no sirven?"; "Los negros huelen feo"; "¡Con esas orejas te pareces a un burro"! El niño que más sufre la discriminación es el niño discapacitado, quien soporta comentarios continuamente sobre sus limitaciones. Otros niños forman un concepto de auto-rechazo porque el trato que han recibido en su hogar les ha dicho de mil maneras que son inútiles. El elemento que más produce el rechazo propio es el abuso, sea abuso físico, emocional, verbal o sexual, y el niño víctima luchará siempre con una sensación internalizada de rechazo.

Una joven me dijo un día:

—Lo primero que pienso cuando llego a un grupo nuevo es que todos están deseando que me vaya. Tengo la sensación que ni siquiera quieren saludarme, mucho menos llegar a conocerme.

Cuando pude hablar con ella a fondo sobre lo que me había dicho, descubrí que su sensación de rechazo estaba radicada en el hecho de que dos familiares habían abusado sexualmente de ella cuando era niña. La trágica realidad de los abusos es que quiebran algo adentro de la persona y dejan una sensación de repudio. "Yo no merezco ser aceptado", dicen. Los que somos cristianos, y especialmente todos aquellos que trabajamos como maestros, tenemos el mandato de aceptar y valorar a toda persona sin excepción, pues es la actitud que reflejó siempre Jesús a través de toda su vida. Las personas que aceptan a los niños de la misma manera como él lo hizo, pueden revertir algunos de los efectos dañinos que producen el auto-rechazo.

Logros

Todos queremos sentir que somos capaces. Tenemos diferentes capacidades y diferentes oportunidades para desarrollarlas, pero el deseo fundamental en toda persona es sentir que puede lograr algo en la vida y hacer una diferencia. Para los niños que tienen que aprender a hacer absolutamente TODO, el hecho de ser reconocidos en sus logros es esencial para su bienestar. Pero también es algo complicado. Por ejemplo, si sus padres lo sobreprotegen demasiado, el niño empieza a dudar de su capacidad de hacer cosas por su cuenta. Si, en cambio, es un niño desprotegido por la indiferencia o ausencia de sus padres, es probable que haya tenido que hacerse cargo de pesadas responsabilidades que corresponden debidamente a los adultos. En estos casos, muchas veces sus intentos de cumplir con una responsabilidad terminan en fracasos, porque no tiene las capacidades para hacerlo. Entonces puede terminar creyendo que nunca va a poder lograr algo con éxito porque, se dice, "todo me sale mal". Es en la clase de escuela dominical donde el niño puede empezar a sentirse capaz. Por supuesto, hay que reconocer que en la mayoría de los casos el niño se siente capaz en algo. Con toda naturalidad, él quiere demostrar su capacidad. Pero también es importante reconocer que hay muchos niños que llevan la idea de que son incapaces, y en lo posible esto debe ser revertido, alentándolos a participar de variadas actividades de drama, de música, de trabajos manuales o de concursos competitivos para encontrar las que puede hacer bien y quizá mejorar en aquellas donde se siente deficiente.

Es importante recordar que el niño siempre está queriendo probar si es capaz o no. Por ejemplo, no es extraño que durante la clase haya algún niño que rehúse participar en una actividad. Es probable que adopte esta actitud porque cree que no tiene la habilidad de hacerlo. Este niño necesita que el maestro lo aliente a participar, ayudándole con la tarea o la actividad. Sin embargo, el maestro nunca debe ejecutar el trabajo POR él, porque el mensaje indirecto que se le transmite es que no puede. En una ocasión los niños de mi clase estaban dibujando escenas de Navidad para utilizarlas en la decoración de la iglesia. Una niña se frustró mucho, porque no le salía a su gusto su dibujo de una oveja. Con las mejores intenciones, le dije:

—Yo te muestro como dibujar una—. Sin pensarlo dos veces, tomé su hoja y le dibujé una forma sencilla de una oveja. Al rato me di cuenta de que ella había abandonado el dibujo y se había puesto a trabajar en otra cosa.

—¿Y tu dibujo? —le pregunté—. Estaba quedando tan lindo. ¿No lo vas a terminar?

—Lo dejé —respondió la niña—, porque ahora no es mi dibujo. Es tuyo.

Aprendí una gran lección por esa experiencia, y ahora, por más que insista un niño en recibir mi ayuda, no pongo las manos sobre su proyecto. Sólo lo aliento a que siga haciendo lo que había comenzado. Cada proyecto que emprende el niño es una oportunidad más para afirmar su sensación de logro, o quizás, de confirmar su convicción de que no puede. Como maestros apuntamos siempre a lo positivo: afirmar al niño en sus logros.

En el libro de Carole Klein, *El mito del niño feliz*, encontré un poema escrito por una niña que nos ayuda a entender, desde el punto de vista de los niños, la enorme lucha de definir un sentido de identidad, especialmente de sentir que son personas de valor. Dice el poema:

Hablo y nadie me escucha,

Toco y nadie me siente.

No soy notada,

No soy escuchada,

Soy invisible, no soy una persona.

No estoy viva.

De modo que debo ser un fantasma,

Y mi vida no es una vida, es simplemente

una historia inventada.

¡Una película de terror!

Esta triste reflexión ilustra la agonía que siente la niña que lo escribió de no tener una identidad positiva y de no ser valorada por las personas que la rodean. Sin embargo, yo creo que es posible contrarrestar la influencia de un mundo que ignora y maltrata tanto a la niñez, siempre que entendamos nuestro ministerio como una tarea pastoral que sí los toma en cuenta siempre y busca edificarlos.

Las evidencias de la falta de autoestima positiva en el niño

El niño se muestra desinteresado frente al desafío de participar en alguna actividad conjunta de la clase.

El niño siempre se critica a sí mismo y se compara en desmedro con otros.

El niño busca en una forma exagerada la atención, el afecto y cualquier demostración de cariño de parte de otros, especialmente de los adultos.

El niño demuestra conductas antisociales, tales como aislarse del grupo, molestar a los compañeros o atacarlos con agresiones físicas.

El niño demuestra constante apatía y tristeza.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Para el niño que está sufriendo de baja autoestima, el maestro debe buscar oportunidades especiales para involucrarlo en responsabilidades que el niño encuentre agradables, teniendo cuidado de que sean actividades que él pueda realizar y que sirvan para afirmar sus logros. La finalidad siempre es fortalecer las cuatro necesidades básicas en el niño: amor, pertenencia, aceptación y logro.

Conversar con el niño en cuanto a sus logros

En el encuentro privado con el niño se puede iniciar la conversación mostrándole la Lámina 39 o la 40 (*). Sugiero algunas preguntas para iniciar el diálogo: *Se ve que por alguna razón el niño de la lámina está muy afligido. ¿Puedes inventar una historia sobre lo que le pasa?* Es probable que la historia inventada dé algunos indicios sobre dónde radica el problema del niño, ya que las historias siempre se basan en sus experiencias. Si no responde con ningún detalle que aclare el panorama de sus sentimientos, el maestro puede decir: *Es interesante la historia que contaste. Puede ser que sea así. También puede ser que le pasó*… El maestro utiliza la oportunidad para contar lo que él supone es el problema, incluyendo en la historia cualquier información que puede haber recogido sobre la vida del niño, o que el niño le haya contado. Si maestro sospecha que el problema de la baja autoestima radica en conflictos en el hogar, o con sus pares, o en la escuela, se usan las láminas que corresponden para ayudar al niño a especificar las circunstancias que le son difíciles de manejar.

También se pueden mirar las láminas 33, 34, 35, 36, 41 y 42 (*), que ilustran a niños involucrados en diferentes actividades, y preguntar: *Si pudieras soñar un poco y lograr algún éxito como muestran estas láminas, ¿cuál sería? ¿Hay algo que yo puedo hacer para ayudarte a lograr eso? ¿Quieres anotar algunos pasos que te ayudarán a llegar a esa meta?*

Confeccionar con el niño el *librito "Yo soy especial"*

Algunos niños responden muy bien a esta actividad. Junto con el maestro, ambos van armando el librito mientras el maestro aprovecha la oportunidad de recalcar los elementos positivos que ve en el niño.

Usar fotografías que retratan la niñez del maestro

Los problemas de baja autoestima en un niño pueden ser enfocados utilizando el método de las fotografías, sugerido al final del Capítulo 6. El maestro puede buscar fotos de su propia niñez, o de otro individuo admirado por el niño, en las que se ve alguna actividad o circunstancia en la cual el maestro se sentía incapaz o ignorado. Entonces cuenta cómo venció su lucha por lograr una autoestima positiva. Estas fotografías sirven para ilustrar que el niño no está solo en su lucha y tienen aún mayor importancia por venir de la vida de la persona que él admira, su maestro.

Conclusión del encuentro

En la oración, el maestro puede pedir que Dios le ayude al niño a entender que él tiene gran valor para con Dios. También debe agradecer al Señor por la vida del niño. Usar con él la siguiente promesa: "Con amor eterno te he amado" (Jeremías 31:3). Asegurarle que las palabras que Dios le dijo a Jesús en su bautismo son también lo que Dios piensa de él: "Tú eres mi hijo amado; estoy muy complacido contigo" (Marcos 1:11). Se puede usar también el Salmo 139 en la Versión Popular, que contiene preciosas palabras de aliento.

Capítulo 11
El niño y las mudanzas

Estábamos preparándonos para hacer otra mudanza, en este caso la mudanza número doce desde que nos habíamos casado. Para nuestros hijos, era aproximadamente la octava vez que nos cambiábamos de casa. Mi esposo estaba empeñado en su tarea de tirar cosas y empacar cajas y canastos. Mientras trataba de organizar la parte que me correspondía a mí, entré en el cuarto de nuestro hijo, que en ese entonces tenía once años de edad, para seguir vaciando unas cajoneras. Lo encontré sobre la cama llorisqueando. —Pero, Pablo —le pregunté asombrada—. ¿Qué te pasa?

—Siento que estoy perdiendo todo lo mío —me respondió mientras secaba sus lágrimas—. Papá tiró mi póster (un dibujo que había hecho de una calle de Buenos Aires que adornaba la puerta de su cuarto) y yo lo quería guardar.

Aunque ya no había remedio para revertir la situación, sé que mi esposo no se había dado cuenta de la importancia que este dibujo tenía para Pablo. Recuerdo que cuando le dije, él fue a pedirle perdón. También se cuidó, desde ese momento, de preguntar sobre las cosas que estaba por tirar. Creo que los dos aprendimos algo. Aprendimos que nos habíamos acostumbrado tanto a las mudanzas que ya no nos dábamos lugar para admitir lo que perdíamos emocionalmente con cada mudanza. La tristeza expresada por nuestro hijo nos ayudó a reconocer que una mudanza puede tener una mayor dimensión de crisis para el niño que para el adulto, una crisis que involucra el proceso de duelo por muchas cosas perdidas.

EXPLICACIÓN DEL PROBLEMA

Si uno mira el diagrama de las nueve áreas esenciales de la vida (ver página 54) uno puede darse cuenta de todas las enormes pérdidas que implica lo que parece ser una "sencilla" mudanza. Pero las mudanzas nunca son sencillas, ni siquiera para los adultos. Para el niño representa una crisis enorme. Para él, lo más doloroso es la pérdida de sus amistades. Pero también representa la pérdida de lo que es seguro y conocido: su barrio, su colegio, su iglesia, sus parientes y cuántas otras cosas. Estas pérdidas forman dentro de él un mar de angustia. Él sabe que nunca va a recuperar lo hermoso, agradable y satisfactorio que fue todo lo que vivió en ese lugar.

El proceso emocional que nos ayuda a entender lo que pasa en la vida de un niño cuando se produce una mudanza se sintetiza en la palabra "duelo". El duelo es la reacción frente a algo perdido, algo que ha muerto. Los cambios generados por una mudanza se sienten como pérdidas, o hasta se puede decir como una muerte, ya que cesan de existir ciertos elementos que hasta producirse la mudanza uno tenía, pero ahora no los tiene más. El proceso de duelo pasa por diferentes etapas, tanto para los niños como para los adultos. Al igual que cuando uno se enfrenta con la muerte, la primera etapa es una de negación, donde uno hace lo posible para no enfrentar la realidad que implica la mudanza. Luego se pasa por una etapa de ira, o de enojo profundo, en relación a circunstancias que uno no puede controlar ni cambiar. La tercera etapa es de negociación, donde en la mente uno elabora formas de recuperar lo que se ha perdido, hasta soñar con regresar a lo que uno antes conocía. La siguiente etapa es de tristeza o depresión, donde uno comienza a sentir el dolor de lo perdido y a llorarlo. El proceso de duelo llega a su resolución en la etapa de aceptación, cuando la persona comienza a interpretar su nueva vida de otra manera, integrando las pérdidas a su realidad presente. La última etapa es la de esperanza, cuando uno permite que la sensación de expectativa delimite las nuevas circunstancias y uno comienza los días anticipando otra vez los eventos que pueden suceder o las personas que uno puede conocer. Todo el mundo pasa por estas etapas de duelo, pero a ritmos diferentes. Hay que reconocer que estas etapas de duelo no se dan en forma consecutiva, sino que se mezclan y vuelven a surgir en diferentes momentos, aún cuando haya pasado mucho tiempo. No hay recetas para superar el duelo. Son procesos muy personales y profundos, tanto para los niños como para los adultos.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

El maestro nunca debe ignorar las implicancias de este tipo de situación en la vida de sus alumnos. Por lo general, el niño recibe muy poca ayuda u orientación previa para enfrentar la confusión de emociones que ha de producir una mudanza. Generalmente el niño anuncia un domingo que su familia se va a mudar a otra ciudad u otro barrio. La reacción de los niños es de ponerse triste y empezar a despedirse, aún cuando el evento no se ha de producir por un tiempo. A veces la realidad de una mudanza se hace presente en el aula cuando aparece un niño nuevo y anuncia que ha

venido de otro lugar. En cualquiera de los dos casos, el maestro puede ofrecerle al niño una ayuda pastoral específica para aliviar el dolor de las pérdidas que vendrán o que ya se han producido.

Organizar encuentros privados con el niño

El maestro puede utilizar las láminas 43, 44 y 45 (*) que corresponden a situaciones de mudanza. Utilizar también las caritas de emociones. Puede mostrarle al alumno las tres láminas y preguntarle si se siente identificado con alguna de las escenas. Luego puede decir: *Hay por lo menos tres cosas importantes que cambian cuando uno se muda a otro lugar: uno cambia de casa, de escuela y de barrio. Se ve que los chicos que están ilustrados en las láminas están enfrentando esos cambios. ¿De las tres lugares, ¿cuál crees que vas a extrañar más? Cuando uno extraña algo, siente emociones bastante fuertes. ¿Me puedes mostrar con las caritas algunas de las emociones que estás sintiendo en relación a esta mudanza? ¿Hay personas en tu familia que están sintiendo lo mismo? ¿Qué son algunas de las emociones que los miembros de tu familia están sintiendo?*

Utilizar el termómetro de las emociones y la maleta de la mudanza

El maestro puede utilizar estos dos recursos para facilitar la expresión emocional del niño frente a las vivencias dolorosas que se desprenden de una mudanza. Permitir que abra la maleta y que mire las figuras que contiene. Decir: *Cuando uno se muda, muchas cosas cambian. Algunas son más difíciles de aceptar que otras. ¿Por qué no me vas contando los cambios que crees que van a producirse (o que se han producido) para ti en relación a cada figura que se encuentra en la maleta? Después puedes separar las figuras en dos grupos, de acuerdo a los cambios que te van a costar más y los que te van a costar menos. Ahora, con las cosas que te van a afectar más, muéstrame en el termómetro la intensidad de emoción que piensas que vas a sentir con cada uno. Tú puedes seleccionar las caritas que te parecen más adecuadas para mostrar lo que crees que vas a sentir con este cambio. Puede ser el enojo, la tristeza o el miedo. Qué complicada que es una mudanza, ¿verdad? ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte con todos estos cambios que se van a producir en tu vida (o que ya se han producido)?*

Ayudar al niño a pensar en pasos concretos que puedan alivianar algunas de las emociones relacionadas con estos cambios. Por ejemplo, el maestro puede ayudar al niño a escribir una lista de los nombres, las direcciones postales y teléfonos (posiblemente las direcciones electrónicas también) de los compañeros de clase que va a dejar atrás cuando se muda. Quizá la clase le puede regalar un bloc de papel de carta y sobres para que les pueda escribir.

Conclusión del encuentro

Pedir que él exprese en sus propias palabras las peticiones más importantes que tiene frente a la mudanza y anotarlas en su "Libreta de oración". Luego orar por él encomendándolo al cuidado del Señor. Pedir que pueda encontrar un refugio en el Señor, en donde se sienta protegido y acompañado en todo momento. Pedir que pronto pueda formar nuevas amistades en el lugar donde va a ir a vivir. Leerle el Salmo 121 en la Versión Popular "Dios Habla Hoy" o en la Nueva Versión Internacional.

Capítulo 12
El niño y la enfermedad

La niña se descompuso de repente con dolores tan agudos en el abdomen que la familia salió disparando para la sala de emergencias del hospital local. La diagnosis del médico fue rápida y terminante. La niña sufría de un ataque de apendicitis que requería una intervención quirúrgica inmediata. El médico dio las órdenes para poner en marcha los preparativos para la operación y la niña fue llevada directamente al quirófano. En medio de la agitación de los preparativos, la niña lloraba desconsoladamente asustada por todo lo que le estaba pasando. Los padres creyeron

que lloraba por el dolor que sentía y trataban de consolarla insistiendo en que pronto iba a estar bien. Pero la niña pedía otra cosa.

—¡Quiero que me traigan mi "Arma de Poder!" —insistía—. ¡Por favor, la quiero tener aquí conmigo!

Un tío que había acompañado a los padres se inclinó hacia la cama de la niña para entender mejor lo que decía.

—Explícame lo que quieres que te traiga—le dijo el tío, solícito—. Lo voy a buscar ya.

La niña se relajó visiblemente y miró agradecida al tío.

—Quiero que me traigas mi "Arma de Poder" —volvió a decir—. Es un cortaplumas de cartulina que hice en la escuela dominical. Está en el cajón de mi mesita de luz. Lo quiero tener conmigo porque tengo mucho miedo.

El tío, perplejo, fue a la casa y buscó lo que la niña le pedía. Cuando regresó y le entregó la pequeña manualidad de cartulina, la niña se calmó en seguida. La familia observó cómo ella abrió el cortaplumas donde se encontraba la frase: "Cuando tengo miedo recuerdo…". Leyó la frase, le dio vuelta y siguió leyendo: "No tengas miedo, porque yo, tu Señor y Dios, estaré contigo dondequiera que vayas" (Josué 1:9, VP).

—Ahora me siento mejor —dijo la niña—, y se echó para atrás sobre la cama para esperar tranquilamente hasta que la llevaran al quirófano, con el pequeño cortaplumas apretado fuertemente en la mano.

No todas las situaciones de enfermedad en el niño son tan repentinas ni dramáticas como este ejemplo. Cuando llegué a saber del caso, di gracias a Dios que una pequeña manualidad que la niña había confeccionado semanas antes en la Escuela Dominical había llegado a ser una ayuda concreta para un momento de crisis. Aquella promesa le había provisto tranquilidad en medio de un incidente inesperado, asegurando a la niña de que Dios no la iba abandonar nunca.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

En la vida deL niño la enfermedad siempre representa una crisis. Aunque su malestar físico pueda causar su ausencia de la escuela por un día, o quizá una semana si fuera una gripe, igualmente la enfermedad le representa una crisis. El niño entiende muy poco sobre las funciones de su cuerpo y su ignorancia hace que invente ideas distorsionadas que sólo sirven para agregar ansiedad a su dolor y malestar físico. Cuando mi hijo tenía cuatro años de edad se fracturó el brazo. Recuerdo su enorme sorpresa cuando el médico le mostró la radiografía y le explicó que tenía huesos adentro del brazo que se podían romper. Nunca se había dado cuenta de eso.

Otro factor que produce ansiedad en el niño cuando está enfermo son los comentarios sobre la enfermedad que hacen los adultos en la presencia del niño.

—Este chico es enfermizo igual que el tío —pueden decir—. Y al niño, que sabe que el tío falleció el año pasado, le nace mucho miedo temiendo que él también pueda morir. Es peor cuando los adultos susurran detrás de la puerta o la cortina que separa su cama en el hospital porque el niño, que sólo capta algunas palabras, se da cuenta de que están comentando su situación y empieza a imaginar toda clase de tragedia.

Muchos niños creen que ellos son la causa de la enfermedad que tienen. Tienden a creer que es un castigo por haberse portado mal, quizá interpretando literalmente un comentario que le haya hecho la madre: "No salgas con este frío. ¿Te quieres enfermar?", "¿No te dije que no te mojaras? Ahora vas a ver como te enfermas". Entonces, cuando el niño cae enfermo, está convencido de que se ha cumplido la profecía y él mismo causó la enfermedad.

Es muy común que los niños crean que la enfermedad de un compañero u otra persona conocida puede ser contagiosa, no importa que sea algo como un hueso fracturado o un dolor de oído o de muela.

El niño que tiene que quedar hospitalizado sufre otros niveles de ansiedad. Para empezar, se encuentra separado de su entorno normal, la de su familia y de sus rutinas diarias. Se siente muy vulnerable e impotente frente a los procedimientos incómodos y a veces dolorosos a que le someten los médicos y las enfermeras. Le dan remedios e inyecciones; le sacan sangre y orina; le toman radiografías y a veces le colocan sensores y tubos. Es probable que no le guste la comida del hospital o que se sienta tan mal que no tenga apetito. Las noches le resultan muy largas por el sueño interrumpido por ruidos raros de otros pacientes o por una cama nueva que le resulta incómoda. Aun cuando esté acompañado por algún pariente, su estadía en el hospital le resulta ser una circunstancia muy difícil de aceptar, que le produce ansiedad y ganas de llorar. La impotencia que siente en cuanto a su enfermedad generalmente se demuestra por un estado de depresión y apatía, como si cediera a la injusticia de lo que está viviendo. Pero también puede demostrarse por conductas agresivas de llanto y gritos, que dan evidencia del profundo enojo que siente. Igualmente su malestar emocional se puede evidenciar por algún tipo de regresión, insistiendo en que le den de comer, u orinándose y ensuciándose en la cama, como si estuviera de nuevo en la infancia. Aunque el niño enfermo difícilmente puede comunicar todo lo que siente a los adultos que lo cuidan, ellos deben ser sensibles a estas realidades.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Cuando se le hace una visita al niño enfermo en la casa o en el hospital, el maestro está demostrando en una forma muy concreta que el niño es importante para él. En la visita, el maestro debe tomar en cuenta los siguientes factores:

Primero, comunicarse de antemano con los padres para informarse sobre la gravedad de la enfermedad del niño y escuchar sus sugerencias sobre la mejor manera de enfocar la conversación con él. Esto no quiere decir que el maestro tenga que hacer o decir solamente lo que los padres sugieren. El punto delicado aquí se presenta cuando los padres han decidido no decirle la verdad al niño en cuanto a la gravedad de su enfermedad. El maestro debe evitar en lo posible entrar en este juego de medias mentiras, y si el niño le hace una pregunta directa, debe saber de antemano lo que va a decir. Por supuesto, muchas veces no es conveniente decirle al niño todo lo que puede pasar en cuanto al desenlace de su enfermedad, pero sí contestar sus preguntas con honestidad. Por ejemplo, supongamos que el niño preguntara: ¿tengo cáncer? Es probable que el niño ya sospeche que tiene una enfermedad grave por algo que haya escuchado en los comentarios de otros. El maestro puede contestar de esta manera: "A tus padres les cuesta mucho hablar de esto porque no quieren hacerte sufrir más de lo necesario. Ellos también están sufriendo al verte tan enfermo. Pero yo voy a ser honesto contigo. Sí, lo tienes, pero los médicos están haciendo todo lo posible para curarte. Además, sabemos que Dios está contigo para darte fuerza para vencer esto. Y yo te voy a acompañar también". Yo creo firmemente que la verdad siempre es nuestra mejor arma.

Segundo, cuidarse de no hacerle falsas promesas en cuanto a la recuperación de su salud, especialmente cuando la verdad es otra. En casos de enfermedades graves, como el cáncer, el maestro nunca debe despertar falsas esperanzas en el niño diciendo algo como "Ya pronto vas a estar bien" o "Tu enfermedad no es nada serio. Ya va a pasar" o "Estoy seguro que Dios te va a sanar". A veces los adultos dan estas respuestas creyendo que es mejor que el niño no sepa la verdad, o creyendo que es la mejor forma de alentar al enfermo. Pero no hay peor cosa para un niño que el engaño de un adulto, especialmente cuando es hecho por su maestro de Escuela Dominical porque él representa a Dios y es la persona en quien el niño ha depositado toda su confianza.

Tercero, tener cuidado de hacer la visita AL NIÑO y no a los familiares. Cuando se trata de hacer una visita al hospital, casi siempre hay otras personas presentes en el salón de los enfermos y aún en la pieza privada. La tendencia es de pasar la mayor parte del tiempo conversando con ellos como si el niño no estuviera presente. Por eso, el maestro debe cuidar de no cometer este error. Debe saludar al niño por su nombre, sentarse lo más cerca posible y dirigir su

conversación hacia él. Si es posible, y si es más conveniente para la finalidad de la visita, el maestro debe hacerlo en un horario cuando otros parientes no estén presentes. A veces, si hay muchos parientes o amigos presentes en la pieza, el maestro puede pedir con mucho tacto que le permitan tener unos minutos a solas con el niño. En ese caso, para no ofender a los parientes, hay que limitar a pocos minutos este tiempo de visita privada.

Cuarto, permitir que el niño sea el "experto" en cuanto a las experiencias que está viviendo en el hospital. Esto permite que el niño relate en detalle lo que le está pasando allí. El maestro puede utilizar frases como las que siguen: *A mí nunca me pasó lo que te está pasando a ti. ¿Cómo es estar internado en un hospital? ¿Qué te gusta de lo que pasa aquí? ¿Qué NO te gusta? ¿Hay algo en todo esto que NO entiendes y que me quieres preguntar? Algunas personas que pasan por la experiencia que tú estás viviendo creen que han hecho algo malo y que Dios los está castigando. ¿Tú has pensado algo así?* Si la respuesta del niño de evidencia de que está cargando con un sentido de culpa, es imprescindible asegurarle que no es así. Este paso es importante, porque el niño puede estar interpretando su enfermedad a la luz de algún incidente que no tiene ninguna relación, pero que en medio de la confusión emocional de la familia y del suyo propio, él asume la culpa y cree que la enfermedad es un castigo merecido. El maestro necesita aclarar que las enfermedades, los accidentes y las operaciones no son castigos de Dios, sino circunstancias que ocurren en la vida de la mayoría de las personas. Asegurarle que Dios dice que cuando estamos sufriendo por alguna de estas causas, él está a nuestro lado para fortalecernos. Si el maestro ha tenido la experiencia de haber estado internado en un hospital, puede decir: *Yo tengo unos cuántos recuerdos de cuando estuve internado en un hospital. Cuéntame lo que te gusta y lo que no te gusta de estar aquí y yo te contaré lo que me pasó a mí, a ver si nuestras experiencias son similares.* Luego seguir el diálogo que se sugiere abajo.

Quinto, llevarle una muestra concreta del cariño de sus compañeros de clase. Esto puede ser una tarjeta firmada por los niños de la clase de Escuela Dominical. O puede ser una foto de la clase pegada sobre una cartulina, con un marca ancho y donde todos escriben allí mensajes de aliento. Si la clase desea, le pueden enviar un pequeño regalo. Cualquiera de estas alternativas da evidencia de que el niño enfermo es recordado y querido por sus amigos. Igualmente el maestro puede llevarle algún obsequio, quizá un pequeño juego o libro, para entretenerlo durante las largas horas que tiene que estar en la cama.

Para facilitar el diálogo con el niño durante la visita: Utilizar las láminas 49 y 50 (*), junto con las caritas de emociones. Decir: *Aquí tengo una lámina de un niño en un hospital y otra de un médico haciendo un examen físico a una niña. Por lo que me contaste, puedo imaginar que este niño está pasando por cosas bastante difíciles, igual que tú. ¿Me puedes ayudar a saber qué está sintiendo el niño de la lámina? ¿Quizá estas caritas de emociones te pueden ayudar?* Dar lugar a que el niño conteste. Luego decir: *A veces, cuando uno está enfermo y pasa mucho tiempo a solas, comienza a sentir miedo por cosas que podrían pasar. ¿Esto te pasa a ti? ¿Quieres contarme de alguno de esos pensamientos, para ver si te puede ayudar?* Si el niño se engancha en este diálogo, será posible entender el tipo de ayuda que necesita. Si el niño enfrenta un largo período de recuperación, se puede usar las láminas 46, 47 y 51 (*).

En el caso de un niño pequeño (menos de seis años de edad), el maestro puede animar la visita utilizando un títere. Se debe ir a la visita con un títere ya armado (las instrucciones para armar uno se encuentran en el libro *Puedo Ayudar* de Publicaciones Alianza, serie para preescolares). Cualquier títere sirve de puente entre el maestro y el pequeño paciente, ya que hay circunstancias en las cuales el niño se siente más cómodo dialogando con un títere que con un adulto. Aquí presento un posible diálogo:

Maestro (mostrando el títere): *¡Hola! Traje un amigo conmigo para hacerte esta visita. ¿Te puede dar un beso de saludo?*

Títere: *¡Chuiick!*

Maestro: *Mi amigo se llama . Nunca estuvo en un hospital ni tuvo (sarampión, gripe… el motivo por el cual el niño está internado). Es un títere muy curioso, pero el problema es que es muy tímido y sólo me habla al oído. Espera. Parece que me quiere hacer una pregunta.*

Títere: Susurra al oído del maestro.

Maestro: *¿Sabes lo que me preguntó? Quiere saber qué es esa bolsa… o qué hay en ese frasco. Quiere saber qué te dan de comer aquí.* Etcétera. La charla sigue enfocada hacia las áreas de interés del niño y las experiencias que puede estar viviendo en el hospital mientras esté enfermo (o en la casa, si la visita se hiciera allí).

Conclusión del encuentro

Toda visita al niño enfermo debe terminar con una oración. Antes de que el maestro ore, preguntarle al niño si tiene alguna petición específica sobre su enfermedad que quiere que se anote en la "Libreta de Oración". Un niño escolar puede sentirse fortalecido por la lectura del Salmo 18:1 a 3 (Versión Popular o Lenguaje Sencillo). Orar por él pidiendo que pueda sentir la presencia del Señor aunque esté enfermo y que pueda sentir paz y confianza en Dios. Orar también por los médicos para que tengan la sabiduría para saber cómo tratar la enfermedad del niño. Terminar pidiendo que pronto pueda recuperarse y volver a su casa. *La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará (Santiago 5:15).*

Capítulo 13
El niño y la muerte

Un domingo, cuando estábamos por iniciar el acto apertura de la Escuela Dominical, llegó por primera vez una señora acompañada de una niña de unos nueve o diez años de edad. La niña se veía pálida y débil, pero lo que llamó la atención a todos era que estaba completamente calva. Su cabecita brillaba como una bocha blanca. Por unos minutos los demás niños reunidos en el lugar la miraron sorprendidos y luego comenzaron a susurrar entre sí y a reírse. Entre los maestros nos miramos sin saber qué hacer, y luego de un silencio que parecía prolongarse demasiado, decidí hacer frente a la situación, ya que yo era la encargada de dirigir la apertura ese domingo. En silencio le pedí al Señor su guía porque nunca había enfrentado una situación parecida. Era evidente que la niña había estado muy enferma y yo no quería que su visita a nuestra escuela dominical aumentara su sufrimiento. A la vez quería que de alguna forma los demás niños pudieran entender e involucrarse en la situación de ella. Mientras una de las otras maestras iniciaba el canto con los niños, fui a saludar a la madre y a su hija y aproveché el momento para conversar brevemente con la madre. Luego pasé al frente del grupo para dirigir el resto de la apertura.

—Hoy ha pasado algo especial en nuestra escuela dominical —les dije—. Nos visita una niña que se llama Carolina.

Le pedí a la niña que pasara adelante y cuando llegó a mi lado, la abracé.

—Carolina ha estado muy enferma, ¿no es cierto, Carolina? —pregunté mirándola, y ella respondió moviendo su cabeza—. Los tratamientos que los médicos le han dado afectaron su cabello y se le ha caído. Por eso está calva. Pero su cabello va a crecer otra vez. Lo más importante es que yo creo que el Señor la mandó a nuestra Escuela Dominical, porque sabía que nosotros la íbamos a recibir bien y que aquí ella iba a sentir el amor de Dios. Ahora quiero orar por ella para que muy pronto pueda estar restaurada en su salud.

Terminamos la apertura. Cuando los alumnos salieron para ir a sus clases, vi que dos niñas de su edad se acercaron a Carolina para acompañarla a la clase que le correspondía. Me quedé tranquila. Al terminar la hora de clase, la maestra me contó lo bien que Carolina lo había pasado y como los otros niños la habían aceptado e incluido

en las actividades. Durante dos meses Carolina siguió asistiendo a la Escuela Dominical, aunque su condición física siguió deteriorándose hasta que finalmente falleció. Como tuve que ausentarme del país, no volví a ver a la madre por varios meses. A mi regreso, se me acercó un domingo.

—Yo quería verla otra vez, señora —me dijo emocionada—. Usted no sabe lo importante que fue para Carolina la forma en que la recibieron ese primer domingo que llegamos a la iglesia. ¡Volvió a la casa tan contenta! Habló mucho de usted después. Yo quería agradecerle lo que hizo por ella.

Sentí una mezcla de emociones. Por un lado, sentí enorme pena por la muerte tan prematura de una preciosa niña. También sentí profunda tristeza por no haber podido acompañar mejor a esta niña en su deterioro físico final. Pero a la vez, sentí gran gratitud a Dios por la forma cómo los niños de la Escuela Dominical habían aceptado la realidad de la enfermedad y muerte que Carolina llegó a representar para todos.

Una de las realidades más difíciles de enfrentar a cualquier edad es el hecho de la muerte. Los adultos manejan esta realidad como mejor pueden. Pero para los niños, la muerte es algo muy complicado y angustiante. Muchos tienen su primera experiencia con la muerte al fallecer una mascota muy querida, sea un perro, un gato, un pájaro, un pez o cualquier otro animalito. Cuando eso acontece, sufren una pérdida muy grande y su dolor es intenso. Cuando se presenta la muerte de un ser querido, los niños, al igual que los adultos, experimentan la desilusión de los sueños no realizados. La muerte de otro despierta en los niños la posibilidad de su propia muerte. Se despiertan en ellos profundos sentimientos de culpa, como también la angustia producida por la pérdida y la soledad. Siendo que la muerte es algo tan traumático para el niño, los maestros deben entender mejor este proceso para poder ayudar al niño a asumir y manejar sus emociones.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

Muchos niños han experimentado la muerte de un ser querido. Pero por no haber tenido a personas capacitadas para ayudarlos en procesar el duelo, esa muerte muchas veces ha llegado a representar una experiencia traumática, producida en gran medida por las distorsiones que el niño elabora en cuanto a su comprensión de los hechos. Al no poder hablar de ese evento, se despierta en él la sensación de absoluta soledad en relación al dolor que siente. Sin embargo, el trauma puede ser aliviado cuando el adulto sabe cómo acompañar correctamente al niño en medio de su pérdida. Aquí presento algunos elementos importantes que debemos tener en cuenta en esta circunstancia.

La necesidad de proveerle al niño información veraz

La muerte es el tema más complicado para explicar al niño, en gran parte porque muy pocas personas saben cómo enfocarlo. El primer factor que tiene que ser asumido es cómo manejar la verdad. En situaciones donde un miembro de la familia inmediata o extendida sufre una enfermedad que lleva a la muerte, el niño necesita saber la verdad sobre lo que está pasando. Es justamente en este punto donde existe una gran diferencia de opinión entre padres, parientes y otros adultos en cuanto a lo que el niño debe saber en esta circunstancia. Por lo general, la mayoría de las personas creen que el niño quedará adversamente afectado si llega a saber los detalles de la enfermedad y que posiblemente terminará con la muerte del enfermo. Pero la realidad es todo lo opuesto: el niño necesita saber la verdad sin disimulos o rodeos. Si el niño no recibe información adecuada, inventará sus propias razones para explicar lo que está ocurriendo, y sus conclusiones equivocadas invariablemente le causarán aún más angustia. Lo que quiero recalcar es que el niño sufre más cuando no recibe información veraz que cuando se le dice la verdad.

Por supuesto, el hecho que el niño reciba la información correcta no significa necesariamente que entienda todas las ramificaciones del caso. Pero el hecho de conocer la verdad ayudará al niño a evitar la culpa que suele sentir cuando muere un ser querido. Por ejemplo, supongamos que muere un hermano. En la forma de pensar de un niño, viene a su mente una pelea que tuvo meses atrás con su hermano y empieza a creer que ese incidente tuvo algo que ver con su

muerte. Puede ser que durante la pelea el niño haya dicho algo fuerte como: ¡Ojalá que te mueras! y ahora se siente culpable por eso. Su forma de pensar es típica del razonamiento de un niño. La información que otros le van dando con relación a la enfermedad y la muerte de su hermano será procesada según su edad y nivel de comprensión de las circunstancias. Pero como no entiende ciertos factores, suele volver a hacer las mismas preguntas hasta cansancio, haciéndolo porque es su forma de ir asimilando paulatinamente algo incomprensible.

El niño va adquiriendo por etapas una comprensión de lo que es la muerte. Antes de los cinco años de edad, no concibe a la muerte como la finalización de la vida por avanzada edad, ni como algo inevitable que ocurre después de ciertas enfermedades graves. El sigue creyendo que las personas muertas, y aun los animales muertos, pueden volver a vivir. Tiende a pensar que el muerto sigue viviendo pero en una dimensión diferente. Entonces hace preguntas como estás: ¿cómo va a respirar el abuelo estando en el ataúd? o ¿cómo va a comer si nadie le trae comida? Muchos niños creen que la persona que ha muerto desapareció por un tiempo pero que eventualmente ha de volver.

Los términos que el niño escucha en la iglesia en relación con la muerte también le crean confusión. Supe de un niño que en el velorio escuchó lo siguiente:

—¡Qué tragedia! —lamentaba una señora—. ¡Perdieron al abuelo!

El niño, sorprendido, mira a la madre que también había escuchado este comentario.

—Mamá —preguntó el niño—, si perdieron al abuelo, ¿por qué no lo buscan? A lo mejor lo pueden encontrar.

Otras expresiones que confunden al niño son las clásicas frases: “Dios nos quitó al hijo”, o “Cuando Dios se llevó a papá…”. Como el niño interpreta todo literalmente, comienza a temer a un Dios cruel que también podría quitarle a su madre o padre, y hasta quitarle su propia vida también.

En este contexto es importante hablar del cielo como un lugar especial donde no hay dolor ni enfermedad, y donde el ser querido que ha fallecido mora con Dios. Aunque el concepto del cielo tampoco le es comprensible para el niño, por lo menos recibe consuelo al pensar que su ser querido sigue viviendo allí. Sin embargo, el niño necesita entender que la parte de la persona que él antes podía tocar, abrazar y acariciar ha terminado, pero que la parte de adentro de la persona, la parte espiritual que siente y piensa, sigue viviendo para siempre con Dios. El maestro no tiene que hacerse problema por las preguntas que no se pueden contestar. Uno responde a las preguntas del niño con sencillez diciendo: “Ésa es una buena pregunta. A veces me la hago yo también, y no sé la respuesta”. Esto satisface en una forma respetuosa el interrogante del niño.

La muerte de un hermano

La muerte de un hermano es devastadora para un niño. Esta tragedia representa elementos aún más complicados para resolver, porque al niño le toca muy de cerca. Un efecto es que pierde la sensación de invulnerabilidad que tiene todo niño. El niño piensa: “Si mi hermano murió, siendo niño como yo, ¿qué me puede pasar a mí?”. Un niño, cuyo hermano menor había fallecido después de una enfermedad prolongada, vivió una crisis emocional al enfermarse él de una gripe aguda. Cuando alguien logró ayudarlo a expresar lo que estaba sintiendo, dijo:

—¡Yo no quiero morir! Carlitos estaba enfermo y murió, y yo no quiero que me pase lo mismo a mí.

Es muy común que el niño sienta culpa porque él sobrevivió y el hermano no. Otros se culpan porque experimentan cierto alivio que una enfermedad angustiante ha terminado por fin y ahora los padres le pueden dar la atención que le estaban dando al hermano enfermo. Otros sufren una sensación de fracaso, porque no son capaces de consolar a sus padres que se ven destruidos por la muerte del hermano.

A través de la consejería que se la hace a niños que han perdido por muerte a un hermano, se descubren varias reacciones en cuanto a los cambios en el trato que reciben de los padres. A veces el niño siente que los padres, por razones que no puede identificar, lo están culpando por la muerte del hermano. Según la intensidad del dolor que expresan los padres, o según lo prolongado que ha sido la enfermedad del hermano antes de su muerte, uno o más de los hijos pueden empezar a desarrollar trastornos emocionales. Estos se manifestarán como estados depresivos, ansiedad intensa cuando los padres se ausentan de la casa o problemas relacionados con la asistencia a la escuela y el cumplimiento con las tareas. Todas estas variantes, y muchas otras, nos obligan a mantenernos muy atentos en cuanto a las reacciones de los niños en casos donde ha habido una muerte.

La importancia del proceso de duelo

Yo estaba de visita por unos días en una iglesia y me habían invitado a tener un encuentro especial con los niños en otro salón mientras se celebraba la reunión vespertina. Al término de la reunión, y cuando todos estaban saliendo de la iglesia, se me acercó una madre algo disgustada diciéndome que, aunque ya era tarde, su hija insistía en hablar a solas conmigo. Me aparté con la niña a una de las aulas, y al ver que estábamos solas, ella comenzó a llorar. Por fin me dijo:

—¡Yo extraño mucho a mi abuelo! —me confesó entre sollozos, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

La abracé y traté de pensar en algo adecuado que podría decirle para consolarla. Fue la primera vez que había conversado con ella, aunque la había visto en el encuentro que acababa de tener con de los niños. En los diez minutos que estuvimos juntas, ella me contó que el abuelo había fallecido hacía apenas un mes, que en la casa nadie lo había querido, solamente ella, porque era un alcohólico, y que lo extrañaba mucho y se preguntaba si iba a verlo en el cielo o no. Alguien le había dicho que, por ser alcohólico, iba a ira al infierno. Cuando había terminado de contarme todo eso, entre sollozos, traté de encontrar palabras de consuelo para ella. Le aseguré que Dios también amaba a su abuelo y que solo él podía saber si estaba en el cielo o no. También le dije que el amor que ella le había expresado al abuelo había sido una gran bendición para él. Terminé orando por ella pidiendo el consuelo del Señor para su angustia. La niña, que no volví a ver nunca más, salió más tranquila del aula. Por unos instantes me quedé allí pensando en la importancia de crear espacios adecuados para que los niños puedan exteriorizar su dolor. ¿Quién era yo? Solamente una persona de paso por esa iglesia pero que de alguna forma, en mi charla con los niños, había trasmitido a esa niña la seguridad de que ella podía expresar su angustia en cuanto a la muerte de su abuelo.

Uno de los errores que a menudo se cometen con los niños cuando hay una muerte en la familia es intentar de protegerlos de todas las emociones que surgen en esta crisis. Pero el niño necesita participar junto a la familia en todo este proceso, y esto incluye la expresión de las emociones. Por ejemplo, antes de que se produzca la muerte, él debe acompañar a los adultos a saludar al enfermo en el hospital. Así, cuando vuelven a casa, puede hacer preguntas sobre el deterioro físico que observa. El debe participar cuando la familia está orando por la persona enferma. Se le debe animar a hacer algo en bien del enfermo, como por ejemplo, crear una tarjeta en donde exprese su amor por la persona. Una vez que la persona haya fallecido, es importante conversar con el niño, recordando eventos compartidos, mirando juntos fotografías y permitiendo la libre expresión de su dolor y pena. Su participación en todo esto lo ha de fortalecer emocionalmente porque se sentirá incluido en algo que siente profundamente y necesita expresar.

La participación del niño en el velorio

Es aconsejable, aunque no siempre necesario, que el niño asista al velorio. Muchos psicólogos comparten la opinión de que es importante que el niño tenga la oportunidad de ver el cuerpo de la persona fallecida en el ataúd. Insisten, sin embargo, que la decisión de ir o no al velorio debe ser la responsabilidad del niño. Los expertos señalan que el hecho de ver al difunto provee para el niño la sensación de clausura emocional. Sin embargo, hay ciertas cosas que se deben evitar. Por ejemplo, no se le debe obligar al niño darle un beso al difunto, ni acariciar el cuerpo o pedir alguna manifestación forzada de dolor. Los adultos pueden hacer esto sin que les quede consecuencias traumáticas, pero no los

niños. Aunque el velorio suele ser una experiencia de confusión para el niño, tiene la ventaja de que él puede observar a otras personas expresando su tristeza y declarando su amor y aprecio por la persona que ha fallecido.

Puede ser contraproducente que el niño vaya al cementerio, porque puede causarle una impresión muy fuerte ver el ataúd puesto en la tierra. Si los padres o los parientes deciden que es necesario que vaya, se le debe preparar de antemano dándole explicaciones de lo que va a pasar allí. De todos modos, aunque en estas circunstancias la estabilidad emocional del niño es muy frágil, es importante involucrarlo cautelosamente en todos los eventos que rodean la muerte del pariente para que tenga la sensación de ser un partícipe en estos momentos de crisis.

El niño necesita entender que se puede expresar las emociones en estas circunstancias tan difíciles. Él necesita tener la libertad de enojarse por lo que ha ocurrido, de rebelarse contra las tristes realidades que ahora se le presentan y de llorar amargamente. Estos son formas sanas de elaborar su propio proceso de duelo. Los niños se diferencian de los adultos en cuanto a sus manifestaciones emocionales porque entran y salen rápidamente por distintos estados de ánimo. Pueden estar llorando un minuto y estar riéndose y jugando en otro. Por ejemplo, es común ver que durante el velorio los hijos más pequeños de la madre o el padre fallecido salir afuera y empezar a jugar en la calle con sus amigos. Esto da la impresión a los adultos de que los eventos que acaban de vivir no les ha afectado. Pero no es así. Estos cambios repentinos emocionales no significan que el niño sea indiferente a las circunstancias sino que él siente y vive las circunstancias, pero a su manera.

Después del velorio, cuando la vida ha vuelto a cierta normalidad en el hogar, el niño necesita tener la oportunidad de conversar con personas que estén involucradas en el dolor de la familia. En este proceso han de surgir muchas preguntas sobre la muerte, el cielo, la vida eterna y otros temas difíciles de contestar. Pero en todas sus preguntas, el niño se merece el respeto de las personas adultas y un intento honesto por parte de ellos en contestar sus interrogantes con sinceridad y compasión. Si los adultos reprimen su propia emoción o la expresan de una forma artificial ("estoy bien… Dios me sostiene…", etc.), el niño creerá que él también tiene que hacer lo mismo. El niño que llora su dolor es el niño que puede recibir el consuelo de otros y de Dios también.

La necesidad de proveer guía espiritual para esta crisis

El proceso de la enfermedad y la muerte de un ser querido despierta en el niño algunos de los interrogantes más profundos con relación a la bondad de Dios y la eficacia de la fe. La pregunta más común que hace el niño es esta: ¿por qué permitió Dios que muriera mi mamá (o el individuo que ha fallecido)? Debemos reconocer, en primer lugar, que no hay respuestas fáciles para el sufrimiento, la enfermedad ni la muerte. Más que nada el niño necesita saber que Dios entiende su dolor y llora junto a él. El niño necesita escuchar que Dios no es la causa de la enfermedad ni de la muerte, sino que la enfermedad y la muerte entraron en el mundo como resultado del pecado (Génesis 3:17–19). Él puede entender que Dios no promete quitar todo sufrimiento de nuestra vida, pero sí promete estar con nosotros para sostenernos en medio del dolor de la muerte (Salmo 23). Igualmente, se le debe asegurar al niño que la enfermedad y la muerte no son castigos de Dios. Debe saber que Dios, porque es soberano, no comete errores por más que nos cueste entender las circunstancias difíciles que nos toca vivir.

La muerte debe llevarnos a examinar las respuestas que damos cómo explicaciones por estas circunstancias trágicas. Nuestro vocabulario teológico a veces crea confusión para los niños. Una mujer me comentó que cuando era niña, devastada por la muerte de su madre, escuchó a alguien decir que "Dios se la había llevado".

—¿Por qué se la llevó? —preguntó la niña angustiada—. Nosotros la queríamos tener aquí y la necesitamos.

Nadie supo contestarle la pregunta. Pero el comentario que escuchó, tan común en la jerga evangélica, es una respuesta superficial que distorsiona profundamente el concepto en cuanto al actuar de Dios. En este caso, recién en la

vida adulta la mujer pudo resolver la amargura que nació en ella al concebir el obrar de Dios como algo caprichoso y cruel.

El niño frente a su propia muerte

Es sumamente importante que la persona que desea ayudar a un niño enfermo que enfrenta su propia muerte tenga bien en claro sus propias actitudes en cuanto a este difícil suceso. Debe preguntarse: ¿cuáles son mis verdaderos temores en cuanto a la muerte?; ¿creo que la "completa realización" de una vida se define por los muchos años que dure?; ¿creo que Dios es injusto al permitir la muerte de un niño? Si no resolvemos estos interrogantes primero, no podremos ayudar ni fortalecer espiritualmente a un niño que está viviendo la crisis de su propia muerte. Joseph Bayly, un eminente líder cristiano estadounidense, que había perdido por muerte a tres de sus seis hijos por la misma enfermedad, escribió en uno de sus libros estas palabras: "Dios es soberano. Allí es donde comenzamos a contestar nuestras preguntas. Nuestra paz no se encuentra en entender todo lo que pasa, sino en saber que él está en control de la enfermedad, la salud y la vida misma. Aceptamos los misterios y los sufrimientos de la vida aunque no tienen explicación, porque Dios sí los entiende. Basta que nosotros lo conozcamos a él".

Es importante tener en cuenta algunos elementos que surgen en la dinámica de la familia en donde un niño está en el proceso de morir por enfermedad grave o por un accidente. Aunque no le hayan informado en cuanto a la seriedad de su condición física, en algún nivel el niño intuye la seriedad de su condición y necesita desesperadamente compartir sus emociones con alguien. Los padres, sumergidos en su propia angustia, a menudo están emocionalmente incapacitados para atender las necesidades emocionales de su hijo enfermo. Muchas veces adoptan el silencio como la mejor forma de enfrentar la crisis. Pero este silencio sólo complica más el panorama. Como nadie habla del asunto, el niño empieza a sentirse culpable por ser la causa del sufrimiento de sus padres, es decir, por estar tan enfermo. Estos sentimientos, unidos a la necesidad tanto de los padres como del niño de proteger al otro de más dolor, crean una distancia emocional entre los miembros de la familia, justo en el momento cuando más necesitan apoyarse mutuamente. Es en medio de este panorama angustiante que un maestro puede ayudar a que los miembros de la familia hablen sobre el dolor emocional que están experimentando. Sin embargo, para que esto pueda ocurrir sin que el maestro llegue a ser el blanco del enojo, resentimiento, o rechazo de la familia, debe existir previamente una **relación afectiva** entre él y el niño y que, en cierto grado, se haya extendido hacia los padres. El acercamiento del maestro a la familia viviendo esta circunstancia ha de demandar mucha paciencia, amor y, sobre todo, persistencia, pero es la única manera de ofrecer una ayuda adecuada a la familia en medio de su crisis.

Es necesario recordar que para el niño la muerte representa un choque frontal con dos de los temores más grandes de su vida: el temor de estar separado de los padres y el temor a que su cuerpo sea mutilado. Muchos niños conceptúan a la muerte como una fuerza catastrófica que viene persiguiéndolos y sobre la cuál no tienen ningún control. Para el niño, todo esto es muy difícil de expresar porque no tiene el vocabulario para hacerlo, ya que él mismo no lo entiende. Por eso es imprescindible que la persona que quiera ayudar a un niño en estas circunstancias sepa manejar nuevas formas de comunicación con él. Tenemos que estar convencidos de que la mejor manera de entender y controlar las emociones es hablar acerca de ellas. Hablar con un niño acerca de su propia muerte es sumamente difícil, por supuesto. Pero ayuda recordar que no tenemos que tener todas las respuestas para poder hablar sobre el sufrimiento y la muerte. Más bien debemos hablar sobre estos temas con la seguridad que nos da nuestra fe y nuestra esperanza en Dios. Entonces, al conversar con el niño sobre ellos, le damos lugar para que exprese las emociones que él está sintiendo, con la intención que las pueda entender y asumir.

El consuelo que ofrece el amor de Dios

Una cosa que siempre podemos hacer para el niño enfermo es hablarle del amor de Dios. En esto es importante asegurarle de todas las formas posibles de que la enfermedad y el sufrimiento no significan que Dios ha dejado de

amarlo (Romanos 8:35–39). Podemos recordarle las historias de Jesús, donde él estuvo con niños enfermos y demostró su ternura y su compasión frente a su dolor. Especialmente, es necesario asegurarle que los niños que sufren por enfermedad no han sido abandonados por Dios, sino que son profundamente amados por él.

Como he dicho antes, a menudo la percepción del niño es que su enfermedad es un castigo de Dios. Como consecuencia, él se sentirá culpable por algo que haya hecho y tendrá la sensación de ser una persona mala. Si el niño manifiesta esto en sus conversaciones, el maestro debe aclarar que este concepto está totalmente equivocado. Su enfermedad no es resultado de sus malas conductas, y Dios no castiga a nadie de esta forma.

El consuelo de ser un hijo de Dios

Una manera básica de fortalecer espiritualmente a un niño que enfrenta a la muerte es ayudarlo a tener la seguridad de su salvación. Dios se encarga muchas veces de revelarse en formas especiales a los niños que están a punto de morir. A veces los consuela profundamente mediante sueños, o lo hace trayendo canciones o textos bíblicos a su memoria. Generalmente, ellos están más angustiados por pensar en el dolor de sus familiares que en su propio dolor. Si sienten miedo, es por no tener información adecuada sobre la muerte, el cielo y la vida eterna. Uno puede tranquilizarlos al hablar sobre lo que significa ser un hijo de Dios. Si el niño nunca aceptó a Cristo personalmente, el maestro puede aclarar los pasos para hacerlo. Se puede hablar de la paz y la esperanza que encontramos en Jesús utilizando el pasaje bíblico de San Juan 14:1 a 3. Igualmente, se le puede ofrecer esperanza por las descripciones del cielo que se encuentran en Apocalipsis 21:9 a 22:5 (en la Versión Popular o Biblia en Lenguaje Sencillo).

El consuelo de sentirse amado

Todos los esfuerzos que hayamos hecho para lograr una relación de confianza con un niño toman una dimensión más urgente en circunstancias de enfermedad y muerte eminente. Esa relación puede ser fortalecida al mostrarle amor por medio de elementos concretos: un regalito, una tarjeta de aliento, un llamado telefónico y, por supuesto, visitas a su casa o al hospital. Todas esas expresiones darán lugar para que, en algún momento, el niño confiese su confusión y miedo en cuanto a lo que le está pasando. En algunas ocasiones el maestro ha sido la única persona que la familia tenía para ayudarlos a manejar la situación tan dolorosa de la muerte de un hijo. El amor que el maestro ha venido mostrándole al niño ha creado el contexto para ofrecer ahora una ayuda pastoral a toda la familia.

La etapa más crucial en el proceso de duelo que vive el niño ante la posibilidad de su propio deceso comienza cuando pregunta: "¿por qué me pasa esto a mí?". Es un gran privilegio ser la persona con quien el niño tiene la valentía de hacer esta pregunta. Es en este momento cuando surgen los sentimientos de enojo contra Dios. Esto es positivo, porque si no se expresan y se hablan, bloquean la posibilidad de entender y experimentar su amor. El maestro puede asegurar al niño que las enfermedades graves ocurren todos los días, son parte de la vida, pero NO son causadas necesariamente por algo que las personas hayan hecho aunque, por supuesto, hay personas que por sus vicios y vida descontrolada han dado lugar a que la enfermedad germine (caso del tabaco, el alcohol, las drogas y la promiscuidad sexual). Las enfermedades, sin embargo, no cambian la realidad del amor de Dios. La amistad que el maestro ha establecido con el niño y la aceptación que él siente de parte de esa persona pueden ser el puente que Dios utiliza para fortalecer la fe del niño en medio de su sufrimiento.

El maestro, al igual que otros adultos, debe tener mucho cuidado en despertar falsas esperanzas en el niño asegurándole que Dios lo va a sanar. Asistimos por un tiempo a una iglesia donde un niño de cuatro años de edad contrajo cáncer al cerebro. La congregación entera empezó a orar por el niño y trató de acompañar a la familia en el angustiante desenlace de la enfermad. Lamentablemente, hubo algunos líderes que profetizaron que el niño recibiría una sanidad completa y los padres respondieron en un acto de fe levantando al niño delante de la congregación. Estos líderes insistieron reiteradas veces que Dios iba a obrar el milagro. Sin reconocerlo, crearon una situación que tendría repercusiones muy triste para la familia del niño y para toda la congregación. Cuando era evidente que el niño seguía

empeorando, los padres no tenían a dónde recurrir ya que todo el mundo esperaba un milagro y ellos sentían vergüenza de admitir que no había evidencias en el niño de sanidad. Los hermanos mayores también vivieron la gran confusión que toda esta situación iba produciendo. La profecía cerró la puerta para la familia y la iglesia para un aprendizaje dimensional sobre cómo Dios obra en medio del sufrimiento. Cuando el niño falleció, los líderes de la iglesia, que estaban presentes en la casa, no permitieron que la familia llamara a un médico por varias horas, insistiendo que el milagro que Dios iba a obrar ahora era la resurrección del niño. El resultado final fue que la familia entró en una crisis de fe, dejando de asistir a la iglesia. La congregación, por su parte, también sufrió las consecuencias del incidente viendo el abandono de algunas familias y una pérdida de confianza en los líderes.

Las actitudes correctas en el trato con el niño

Es importante que el maestro ofrezca compasión al niño en su dolor, pero con el cuidado de no manifestarle lástima. Es necesario entender esta diferencia. Un niño enfermo de muerte probablemente ha escuchado expresiones de lástima de parte de muchas personas, por lo general sin que las personas se den cuenta que él los haya escuchado ("Pobrecito, es injusto que tenga que sufrir tanto" "Mira como está" "No le quedan muchos días…" etc.). Éstas le han hecho daño. Debo señalar aquí que es importante que los adultos se cuiden de sus comentarios cuando están con o cerca del niño. Sentirse objeto de lástima disminuye a la persona. Le hace sentir que es el único que sufre así y le hace pensar que su sufrimiento es por su propia culpa.

En cambio, la compasión se expresa por palabras de afirmación que hacen que la persona se sienta acompañada en medio del dolor. La compasión abre la puerta para que la persona exprese su dolor y confusión sin sentir que será juzgada. La compasión ofrece valorización por el sufrimiento.

Una de las luchas más grandes para toda persona que tiene que enfrentar su propia muerte es saber cómo adaptarse a los detalles del diario vivir mientras sigue en el proceso de su deterioro. Para el niño este proceso es aún más agudo porque sufre mucho al sentirse diferente de los demás niños, quienes gozan de plena salud. Su sensación de "ser diferente" le incomoda tanto que a veces trata de negar su propia enfermedad. Uno de los beneficios que el maestro puede proveerle al niño enfermo es estructurar encuentros y actividades con niños sanos, en lo posible compañeros o amigos conocidos, para que el niño enfermo pueda seguir sintiéndose parte de la vida normal.

Por otro lado, no hay que consentirle todo al niño enfermo. Es posible que él utilice su enfermedad como un arma para manipulear a los que lo rodean, pero a la larga eso le hará daño porque lo interpretará como una expresión de lástima. Dentro de lo posible, el niño que enfrenta a la muerte necesita ser tratado como un niño normal.

Otro elemento que hay que cuidar mucho es no prometerle algo que después no se pueda cumplir, como por ejemplo decirle "te voy a visitar todos los días". Como es casi imposible cumplir con esa intención, a la larga el niño pierde la confianza en la persona. Más aún, si la persona que le promete cosas y luego no las cumple es la misma que está intentando hablarle de Dios, todo lo que dice quedará desacreditado también. Por eso es muy importante que la familia sepa que el maestro no ha de mentirle al niño si pregunta sobre su enfermedad y posible muerte. Hay que aclarar este elemento muy bien de antemano para no entrar en problemas con la familia y no ser parte de las medias verdades, por no decir mentiras, que generalmente se utilizan para ocultarle al niño la verdad de su situación.

Quizá el dolor humano más agudo es la angustia que se siente frente a la muerte de un niño. Sin embargo, muchas veces Dios utiliza esta puerta de angustia para profundizar la vida espiritual del niño y de los miembros de su familia. La presencia de un maestro que es sensible al dolor de un niño y de su familia puede traer consuelo y fortaleza espiritual a todos. Debemos asumir esta responsabilidad como parte fundamental de la tarea pastoral a la niñez.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

La ayuda pastoral al niño que enfrenta la muerte se centraliza principalmente en la tarea de facilitar en él el proceso de duelo. En todos los encuentros pastorales que el maestro realiza con el niño, la finalidad principal debe ser que el niño exprese todas sus pensamientos y emociones en relación a este hecho. No se puede obligar a nadie a vivir el duelo de acuerdo a algún orden establecido. Las formas de manejar el duelo son tan diversas como las personas mismas. En un capítulo anterior donde hablo de las mudanzas, he hecho mención de las cinco etapas de este proceso de duelo que establece la doctora Elizabeth Kübler-Ross en su libro *On Death and Dying* (Sobre la Muerte), y que repito aquí:

La negación: Esta etapa es importante en que permite la oportunidad de encontrar los recursos emocionales necesarios para enfrentar la realidad. La frase que la caracteriza es: "¡Esto no puede ser!".

La ira: Cuando no se puede negar más la realidad, surge el enojo. La frase que caracteriza esta etapa es: "¡Esto no es justo!".

La negociación: Una vez que se haya dado expresión al enojo, la mente comienza a buscar formas de recuperar lo que se ha perdido. Se intenta controlar la situación mediante trueques, amenazas u otros arreglos. La frase característica es: "A lo mejor, si hago esto, o siento aquello, o intento lo otro, esto se puede arreglar".

La depresión: Cuando ni la ira ni la negociación logran cambiar la realidad, la persona entra en una etapa de tristeza y depresión. Esta etapa precede la aceptación y permite la expresión verdadera y profunda del dolor. Esta etapa es esencial para llegar a una resolución final del proceso de duelo. La frase que lo caracteriza es: "¡Creo que nunca más seré feliz!".

La aceptación: Cuando la persona ha podido llorar su dolor en toda su profundidad, la puerta se abre a la aceptación y la esperanza. Enfrentar otra vez el futuro parece ser posible. La frase característica de esta etapa es: "¡Parece que voy a sobrevivir!". El dolor de la pérdida no desaparece de la vida, pero uno encuentra recursos para convivir con él, tomar distancia y proyectarse hacia el futuro.

Diálogos para los encuentros pastorales privados con el niño

Dialogar con el niño usando las láminas 48, 49, 52, 53 y 54 (*). Usar también las caritas de emociones y el termómetro de las emociones. Será necesario determinar algunos elementos de antemano: ¿cuánta información tiene el niño en relación con su enfermedad? ¿cómo debe el maestro manejar la información que el niño necesita saber? ¿cuánto tiempo hace que el niño está viviendo el proceso de duelo que surge de la posibilidad de su propio deceso? ¿cuál es la ayuda que el maestro puede ofrecer al niño? ¿cuál sería el mejor lugar donde estos encuentros podrían realizarse? Una vez que el maestro tenga definido estos elementos, puede seguir con el encuentro utilizando el siguiente diálogo: *Hace tiempo que quería charlar contigo, porque sé que tú y tu familia están pasando por una circunstancia muy difícil que es… Aquí traje algunas láminas que muestran a niños enfrentando circunstancias parecidas a las tuyas. ¿Cuál de las láminas te parece similar a lo que ustedes están viviendo? Yo me imagino que un niño enfrentando eso debe sentir un montón de cosas diferentes. Por ejemplo* (seleccionar caritas de emociones mientras las nombra), *puede sentir enojo, quizá furia, tristeza, miedo, soledad, etcétera. ¿Tú estás sintiendo algunas de estas cosas? ¿Cuál de las emociones que sientes es la más intensa, o la más difícil de manejar? ¿En qué momento la sientes así de fuerte? ¿Quieres mostrarme en el termómetro lo fuerte que sientes esa emoción?*

Si durante estos encuentros el maestro percibe que el niño está cargando con culpa por algo, se debe hacer todo lo posible para que lo elabore. Se puede comentar: *Cuando un niño enfrenta lo que tú estás viviendo, a veces empieza a pensar cosas que le hacen mal. A veces piensa que él tiene algo que ver con su enfermedad o que él es la causa de la muerte de la persona que ama. ¿Tú pensaste algo así? ¿Quieres contarme lo que estás pensando?* Asegurarle al niño que está equivocado en su modo de pensar. Que las enfermedades llegan a la vida por muchas razones y que a veces es imposible evitarlas. *Otros niños, y a veces algunos adultos, piensan que Dios tiene la culpa de la muerte de la persona.*

¿Algo te ha hecho pensar así? ¿Quieres contarme? Aclarar que es difícil entender por qué Dios permite que las personas sufran, pero podemos estar seguros que él nos quiere ayudar cuando estamos sintiendo dolor por algo. Compartirle el Salmo 23:4 en la Versión Popular. Aclararle que el momento que él está viviendo con su familia es como un valle muy oscuro, pero que el Señor está con ellos para consolarlos y fortalecerlos.

Usar el juego "Completa la frase"

La explicación de este juego se encuentra en la página 80. Las frases sugeridas en la categoría "Formación espiritual" son adecuadas para esta circunstancia.

Utilizar los títeres de dedo

Cuando el niño ha vivido la experiencia de perder por muerte a un ser querido, se puede usar los títeres de dedo para facilitar el diálogo sobre los cambios que se han producido en las relaciones familiares. El maestro puede colocar los títeres sobre la mesa y dirigir el diálogo así: *Acá tengo unos pequeños personajes que representan los miembros de una familia. Tú puedes elegir los que muestran cómo era tu familia antes de la muerte de . En las familias siempre hay cosas que cambian después de la muerte de alguien. ¿Puedes mostrarme con los títeres quién ahora no está más en tu familia? ¿Sientes que las cosas cambiaron para ti después de su muerte? ¿Puedes mostrarme con los títeres cómo cambió la situación para ti? ¿Quieres que pensemos juntos en formas de mejorar esa situación?* Anotar sugerencias específicas sobre alguna conducta que el niño piensa que puede mejorar la situación que está viviendo. Si es apropiado, utilizar el librito "La solución del semáforo".

Usar el método de dibujar

El diálogo puede ser dirigido así: *Yo no conocí muy bien a (la persona fallecida), pero sé que tú viviste lindos momentos con el/ella. Quiero que me cuentes uno de tus recuerdos y yo lo voy a dibujar aquí. Después tú puedes dibujar lo que más extrañas de la persona, o el momento cuando más se nota su ausencia, o un recuerdo muy lindo que tienes de él, etcétera*. Después de completar los dibujos, o mientras el niño está dibujando, se puede charlar muchos temas relacionados con la pérdida de ese ser querido. El niño decide si quiere o no guardar los dibujos.

Conclusión del encuentro

Si existe suficiente confianza con el niño, el maestro puede abrazarlo mientras ora por él. En la oración, entre las cosas, el maestro puede pedir que el Señor le dé al niño su consuelo y su paz, que pueda dormir tranquilamente durante la noche, que pueda concentrarse mejor en sus estudios y que pueda sentirse fortalecido para seguir adelante. Si el niño tiene peticiones específicas, anotarlas en la "Libreta de Oración". También puede ayudarle en confeccionar "La rueda de la confianza" para llevar a su casa (ver Apéndice).

Capítulo 14
El niño y la separación de los padres

Los niños de la clase de la Escuela Dominical estaban trabajando con gran entusiasmo confeccionando unos móviles que representaban escenas sobre la vida en familia. Dentro de uno de los dibujos de una casa los niños deberían escribir los nombres de las personas que componían su entorno familiar. En un rectángulo aparte tenían que anotar los nombres de miembros de su familia que no vivían más con ellos. Sobre otro rectángulo anotaban las cosas que más les gustaban hacer con la familia. Mientras los niños trabajaban, la maestra observó que Tomás había perdido interés en su trabajo manual y estaba mirando distraído al espacio. Se le acercó.

—¿Hay algo que no entiendes, Tomás? —le preguntó—. ¿Puedo ayudarte en algo? Tomás la miró con una expresión desafiante.

—¿Y sobre qué familia se supone que yo debo escribir? —preguntó.

La maestra no lo había tenido como alumno por mucho tiempo y sabía muy poco acerca de él, así que comenzó a preguntarle cómo era su familia. En voz bajita como para que los otros niños no escucharan, Tomás empezó a contar algunos detalles sobre el divorcio de sus padres. Entre las interrupciones que se producían por las consultas que le hacían los otros niños, la maestra siguió escuchando a Tomás mientras contaba como vivía durante la semana con su madre y un padrastro que no lo quería y que le hacía la vida imposible, y de que pasaba los fines de semana con su padre y su nueva esposa, que tenía dos pequeños hijos propios. Agregó que le gustaba más estar con su padre, porque lo trataban mejor y también lo traían a la iglesia. Pero ellos tenían un departamento muy pequeño y cuando se quedaba con ellos los fines de semana tenía que dormir sobre un colchón en el piso de la cocina. La maestra se conmovió al escuchar el triste relato de Tomás. Lo ayudó a completar su móvil anotando cosas de las dos familias, explicándole que él ahora pertenecía a ambas, a pesar de que se sentía que estaba de más en las dos.

En el libro *Niños que sufren*, Andrew Lester, el editor, cita una investigación llevada a cabo en los Estados Unidos sobre la base de entrevistas hechas a 131 niños que venían de hogares donde los padres se habían divorciado. Entre las observaciones que hace el estudio, los autores declaran: "el hecho más penetrante que emerge de nuestra investigación es la intensidad del dolor que todos los niños sienten en relación al divorcio de sus padres, sea obvio o no. Los niños cargan con una tristeza mucho más intensa de lo que uno puede imaginarse". El libro también cita al director de un importante centro de investigación sobre los problemas sociales de la niñez, quien dice: "El divorcio es una de las crisis más serias y complejas para la salud mental del niño de nuestro tiempo ya que ellos son las víctimas inocentes de la disfuncionalidad de sus padres en cuanto a su pareja".

La separación de los padres, sea por divorcio o abandono, es una de las grandes calamidades de la sociedad actual. Lamentablemente, en toda la atención que se trata de dar a la pareja en consejería para salvar, recomponer o adaptarse a su nueva realidad, poca importancia se da a una orientación para los niños. "Son chiquitos" decimos, "menos mal que no entienden lo que pasa". Esta frase ilustra la ignorancia predominante en cuanto al efecto de la separación y el divorcio en el niño, y representa más bien el deseo de aliviar la carga de conciencia que siente el adulto ante su propia impotencia. Las complejas actitudes que rodean el tema solo ilustran cuán urgente es que la persona que quiera proveer orientación espiritual al niño sepa cómo acompañarlo mientras enfrenta esta situación tan dolorosas.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

El niño vive todas sus experiencias dentro del marco que impone las limitaciones de su edad. No puede asumir reacciones maduras frente a situaciones complejas de convivencia porque sus enfoques emocionales están limitados a su pequeño mundo. Tampoco no tiene la capacidad de considerar otras perspectivas frente a una crisis, como lo hace el adulto, porque no ha tenido suficientes experiencias en su vida para ver más que un lado del asunto, el suyo.

La perspectiva del niño: un mundo que se desintegra

El niño interpreta la relación de sus padres como madre-padre, una sola unidad. Su unión forma la base de su existencia. En cambio, los adultos se ven como dos personas, esposo y esposa, hombre y mujer, conviviendo. Pero para el niño, la separación de los padres significa una ruptura fundamental en las bases de su vida. Su percepción es que su padre o su madre han abandonado su función conjunta como padres unidos en el mundo que hasta ahora él ha conocido. Por la separación de sus padres, para el niño la unión ha dejado de existir y la vida siempre será diferente. En el sentido más real, él es una víctima inocente, un huérfano del divorcio.

Se debe tomar en cuenta también que para el niño no se trata de la pérdida de uno de los padres, sino de ambos. La ruptura del vínculo matrimonial ha hecho que ambos sean distintos de los que el niño conoció cuando estaban juntos.

Ahora vivirá la mayoría del tiempo con uno de ellos o posiblemente sin ninguno de los dos si es que lo mandan a vivir con los abuelos u otro pariente. Esto significa que, debido a las circunstancias que van cambiando en la familia, el niño también tenga que dejar su casa, su colegio y sus amigos. Pierde la seguridad económica que antes conoció, porque es probable que empiece una serie de ajustes económicos radicales. En todo sentido de la palabra, entonces, el mundo del niño tal como lo conoció hasta la separación de los padres, se ha desintegrado y él se ve impotente para detenerlo.

La pérdida de confianza

La separación de los padres hace que el niño empiece a cuestionar seriamente si ellos todavía se merecen su confianza. Siempre ha creído ciegamente en lo que ellos decían. Ahora, de repente, lo que decían en cuanto a su matrimonio no era cierto. Ha creído que los padres se amaban. Ahora ve que no se amaban lo suficiente como para quedarse juntos. Ha creído en su amor por él, pero ahora descubre que el padre puede dejarlo, con el consentimiento de la madre, y eso le hace sentir que han dejado de quererlo. Él se pregunta: "Si papá y mamá se dejaron de querer, ¿cómo puedo saber yo que no van a dejar de quererme a mí?". Igualmente, el niño se hace otra pregunta fundamental: "¿Quién me cuidará ahora?" Ha perdido de repente los elementos que contribuían a su seguridad y bienestar propio.

Parte de la pérdida de confianza que surge en el niño en esta circunstancia se produce por la forma cómo los padres le explican la decisión de separarse. Muchas veces los padres le mienten al niño para esconder la realidad ("Papá tuvo que ir a trabajar a otra ciudad…", etc.), o sino le dan respuestas evasivas que no aclaran nada ("Mamá ha decidido volver a vivir por un tiempo con los abuelos…"). Por lo general los niños ya saben que hay problemas de convivencia entre los padres y todas estas media-verdades y evasiones sólo sirven para profundizar su inseguridad. Esta pérdida de confianza en los padres puede ser aliviada parcialmente cuando los dos padres, en conjunto, le dan a los niños una explicación concreta y adecuada antes de la separación.

Otro factor que afecta profundamente a los niños es la ira que empieza a exteriorizarse entre los dos padres. Aunque los padres no lo toman en cuenta, los niños ven y escuchan toda la ira que surge en el creciente conflicto entre los dos padres y quedan "salpicados" por esa ira. Ver tan enojados y agresivos a las dos personas que él ama intensifica el dolor del niño y aumenta su inseguridad. Los niños también van internalizando esa ira y dirigiéndola hacia los padres y otras personas que creen que hayan contribuido a la separación. Casi nadie, especialmente los padres, se pone a considerar el daño que esto les puede causar. Por ejemplo, es común que el niño empiece a hacer una transferencia a su propia persona de los insultos y las frases denigrantes que escucha en las expresiones iracundas de sus padres. La ira que todo esto va produciendo en el niño tendrá efectos negativos en sus relaciones interpersonales inmediatas y posteriores.

Un tercer efecto del divorcio es que el niño se siente obligado a elegir entre uno u otro de los padres en cuanto a su lealtad. Por ejemplo, es muy común que los padres esperan que el niño decida con cuál de los dos quiere vivir. También es común, especialmente cuando la separación ha sido muy conflictiva, que uno de los padres demande que el niño repudie al otro para demostrar su lealtad. Recuerdo un ejemplo de esto. Una mujer me compartió su angustiante experiencia de niña, lo que llamó "el peor momento de su vida". Sus padres se separaron cuando ella tenía seis años de edad. Contó la sensación de desgarro emocional que experimentó cuando los padres se arrodillaron uno a cada lado y le imploraron que se decidiera con quién de los dos quería vivir. El niño no está capacitado para tomar semejante decisión, porque ama a ambos padres. Tampoco puede entender el profundo rencor que frecuentemente expresan los padres contra el ex-cónyuge después el divorcio, hablando el uno del otro como si nunca se hubieran amado. El niño sospecha que el mismo rencor puede existir para con él, aún cuando no escuche la expresión verbal de tales palabras. Estas circunstancias van creando profunda confusión y conflicto emocional en el niño.

El efecto que el divorcio produce en el niño está relacionado con la edad del niño cuando se produce la ruptura. Casi todos los profesionales concuerdan en decir que en cuanto más temprano ocurra el divorcio en la vida del niño, más

traumático será y más dolor le ha de causar. Por ejemplo, para el niño preescolar, su percepción del evento es que el padre ha desaparecido, y nada más. No tiene aún la habilidad de comprender los efectos que esa ausencia producirá en él con la marcha del tiempo.

La sensación de abandono

Para el niño, el divorcio tiene un solo contexto para describir lo que le está pasando: "Mamá y papá (unidad) no viven más conmigo". Su mundo egocéntrico y su capacidad limitada de distanciarse del problema hacen que interpreta la situación como un abandono, algo que para él se parece mucho a la sensación producida por una muerte. Aunque esa sensación es lógica, debemos asegurarle al niño que aunque sus padres se hayan separado como esposo y esposa, y ya no viven ambos con él, jamás dejarán de ser su madre y padre.

El proceso de duelo

La desintegración de la unidad que representan los dos padres inicia en el niño un largo proceso de duelo. Por lo general no reconocemos este factor cuando analizamos las consecuencias del divorcio en el niño. Pero como he dicho, el abandono representa una enorme pérdida en su vida y las emociones que surgen en él son las mismas que se experimentan frente a la muerte. El niño se ve envuelto en una situación tan intolerable que sólo puede pensar que no está ocurriendo y se inicia en él la etapa de *negación*. Siente mucha ira porque no sabe cómo cambiar la situación de sus padres. Luego, en medio de su impotencia, el niño entra en lo que se llama la etapa de *negociación*, cuando trata de inventar soluciones para lograr la reconciliación de sus padres. Cuando por fin enfrenta la realidad de que esto no va a ocurrir, entra en la etapa de *tristeza* y *depresión*. El hecho de ver que sus padres están comenzando a formar nuevas parejas, hace caer todas sus esperanzas y por eso se resiste en aceptarlas (se sabe que hasta los hijos adultos, ya casados ellos mismos, se resisten a un nuevo casamiento de sus padres por esta razón). El proceso de duelo para el niño en esta circunstancia finaliza con la aceptación de la realidad del divorcio ("mis padres no van a volver a vivir juntos"). Con la aceptación surge la esperanza de que uno puede igualmente disfrutar de la vida, aun después de todo el dolor vivido. Todo lo que describo aquí se elabora por etapas que se prolongan o se acortan dependiendo en la ayuda que el niño recibe, la estabilidad de vida que logra, y el amor que los adultos involucrados en su vida sepan darle.

El efecto de la culpa falsa

La mayoría de los niños se sienten culpables por la separación de sus padres. Como el niño cree que el mundo gira a su alrededor porque él es el centro de mucho de lo que ocurre en su vida, también cree que él es el factor causante de los eventos principales. Es más fácil para él asumir la culpa del abandono de su padre o madre, que admitir que ellos fueran menos perfectos de lo que él siempre creía. Además, esta culpa se acrecienta porque algunos padres lanzan acusaciones contra sus hijos que hacen que ellos interpreten las circunstancias de esa manera. Por ejemplo, una acusación típica que hace la madre sería: "Si no te portaras tan mal, papá no se hubiera ido".

Una pregunta implícita en la reacción del niño frente al divorcio es esta: "¿Qué hice yo para que papá se fuera de casa?" Algunos niños, generalmente cuando está entrando en la etapa de la adolescencia, se han ido de la casa creyendo que su ausencia aliviaría la tensión y los padres podrían reconciliarse. Otros niños empiezan a portarse como angelitos queriendo arreglar el problema de esa manera, para que los padres se unan otra vez.

Para complicar el problema de la culpa, el niño también siente mucha vergüenza por lo que ha ocurrido entre sus padres. No sabe de qué manera hablar acerca de esto con sus amigos. Sufre cuando escucha conversaciones de parte de los parientes sobre las fallas del cónyuge que ha abandonado el hogar. Además, a veces en el colegio y muchas veces en la iglesia, el niño del divorcio se siente juzgado y condenado por los líderes y maestros.

La interpretación teológica sobre el divorcio es compleja y muy variada. No es mi intención defender una postura teológica sino reconocer que el divorcio es una realidad en la sociedad actual. Toda persona que ama a los niños y se ha

propuesto seguir el ejemplo de Cristo no puede evitar de entrar con compasión en el mundo de dolor del niño que ha vivido la realidad de la separación de sus padres. En estas circunstancias, el niño necesita percibir a Dios como Consejero y Consolador. Y el adulto que comprende este problema social puede ser el instrumento de Dios para traer sanidad al dolor de un niño.

Los efectos físicos y psicosomáticos

A pesar de que cada niño responde de una forma diferente a la crisis de la separación y divorcio de sus padres, se pueden observar ciertos efectos comunes en ellos.

Uno es la regresión. Debido a la confusión mental y emocional que la separación de los padres ha producido en ellos, algunos niños experimentan una regresión, es decir, vuelven a una etapa de desarrollo previo, a una etapa ya vivida más temprano en su vida. Las manifestaciones más comunes de este fenómeno se ven por uno o varios de los siguientes elementos: insistencia de tomar la leche de una mamadera; querer consolarse por el uso de un chupete; hablar con frases y tono de voz de un bebé, ensuciarse los calzoncillos o hacerse pis en la cama. Estas manifestaciones dan evidencia que el niño está tratando de volver a los tiempos cuando se sentía más seguro y amado por los padres. Algunos niños de edad escolar demuestran una regresión en su aprendizaje: se olvidan cómo leer de corrido o cómo hacer las tablas de multiplicación o rehúsan aprender algo nuevo. Aparentemente, están queriendo demostrar que son totalmente dependientes en los padres como lo fueron de muy pequeños.

Otro tiene que ver con trastornos de salud. La ansiedad emocional provocada en los niños por la separación de sus padres se expresa muchas veces en trastornos de salud. Estos se ven mayormente por manifestaciones de inapetencia, diarrea, cansancio crónico, desgano, fiebre y pesadillas que impiden el sueño. Ninguna de estas son enfermedades reales sino más bien manifestaciones psicosomáticas de estrés. Pueden ser fingidas o reales. Pero en algún nivel son formas por las cuales el niño trata de ejercer presión para que sus dos padres dejen de vivir separados y se unan nuevamente para resolver su necesidad física.

Fantasías de reconciliación

La fantasía de reconciliación es algo que afecta al niño pero que sigue también durante la adolescencia. Sin embargo, estudios hechos entre hijos de padres divorciados han comprobado que la fantasía de reconciliación entre los padres sigue en los hijos aún hasta ser ellos adultos. En el niño, estas fantasías a veces producen alguna conducta extraña. Por ejemplo, el niño es capaz de inventar una complicada historia que explica la ausencia del padre y que tiene como final feliz su regreso a la casa. Otros niños, creyendo que la causa de la separación de los padres ha sido por problemas económicos, empiezan a robar dinero. Se convencen que si pueden juntar suficiente dinero, los padres han de reconciliarse.

Cambios en las relaciones interpersonales

Con la separación de los padres, todas las relaciones interpersonales en la vida del niño se transforman. Principalmente estos cambios tienen que ver con los nuevos roles que el niño debe asumir a partir del divorcio. Por ejemplo, si el niño es el hijo mayor, comienza a escuchar frases como esta: “ahora vas a tener que ser el hombrecito de la casa”. Esto significa que la madre y otros parientes están esperando que el niño asuma responsabilidades que antes no tenía porque no le correspondían. También significa que el hijo mayor asuma otra actitud en cuanto a sus hermanitos. Otro cambio que se produce es que el padre o la madre con quien el niño se queda a vivir cambia su trato con él, posiblemente sobreprotegiéndolo, o por lo opuesto, descuidándolo. Lógicamente, el niño se siente distinto en cuanto a los padres. Se ve obligado a inventar explicaciones en el colegio por la ausencia de su padre o madre. Tendrá que cambiar el trato que tiene con sus compañeros porque, quizá tenga que cuidar de los hermanitos y no tiene tiempo para estar con ellos. O es posible que tenga que quedarse varias horas por día en la casa de la abuela o con otro pariente

hasta que llegue la madre o el padre a buscarlo. En una palabra, los elementos que definieron su vida cuando los padres estaban juntos, ya no existen más. Todo ha cambiado.

SUGERENCIAS PARA AYUDAR AL NIÑO

El maestro que desea acompañar a un niño transitando por la experiencia de la separación de sus padres, y que quiera proveerle ayuda pastoral, debe tomar en cuenta algunas pautas generales:

El maestro no debe tomar parte en el conflicto de la pareja, es decir, no debe mostrar lealtad o favoritismo por uno u otro de las partes. El niño siente tanta confusión en cuanto a sus propias lealtades hacia los padres que necesita ayuda de alguien con una actitud neutral. Aunque el maestro pueda tener una amistad previa con los padres del niño, no debe permitir que esa relación impida su imparcialidad. En su trato con el niño debe cuidarse mucho de no salir en defensa de uno u otro de los padres porque esto únicamente creará más complicaciones para el niño. Igualmente, el maestro no debe criticar a uno ni al otro de los cónyuges. La mejor frase que el maestro puede usar con el niño es esta: "A veces la gente grande se equivoca". Esta actitud también significa que el maestro se cuidará de no involucrarse en los asuntos de la pareja.

El maestro debe mantener un trato equilibrado, estable y constante con el niño. En todo el drama de un divorcio, la responsabilidad más importante que tiene el maestro es para con el niño. Otros tendrán que ocuparse de los padres: el maestro debe ocuparse del niño. En medio de tantas cosas que están cambiando para él, el niño necesita saber que puede contar con la presencia segura de su maestro.

El maestro debe esforzarse en comunicarle al niño dos conceptos principales. Primero, que el niño no tiene nada que ver con la decisión que han tomado sus padres. Es una decisión que solamente los adultos pueden tomar porque tiene que ver con sus actitudes y compromisos. Además, el maestro debe asegurarle al niño que sus padres han tomado la decisión sin consultarle a él y, por lo tanto, él no es responsable.

Segundo, que aunque la separación y divorcio de los padres cambia la relación entre ellos, lo que no puede cambiar es el hecho de que ellos son su padre y madre, y seguirán siéndolo. Eso jamás puede cambiar.

Actividades para los encuentros pastorales

El maestro y cualquier adulto que quiera ayudar al niño viviendo este problema se dará cuenta de que no es fácil saber cómo entrar en el mundo del niño que ha sido derribado por la decisión de los padres. Ni tampoco es fácil hacer las preguntas que le ayudarán al niño hablar sobre el tema. Además, es probable que en algún momento el niño se rebele contra los intentos del maestro de conseguir que hable sobre el problema y se negará a seguir la conversación. Si esto ocurre, uno no se debe preocupar. El maestro puede decir: *Veo que este tema es difícil para ti. Lo dejamos hasta que tengas ganas de hablar un poco más sobre el asunto. ¿Hay algún otro tema que te gustaría charlar conmigo?* Puede ser que en algún momento, al hablar de sus enormes pérdidas, el niño comience a llorar. Su llanto es algo muy positivo. El hecho que haya encontrado un lugar en donde sienta la suficiente confianza como para poder llorar es para él un alivio emocional muy grande. El maestro puede dar validez a su tristeza, diciendo algo sencillo como: *"Lamento mucho que tengas que vivir esto"* o *"Esto es algo muy difícil para ti, pero vas a poder manejarlo"*. A veces es suficiente abrazarlo, llorar con él y consolarlo.

Contenidos para los encuentros pastorales privados con el niño

El maestro debe programar encuentros con el niño en forma repetida. El niño necesita un lugar seguro en donde pueda expresar su dolor, llorar sus penas si quiere, expresar su enojo y recibir comprensión y amor incondicional de su maestro. Es posible que este proceso se prolongue por bastante tiempo. La duración y frecuencia de los encuentros dependerá en la disposición y deseo del niño, no del maestro.

Dialogar con él usando las láminas 55, 56, 57 y 58 (*) y las caritas de las emociones. El diálogo puede darse de esta manera: *Aquí hay unas láminas que tienen que ver con familias enfrentando la misma situación que tú. Las láminas nos pueden ayudar a hablar sobre lo que tú estas sintiendo como resultado de la separación de tus padres. ¿Alguna de estas láminas te hace recordar algo de lo que te ha pasado a ti? ¿Tienes algunas ideas sobre por qué tus padres se separaron? ¿Quieres compartirlas conmigo? ¿Te parece que hay algo que tú podrías haber hecho para impedir esta separación? ¿Cuándo te diste cuenta de que se iban a separar? ¿Cómo te hizo sentir? ¿Puedes mostrarme tus emociones usando las caritas? Me imagino que estás sintiendo un montón de cosas diferentes. En este momento, ¿cuál es la emoción más difícil de manejar para ti? Cuando te estás sintiendo así, ¿qué haces para sentirte mejor? ¿Te gustaría pensar conmigo en diferentes maneras de manejar eso?*

Nota: Para más ayudas sobre el manejo del enojo, ver Lección 2, de la serie *Soberano Dios* de los materiales *Vivir la Biblia.*

Para el encuentro con el niño, también se puede usar el "Termómetro de las emociones". Esto ayudará al niño a ver de que los eventos que han transcurrido por el divorcio de los padres han producido intensos sentimientos en él de ira, miedo o tristeza.

Supe de una familia que inventó un sistema para manejar mejor el enojo. Colocaron un cuaderno y un lápiz en la cocina de su casa y lo llamaron el "Cuaderno del Enojo". En lugar de pelear y gritarse, todos los miembros de la familia tenían que escribir sus disgustos y quejas dentro del cuaderno y luego firmarlo. Una vez por semana, la familia entera se sentaba para leer lo que diferentes miembros de la familia habían escrito, para luego trabajar juntos en la resolución de los problemas. Me pareció una excelente idea.

Otra actividad podría ser el uso de la "Rueda de las Emociones" utilizando la rueda que corresponde a Separación y Divorcio (ver Capítulo 6). El niño selecciona una de las situaciones que se describen en la rueda grande, luego elige la emoción que ésta le produce usando la rueda intermedia. Luego el maestro le habla de los recursos que tenemos en el Señor, que están en la rueda más chica, y el niño decide cuál de ellos está necesitando para su problema.

Otra actividad sería usar la "Rueda del Perdón. Después de varios encuentros con el niño, en donde se han ido aclarando algunas de las áreas de mayor dolor para él, se puede comenzar a hablar del perdón y la maravillosa posibilidad que tenemos en Dios de perdonar a las personas que nos han causado daño. Es importante que el maestro reconozca que la capacidad de perdonar es parte de un proceso de sanidad interior obrada por el Espíritu Santo en nosotros. NO debemos obligar a nadie a perdonar a otro. Enseñamos que el perdón es algo que Dios hace por nosotros cuando se lo permitimos. Y también enseñamos que es una actitud que Dios quiere que tengamos para con los demás. El maestro puede explicar el uso de la "Rueda del perdón" de esta manera: *En nuestras charlas hemos hablado de cosas que tus padres y otras personas hicieron y que te causaron mucho dolor. También hay cosas que tú hiciste que les causaron dolor a otros. Vamos a mirar estas ruedas para ver qué solución hay para resolver este problema del dolor que a veces está en nosotros. Aquí te muestro lo que se llama "las ruedas del perdón". La rueda grande representa las conductas y actitudes que te han dañado. También hay una rueda grande que se refiere a conductas tuyas que han herido a otros. La rueda intermedia representa a las personas en tu vida que te hicieron daño o que tu hayas dañado. La rueda pequeña representa la solución que Dios nos da, y se llama el perdón. ¿Quieres que trabajemos juntos con esto?*

Si el niño expresa el deseo de trabajar con la rueda, es importante hacerlo en las dos áreas: el dolor causado por otros y el dolor que él mismo ha causado a otros. Para llevar la actitud del perdón a su concreción, el niño puede escribir cartas a las personas que lo dañaron. El motivo de la carta es dar expresión concreta al perdón que uno otorga a la persona que nos dañó ("yo te perdono por..."). También se puede formular una carta en la cual el niño pide perdón a alguien. Una vez que la carta esté escrita, se decide si es conveniente o no mandar o entregar la carta. El niño debe ser quien decide esto. A veces el solo hecho de escribir la carta es suficiente para otorgar alivio al niño. Si el niño se resiste a

perdonar a alguien, el maestro NO debe insistir. Preguntar si quiere repetir la frase: "Necesito ayuda para perdonar". Todo lo que se habla en torno de este ejercicio debe formar parte del contenido del tiempo de oración que se tenga con él.

La conclusión del encuentro

Se debe concluir orando por el niño. Se puede pedir que el niño exprese las peticiones más importantes que desea que se anoten en la "Libreta de oración". Si dice que quiere que Dios haga un milagro para que sus padres se reconcilien, explicarle que Dios no obra así, obligando a las personas a actuar en contra de su voluntad. Se puede orar con el niño pidiendo que los padres busquen la ayuda de Dios en medio de sus problemas. El maestro debe recordar al niño que la finalidad de esta oración es para el niño mismo y lo que él está sufriendo. Se puede compartir con él algunos textos como 2 Corintios 6:18 y Salmo 27:10, recordándole que Dios sabía de antemano que muchas veces nuestros padres nos iban a fallar. Pero recordarle que Dios nunca nos falla y siempre está con nosotros (Hebreos 13:5). Antes de despedirse del niño, asegurarle que si necesita algo, solamente tiene que llamar a su maestro. Debido a la circunstancia que el niño está viviendo, es importante recordar que él está mirando a todos los adultos con desconfianza, y por eso el maestro debe hacer todo lo posible por cumplir con él.

Capítulo 15
El niño y su nueva familia

Un domingo en mi clase de Escuela Dominical estábamos terminando una lección sobre la vida de Abraham. La lección trata con la crisis que vivió su familia cuando Agar e Ismael fueron echados del hogar (Génesis 21). Me había llamado la atención el interés que los alumnos demostraban por el tema de la lección, a pesar del fuerte ruido causado por una tormenta de lluvia cayendo sobre el techo de chapa del aula. Cuando estábamos en la parte de la aplicación, les pregunté a los alumnos si tenían algún comentario.

—Lo peor es cuando se forma una nueva familia —comentó con voz muy suave una niña sentada a mi lado.

Era una de mis mejores alumnas, una niña dulce, tranquila en sus reacciones y madura en sus formas de pensar. Por un momento me había olvidado que ella no solamente representaba el trauma del divorcio de sus padres, sino que estaba viviendo una situación muy complicada por el proceso de formar una nueva familia. Le había costado mucho adaptarse a su nuevo padrastro y a sus dos hijos de un primer matrimonio, como también al hecho que ahora tenía dos nuevos hermanitos, producto del matrimonio que su madre había formado con él. Le pregunté si quería explicar lo que había dicho.

—Es difícil saber dónde perteneces —continuó diciendo—. Lo que antes tenías como tu lugar, ahora no lo tienes más. Y te tienes que llevar bien con los hermanos nuevos y con tu padrastro…

Su voz desaparecía en un susurro. Se quedó triste y pensativa, de repente ausente de lo que pasaba a su alrededor.

Sus palabras me impactaron mucho. Como ocurre muchas veces cuando estoy entre los niños, tenía ganas de sentarme a su lado y escuchar de esta pequeña "profesora" lo que había aprendido acerca de las frustraciones de la vida, de las desilusiones, de las esperanzas y, sobre todo, del sufrimiento. Para muchos niños, la crisis de la separación de sus padres es solamente el comienzo de una cadena de eventos difíciles que producen enormes cambios en sus vidas. Mientras los padres luchan para establecer nuevos parámetros económicos y sociales para sus

vidas, los niños, doloridos y confundidos, enfrentan cambios traumáticos a pasos acelerados pero sin ninguna orientación ni preparación para saber cómo manejarlos correctamente.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

¿Cuáles son algunos de los factores que trastornan la vida del niño que ha vivido el divorcio de los padres? Uno de ellos tiene que ver con el hecho que el niño debe acostumbrarse a las personas que vienen presentándose como una posible nueva pareja para la madre (o el padre). Las salidas de su madre o su padre con diferentes individuos le crean una sensación de inestabilidad y enojo porque, por lo general, el niño no quiere que su madre o padre forme una nueva pareja. Él sigue anhelando la restauración de la pareja original y le duele muchísimo cuando ve desvanecer sus esperanzas. Como reacción a esta nueva situación, hay niños que se vuelven intolerables en sus conductas, agresivos en su trato con los demás y que entran en un estado de constante rebeldía contra toda autoridad. Por más que se lo trate de convencer de que sus padres tienen el derecho de redefinir sus vidas formando nueva pareja, el niño se resiste a creerlo y sufre intensamente. Desde su perspectiva, el entorno de familia que siempre ha conocido está desapareciendo y se siente impotente para impedirlo.

A veces ocurre que los intentos de uno de los padres de formar una nueva pareja producen sentimientos de celos de parte de su anterior cónyuge. Éste último empieza a utilizar al niño como espía para poder enterarse de cuándo y con quién su ex marido está viéndose. Inclusive el cónyuge rechazado puede enseñarle al niño formas de hacer sabotaje emocional para que la nueva relación no tenga éxito. Este rol de vigilante le causa mucha angustia al niño porque lo coloca en el medio de sus dos padres con un rol de árbitro y él termina sintiéndose aún más aislado de ambos, acumulando en el proceso una gran carga de culpa.

Luego, a pesar de todos los intentos en contra de parte del niño, uno o ambos de los padres se casan. Si la nueva pareja se forma con una persona soltera, no es tan problemático. Pero si se forma con una persona con hijos propios, se abre un panorama complicadísimo de ajustes para el niño en cuanto a su relación con su nuevos "hermanos". Tiene que acostumbrarse a compartir a su madre, la única fuente de seguridad que le había quedado en la vida. No solamente la comparte con el nuevo padre, sino con los hijos de él que invaden su vida. Además, tiene que ir acostumbrándose a sus nuevos hermanitos que van naciendo por la unión de la nueva pareja. Puede perder de golpe su función como hijo mayor de la familia, o como única hija, o como el más chiquito, o quizá como el más capaz. Su confusión se intensifica porque casi siempre en la nueva familia se produce cambios en cuanto a las líneas de autoridad y al niño le cuesta aceptar la autoridad del nuevo "intruso" en la familia.

Otro de los problemas que llegan a ser dolorosos para el niño tiene que ver con el título que debe usar para con el padrastro o la madrastra. Decirle "papá" o "mamá" le resulta incómodo. Además, el problema no siempre se define por lo que el niño prefiere sino por la presión que el verdadero padre o madre le imponen ("No se te ocurra llamar a tu padrastro "papá"). Igualmente, los niños se sienten incómodos cuando alguien pregunta por la diferencia en los apellidos de los hijos de la nueva familia (¿por qué tu hermano tiene el apellido de Gómez y tu de Carvajal?). Esto ocurre cuando tienen que inscribirse en la escuela o en cualquier evento donde piden los apellidos.

En todas estas redefiniciones que el niño enfrenta al formase la nueva familia, es oportuno recordar que el maestro juega un papel muy importante en ayudar al niño a identificar y resolver estos sentimientos confusos. Por ejemplo, se le puede asegurar al niño de que está bien amar a una nueva familia. No significa que uno ama menos a su padre verdadero por ofrecerle amor al padrastro. El amor puede crecer y multiplicarse siempre. También se le puede ayudar al niño a entender que puede ser una bendición tener una familia nueva, distinta, y que con el tiempo él llegará a apreciar y amar a aquellas nuevas personas que ahora la componen.

En una ocasión, estando yo de visita en una iglesia en un país centroamericano, se me acercó una niña después de mi taller pidiendo hablar a solas conmigo. Tenía unos diez u once años. Me miró muy seria, respiró hondo como preparándose para decir algo complicado.

—Tengo un problema, señora —me dijo—. Quiero que me den un apellido.

Me sorprendieron sus palabras. Cuando comencé a indagar un poco para entender la situación, ella comenzó a llorar. Me explicó que su madre había quedado embarazada con ella de soltera y que cuando el novio se enteró, la había abandonado. Estando aún embarazada, se casó con otro hombre. Pero cuando la niña nació, el esposo dijo que no le iba a dar el apellido porque no era su hija. El primer hombre, el verdadero padre, tampoco se lo quería dar y la madre había tomado la decisión de no hacer nada al respecto hasta que uno de los dos hombres asumiera su responsabilidad. Mientras tanto, por once años, la niña había usado el apellido de la madre, tratando de dar explicaciones sobre una identidad dudosa. Creo que nunca había escuchado un ejemplo tan gráfico del sufrimiento psicológico que pueden causar los adultos en la vida de una niña cuando falta sensibilidad por sus necesidades, que incluyen una correcta preocupación por establecer una identidad.

Claudia Jewett, en su libro *Helping Children Cope with Separation and Loss (Cómo ayudar al niño a enfrentar la separación y la pérdida)*, describe de esta manera la realidad del niño tratando de acostumbrarse a una nueva familia: “Cuando un niño comienza su convivencia con la nueva familia, todo cambia: la manera en que la luz entra por la ventana cuando se despierta, los olores y los sonidos de la casa, los colores y la ubicación de los muebles que ve, la comida que come, las expectativas de sus padres, sus rutinas diarias y el ritmo de su vida cotidiana. Es similar a encontrarse en un país desconocido. Nada es igual a lo que antes fue”.

El niño necesita ayuda para sobreponerse a la angustia que todos estos cambios van produciendo en él. Él tiene la sensación de que ha perdido las cosas más importantes de su vida. Al no tener los parámetros que antes lo definían, necesita orientación para controlar las reacciones negativas que estos cambios producen en él. El recibe consuelo y fortaleza cuando descubre que hay alguien que no minimiza las cargas que lleva, ni le tiene lástima, sino que sabe escuchar y entender su dolor. Lo que más necesita es esa presencia estable de un adulto que lo sepa guiar en la adaptación a su nueva vida. El maestro de la Escuela Dominical puede ser esa persona.

SUGERENCIAS PARA AYUDAR AL NIÑO

El maestro que desea acompañar a un niño que está en el proceso de adaptación a una nueva familia debe pensar en dos maneras de acercarse al problema, una indirecta y otra directa.

En **el método indirecto**, el maestro aprovecha diferentes momentos en las clases para hablar con todos los alumnos de maneras cómo la familia nueva se va formando. Se debe explicar que el plan original de Dios para la familia es que cada niño tenga a un padre y a una madre para amarlo y cuidarlo durante toda su niñez y adolescencia hasta que llegara a una edad de poder vivir en forma independiente de los padres. Pero muchas cosas ocurren en la vida que cambian ese plan original. Por ejemplo, uno de los padres puede morir. O puede ser que los padres tengan tantos problemas con su relación de pareja que decidan separarse. O puede ser que una mujer quede embarazada siendo soltera. Cuando estas cosas suceden, los adultos muchas veces forman nuevas familias. Entonces uno de los cónyuges de la nueva pareja, o quizá ambos, puede tener hijos de su matrimonio anterior. Habiendo explicado las diversas maneras como se forman las nuevas familias, asegurar a los niños que Dios ama a todas las familias y quiere ayudar para que sean felices.

Se puede usar las láminas 59, 60, 61, 62 y 63 (*) para ilustrar la composición de las nuevas familias. Luego se puede pedir que cada alumno haga un dibujo de su familia para colocarlo a la vista de todos. Si hubiera algún niño que está viviendo esta experiencia, preguntar si quiere compartir con la clase algunas de las cosas que son difíciles para él en este

proceso. Permitir que los alumnos hagan preguntas al compañero y luego orar juntos por las circunstancias que él ha compartido.

En **el método directo**, el maestro organiza encuentros pastorales privados con el alumno que pudiera estar viviendo este proceso. Usar las láminas 59, 60, 61, 62 y 63 (*) que corresponden a este capítulo, junto con las caritas de emociones. El maestro puede decir algo así: *Sé que tú estás enfrentando unos cuántos cambios en tu vida en este tiempo, y sé que no son cambios fáciles. Me gustaría que charlemos juntos un poquito sobre esto para ver si yo te puedo ayudar a entender lo que estás sintiendo y también ayudarte para manejar mejor tu relación con tu familia. Acá tengo una serie de láminas que ilustran cómo se forman las familias en el sentido de sus integrantes. ¿Hay alguna lámina aquí que te recuerda cómo era tu familia antes? ¿Cuál es la lámina que más se parece a tu familia actual? Según tu experiencia, ¿en cuál situación vivías con menos problemas? Muéstrame con las caritas algunas de las emociones que sentías cuando vivías con tu primera familia. Ahora muéstrame las emociones que sientes en tu familia de ahora. ¿Cuál es la emoción que más te cuesta manejar? ¿Quieres mostrarme con este "Termómetro de las emociones" la intensidad de esa emoción? ¿Qué ocurre en tu familia que te hace sentir así?*

Otro enfoque que se puede dar al encuentro privado con el niño es el de trabajar con conductas y emociones que contribuyen a la felicidad en familia. De antemano, preparar ocho tarjetas pequeñas de cartulina y escribir una de las siguientes frases en cada una. Tener a mano dos hojas de papel blanco, tamaño legal, y cola vinílica, lápices y marcadores:

- Siento que pertenezco
- Siento que me aman
- Siento que me cuidan
- Siento que me escuchan
- Siento celos por alguien en la familia
- Me siento enojado
- Me siento rechazado
- Me siento desplazado

Con las frases a mano, preguntarle al niño: *¿Cuál de estas frases representan lo que tú sientes en relación con tu familia? ¿Hay alguna de estas frases que te hace sentir mal? Vamos a pegarlas sobre estas dos hojas. Sobre una de las hojas vamos a escribir las palabras "Sentirse bien" y sobre la otra "Sentirse mal". ¿Sabes que lo que tú sientes en relación a tu familia es igual a lo que sienten todos los demás miembros de tu familia? Quiero que selecciones una frase de cada hoja y vamos a ver si podemos definir algo práctico que puedas hacer para sentirte mejor en tu familia. ¿Con cuál de las frases que te hace sentir bien quieres trabajar? ¿Qué tendría que pasar en tu familia para que sientas eso? ¿Puedes hacer un dibujito chiquito al lado de la frase para expresar lo que quisieras que cambie en tu familia? ¿Con cuál de las frases que te hace sentir mal quieres trabajar? ¿Qué pasa en tu familia que te hace sentir así? ¿Puedes hacer un dibujito de eso también?* Explicarle al niño que las emociones que sentimos y las acciones que expresamos tienen un efecto sobre los demás. No es que uno sea responsable de las emociones de la otra persona, pero uno si es responsable por los efectos de sus propias acciones en la vida del otro. Por ejemplo, si un miembro de la familia está triste o enojado por algo, yo puedo hacer algo para intensificar su tristeza o su enojo. Pero también puedo hacer algo para aliviar su emoción y ayudarlo a que se sienta menos triste o enojado. Explicar al niño la diferencia entre decir: "Yo me siento mal cuando tú haces tal cosa" y decir "Tú me haces sentir mal cuando haces tal cosa". La primera frase no culpa a la persona; la segunda sí. La diferencia es que uno asume responsabilidad por sus propias emociones. El niño tiende a asumir culpa por muchas de las cosas que acontecen en su entorno familiar. Necesita aprender desde temprano que cada uno es responsable por sus emociones tanto como por sus conductas.

Preguntarle al niño qué conductas él puede cambiar para ayudar a mejorar su vida en familia. Algunas sugerencias pueden ser que haga caso a sus padres inmediatamente cuando le piden algo (ellos se sentirán escuchados), que trate con consideración y cariño a sus hermanos (ellos se sentirán amados), que exprese su enojo de maneras que no dañen a otros (para algunas sugerencias sobre el manejo de la ira, ver Capítulo 5). Ayudarlo a asumir un compromiso firme en relación a alguna emoción o conducta que pueda cambiar su actitud en cuanto a su nueva familia. El maestro puede usar las fichas de "La solución del semáforo" para practicar estos cambios.

La conclusión del encuentro

Se debe concluir orando con el niño. Antes, pedirle si tiene peticiones específicas que pueden ser anotadas en la "Libreta de Oración". Animarlo a pedir ayuda del Señor para las emociones y conductas que él reconoce que están estorbando la armonía en su nueva familia. Hablarle de la confesión de pecado, del perdón de Dios y de las nuevas oportunidades que nos da siempre el Señor. Si le parece apropiado, usar "La Rueda del Perdón". Leer juntos Efesios 4:25 a 32 eligiendo de la lista de conductas aquellas que pueden afectar la armonía en la familia. Preguntar al niño cuál de ellas el cree que debe cambiar. Terminar orando juntos.

Capítulo 16
El niño y las adicciones en la familia

Dos maestros, una mujer mayor y un hombre joven, se me acercaron después de un taller que yo había realizado en su iglesia. Me agradecieron el hecho de que en el taller yo había dado una orientación sobre la familia que sufre el problema del alcoholismo. Luego me hicieron una pregunta.

—¿Dónde podemos encontrar más información sobre este tema? —preguntó la mujer—. ¿Conoce usted alguna organización que provee una orientación a fondo sobre cómo uno debe tratar a los hijos de alcohólicos? ¡Son niños muy complicados!

El joven mostró su apoyó a los comentarios de la mujer y luego contó de algo que les había pasado en su hora feliz (clase para niños hecha fuera de la iglesia). Estaban trabajando en un barrio periférico de la ciudad y habían llegado a reunir como cincuenta niños para la clase semanal. Entre el grupo había una familia de diez hermanos. Un día, después de terminada la clase, uno de los niños menores de aquella familia se quedó para charlar con los maestros. Les contó lo que pasaba en la casa a razón del alcoholismo del padre. Entre otras cosas, compartió que cuando el padre estaba ebrio se ponía muy violento y le pegaba cruelmente a la madre y a varios de los hijos, según su capricho del momento. Tenía miedo, decía, de que algún día el padre iba a matar a la madre.

En seguida los maestros decidieron ir a la casa del niño para ver si había algo que podían hacer para revertir la situación. La madre los recibió bien, pero no quiso hablar de su situación. En la hora feliz de la semana siguiente, el niño que había hablado con los maestros no apareció. Los maestros preguntaron por él, pero ninguno de los hermanos quiso responder ni explicar la ausencia de su hermano. Preocupados, los maestros volvieron a la casa para averiguar lo que pasaba. La madre, sorprendida por la visita de los maestros, no obstante los dejó entrar y los llevó a un cuarto donde encontraron al niño en la cama en un estado físico deplorable. Había recibido una terrible paliza y estaba cubierto de moretones e hinchazones de los golpes recibidos.

—¿Quién te hizo esto? —preguntaron los maestros horrorizados, sospechando que había sido el padre alcohólico.

—Mis hermanos me pegaron —gimió el niño—. Se enteraron que yo había hablado con ustedes sobre los problemas de nuestra familia.

Después de escuchar el relato, los tres nos quedamos mirándonos en silencio, como si juntos hubiéramos tenido que admitir el horror de la violencia causada por el alcoholismo. Nuevamente entendí cuán enorme es la necesidad, el dolor y la terrible disfuncionalidad que existe en las familias donde hay adicciones. Y de nuevo sentí la impotencia que viene por no saber qué hacer en estas situaciones.

Conversando con estos dos maestros les hice la sugerencia que se pusieran en contacto con alguna entidad que trabaja con alcohólicos, como ALANON, la agrupación de apoyo para familias de personas adictas al alcohol. También les sugerí que pidieran la ayuda de algún asistente social. Sin embargo, conversando juntos los tres estábamos de acuerdo de que probablemente encontrarían poca ayuda. Terminamos ese breve encuentro sintiendo una vez más nuestra impotencia y frustración.

El creciente índice de alcoholismo y drogadicción es una triste realidad en la sociedad contemporánea mundial. Las adicciones son un problema no solamente de los adultos sino en mayor escala de los adolescentes y hasta de los niños. Pero debido a que muchos de los adultos adictos tienen a su cargo grupos familiares, la adicción crea una situación de crisis para todos los miembros de la familia, pero especialmente para los niños. Los niños están en el proceso de formar una identidad propia y de definir sus valores frente a la vida. Cuando existen adicciones en los adultos, se crea enorme confusión en los niños debido a las incoherencias que observan en las relaciones interpersonales y en el maltrato que casi siempre forman parte del cuadro. Las personas que están en contacto con estos niños necesitan una orientación especial para comprender las sutilezas y complicaciones que son características de estos sistemas familiares. Lo mismo es cierto para las personas que trabajan en la formación espiritual de los niños, los maestros de la escuela dominical, porque llegan a las iglesias niños de hogares con adicciones. Estos niños, que rara vez admiten el problema, buscan y necesitan ayuda. La realidad es que en la iglesia actual a menudo hay familias con cuadros adictivos que nunca han admitido su problema ni recibido una ayuda adecuada.

Se puede decir con certeza, entonces, que toda persona que trabaja entre la niñez estará en contacto alguna vez con niños de hogares donde hay adicciones. Generalmente, no nos damos cuenta de quiénes son estos niños porque ellos han llegado a ser expertos en camuflar la verdad. Pero tenemos que tomar conciencia de que las adicciones no solamente están presentes en la sociedad, sino que están afectando profundamente a todas las personas que conviven con el adicto. El alcoholismo y la drogadicción se deben entender, entonces, como **un problema familiar y** no meramente como un problema individual.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

El tema de la adicción es sumamente amplio e imposible de tratar escuetamente o dentro de las limitaciones que impone este libro. Sin embargo, podemos mirar algunos elementos que nos pueden ayudar a comprender al niño que vive en un hogar así.

Las características de un hogar donde hay adicción

La negación

Una característica común en casi todos los hogares donde hay personas con adicciones es la negación. Los miembros de la familia deciden guardar silencio en relación al problema. Los adultos sienten vergüenza frente a su realidad y viven tratando de encubrir las evidencias, intentando aparentar cierta normalidad en su expresión de vida. El niño, que percibe la realidad porque lo ve de cerca, siente mucha confusión en este juego de verdad/mentira. Pero como ésta es la

única realidad que conoce, le cuesta imaginar otra y cree que toda familia es como la suya. Aprende desde muy temprano que se espera de él la lealtad necesaria para defender el secreto familiar. Entonces, como en el caso que relaté al comienzo de este capítulo, cuando un miembro divulga el secreto, son los demás miembros de la familia, en este caso los hermanos, que se ocupan de castigar al traicionero. Es probable que este elemento de "secreto familiar" sea el factor que causa el mayor daño en los miembros de la familia porque todo problema sobre el cual no se puede hablar, o ni siquiera admitir su existencia, se hace más grande de lo que es y el dolor emocional que produce se intensifica. Un amigo psicólogo ha señalado este aspecto del problema al decir: "Todas las adicciones se sostienen sobre la base del silencio"

La inestabilidad

El adicto es la persona que determina, para bien o mal, la estabilidad económica, emocional y relacional del hogar. Si el adicto es uno de los padres, es probable que la inestabilidad llegue a ser la característica que más define la vida familiar. En la mayoría de los casos, especialmente cuando es el hombre el que sufre de la adicción, la familia vive en un estado de perpetua ansiedad sabiendo que en cualquier momento el padre puede gastar todo su sueldo en bebida o en droga, sin pensar en las consecuencias que este acto traerá sobre ellos. Además, es difícil que la persona adicta mantenga un trabajo estable y como consecuencia hay una constante fluctuación en la situación económica de la familia.

La inestabilidad no es únicamente económica. Algunos alcohólicos, cuando están ebrios, vuelven a sus casas deprimidos y pasan su borrachera llorando. Otros se ponen alegres, y sus chistes, risas y alegría artificial producen confusión e inseguridad emocional en la familia. Otros entran en un estado de intensa furia, se vuelven agresivos y violentos por cualquier pretexto, y los miembros de la familia viven aterrorizados ante los posibles golpes que caerán sobre ellos. Los efectos de la drogadicción son parecidos. El niño que vive esta situación pierde su confianza en los adultos que lo rodean. La falta de coherencia emocional de los padres le hace dudar de sus propias emociones y muy pronto aprende que debe disimular, negar y reprimir lo que siente para no tener mayores problemas.

Las relaciones interpersonales en el entorno familiar del adicto también se distorsionan. El hombre o la mujer con la adicción suele mostrar favoritismo entre los hijos. También acostumbra elegir a uno de los hijos como la causa de su problema, y ese hijo termina recibiendo siempre la descarga de la agresión física y verbal. Por ejemplo, el padre puede llegar a la casa ebrio. Entra y en seguida se dirige al cuarto del hijo que es el "chivo expiatorio". Ve que el muchacho no ha tendido la cama ese día. Gritando, lo busca y empieza a darle una paliza por lo de la cama. Sin embargo, otro día puede llegar y la cama del hijo tampoco ha sido tendida ese día. Sin embargo, el padre lo ignora, y no dice ni hace nada. Estas conductas erráticas del adicto crean una continua tensión y frustración en los hijos y suelen absorber toda la energía emocional del cónyuge, dejando éste incapaz de ofrecer a los niños la atención, la protección y el afecto que tanto necesitan.

Las conductas irracionales

Otro efecto de la adicción es que el adicto vive en un mundo donde la realidad ha sido distorsionada. Su mayor obsesión es "alimentar" su adicción y lentamente va perdiendo noción de lo que está pasando en su hogar en cuanto a su rol como esposo/a y como padre/madre. En lo que toca la vida del niño, esto hace que muchas veces las reacciones del adicto sean desproporcionales a lo que son conductas normales en el niño. Por ejemplo, por una sencilla travesura, el niño recibe una terrible paliza que lo deja sangrando y, a veces, hasta inconsciente. Supe del caso de un padre que se enojaba muchísimo cuando su hijo se chupaba el dedo pulgar cuando estaba atemorizado. Un día, estando ebrio, el padre se enfureció tanto que le regó las manos del niño con querosén y las prendió fuego. No siempre son actos violentos. Supe de otro padre que cuando estaba bajo el efecto de la bebida, solía volver a casa con los bolsillos llenos de caramelos para repartir entre los hijos, ignorando el hecho de que no había comida para poner sobre la mesa ni dinero para reemplazar las zapatillas rotas de sus hijos. Las historias de lo que pasa en el hogar por causa de las

adicciones son escalofriantes. La adicción hace que los miembros de la familia vivan dentro del marco de constante inseguridad y paralizante temor por no saber qué va a hacer el adicto en una determinada situación. Es fácil entender como los niños viviendo bajo estas circunstancias quedan traumatizados.

Las responsabilidades no asumidas

Otro efecto de la adicción es que cuando el adicto está ebrio o drogado no puede desenvolverse correctamente con relación a la función que le corresponde en la familia. Es entonces que los otros miembros de la familia tratan de compensar esta falta asumiendo responsabilidades que no les corresponden. Por ejemplo, muchas veces uno o varios de los niños tienen que asumir la responsabilidad de preparar la comida, o lavar la ropa, hacer las compras o limpiar la casa. Además a veces tienen que cuidar de un bebé y los hermanitos menores. Todo esto mientras tratan de cumplir con sus tareas habituales en el colegio. Una mujer me contó como de niña recuerda haberse quedado muchas noches hasta la madrugada lavando y planchando los guardapolvos de sus hermanos menores para que pudieran asistir al colegio el día siguiente. Estas horas de la noche eran el único horario que le quedaba libre después de haber preparado la comida, haberla servido, lavado los platos y limpiado la cocina. Su madre vivía en un constante estado de ebriedad y desde chiquita la hija había tenido que asumir las tareas del hogar. Este ejemplo ilustra como la adicción de los padres transforma la niñez de muchos niños en una pesadilla de profundo cansancio y constante tristeza, con el agravante de que el niño se siente absolutamente impotente para poder cambiar su realidad.

Los abusos

La frecuente pérdida de control que se produce en la vida del adicto cuando está bajo la influencia del estimulante genera en la familia gran tensión que brota en terribles peleas y amargas discusiones. En este contexto comienzan los abusos: casi siempre los insultos verbales, muchas veces los golpes físicos y a veces las violaciones sexuales. Por lo general, el alcohol y la droga intensifican la agresión y hombres y mujeres se vuelven golpeadores de sus hijos. Los que más sufren los tratos abusivos de los padres adictos son los niños pequeños, quienes son indefensos. Cuando éstos llegan a ser adolescentes, exteriorizan su ira respondiendo a los padres con terrible agresión y los insultos denigrantes se van intercambiando con creciente intensidad y frecuencia. Un hombre me contó que cuando fue niño vivió en un pueblo en el sur de la Patagonia Argentina. Su padre tenía la costumbre de llegar ebrio a su casa a las dos o tres de la mañana. En pleno invierno, cuando había intenso frío y a veces la nieve llegaba hasta las rodillas, sacaba a los niños y a la madre de la cama y los echaba fuera de la casa, cerrando la puerta con llave. Con lágrimas en los ojos, el hombre contaba sus recuerdos del intenso sufrimiento físico que todos aguantaban por causa de la crueldad del padre. Es casi imposible concebir la crueldad que una persona adulta en estado de ebriedad puede perpetuar contra su propia familia. Historias como éstas ilustran gráficamente los terribles efectos de las adicciones.

La sobrevivencia en el hogar donde hay adicciones

Para poder ayudar al niño que vive en un hogar donde hay adicciones, es necesario entender los papeles que frecuentemente adoptan los niños de estas familias para poder sobrevivir en una situación casi intolerable. Mientras el niño observa las características incoherentes de la adicción de su padre o madre, y trata de convivir con ellos, comienza a reprimir su propia confusión y dolor. Empieza a reaccionar ante la situación con conductas determinadas que sirven, en cierto modo, como una protección emocional contra su triste realidad. Estas conductas asumen ciertas características que se llaman "roles", es decir, conductas que representan soluciones artificiales pero que permiten que el niño sobreviva las tensiones de su hogar. Estas conductas logran también otro propósito: disfrazar la realidad del problema de adicción, es decir, sirven para distraer la atención de los demás y esconder los verdaderos problemas del hogar de la vista del público. Se puede decir que todos los niños que vienen de hogares donde hay adicciones asumen uno u otro de estos papeles o una combinación de varios de ellos.

El facilitador

Esta persona es generalmente el cónyuge de la persona adicta. Su función es compensar por las acciones del adicto, poniendo nuevamente en orden todos los desarreglos cometidos para aparentar que todo está bajo control. Esta persona se ocupa de acostar al borracho, limpiar todo cuando vomita, arreglar o tirar lo que rompe, comprar su bebida, y llamar al lugar de empleo para informarles que el cónyuge está “enfermo”. El resultado es que sus esfuerzos sirven para facilitar la adicción en el enfermo, aunque es muy difícil que el cónyuge lo perciba así. Cree que está ayudando al adicto por su compasión, paciencia y bondad, pero en realidad está fomentando los factores que contribuyen a la adicción.

El niño héroe

Casi siempre el niño héroe es el hijo mayor que se siente responsable por la situación dolorosa de su familia. Él hace todo lo posible para cumplir bien, hasta con excelencia, todo lo que hace para que nadie se dé cuenta que existe un problema enorme en su casa. Saca las mejores notas en el colegio, es sumamente responsable en todo lo que se le delega, cumple más allá de lo esperado en sus tareas y suele ser respetado y admirado por sus maestros y compañeros. Cuida de sus hermanitos en forma ejemplar. Toda esta conducta tiene como finalidad camuflar al problema real de su hogar. Por lo general, es un niño serio porque no sabe divertirse, o no se da el lujo de divertirse, porque está pensando siempre en la realidad de su hogar y en su responsabilidad de mejorar o aliviar el asunto. Vive preocupado pensando en uno u otros de los problemas: “¿Mamá va a estar bien mientras yo esté en el colegio? ¿Habrá algo para comer hoy en casa? ¿Papá habrá comprado los remedios que necesita mi hermanito?” Emocional y espiritualmente, este niño paga un precio muy alto por el problema de adicción en la familia. Aprende a medir su valor como persona en base a sus logros y a menudo termina siendo un perfeccionista obsesivo en todas las áreas de su vida. Llega a creer que si no hace todo a la perfección, algo terrible puede ocurrir.

El niño desaparecido

El niño desparecido generalmente es el segundo hijo de la familia o el “hijo del medio”. Él cree que su función es adaptarse a todo lo que puede ocurrir en su hogar sin llamar la atención sobre sí mismo. Debido al rol que se ha asignado, él da la impresión que sus emociones están totalmente anestesiadas porque parece absorber toda la tensión en la familia sin demostrar nada de lo que siente. Nunca demanda nada de nadie y cuando hay conflictos, desaparece escondiéndose en algún rincón de la casa. Una mujer joven, hija de un padre alcohólico, me contó que de niña ella había asumido este papel, pero que cuando comenzaban las peleas en el hogar, aprendió que la mejor forma de desaparecer era desmayándose. Estos niños suelen ser muy tímidos y reservados. Su inseguridad esconde profundo dolor, soledad e impotencia.

El niño pacificador

Este niño toma sobre sí la función de ser el consolador y consejero para los miembros de la familia. Él intenta arreglar los problemas de todos. Algunos consejeros profesionales llaman este tipo de niño el “asistente social” de la familia porque hace lo posible por solucionar el enojo de su padre, la tristeza y depresión de su madre, la vergüenza de su hermana y el miedo de su hermanito. Nunca admite su propia confusión ni dolor emocional sino que trata de mitigarlo ayudando a los demás. Encuentra su identidad y satisfacción personal en cuidar de los demás.

El chivo expiatorio

El papel de “chivo expiatorio” (macho cabrío que sacrificaban los israelitas para expiar o borrar sus pecados) representa un contraste marcado a los tres anteriores. Este niño se hace el blanco de toda la frustración que emerge de su familia disfuncional. El niño que asume este rol internaliza los problemas familiares pero exterioriza su descontento por sus conductas negativas, casi siempre demostradas por gran rebelión a todo. Su rebelión logra que todos pongan atención en su rebeldía en vez de admitir la existencia del verdadero problema, que es la adicción de uno de los padres. Sin embargo, las conductas rebeldes y agresivas del niño en realidad están proclamando a gritos lo que él cree estar escondiendo: “¡Hay un problema en mi familia!”. Este niño se convierte en un problema en todas las situaciones donde

le toca estar: el hogar, el barrio, la escuela, la iglesia y las estructuras sociales. Este niño no encaja en ningún lado y generalmente, cuando llega a la adolescencia, termina escapándose de la casa para convertirse luego en alcohólico, adicto a la droga y a veces delincuente. Si es una niña la que asume este papel, es común que termine embarazada de soltera, logrando de esa manera escaparse de la casa y eliminar la dependencia que los demás miembros de la familia tienen en ella. Tristemente, los niños que llegan a ser los "chivos expiatorios" se sienten muy solos, cargan con mucho dolor emocional y muchas veces cuando llegan a ser adultos terminan consumidos por desconfianza, ira y el odio contra la familia.

El payaso

Muchas veces el niño que asume el papel de "payaso" es el menor de los hermanos. Aprende muy temprano en la vida que sus payasadas sirven para distraer la atención de todos del verdadero problema familiar porque él se hace el gracioso y se muestra como un niño lleno de alegría y buen humor. Aprende a trivializar la tragedia que la adicción ha causado en su familia y se defiende escondiéndose detrás de la cortina de la risa. Busca ser el centro de la atención en todo lugar, y sus travesuras llegan a ser una gran molestia para su maestro. Es difícil lograr que se ocupe en hacer las cosas con seriedad. De adultos, enfrentan la vida de la misma forma, trivializando todo y no permitiendo que alguien penetre ese cascarón artificial. Este niño, por dentro, lleva una gran tristeza que se manifiesta en ser inseguro, miedoso y solitario. Los que han asumido este papel de niño confiesan años después que siempre han estado "llorando por dentro" mientras se reían por fuera.

¿Cómo ayudar a los niños que viven en hogares donde existe la adicción?

Para toda persona que trabaja con la niñez, especialmente aquellos de nosotros que lo hacemos en el contexto de la educación cristiana, es imprescindible aprender formas correctas de llegar a estos niños angustiados. Ellos necesitan el consuelo, la protección y la seguridad que encontramos por nuestra fe en Dios. Sin embargo, debemos reconocer un hecho fundamental: estos niños tienen un concepto muy distorsionado de Dios. Creen que Dios ama a los niños "normales", pero evidentemente no a ellos, porque los metió en hogares horribles. La mayoría creen que Dios es parecido a los padres que tienen en la casa: enojado, resentido, rígido, caprichoso y castigador. Debido a las cosas terribles que han vivido en su hogar, algunos tienen profundas dudas sobre la bondad de Dios y su capacidad de protegerlos.

El niño del hogar donde hay adicciones aprende desde muy temprano tres reglas para la vida. Son éstas: *no hablar, no sentir y no confiar*. Estas reglas de convivencia hacen que el niño se encierre en su dolor y que sea muy difícil que un maestro pueda penetrar sus defensas. Aquí quiero señalar algunos principios generales que pueden ayudar al maestro a socorrer a niños que se encuentran bofeteados por la adicción de los padres.

Primer principio: ganar la confianza y amistad del niño

La confianza que el niño puede tener en el adulto no es algo automático ni garantizado. Estos niños ya han perdido confianza en sus padres, o por lo menos en el padre adicto. También pierden confianza en el cónyuge no adicto porque no hace nada para cambiar o resolver el problema. El maestro que quiere lograr la amistad del niño tendrá que dedicar mucho tiempo para hacerse presente en su vida de diferentes maneras. Tendrá que expresarle afecto en formas que el niño puede entender. Tendrá que esforzarse por escuchar con atención y compasión todo lo que desee compartir y cuidarse de guardar la confidencialidad que el niño ya ha depositado en él. Pero debe cuidarse de NO indagar mucho sobre la situación de su familia, especialmente sobre la adicción de uno de los padres, ni apurarse en hacerle preguntas directas sobre cualquier abuso que pueda sospechar. El niño necesita saber que es amado por sí mismo, y no que le están dando más atención como un pretexto para arreglar los problemas de su familia.

El maestro debe cuidarse mucho de no condenar al padre o a la madre adictos. Si asume una actitud de condena, puede destruir la frágil base de amistad y confianza que ha querido formar con el niño. Hay que reconocer que el niño

siempre va a defender a sus padres, aun cuando reconoce sus errores y haya sufrido por su maltrato. Al fin, piensa el niño, son MIS padres. Esto hace que cuando el niño escuche alguna crítica de los padres, los va a defender. Lo que el niño necesita es saber que hay personas adultas que reconocen y aceptan la difícil realidad de su casa, sin condenar. Él anhela amistad con alguien capaz de ofrecer soluciones a su propio problema, y no a los problemas de sus padres, por quienes hace tiempo se ha resignado de no encontrar una solución. Para el niño, sus padres son así. Él no maneja parámetros para imaginar mejoras ni cambios en su condición. Angustiado por no entender todo lo que pasa, busca respaldo para sí mismo y no para ellos.

El maestro debe ser sumamente respetuoso en su trato con estos niños. Por ejemplo, uno no debe hacer una pregunta directa como esta: "¿es cierto que tu padre es un borracho?" Esta pregunta pone al niño a la defensiva y puede destruir la posibilidad de una relación de confianza entre el maestro y el alumno. En cambio, estando a solas con el niño, el maestro puede acercarse al tema de esta forma: "Me gustaría que me cuentes cómo es vivir en tu casa. Yo te cuento como era mi casa cuando tenía tu edad, y tú me cuentas sobre la tuya". Esto da lugar a que comparta la información sin sentirse interrogado. Desde el primer momento, el maestro debe asegurarle al niño que él va a guardar absoluta confidencialidad sobre lo que el niño pueda contar. El maestro no debe compartir con nadie lo que divulga el niño sin su permiso. En este sentido el maestro puede decir: *Me preocupa mucho lo que me acabas de contar. Conozco a una persona que te puede ayudar a saber qué hacer en cuanto a estos problemas. Pero necesito de tu permiso para hablar con él. ¿Te parece bien?*

Si el maestro sospecha de que el niño está distorsionando la verdad sobre las circunstancias de su casa, o que está inventando detalles que no cuadran con la realidad, nunca debe acusarlo de mentiroso. Esto hiere profundamente al niño y hace que pierda confianza en el maestro. Es importante recordar que él puede estar fabricando ciertos detalles como para defenderse de una realidad que no puede tolerar. Sin darse cuenta, muchos niños utilizan la negación como la forma más aceptable de entender las circunstancias de su vida, porque es menos doloroso que aceptar la cruda realidad. La ley de "no hablar" condiciona toda su comunicación con los demás. Por ejemplo, hablan de su familia describiendo escenas de felicidad y unidad, porque es lo que ellos anhelan experimentar. El niño busca afanosamente alguna gota de felicidad en la vida, más aún cuando su realidad es cruel y triste. Entonces, nosotros los adultos tenemos que darle el derecho de contar lo que a él le da satisfacción en relación a su familia, no importa que sepamos que no sea toda la verdad. Hay que esperar otro momento cuando, sin darse cuenta, el niño podrá hablar con honestidad sobre las realidades que vive.

Segundo principio: reconocer la importancia de un lenguaje emocional

El niño que viene de un hogar donde hay adicciones carece de un vocabulario emocional, porque la ley de "no sentir" no le ha permitido desarrollar uno. El lenguaje emocional se aprende en un ambiente donde hay amor, respeto mutuo y afirmación constante. La mayoría de las personas, aún siendo adultos, no son conscientes de que las adicciones en su hogar paterno no les permitió desarrollar un vocabulario emocional y, por lo tanto, no saben expresar sus emociones en forma adecuada.

El niño necesita mucha ayuda para sensibilizarse con lo que son sus sentimientos y cómo puede expresarlos con libertad y naturalidad. Una de las metas de los encuentros pastorales debe ser que el niño identifique y acepte sus emociones. Es por esa razón que yo sugiero que el maestro debe utilizar las "caritas de emociones" en todo encuentro que tenga con el niño. El niño necesita saber que en distintas ocasiones todos nos sentimos solos, temerosos, enojados, tristes y abandonados. Pero necesita saber también que Dios ofrece su presencia para ayudarnos a manejar esos sentimientos difíciles. Al identificar y entender su emociones, el niño puede ser ayudado a aprender maneras equilibradas de manejar esas emociones, sin causarle daño a nadie.

El niño tiene una orientación hacia la vida que se llama "pensamiento mágico". Esto hace que él se crea suficientemente poderoso como para poder cambiar las circunstancias de su vida familiar. Pero cuando se enfrenta con la realidad de que las cosas no cambian a pesar de todos sus esfuerzos, sino que van de mal en peor, entonces al único quien puede culpar es a sí mismo. Muchos hijos de adictos llevan una enorme carga de culpa. Para poder aliviar esta carga de culpa, el niño necesita saber que el problema de la adicción de su padre o madre es una clase de enfermedad, pero no una enfermedad como una gripe que se cura con medicamentos. También debe entender que NO es una enfermedad que se contagia de otros ni que puede ser transmitida a los demás (salvando, por supuesto, el hecho de que las adicciones se repiten de generación en generación por conductas aprendidas). La enfermedad que sufre su pariente es una ADICCIÓN que requiere un esfuerzo enorme de parte del adicto y de la familia para que pueda salir de ella, siempre con la ayuda de personas especializadas en el tratamiento de esta conducta. En una ocasión un hombre joven me comentó que por muchos años el creyó que él había sido el culpable por el alcoholismo del padre. Su razonamiento de niño era éste: "El alcohol causa el alcoholismo, ¿verdad? Bueno, a mí me mandaban al almacén a comprarle el vino a mi papá, así que yo debo tener la culpa de que sea alcohólico". Nadie le había ayudado a entender que el vino no causaba el alcoholismo, sino que los problemas no resueltos del padre lo habían llevado a ahogar su angustia en la bebida de tal manera que terminó siendo adicto. Cuando había ido al almacén a comprar el vino el niño estaba obedeciendo las órdenes de sus padres, nada más. Este ejemplo ilustra lo importante que es que estos niños tengan la absoluta seguridad que ellos NO tienen la culpa por las adicciones de sus padres y que no pueden hacer absolutamente nada para lograr que dejen sus hábitos. El adicto es el único que puede iniciar el proceso de sanidad de su adicción.

La ayuda que podemos dar al niño en el área de las emociones puede influir directamente en su capacidad de confiar en Cristo. Estamos ayudando en quitar en alguna medida el estancamiento emocional de su vida para que pueda sentir el amor de Dios. La confianza que empieza a depositar en su maestro puede ser el inicio de una actitud de confianza que será dirigida luego hacia Dios. Una mujer adulta, hija de alcohólicos, me dijo en una ocasión: "La confianza que tengo en ti es la única que tengo para poder dirigirme en confianza hacia Dios". ¡Qué tremenda responsabilidad tiene el maestro!

Tercer principio: utilizar los recursos espirituales

En casi todo grupo de niños hay uno o varios de ellos que vienen de un hogar donde la adicción es el problema que más define la familia. Es posible que la adicción que se sufre en la familia no sea a la bebida ni a la droga sino a los juegos de azar, a las carreras de caballos, a la pornografía, a la prostitución o a otras conductas compulsivas. Cuando digo que es el problema que más define a la familia me refiero al hecho que la adicción la define en el sentido íntimo, desde adentro, entre los miembros de la familia pero no necesariamente en el sentido público. Muchas veces el problema no es conocido por personas de afuera. El maestro, entonces, es una persona que puede tener el privilegio, y también correr el riesgo, de verse involucrado en esta dinámica de la familia. Casi siempre entrará en ella por vía del niño. Debido a la confianza que el maestro se ha ganado con su alumno, el niño llega a confesar el problema de fondo de la familia. Es entonces cuando los recursos espirituales adquieren gran importancia.

El primer y más importante recurso es el de guiar al niño a conocer a Cristo como su Salvador personal. Más allá de la decisión inicial en sí, frecuentemente el niño necesitará la ayuda de su maestro para tener la seguridad de su salvación, especialmente porque su tendencia es no confiar en otros, y sobre todo no confiar en sus propias emociones. Sobre este punto, él puede ser fortalecido en su fe aprendiendo de memoria textos bíblicos que le aseguran del amor incondicional del Señor y del valor que su vida tiene para con Dios. También se le debe enseñar canciones apropiadas para su edad que le provean aliento espiritual para sus luchas. Todas las veces posible, sea en grupo o en privado, el maestro debe orar con el niño, dejando que él también exprese al Señor sus problemas. Podemos creer que Jesús tenía en mente a los niños que sufren en hogares donde hay adicciones cuando dijo: "El que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí" (Mateo 18:5). Además, como maestros que guiamos la formación espiritual de los niños,

podemos tener la absoluta seguridad que el Espíritu Santo nos estará orientando y fortaleciendo para la tarea de acompañar a estos niños en su desarrollo espiritual.

Cuarto principio: estimular la integración del niño al grupo

Vuelvo a decir lo que he señalado antes: el niño que viene de un hogar donde hay adicciones es un niño desconfiado. Además, casi siempre este niño ha asumido cierto rol que ha hecho posible disimular la realidad de su hogar. Como resultado, va a ser muy difícil que él se integre a un grupo de niños ya formado. Algunos maestros dirían que es imposible que este niño se integre al grupo de la manera como lo hacen los niños que vienen de familias más coherentes. Pero como este niño ya está viviendo la fragmentación de su hogar debido a la adicción, él necesita la cohesión que un grupo le puede proveer. Por eso, el maestro debe hacer un constante esfuerzo para lograrlo, eliminando de la mente la idea que estos niños son "diferentes", y aceptar que la única diferencia es que necesitan más ayuda que los demás niños para lograr su integración. Uno de los mejores métodos para integrarlos es organizando actividades donde todos deben participar. Algunas actividades que logran esta finalidad serían: juegos organizados y deportes que se llevan a cabo fuera de la clase, trabajos en grupos de investigación y manualidades que se llevan a cabo dentro de la clase, dramatizaciones y competencias. En todas estas actividades, el maestro debe cuidar que todos los niños tengan la oportunidad de lucir sus capacidades y de sobresalir. De vez en cuando y sin llamar la atención al hecho, se puede buscar la oportunidad para darle alguna responsabilidad especial al niño a quien se le está tratando de ayudar. Esta participación especial le ofrece la posibilidad de sentirse importante y más integrado en el grupo. Este niño también necesita ser alentado con relación a todos sus logros personales, por más mínimos que sean. La integración al grupo, sea de la escuela dominical o de una hora feliz, puede ayudar a mitigar la soledad y el aislamiento que siente.

Quinto principio: proveer un lugar de refugio

El niño que viene de un hogar donde hay adicciones necesita un refugio de la tormenta que representa su casa. El maestro puede llegar a ser ese refugio porque puede ser la única persona en la cual este niño confía. Ese maestro tendrá que tener la sabiduría de Dios para saber mantener un equilibrio entre ser un aliado del niño en relación a los problemas de su hogar, y ser una puerta hacia soluciones más duraderas para los padres. En esto es necesario reconocer que la tendencia en la persona sensible al dolor del niño es querer cobijarlo, casi sofocarlo, con amor y atenciones, para mitigar de esa manera el dolor de su hogar. Pero no podemos jugar de salvador del niño. El maestro debe asumir con gran seriedad la tarea de acompañar al niño en busca de su bienestar. Las palabras del Señor son apropiadas para esta circunstancia: "Los envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, sean astutos como serpientes y sencillos como palomas" (Mateo 10:16). En algunos casos esto significa estar disponible para consolar al niño en la angustia que siente por algún maltrato que haya recibido de parte de los padres. En otros casos, cuando el abuso sea constante y pone en peligro al niño, habrá que buscar una solución a nivel legal. En tales casos, el maestro necesita del respaldo del equipo pastoral de su iglesia y de otras estructuras de bienestar social que puedan proveer una ayuda continuada a la familia para vencer el problema de la adicción. Los líderes de los programas dentro de la iglesia que tienen alcance hacia la niñez deben estar informados sobre los servicios que provee la comunidad para el problema de las adicciones y valerse de todos los recursos que sirvan para lograr una finalidad feliz.

Los expertos que trabajan con niños que vienen de hogares donde hay adicciones nos aseguran que el mejor momento para ofrecerle al niño una ayuda que puede cambiar su futuro es, precisamente, durante la niñez. Estos expertos sostienen que existe más posibilidad de cambio porque los roles falsos y la incapacidad de relacionarse con otros en forma íntima no se han solidificado todavía. Pero para los cristianos, hay otra fuente de cambio que es aún más importante. Es la presencia y el poder del Espíritu Santo que puede actuar en la vida del niño, tomando nuestros esfuerzos y multiplicando su efecto para neutralizar los daños producidos en ellos por las adicciones de su hogar. ¡A Dios la gloria por poder rescatar vidas!

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Los primeros encuentros con el niño tendrán que tener como meta el hecho de establecer una base de confianza y amistad con él. La forma más sencilla de lograr esto es participando juntos en algún juego de mesa, o utilizando el juego de "El Kiosco" o utilizando el método de dibujos libres. El maestro deberá ser creativo en el uso de actividades que sirvan para crear una relación de confianza con el niño.

Actividades a desarrollar en los encuentros pastorales con el alumno

En el primer encuentro se trabaja con la expresión de un lenguaje emocional. La capacidad de expresar las emociones con palabras es un proceso adquirido y gradual. Las láminas pequeñas con las caritas de emociones son la mejor herramienta para iniciar este proceso. Las primeras experiencias del niño en cómo utilizarlas deben ser generales y no dirigidas al problema de la adicción, para que el niño no se sienta amenazado. Por ejemplo, el maestro puede mostrar las caras de emociones e iniciar el diálogo con el niño de esta forma: *Ayer yo tuve un día muy complicado y sentí muchas de las emociones que se expresan en estas caras. ¿Quieres que te cuente lo que me pasó? Salí temprano de mi casa para ir a trabajar y perdí el colectivo (bus). Me sentí así* (mostrar la carita de frustración). *Corrí para tomar otro y pisé una baldosa floja y manché mi pantalón con barro. Me sentí así* (mostrar la carita de enojo). *Cuando llegué tarde a mi trabajo mi jefe me retó. Me sentí así…* Mientras va contando sobre su día, el maestro selecciona las caras que corresponden a sus sentimientos. Luego le invita al niño a compartir su día, o alguna otra experiencia, usando el mismo método.

Otra actividad con las emociones puede hacerse sobre la base de la pregunta: *¿Qué está pasando cuando tiene una cara así?* El niño y el maestro se turnan eligiendo a alguna persona conocida o miembro de la familia e inventan una circunstancia que les haga mostrar determinada emoción.

En un segundo encuentro el maestro puede trabajar con las diferencias en la intensidad de las emociones, usando los tres "termómetros" de las emociones, el de enojo, de tristeza y de miedo. Puede hacerlo haciendo referencia a incidentes que el niño haya compartido o utilizando las láminas de diferentes situaciones típicas en la vida del niño. El maestro puede guiar el diálogo de esta forma: *Una cosa interesante acerca de las emociones es que las sentimos con diferentes intensidades. Por ejemplo, yo les tengo mucho miedo a las víboras* (colocar la tira de caras de miedo). *Cuando veo una víbora en la televisión, siento esta intensidad de miedo* (mostrarlo en el termómetro). *Si voy a un zoológico y veo una víbora en una jaula, siento esta otra intensidad de miedo. Pero si estoy caminando en el campo y escucho un ruido que me parece que puede ser de una víbora, siento esta clase de miedo. Y si me enfrento con una en el camino, me siento así y ¡corro como loco! Te das cuenta cómo las circunstancias crean una diferencia en la intensidad de la emoción que sentimos. Tú me contaste de algo que te pasa a veces en tu casa que te da miedo. ¿Quieres mostrarme en el termómetro la cantidad de miedo que sientes en esa situación?* Si el niño insiste en que no siente miedo por situaciones que se presentan en su casa, probar con otra emoción como la tristeza. Recuerde que muchas veces el niño está tratando de protegerse de eventos muy difíciles de manejar y que necesita todavía la negación como un arma de defensa.

El maestro tendrá que entrar en el tema de las adicciones con mucho cuidado para no causar a que el niño se niegue a hablar de su realidad. Uno debe introducir el tema en forma indirecta, iniciando el diálogo mostrando las láminas 13, 32 y 58 (*) y diciendo: *En todas las familias hay cosas que no andan del todo bien. Los niños en estas familias están enfrentando algunos problemas. ¿Puedes decirme cuáles son?¿Puedes mostrarme con las caritas cómo se sienten estos niños que están viviendo esos problemas? También en las familias a veces hay gente enferma.* Mostrar las láminas 16, 48 y 52 (*) y comentarlas. *Eso crea tensión y ansiedad en todos, porque quieren que la persona enferma se sane. ¿Puedes imaginar cómo se sienten las personas enfermas y las personas que están sanas? ¿Quieres mostrarme con las caritas? ¿Sabías que hay distintas clases de enfermedades? Algunas pueden ser curadas con medicamentos, como la gripe o un ataque al hígado. Hay otras que son más complicadas porque tienen que ver con el corazón, o con la sangre o con la*

vejez. Sin embargo, los médicos pueden encontrar formas de ayudar a la gente enferma de estas cosas. Hay otras enfermedades que llamamos "adicciones". Mostrar las láminas 65 y 66 (*). *Puede ser una adicción a la bebida alcohólica o a alguna droga. Las adicciones son enfermedades mucho más complicadas, porque la persona que tiene la adicción necesita mucha ayuda para salir de eso. Las adicciones no son contagiosas y no responden a los medicamentos que recetan los médicos para sanar a los enfermos. Para que la persona sea ayudada para salir de su adicción, es necesario que quiera dejarla.* Si el maestro observa que el niño reacciona negativamente y se cierra frente al tema, él debe tomar esto como señal que no conviene seguir por el momento.

En un tercer encuentro el maestro puede reiniciar la conversación diciendo: *¿Te acuerdas que en la última vez que nos vimos estábamos hablando de la gente enferma? Yo me di cuenta de que era un tema difícil para ti. Por eso quiero que tú me digas cuándo quieres que sigamos hablando de eso, porque me parece que es algo necesario para tu bienestar.* Cuando el niño se muestra dispuesto a seguir el tema, se puede volver a mostrar las láminas 65 y 66 (*) y llevar un diálogo así: *Yo te mostré estas láminas antes. Muestran a dos personas con adicciones. ¿Cuál es la persona con una adicción a la bebida alcohólica? ¿Cuál es la persona adicta a la droga? ¿Cómo crees que se sienten sus hijos? ¿Me puedes mostrar con las caritas de emociones? Deben sentir muchas cosas, ¿verdad? Yo te voy a decir otras cosas que pueden sentir. Este niño cree que él tiene la culpa de que su padre tome tanto, porque cada vez que se pelea con sus hermanos, su mamá le dice: "Si ustedes se portaran mejor, papá no tomaría tanto". ¿Qué le dirías tú a ese niño? ¿Te parece que la madre tiene razón?*

En un cuarto encuentro el maestro puede dirigir el diálogo hacia las cosas que se dicen cuando hay adicciones en la casa. Puede usar las láminas 66 y 67 (*) y decir: *Una de las cosas que más duele para la persona que vive con un familiar con una adicción es que se dicen palabras que duelen. ¿Puedes inventar conmigo un diálogo entre estas personas? Vamos a anotar las frases que más nos duelen.* Una posible variación para esta actividad se encuentra las actividades de "Transferencia a la vida" de la Lección 6, de la serie *David*, de los materiales *Vivir la Biblia*. En esta actividad, el niño escribe sobre gusanitos de cartulina verde las palabras de insulto que le hacen daño. Luego escribe sobre una mariposa de varios colores las palabras de afirmación que Dios dice sobre su persona. Entonces el niño destruye los gusanitos y se guarda las mariposas. Estas actividades ayudan al niño a visualizar y exteriorizar el dolor que lleva adentro.

La técnica del Cofre. Hay muchas maneras de utilizar esta técnica y el maestro tendrá que ser sensible a los progresos logrados con el niño para saber usarla en el momento adecuado. La idea es de tener preparado de antemano una caja pequeña, tamaño tipo caja de zapatos, que se decora como si fuera un cofre. Adentro se guarda en el fondo retazos de tela o papel de colores oscuros donde se han escrito con tinta permanente los nombres de algunas emociones negativas: el odio, la venganza, la furia, la vergüenza, el dolor, la tristeza y el miedo. Sobre estas tiras negativas se colocan cosas que son lindas y agradables, como tarjetas con un saludo cariñoso, algún recuerdo de un viaje, alguna flor, algo que represente juegos o diversiones, etcétera. El diálogo puede desarrollarse de esta forma: *Acá adentro de este cofre hay algunos elementos que nos pueden ayudar a entendernos mejor. El cofre representa la vida de cada persona. Lo que se ve de las personas es la parte de afuera, como este cofre decorado tan lindo. Pero adentro de cada persona hay cosas que otros no pueden ver, y que solamente nosotros y Dios conocemos. Cuando abro el cofre* (hacerlo) *veo muchas cosas. Ayúdame a pensar en lo que estas cosas representan. Aquí veo algunas que representan lindos recuerdos y gratos pensamientos y emociones. Nos hacen sentir bien y queremos tenerlos siempre con nosotros. Pero hay otras cosas aquí adentro también. ¿Qué son? ¿Puedes leerme algunas de las palabras escritas en los retazos de tela? ¿Alguna vez sentiste que adentro tenías sentimientos así, que no podías expresar a nadie? Es una sensación muy fea, ¿verdad? El que nos puede ayudar con estos sentimientos tan difíciles es Dios. El primer paso es permitir que él nos ayude a RECONOCER estos sentimientos. Luego podemos pedir que nos ayude a manejarlos correctamente. Una forma de hacerlo es compartiéndolos con alguien que te pueda escuchar y entender. Yo quiero ser esa persona para ti. ¿Quieres hacer conmigo una lista de los sentimientos que están dentro de ti? Podemos comenzar con los que son lindos y que te hacen sentir bien. Luego haremos una lista de los que nos hacen sentir mal.*

El maestro pronto se dará cuenta de que la tarea de ayudar al niño que viene de un hogar donde hay adicción no es algo liviano ni ligero. Queda por demás decir que en algún encuentro el niño debe tener la oportunidad de abrir su vida al Señor, aceptándolo como Salvador. El niño no podrá combatir el efecto de un hogar donde haya adicciones sin la ayuda del Espíritu Santo en su vida. La actividad con el cofre ayudará al niño a reconocer que muchos de los sentimientos negativos que están arraigados en él y que condicionan sus conductas negativas nacen de las vivencias de su hogar. Éstas le seguirán causando daño a menos que entienda que el Señor lo ha perdonado, lo está cambiando, y podrá empezar a practicar el perdón hacia los demás. A la vez, el niño deberá entender que no ha sido abandonado para sufrir a solas los efectos de su entorno familiar disfuncional. Cada paso que el niño toma hacia la sanidad de sus emociones y hacia cambios en sus actitudes implica que los líderes de la iglesia deben asumir una responsabilidad por buscar una sanidad de la familia en su totalidad. Buscamos la restauración de familias enteras, no únicamente de sus individuos.

La conclusión del encuentro

Estos encuentros pastorales sirven para fortalecer los recursos espirituales del niño. La oración es fundamental para ello. Antes de concluir, el maestro debe anotar las peticiones personales del niño en su “Libreta de Oración” y revisarlas en todos los encuentros subsiguientes. El maestro puede animar al niño a que él también ore en voz alta, expresando sus necesidades y peticiones a Dios. Hay muchos pasajes bíblicos que el maestro puede utilizar para fortalecer al niño, tales como el Salmo 139, Romanos 8:38 y 39, Isaías 41:10 y Josué 1:9. En algunas ocasiones se puede trabajar con la “Rueda del Perdón”, pero aclarando siempre que perdonar a alguien que nos ha maltratado tiene como finalidad librarnos nosotros mismos de los sentimientos de odio, venganza y rencor. No significa que estamos justificando el maltrato de otro. El maestro también puede preparar un ejemplar de la “Rueda de Confianza” para que el niño lo lleve a su casa donde lo puede mirar y sentirse fortalecido.

Capítulo 17
El niño y los abusos

Al pensarlo, creo que fue la primera y única vez que vi a Gustavo totalmente involucrado en la clase. Generalmente, su capacidad de concentración se medía por microsegundos, pero esta vez mostró un gran interés en el tema de la clase. La actividad de aplicación de la lección tenía que ver con los insultos que son dirigidos hacia uno y que nos hacen mucho daño. Los niños tenían el deber de escribir sobre gusanitos cortados de cartulina verde los insultos que escuchaban, “porque los insultos nos hacen sentir feos como cuando encontramos un gusano dentro de una fruta”. Gustavo nunca quería escribir nada, pero esta vez tomó un lápiz y con intensa concentración comenzó a escribir.

—¿Debo escribir todos, Señora? —me preguntó— ¡Mire que algunos de los insultos que escucho son re-feos!

—Sí, es importante que escribas todos —respondí—. No los tienes que leer en voz alta, pero te va a ayudar a pensar en todos los que puedas porque cada uno te causa daño.

Al final Gustavo me pidió cinco gusanitos que llenó de los dos lados con insultos que habían sido dirigidos hacia él. Cuando los leí después me parecían que por su terrible crudeza serían capaces de encender al papel. ¡Yo jamás había escuchado algunas de esas palabras! En ese instante, leyéndolas, me sentía peor que un gusano.

—Gustavo —le pregunté recobrando cierta compostura—, ¿quién te dice estas palabras?

—Mi papá —me contestó—. Me dice otras también, pero ya me cansé de escribir.

No me puedo olvidar de la segunda parte de la tarea. Yo les entregué a los niños unas mariposas hechas de papel de colores alegres donde tenían que escribir palabras que Dios dice en cuanto al valor que Dios da a cada persona. Gustavo encontró fuerzas para escribir una frase más. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando leí su frase escrita con la ortografía típica de un niño de cuarto grado: "Dios dise, Gustavo, yo te quiero como eres". Elevé en silencio una oración al Señor pidiendo que esa breve frase pudiera revertir la avalancha de daño que este niño había recibido por los insultos constantes de su padre.

¿Cómo hacer para tratar un tema tan escalofriante como es el abuso de niños? Creo que nunca soy tan consciente de la influencia maligna del Enemigo, Satanás, como cuando enfrento los resultados de los diferentes tipos de abuso perpetuado por adultas contra los niños. San Pablo lo describe con estas palabras: "Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas" (Efesios 6:12). La expresión más terrible de la condición caída del hombre se ve a través de los abusos, especialmente los abusos perpetrados contra niños.

La frase escueta que usa el diccionario para definir el verbo "abusar" nos da dos frases sencillas para describir lo que para muchos es lo más horrible que les haya pasado en la vida. "Abusar: (1) hacer uso excesivo o indebido de algo; (2) aprovecharse de alguien". Las personas víctimas de cualquier abuso siempre sienten que han sido tratados como "una cosa", indignamente, injustamente y con increíble crueldad.

El abuso en el seno de la familia se observa en cuatro áreas principales: el abuso verbal, el abuso emocional, el abuso físico y el abuso sexual. Todos los abusos llevan consigo terribles consecuencias en la vida de la persona porque distorsionan los procesos normales de desarrollo en la vida, tanto en lo psíquico y emocional, como en lo físico y sexual. Un niño como Gustavo, de quien hice referencia arriba, que escucha constantemente los insultos (abuso verbal) lanzados contra su persona de parte del hombre que le dio vida, va internalizando los conceptos que estas palabras representan y los va creyendo. Su autoestima se va destruyendo de a poco y su reacción a esa constante agresión es de llenarse de furia por la injusticia que esas palabras representan. Las frases denigrantes llegan a ser mandatos sobre su vida y la persona termina cumpliendo con ellos. Todo trato abusivo es una violación de la persona, y cuando es dirigido hacia un niño indefenso, es capaz de destruir la percepción del individuo en cuanto a su propio valor como persona.

El abuso de menores es un problema complejo que trasciende a la familia y rebota en la comunidad, donde es pan cotidiano. Los abusos son el gran problema de la sociedad actual. Hoy somos más conscientes del abuso de menores porque diariamente lo vemos en la televisión o leemos de ello en los diarios. La vida ha llegado a ser tan perneada de abusos de todo tipo que hasta parece ser normal. Esto requiere una respuesta de los cristianos evangélicos especialmente porque ha sido, y en gran medida sigue siendo, un tema tabú en la iglesia. Solamente en los últimos diez años hemos comenzado a admitir y hablar del problema del abuso. Por más difícil que sea admitir que el abuso existe, debemos enfrentarlo con honestidad sabiendo que el evangelio de Cristo puede entrar en una familia donde hay abuso y maltratos y puede lograr el milagro de la transformación. Pero también sé que esta transformación no es un proceso automático por haber creído en Cristo. La familia que ha sido dañada por este gran mal necesita de un apoyo especial para entender que conocer a Cristo nos pone en el camino de la transparencia, donde tenemos que admitir los terribles errores que hemos cometido y permitir que el Espíritu Santo comience su obra de sanidad y transformación. ¿Seremos nosotros, los maestros, algunas de las herramientas que Dios utilizará para lograr esta transformación? Creo que sí.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

En toda familia donde hay adicciones, casi siempre hay también algún tipo de abuso. Los abusos nacen por la presión que ejerce la inestabilidad económica, las enfermedades y la desintegración de los valores morales y las relaciones interpersonales. Esta presión a menudo estalla en abuso. Como norma general, es necesario reconocer que

en la mayoría de los casos el abusador fue a su vez abusado de niño por sus propios padres u otros parientes. Sin la intervención de Dios, el ciclo de abuso continúa de generación a generación.

El abuso verbal

El abuso verbal consiste en denigrar a otra persona con palabras, manifestando en ello el desprecio y rechazo. Uno quisiera pensar que dentro de las paredes de un hogar cristiano no se escucharían insultos groseros ni frases denigrantes cargadas de insinuaciones sexuales. Pero, lamentablemente, ocurre. En muchos hogares los niños crecen escuchando que son inútiles e inservibles, o peor, que son homosexuales y prostitutas. Se les echa en cara que todo lo que hacen les sale mal, que nunca van a llegar a nada, que son unos degenerados, que son sinvergüenzas y que hubiera sido mejor que no hubiesen nacido. Escuchan que son un problema para todos, que por qué no se mueren de una buena vez. Y también se los compara en forma denigrante con algún pariente, al tío, por ejemplo, que ha sido un borracho y un inútil toda la vida. A veces el peor abuso verbal es lanzado entre los hermanos sin que los padres se den cuenta. En medio de esa agresión verbal los niños, supuestamente, deben ser capaces de establecer una autoestima positiva y de enfrentar el futuro con valentía y seguridad. Pero cuando escucho en la calle las palabras groseras que utilizan los jóvenes para conversar entre sí, reconozco que han aprendido un vocabulario que no hace más que denigrar al prójimo. Lo más triste es que nadie se detiene para analizar lo que está diciendo ni para pensar el efecto que esas palabras están produciendo en el otro. Las palabras se tiran en la cara del compañero con toda la intención de agredirlo. ¡Hasta los términos que se usan para expresar cariño son en realidad insultos!

Creo que se puede combatir en el niño algo del efecto de este tipo de abuso cuando se crean espacios, como en el caso que cité de Gustavo, en donde el niño pueda entender lo que es el abuso verbal y el efecto que tiene en la vida. Entonces el niño puede mirar con más objetividad el efecto de las palabras e ir reemplazándolo con las verdades que vienen de la Palabra de Dios. Va entendiendo que Dios siempre trata a la persona con dignidad. Empieza e entender que él es una persona de valor y que las palabras que han quebrado su autoestima no son ciertas. Al tratar al niño con respeto y dignidad, la iglesia representa otro modelo de vida, un lugar donde también se controla con firmeza el tipo de lenguaje que se utiliza entre los niños. Por supuesto, lo ideal sería que la familia entera conozca a Cristo y aprenda una nueva manera de vivir y de hablarse entre sí. Yo creo que el trato digno y afectuoso que recibe el niño en la iglesia puede dar comienzo a un cambio.

El abuso emocional

El abuso emocional no siempre es fácil de detectar en el niño. Por ejemplo, niños desprotegidos, es decir, tratados con negligencia e indiferencia, abandonados o dejados al cuidado de otros, son niños abusados emocionalmente. Por lo general, cuando pensamos en estos niños no utilizamos el término "abuso". Sin embargo, lo es. Es un tipo de abuso que se observa en todos los estratos socioeconómicos. Muchas veces se cree que existe más desprotección emocional para el niño que viene del nivel social precario (los pobres) que del que viene del nivel social acomodado (los ricos). Pero no es así. Muchas veces los niños que tienen todo en el sentido material son emocionalmente desprotegidos porque los padres nunca están presentes en sus vidas. Los niños que son víctimas de este tipo de abuso suelen manifestar características de apatía, actitudes antisociales, baja autoestima, una docilidad extrema y/o evidencias de descuido en la vestimenta y en la alimentación.

Existen diferentes situaciones sociales que contribuyen a este tipo de abuso. Por ejemplo, en algunas familias hay niños que nacieron cuando la madre era soltera y aunque luego se casó, el esposo, que vino a ser el padrastro de los niños, no los aceptó. Como consecuencia, se crean diferencias en el trato entre estos niños y sus medio hermanos. No importa si la manifestación de esto sea abierta o sutil, igualmente estos niños se sienten marginados. Hay madrastras que rechazan a sus hijastros. Hay niños huérfanos que viven con algún pariente, pero donde nadie realmente los quiere. Hay otros que se les resiente su presencia, porque no alcanzan los recursos económicos para sostenerlos. Hay niños "regalados" a familiares, o dejados con una abuela para hacerle compañía, o tomados por una familia como "hijos de

crianza". En todas estas situaciones, los niños sufren algún tipo de maltrato emocional. En otros casos, uno ve familias aparentemente bien constituidas, pero los padres carecen de capacidad emocional para cuidar correctamente de sus hijos.

Existe también la situación en donde uno de los padres sufre problemas de salud mental, o de depresión crónica, o de alguna enfermedad prolongada que los incapacita de cuidar de los hijos. Estos factores contribuyen a la desprotección emocional del niño. En una ocasión, una niña que vivía con una madre soltera que sufría de depresión crónica me dijo:

—Yo no puedo contar a mi mamá lo que me pasa a mí. Ya está tan mal, ¿cómo le voy a contar algo que la puede poner peor?

La directora de un colegio cristiano me dijo algo que resume perfectamente el problema de los niños desprotegidos emocionalmente:

—Son niños solos—me dijo—. Hay que ayudarlos a enfrentar las cosas tomando en cuenta esa condición.

El abuso físico

El maestro que se interesa en sus alumnos llegará a tener una sensibilidad a todo cambio que se observa en ellos. Esto incluye sus estados de ánimo, su capacidad de concentración y, especialmente, su estado físico. Al observar estos cambios en los niños, uno a veces detecta evidencias que hacen sospechar que están sufriendo algún tipo de abuso físico. Se observan señales en el cuerpo del niño como moretones, raspaduras, quemaduras que, a pesar de los intentos de los padres y de los niños de cubrirlos por la ropa, se manifiestan en un momento de descuido. Cuando uno pregunta sobre las causas de las heridas o las marcas en el cuerpo, casi siempre escucha las mismas explicaciones no muy explícitas, tales como "me caí", "me golpeé" o "estuve en una pelea con mi hermano". Generalmente no son explicaciones coherentes entre sí, sino el intento del niño de esconder lo que está pasando. Por más que esté sufriendo, el niño tiene vergüenza de admitir la realidad del maltrato que está recibiendo. Si el maestro sospecha que el niño está siendo maltratado físicamente, debe asesorarse muy bien para saber de qué manera proceder. Cada país tiene diferentes estructuras de asistencia social. En algunos hay aspectos legales severos como encarcelamiento. Es importante que la iglesia esté bien asesorada y que los dirigentes de los programas para niños tengan acceso en todo momento a un asesoramiento profesional.

Un aspecto del abuso físico que causa mucho daño emocional en el niño es el trato abusivo entre sus padres. El niño que observa actos violentos entre los padres, va perdiendo los pilares fundamentales necesarios para lograr un futuro estable y feliz. La violencia entre los padres le quita la posibilidad de creer que el mundo sea un lugar seguro. Va perdiendo la noción de lo que es la correcta expresión del amor en la pareja. Algunos sociólogos creen que este "crimen contra la propia familia" es la influencia más dañina y debilitante que puede llegar a la vida de la persona. Destruye la capacidad de confiar que el niño va aprendiendo en el ambiente familiar sano y es reemplazada por el temor y la inseguridad. El niño encuentra que no puede depender de nadie y la sensación de soledad lo va marginando de otros. Según profesionales en la terapia familiar, lo que más queda afectado en el niño por el abuso físico es la dimensión psicológico. Es decir, al ver al padre golpear cruelmente a la madre, o viceversa, se rompe el equilibrio psicológico que el niño debe tener para desarrollarse sanamente.

Por supuesto, si el matrimonio forma parte de una iglesia cristiana, el equipo pastoral, en conjunto con personas profesionales, debe tomar medidas para ayudar a la familia a enfrentar y resolver el abuso. Insisto otra vez, el maestro debe manejar con mucho cuidado el elemento de confidencialidad con el niño. En casos de abuso físico y sexual, el niño debe saber que el maestro tiene una obligación por ley de informar a las autoridades sobre lo que está pasando en el hogar, con la intención de proteger al niño de mayor daño.

En una ocasión, una niña me compartió en la clase que su papá se enojaba mucho y le pegaba a la mamá. Le dije que podríamos hablar más del asunto después de terminada la clase, y lo hicimos a solas. Al final de la conversación, le dije algo así:

—Sarita, esto que me contaste es muy serio y te está causando mucho dolor a ti y a tus padres también. Ellos necesitan de ayuda para cambiar. ¿Me das permiso para hablar con los pastores sobre esto para que puedan hacer algo para ayudar a tus padres?

Me miró muy seria por unos instantes como pensando el asunto, y luego dijo:

—Sí, está bien. Tienes mi permiso.

Afortunadamente, supe después que la pareja ya había pedido ayuda del pastor titular y mi informe al pastor ayudó para que los padres se dieran cuenta del efecto que esto estaba teniendo sobre su hija. Dio urgencia, además, a la necesidad de someter a toda la familia al cuidado de un consejero profesional.

En casos de abuso físico al niño, la intervención apresurada, sin una orientación previa, puede poner en riesgo al niño y causar que la familia deje de asistir a la iglesia. Si esto ocurre, ya no habrá más posibilidad para ayudar al niño ni su familia porque probablemente los padres cortarán todo contacto con el maestro y personas de la congregación. Por eso es sumamente importante que los líderes tengan definido los pasos a seguir para ofrecer ayuda a familias viviendo con esta realidad.

El abuso sexual

A mi modo de ver, el más dañino de los abusos es el abuso sexual. Las consecuencias en la vida adulta de quien haya sido víctima de abuso sexual en la niñez son enormemente complejas y afectan todas las relaciones interpersonales. El abuso sexual se puede definir como el contacto o la interacción entre un niño y un adulto donde el niño está siendo usado por el adulto para su placer sexual. El abuso sexual se expresa de muchas maneras, desde algo impersonal, como el exhibicionismo, hasta contactos físicos sexuales, que incluyen manoseo de las partes privadas del niño, masturbación con el cuerpo del niño, contacto genital u oral, estímulo vaginal y anal y penetración. También hay abuso sexual donde se explota al niño por medio de la pornografía y la prostitución.

Cuando se produce este tipo de abuso, el niño se ve impedido de contar a un adulto lo que ha pasado. Esto se debe a que el abuso es perpetuado en secreto, casi siempre bajo amenazas de no divulgarlo y en la mayoría de los casos, hecho por una persona que el niño conoce y considera confiable. Estos factores se combinan para producir en el niño una enorme sensación de temor y culpabilidad. El niño no entiende lo que le ha pasado aunque sabe que es algo feo, indigno y doloroso. Teme que si divulga el secreto, nadie lo va a creer y probablemente lo van a culpar por lo que ha ocurrido. Además, la mayoría de los niños no maneja un vocabulario adecuado como para explicar el abuso que se ha cometido. Algunos llegan a creer, porque el abusador se lo ha dicho, que es una expresión normal de afecto, aun cuando se sienten muy incómodos con lo que está pasando. Otros creen las amenazas que el abusador les ha dicho: "Si tú cuentas esto, no te van a querer más", "Me mandarán a la cárcel por tu culpa", "Te van a echar del colegio si lo cuentas", "Les voy a contar a tus amigos lo que hiciste y no te van a querer más", "Te voy a encerrar aquí bajo llave, solo, y te vas a morir de hambre". Estas y otras amenazas igualmente sádicas aterran al niño y hacen fácil ejercer control sobre él. Algunos niños víctimas de abuso entran en un estado depresivo y de profunda tristeza, comienzan a sufrir pesadillas, pierden interés en las actividades acostumbradas y hasta cambian de personalidad.

También puede haber señales físicas que empiezan a manifestarse. Algunos se quejan de dolor en el área genital o anal, de picazón o de dolor cuando tienen que orinar o cuando se quedan sentados mucho tiempo. Algunos tienen pérdidas de sangre en la vagina o el ano. Además, se puede observar en algunos una regresión a hábitos ya superados

de la infancia, como orinarse o ensuciarse. A veces se empieza a ver una sexualidad precoz manifestada por una curiosidad sexual exagerada en el cuerpo, especialmente las partes genitales. A veces empiezan a exhibirse ante los compañeros o tratan de desvestir a los compañeros o de tocar sus partes privadas. Empiezan a usar palabras sexuales en forma habitual, usando los términos vulgares que escuchan en la jerga popular de la calle. Buscan y leen revistas pornográficas obsesionados por el erotismo ilustrados en ellas.

Una amiga mía, víctima de abuso sexual de parte de su padre y de un hermano mayor, me dijo: "No es que los actos en sí hayan sido tan destructivos, por más horribles que fueron. Pero la vergüenza del abuso es como si alguien hubiese volcado una camionada de m... (excremento) dentro de tu vida. Esa porquería llega a ser como un semillero de mentiras que afecta el resto de tu vida. Las mentiras que nacen allí son más poderosas que la verdad y terminan distorsionado tus conceptos de Dios y de todo". Sus palabras ayudan a entender la profundidad del sufrimiento que siente la víctima de abuso sexual y cómo los efectos se extienden por toda la vida.

Algunos niños víctimas exteriorizan su angustia demostrando mucho enojo en sus actitudes y conductas. No necesariamente se enojan con el abusador, sino más bien con los otros adultos que los rodean. Es probable que el niño los mire como personas de poder que deberían haber hecho algo para impedir que no se diera las circunstancias que facilitaron el abuso. Toman por sentado que estos adultos están enterados de lo que está pasando. Personas adultas que fueron víctimas de abuso en su niñez me han contado que creyeron que sus madres sabían que estaban siendo abusadas, porque fueron las madres quienes las mandaron a pasear con el tío o con el amigo, quien luego cometió el abuso. Esta perspectiva del niño es lógica porque su enfoque es parcial y está centrada en sí mismo. De allí, entonces, que el enojo del niño se dirige hacia las personas que deberían haberlo protegido.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Aunque nos resulta incómodo aceptar la realidad, cuando se trabaja con niños siempre existe la posibilidad de que el maestro descubra que algún niño esta siendo abusado en su hogar. Los maestros deben ser sensibles y atentos a cualquier señal que puedan dar los niños en cuanto a vivencias de ese tipo. Toda iglesia debería tener un grupo de apoyo de profesionales que trabajan con niños en el campo de la asistencia social o la psicología, especialmente si la iglesia tiene programas con niños en los barrios marginales. Creo que cometemos un serio error cuando comenzamos un trabajo evangelístico entre niños sin tener un compromiso de parte de miembros de la congregación de dar ayuda comunitaria y social para el barrio donde viven esos niños. Igualmente, si nuestro trabajo con niños ha de ser eficaz, debe ser un programa coordinado entre los pastores, los maestros y todas las personas que trabajan en consejería pastoral con los niños. Inevitablemente, todo trabajo que se hace con el niño tiene que involucrar a toda la familia. Por supuesto, como regla general, el maestro debe dar prioridad a guiar, proteger y dar contención al niño. Luego, con la ayuda de pastores y consejeros, buscamos maneras de ofrecer ayuda a los padres que están envueltos en esta complicada y dolorosa situación.

Primero, utilizar las sugerencias que se dieron en el capítulo sobre la familia adictiva. Las indicaciones que se dieron para la familia con problemas de adicción son igualmente oportunas para ayudar a las familias donde existe el abuso en alguno de sus manifestaciones. Adicionalmente, si el maestro cree que ha logrado un nivel de suficiente confianza con el niño como para ayudarlo con este problema, puede agregar las láminas 67, 68, 69 y 70 (*) a las dos que muestran adicciones, 65 y 66 (*). Siempre se debe tener presente las caritas de emociones. El diálogo puede dirigirse así: *En nuestros encuentros hemos estado aprendiendo mucho juntos sobre cómo son nuestras emociones, ¿verdad? ¿Puedes señalarme algunas caritas que muestran algunas de las emociones que tú sentiste durante esta semana? ¿Sabes una cosa? A veces te veo con esta carita* (señalar la de tristeza). *Me preocupa, porque me hace pensar que estás viviendo con cosas que te duelen y que te son difíciles de manejar. Me gustaría ayudarte con las cosas que te ponen tristes. Quiero mostrarte unas láminas de niños que están tristes por cosas que pasan en sus casas. Quizá una de las láminas te*

recuerde lo que te pone tan triste a ti. A lo mejor, lo que tú estás viviendo no se parece a lo que les pasa a estos niños pero posiblemente te hace recordar otra cosa. Si el niño no elige ninguna de estas láminas, se puede decir: *¿Quisieras hacerme un dibujo de lo que te hace sentir triste?* Si el niño se muestra resistente a la actividad, el maestro puede guardar las láminas y decir: *Está bien. Si tu quieres, otro día podemos hablar más de esto.*

Segundo, trabajar con la actividad del "Cofre". Si el maestro está seguro que el niño ha sufrido algún tipo de abuso y quiere facilitar su expresión de lo ocurrido, puede recurrir al uso del "Cofre" que se incluyó en el capítulo anterior sobre las adicciones en la familia. **Una advertencia: no debe hacerlo si no está seguro de que el abuso haya ocurrido. De ninguna manera uno no quiere sembrar sugerencias en la mente del niño.** El cofre se prepara de la misma manera (ver el capítulo anterior), pero dentro del sobre que va en el fondo se coloca un papel que contiene las palabras "Mi secreto". Después de seguir el diálogo del capítulo anterior, el maestro puede continuar de este modo: *Mirando el cofre, nadie se dará cuenta de que contiene un secreto adentro, ¿verdad? Estos secretos muchas veces tienen que ver con cosas que otras personas nos han hecho que nos hacen sentir muy mal. A veces creemos que nosotros tenemos la culpa por lo que pasó y por eso no lo queremos contar. El problema es que, después de un tiempo, los efectos de un secreto tan feo comienzan a percibirse en las cosas que pensamos y hacemos. ¿Puedes pensar en algunos efectos que puede tener estos secretos en las actitudes y conductas de la persona? La única manera de sacar eso de adentro* (sacar el sobre con su contenido y tirarlo, o permitir que el niño lo haga) *es contándolo a alguien que te puede ayudar. En el momento de contarlo, ya no es más un secreto ni tampoco puede hacer tanto daño. ¿Te animas a contarme el secreto que tienes guardado? ¿Quieres mirar de nuevo las láminas?*

Si el niño cuenta los detalles de algún tipo de abuso físico o sexual cometido contra su persona, o si cuenta de algún abuso que ha observado cometido contra otro miembro de la familia, el maestro debe recibir lo que ha sido compartido con mucha compasión y respeto. Si el maestro reacciona con disgusto o mostrando repugnancia, el niño puede creer que esas actitudes son dirigidas contra él y la confianza lograda con el niño se pierde. La reacción más importante que el niño necesita recibir es saber que ha sido escuchado. También debe tener la seguridad que será apoyado por alguien que lo ama, que cree en él y que hará lo posible por resolver la situación. Si la iglesia tiene estructurado una ayuda profesional para casos así, el niño necesita saber que la ayuda que necesita vendrá de ese contexto. El maestro puede decir: *Hay muy poco que yo puedo hacer con esto que me has contado, pero conozco a una persona de gran habilidad que sí te va a poder ayudar.* Si el secreto que ha compartido el niño tiene dimensiones graves, en el sentido de dañarlo física y sexualmente, el maestro debe contactar inmediatamente a un consejero profesional para saber cómo proceder en la resolución del problema familiar.

La conclusión del encuentro

Un niño que es víctima de tratos abusivos necesita ser consolado y fortalecido en oración. El maestro debe buscar muchas ocasiones para estar con el niño y poder decirle: *Estaba pensando en ti y me gustaría aprovechar este momento para que oremos juntos sobre algunos de los problemas que me compartiste. ¿Hay algo especial que hoy quieres pedirle a Dios? ¿Tú quieres orar también?* Esta cobertura de oración fortalece al niño y lo ayuda a saber que el maestro lo acompaña y que la presencia de Dios puede ser sentida. Leer juntos Romanos 8:38 y 39 (Versión Popular) y otros textos que ofrecen aliento espiritual.

No me puedo olvidar de la niña que me compartió su experiencia personal después de haber aprendido de memoria el texto que cito:

—¿Sabes como yo digo ese texto? —me preguntó—. Lo digo así: Estoy convencida de que nada, ni cuando mi papá me grita y me patea, me puede separar del amor de Dios. Decirlo de esa manera me hace sentir mejor.

Apéndice del capítulo:

"El niño y los abusos"

A continuación incluyo una orientación preparada por una querida amiga que admiro mucho, que trabaja como asistente social y es la encargada del programa de acción social de su iglesia en Buenos Aires, Argentina.

El maltrato infantil, abuso y violencia familiar

Lic. Marinés Camargo de Valiño

"Estamos viendo en el mundo, y en particular en nuestro país, fenómenos que nos asustan y por momentos nos sobrepasan, engendrados todos por la violencia ejercida tanto directa como solapadamente. Como maestros de niños en las iglesias evangélicas tenemos mucha dificultad para comprenderla y también para darle respuestas adecuadas. Creo que este medio, es decir, el texto escrito, nos puede permitir un pequeño paso hacia adelante.

Yo trataré de dar algunos pasos prácticos ante situaciones que se presentan. Estos pasos son generalidades, dado que cada caso tiene aristas diferentes y requerirán consideraciones específicas. Pienso que cada contexto social tiene su propia violencia, y que se debe adquirir una metodología para detectar lo que es propio a cada contexto.

Cada maestro de niños creará un vínculo con ellos que se irá desarrollando a medida que se comuniquen, se contacten, se encuentren. Este vínculo será positivo en tanto que el maestro abra espacios de intimidad, libertad de expresión y confianza en la medida en que se meta en la piel del alumno y sienta como él. Poco a poco se dará cuenta de que el niño abre su interior y expresa sus sentimientos y sus emociones más profundas.

Podría ser que en un espacio así, él confiese abiertamente su situación de violencia, maltrato o abuso. También suele suceder que él calla por temor a su agresor. Sin embargo, hay indicios que nos permitirán descubrirlo. A saber: lloro constante, manifestación de ansiedad e hipersensibilidad, una actividad infernal (no puede estar quieto), atención dispersa, dolor en la cola o vagina cuando asiste al baño, agresión constante contra sus compañeros, silencio profundo, hematomas o moretones en el cuerpo, temor a los adultos y al reto exasperada del maestro, problemas en la adquisición de los conocimientos y baja autoestima.

En caso de que se detecte probabilidades altas de maltrato en ese niño, lo primero que el maestro debe hacer será encomendarse al Señor Jesús a fin de obtener sabiduría para dar los pasos correctos, tratando de perjudicar lo menos posible al niño. No debe actuar solo, sino en equipo (me refiero a un gabinete orientativo, si lo tiene), con un psicólogo, un trabajador social, un médico, la directora de la escuela dominical y el pastor. Si la situación parece demandarlo, llaman a entrevista a algún miembro directo de la familia de ese niño, para preguntarle con prudencia y con serenidad, y que explique el secreto que el alumno haya contado con alto costo para él. Si ese miembro familiar acepta la situación y ve como realidad el problema planteado por el gabinete orientativo, pueden aconsejarlo para que realice la denuncia ante el ministerio público pertinente. Puede ser en forma verbal o escrita ante un juez con competencia en asuntos familiares y solicitando medidas cautelares conexas.

La ley dice que cuando los damnificados fueren menores o incapaces, los hechos deberán ser denunciados por sus representantes legales. También estarán obligados a realizar la denuncia los servicios asistenciales sociales o educativos, públicos o privados, los profesionales de la salud y todo funcionario público en razón de su labor. A partir de allí el juez requiere un diagnóstico de interacción familiar efectuado por peritos de diversas disciplinas para determinar daños y ordenar medidas cautelares. Dentro de las cuarenta y ocho horas de adoptadas las medidas precautorias, convoca a las partes y al ministerio público a una audiencia de mediación, instando a las mismas y a su grupo familiar a asistir a

programas educativos o terapéuticos que se le brinde al imputado y su grupo familiar, como también asistencia médica y psicológica gratuita.

Por el contrario, si en la entrevista el familiar no reconoce la problemática, o al menos no la manifiesta abiertamente, probablemente por miedo y las consecuencias a venir, la situación se torna más delicada. Brindar contención y apoyo desde la iglesia es siempre una medida favorable en busca de una apertura de parte del progenitor, que en su gran mayoría está al tanto de los hechos, aunque lo negare.

Otro paso decisivo a dar es asistir al centro educativo donde concurre el niño y conversar con el equipo directivo o asistencial de la institución. En razón de su labor, ellos tienen elementos de coerción más eficaces para denunciar, aun cuando hubiere negativa de la familia. Vuelvo a repetir que se debe actuar con mucha cautela, misericordia y comprensión de la situación en cada caso particular. Sin embargo, animo a hacerlo con valentía y con la seguridad que el Espíritu Santo nos guía a toda verdad y lo que hace es hecho en el amor de Dios.

Por último, transcribo algunos artículos de la Constitución Nacional argentina, y del Código Procesal Civil y Comercial de la Nación, sobre protección de menores, que sirve para informar y dar un panorama más claro para la acción.

Artículo 75, Inciso 22: “Consagra que la Convención sobre los Derechos del Niño, en las condiciones de su vigencia, tiene jerarquía constitucional, no deroga artículo alguno de la primera parte de esta Constitución y debe entenderse complementario de los Derechos y Garantías por ella conocidos”.

En el Artículo 234, en la Sección 8ª del Código Civil y Comercial de la Nación, sobre protección de personas, habla que podrá decretarse la guarda de menores que sean maltratados por sus padres, tutores, curadores o guardadores o inducidos por ellos a actos ilícitos deshonestos o expuestos a graves riesgos físicos o morales.

VIOLACIÓN: Artículo 119, del Código Penal: Será reprimido con reclusión o prisión de 6 a 15 años, el que tuviere acceso carnal con personas de uno u otro sexo en los siguientes casos:

1-Cuando la víctima fuere menor de doce años.

2-Cuando la persona ofendida se hallare privada de razón o de sentido, o cuando por enfermedad o cualquiera otra causa, no pueda resistir.

3-Cuando se usare de fuerza o intimidación

ABUSO DESHONESTO: Artículo 127, del Código Penal: Se dispondrá de 6 meses a 4 años, al que abusare deshonestamente de persona de uno u otro sexo, concurriendo alguna de las circunstancias del Artículo 119, sin que haya acceso carnal.

La violencia, el maltrato y el abuso están asociados a la destructividad, a un acto perturbador, al cercenamiento de la libertad del otro. Recordemos siempre que el Enemigo se goza en la mentira, en la destrucción, en la negación y en todo acto irracional. El Espíritu Santo nos lleva a la verdad y nos da su dirección divina para enfrentar este flagelo que seguramente estará presente en todas las aulas de las iglesias a las que asistimos. “Pero los que viven de acuerdo con la verdad se acercan a la luz, para que se vea que Dios está en lo que están haciendo” Juan 3:21 (Versión Popular).

Capítulo 18
El niño y los accidentes y desastres naturales

Yo estaba en un retiro de maestros que se estaba realizando en un campamento cerca de la ciudad de Bragado en la provincia de Buenos Aires. Era la tardecita de uno de los días del evento y estábamos todos disfrutando de un tiempo distendido, mate y café de por medio, en el cual compartíamos experiencias en nuestras diversas situaciones de ministerio. Gozábamos de una camaradería maravillosa que solamente se siente entre personas que están unidos con un mismo propósito para servir a Dios.

—Yo necesito una orientación para saber cómo ayudar a una de mis alumnas —dijo una maestra, dirigiéndose al grupo—. Es una niña de seis años que sobrevivió un accidente automovilístico terrible en una carretera del sur donde fallecieron su madre embarazada y sus tres hermanos. Sobrevivieron solamente esta niña y su padre, y él está aún internado en el hospital. La niña quedó atrapada en el auto durante cuatro horas mientras esperaban la llegada de los bomberos y una ambulancia. ¿Se imaginan lo traumatizada que está?

Cayó un silencio profundo sobre el grupo mientras cada uno de nosotros tratábamos de imaginar los efectos de un incidente tan horrible y el duelo multidimensionado que estaba sufriendo la niña. Sólo podíamos imaginarnos los resultados increíblemente traumáticos para una personalidad tan frágil como es la de una niña de seis años. Poco a poco los miembros del grupo empezaron a dar su parecer, algunos con lágrimas, mientras tratábamos de orienta a esta maestra que enfrentaba la enorme tarea de ayudar a la niña.

Los doctores Gilberto Brenson Lazán y María Mercedes Sarmiento Díaz, en su libro que lleva como titulo, *Y ahora...¿cómo hago?*, escrito precisamente para niños que han pasado por algún desastre natural, dicen lo siguiente: “Todo el mundo habla de la ‘tragedia’. Pero ¿qué es una tragedia? Una tragedia es una cosa fea que nos pasa sin que nosotros tengamos la culpa de que pase y sin que hubiéramos podido hacer nada para evitarla. Es algo que nos duele mucho y nos causa muchos problemas, es algo como un accidente o una enfermedad serios en los que nos sentimos muy, muy mal, y a veces creemos que nunca nos mejoraremos ni volveremos a ser como antes”. Los autores dan una definición, en el vocabulario de un niño, de lo que implica pasar por un desastre natural o por un accidente.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

En todas partes, todos los días, ocurren los accidentes automovilísticos, las explosiones, los incendios, las inundaciones, las sequías, los terremotos, los volcanes en erupción, los huracanes y los tornados. Ninguno de nosotros puede estar seguro de poder evitar que alguno de estos acontecimientos nos afecte personalmente. Quizá es la característica de sorpresa inesperada, imposible de pronosticar ni evitar, lo que hace que sean tan temibles. Los que hayamos sobrevivido alguno de estos acontecimientos tenemos la tendencia de hacer de ello un hito en la vida, un evento de la cual hablamos de “un antes y un después”: el accidente de tren, la inundación de 1994, el incendio que destruyó la casa, etcétera. Para las personas que han vivido estos eventos, siempre representan pérdidas, separaciones, trauma y angustia. Han dejado efectos económicos devastadores. Ha habido pérdida de vidas. Nada nunca vuelve a ser lo mismo.

Es interesante reconocer, según las investigaciones que han sido realizadas, que este tipo de trauma, aunque es espantoso para todos, tiende a ser menos devastador para el niño que la violencia en el hogar o en la comunidad, porque la confianza del niño en su familia y sus vecinos no es afectada de la misma manera. La respuesta del niño frente al desastre natural depende de la respuesta que observa en los miembros de su familia y los demás adultos que le rodean. A la vez, la presión sobre los adultos que luchan para reestablecer sus vidas hace que les queda menos reserva emocional para ayudar a sus hijos. Después de un accidente o desastre natural los niños muchas veces se sienten abandonados emocionalmente, y lo resienten. Ellos ven que su mundo ha cambiado radicalmente y no saben cómo reaccionar. Piense en la niña que perdió su madre y tres hermanos por el accidente automovilístico: no tiene más una

madre, no tiene a sus hermanos, su padre está hospitalizado y no la puede cuidar, los adultos que la rodean le tienen lástima, la casa donde vivía está vacía, ella ha tenido que ir a vivir con parientes, y la lista de irrecuperables cambios sigue. Cuando estos cambios ocurren, los niños necesitan que alguien les asegure que no son ellos los culpables de las alteraciones en las circunstancias y en los ánimos de los adultos allegados a ellos.

Sin embargo, una tragedia de esta índole puede brindarle al niño la oportunidad única de ver a muchas personas apoyándose mutuamente en medio de la escasez y necesidad común ocasionada por el desastre. Inclusive, como es la experiencia de muchos, un desastre puede ser el vehículo por el cual una familia fortalece sus vínculos afectivos y se une en formas nuevas para hacer frente a las pérdidas que han vivido.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Como el accidente o el desastre natural puede afectar a varias o a muchas personas, la ayuda pastoral que se ofrece puede hacerse en grupos, según la cantidad de personas que hayan sido afectadas.

Actividades a desarrollar en los encuentros con individuos o grupos

Primera actividad: diálogo

El maestro podrá fomentar el diálogo con los niños utilizando las láminas 75, 76, 77 y 78 (*), todas de las cuales ilustran diferentes tipos de eventos traumáticos. Usar también las caritas de las emociones. El dialogo se puede iniciar de esta manera: *Tú has vivido una experiencia muy difícil, ¿verdad? ¿Quieres contarme lo que pasó?* A veces el niño ha escuchado a todos los demás contar del evento, pero nunca ha tenido la oportunidad de contar sus propias percepciones. Si se trata de algo que haya afectado todo el grupo, dejar que todos compartan cómo lo vivieron. El maestro sigue diciendo: *Me parece que tu experiencia es similar a lo que le ocurrió a la familia en esta lámina. ¿Qué te parece? ¿Quieres usar las caritas para mostrarme algunas de las emociones que esto causó en los diferentes miembros de tu familia? ¿Qué emociones te parece que sentía tu papá? ¿y mamá? ¿Son diferentes a las que sentiste tú? ¿Puedo mostrarte cómo me sentí yo cuando escuché lo que te había pasado?* Hablar con el niño sobre los recursos de fuerza, paz, consuelo y esperanza que tenemos en el Señor, y preguntarle cuáles son los que más necesita su familia en este momento.

¡Segunda actividad: dibujar y escribir

Alentar a los niños a hacer dibujos de algún aspecto de lo que han vivido a causa del evento. O sino se les puede pedir que escriban un diario personal sobre el acontecimiento, ilustrándolo con dibujos o pequeños objetos que sirven para enfatizar algún recuerdo que les parece importante. Los niños pequeños pueden dramatizar algunos de sus recuerdos.

Tercera actividad: hacer un juego

Utilizar con los niños el juego "El Kiosco" (ver Capítulo 5), incluyendo algunas de las siguientes palabras y agregando otras según el incidente o desastre que se haya vivido.

fuego		ruido		frenada		policía		humo		temblor
vidrios		bomberos		sirena		hospital		camilla		bote
ambulancia		agua		escombros		cama		pánico		miedo
gritos		oscuridad				médico				llanto

Si el niño ha perdido a un pariente en la tragedia, ayudarlo con las etapas del proceso de duelo de acuerdo con las actividades sugeridas en el Capítulo 13.

Si es posible, conseguir una copia del libro *Y ahora… ¿cómo hago?*, de Gilberto Brenson Lazán y María Mercedes Sarmiento Díaz, una publicación de EIRENE (Buenos Aires, Argentina). Trabajar con el niño individualmente o con el grupo de niños usando los encuentros estructurados en el libro.

La conclusión del encuentro

Pedirle al niño sus peticiones especiales, para él y para su familia, y anotarlas en la "Libreta de oración". Orar pidiendo que Dios conceda los recursos espirituales de las cuales ya han comentado juntos, pidiéndolos para el niño y para su familia. Animar al niño a que él también ore pidiendo la ayuda y fortaleza del Señor. Si lo desea, el maestro puede prepararle un pequeño cuadro de regalo, algo sencillo hecho de cartulina, que el niño pueda colocar a la vista al lado de su cama. Escribir sobre la cartulina una de las promesas del Señor: Isaías 41:10, Jeremías 29:11, Isaías 43:2 (de la Versión Popular). El maestro debe explicar con cuidado el último de estos textos, Isaías 43:2, recordando que el niño entiende todo literalmente.

Capítulo 19
El niño y la violencia en la sociedad

Como parte de un taller para padres de adolescentes que se realizó en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, formamos un panel de veinte adolescentes para preguntar sus opiniones sobre diferentes aspectos del tema. Queríamos que los padres escucharan las opiniones de sus hijos adolescentes y de sus compañeros. En un momento dado, una madre preguntó al panel cuántos de ellos habían sido asaltados en la calle. Creo que ninguno de los padres estaba preparado para la respuesta. ¡Trece de los veinte adolescentes levantaron sus manos! El sesenta y cinco por ciento de ese pequeño segmento bastante protegido de adolescentes. Cuando indagamos un poco más, los adolescentes empezaron a comentar lo que les había pasado y las cosas que se les habían robado: relojes, prendas de ropa, zapatillas, bicicletas, joyería, libros y otros objetos que ahora no recuerdo. Algunos hicieron referencia al hecho que los asaltos habían sido hechos con armas de fuego. Esa tarde tuvimos una ilustración muy gráfica de la dimensión de la violencia que soportan los niños y adolescentes en las ciudades de América Latina. ¡Vivimos en un mundo amenazante y lleno de peligro!

La violencia en la comunidad

El aumento alarmante de la violencia en la sociedad moderna, especialmente en las grandes ciudades, causa mucho daño a los miembros más indefensos, que son los niños. Hoy es común que los niños vivan atemorizados por lo que puede ocurrir en la calle. En los diarios leemos de asaltos armados, de robos, de secuestro de niños, de violaciones, de homicidios, de desapariciones de niños y adolescentes, de las bombas del terrorismo y de cuanto más hasta no saber si se debe o no salir a la calle. Por causa del temor que los padres sienten en relación a sus hijos, y que se lo transmiten a ellos, los niños se sienten cada vez más inseguros y desprotegidos.

Recuerdo un incidente en el año 1993. En una iglesia en Buenos Aires tenía una clase en la Escuela Dominical de niños de 9 a 11 años de edad. Un domingo varios de los niños pidieron oración por una compañera de escuela de uno de ellos, cuya hermana había sufrido graves heridas a causa de una explosión en un centro comunitario judío. La tremenda explosión había causado serios destrozos en un jardín de infantes en la misma calle. Los noticieros de la televisión habían estado pasando escenas muy gráficas de las maestras corriendo con niños cubiertos de sangre en sus brazos. Me di cuenta en seguida que mis preparativos para la clase tenían que quedar de lado para permitir que los niños

intercambiaran sus opiniones sobre el incidente. Era imposible enseñar algo hasta que esos niños pudieran expresar sus temores e interrogantes sobre el violento incidente de esa semana.

DESCRIPCIÓN DEL PROBLEMA

En cierto sentido, todos los niños son víctimas, directa o indirectamente, de la violencia que condiciona nuestra sociedad. Karen Miller, en su libro, *The crisis manual* (El manual de las crisis), habla de la pirámide de la violencia para ilustrar los efectos que tiene este fenómeno sobre los niños. Según ella, la base de la pirámide se compone de la violencia que se muestra diariamente en la televisión y en el cine, que impacta directamente la vida de la gran mayoría de los niños. El centro de la pirámide se compone de la parte de la población representada por niños que han sido testigos de actos de violencia en su comunidad, como robos, asaltos o asesinatos. La punta de la pirámide se compone del reducido porcentaje de niños que viven con la violencia como parte de su vida cotidiana, muchas veces en el hogar mismo porque es perpetuado por miembros de la familia. Uno trata de imaginar el impacto de la violencia en esas vidas donde la violencia queda dramatizada diariamente por algún acto que afecta directamente sus vidas. No nos debe sorprender que los delincuentes que más preocupan a la sociedad son niños de once a diecisiete años de edad, producto natural de hogares donde la violencia es pan cotidiano.

Aunque los niños que asisten a la iglesia generalmente no vienen de este ambiente, los maestros de Escuela Dominical observan en sus alumnos algunas de las características que son manifestaciones de la violencia generalizada. Esas manifestaciones se ven en el hecho de que los niños son cada vez más agresivos en sus conductas con sus compañeros. Se ven por las reacciones explosivas que demuestran y la poca capacidad que tienen los niños actuales de controlar su enojo. Se ve también en los niños que son tímidos y retraídos, y en algunos que parecen ser insensibles al dolor de otro, como si alguien los hubiera anestesiado frente al sufrimiento. Los niños que han presenciado la violencia en la calle o en algún robo en su casa pueden manifestar señales de trauma, como pesadillas, incapacidad de concentrarse y regresión en sus conductas. Se manifiesta por tener mucha dificultad para estudiar y aprender porque la ansiedad los consume. En algunos casos, el efecto de un acto violento, como un asalto o robo, ha sido tan traumático para los padres que ellos han ignorado totalmente el efecto que haya producido en sus hijos.

La violencia en la televisión

Muchas de las investigaciones sociológicas hechas sobre la niñez comprueban que la conducta agresiva de los niños aumenta cuando miran escenas de violencia en la televisión. Sin embargo, los programas con contenido violento siguen proliferando y la violencia que muestran es cada vez más audaz, cruda y brutal. Obviamente, no son programas creados pensando en el beneficio que tienen para el niño en desarrollo. Son programas creados para satisfacer la voracidad económica de los productores, quienes saben que hay un gran mercado en la sociedad por todo lo que es macabro y violento. Graciela Moreschi, una psiquiatra argentina, hizo el siguiente comentario sobre unos dibujos animados nuevos (calificados como "sádicos") que provienen de los Estados Unidos y que pronto serían emitidos en un canal de Buenos Aires. Dice: "Desde que murió Dios, como dijo Nietzsche, la sociedad se quedó sin mitos. Nadie cree en nada y eso es lo que reflejan estas series animadas, una sociedad cínica, nihilista y necesitada de vehiculizar sus impulsos". El problema de la sociedad que describe Moreschi es que se ha perdido las normas morales y quiera o no, el efecto cae sobre los niños, aunque ellos no lo saben ni lo quieran. Tomamos lo más precioso que nos ha dado Dios, que son nuestros niños, y los distorsionamos a base de nuestras propias deformaciones.

Los dibujos animados, las telenovelas, las miniseries y especialmente las películas de largometraje, traen su cuota de violencia bordeando en lo criminal y su elevada cuota de escenas explícitamente sexuales. Luego uno mira las noticias y escucha de niños violados, de niños muertos por los tiroteos entre delincuentes y policías tratando de detener el asalto, de niños atropellados por autos que andan a excesiva velocidad, de niños vendidos ilegalmente o raptados. Por cierto, ante esta realidad, nos debe sorprender que los niños no sean más violentos de lo que son. Los enormes beneficios que

la tecnología ha hecho posible en los medios de comunicación tiene su lado oscuro. El lado oscuro es que, a través de la televisión y el Internet, casi todos los hogares han sido invadido por valores que exaltan el sexo y la violencia.

Otro factor que contribuye poderosamente a este escenario violento son los videojuegos donde la violencia se expresa por armas que disparan contra "personas" y bombas que destruyen "edificios" y toda clase de artículos. Aunque todo el mundo comenta el efecto que este tipo de entretenimiento va produciendo en los valores de los niños, nadie está enseñando a los padres cómo evitar los efectos negativos en sus hijos. Ni mucho menos cómo transmitirles criterios para la elección correcta de los programas televisivos y los videojuegos. ¿Quién asume la responsabilidad para orientar a los niños en los valores trascendentes de la vida?

Algunos educadores lamentan otro aspecto del efecto de tanta violencia sobre la niñez. Dicen que los niños están perdiendo su habilidad de utilizar su imaginación en relación a sus propios juegos. Solo les interesa imitar los actos violentos de los héroes de la televisión y no tienen la capacidad de imaginar otra cosa. ¡Qué pérdida inmensa! Pero hay otro aspecto a la cual debemos prestar atención. En el proceso de desarrollo espiritual, estamos ignorando la confusión que el impacto de la televisión puede traer al niño que está iniciando su camino de fe y queriendo entender a un Dios invisible y a un Jesús que hizo milagros y resucitó a personas de la muerte.

Esto se ilustra muy bien en algo que me comentó una madre que asistía la iglesia que mi esposo y yo pastoreamos en la Patagonia Argentina. Un día su hijo de cinco años le preguntó:

—Mamá, ¿He-man es Jesús? —(He-man en ese tiempo era un personaje de dibujos animados muy fornido y luchador, que vencía a todos sus enemigos). La madre no supo que contestar, ni entendió la relación que el niño hacía entre este personaje ficticio y Jesús, que en la mente del niño, también tenía poderes especiales, igual que He-man.

Los padres que son conscientes del impacto de la violencia en la televisión, y el efecto sobre sus hijos, pueden tomar medidas para limitar las horas que lo miran por día. También pueden seleccionar con el niño los programas menos violentos. Un buen método para hacer esto es mirando los programas juntos, padres e hijos, para entablar un diálogo y hacer un análisis de sus contenidos y el por qué puede ser contraproducente mirarlos. Los maestros también pueden tomar cartas en el asunto ayudando a sus alumnos a establecer criterios cristianos en cuanto a los programas que miran en la televisión y los modales de conducta que adoptan. La mayoría de los niños responden en forma muy positiva a un maestro que se involucra por comentarios sobre los programas que miran.

SUGERENCIAS PARA LA AYUDA PASTORAL

Cuando se piensa en estructurar encuentros individuales con los niños, es conveniente tomar en cuenta las diversas reacciones que la violencia puede producir en ellos. Por ejemplo, si hay un niño en la clase que habitualmente se muestra agresivo y hasta violento en su forma de tratar a sus compañeros, el maestro puede contrarrestar su efecto procurando establecer una rutina de orden, estabilidad y calma en el desarrollo de la clase. Esto provee a todos los niños una sensación de seguridad. La mayoría de los niños responden bien a una rutina, aún el niño problemático. En este sentido, es importante comenzar la clase de la misma manera siempre y tener estructuras firmes y bien planeadas de antemano. Esto no elimina la necesidad de tener variedad en las actividades y creatividad en metodología que se utiliza. Uno de los secretos para mantener el orden en la clase es que el maestro siempre llegue antes de comenzar la clase, para estar esperando al primer alumno que llega. Algunos maestros comentan lo positivo que es usar estos primeros momentos de la clase para trabajar con los alumnos con las caritas de emociones, pidiendo que cada uno seleccione una carita que represente lo que sintieron en algún momento durante la semana, explicando por qué sintieron esa emoción. Esto da lugar a que todos los niños, incluyendo en niño agresivo, hablen de sus experiencias y sus emociones. Esta pequeña rutina al comienzo de la clase da ocasión de conversar brevemente con el niño que está mostrando conductas

agresivas, demostrarle la atención especial que seguramente está anhelando, y pedirle discretamente que tenga consideración de sus compañeros en lo que dice y hace.

También este diálogo puede servir de base para los momentos finales de la lección, cuando se entra en el tiempo de oración. Los niños pueden orar por el problema que mencionaron al comienzo de la clase o pueden dar gracias por alguna victoria que se haya compartido.

Encuentros con niños que han sido víctimas de la violencia en la comunidad

Para facilitar el diálogo sobre lo que les haya pasado, seleccionar láminas 80, 81 y 82 (*). Tener también a mano las caritas de las emociones. El diálogo puede tomar esta forma: *Me contaron que te pasó algo feo en la calle (o la casa, la escuela, etcétera) pero yo quiero que tú me cuentes lo que ocurrió. ¡Debe haber sido una experiencia horrible!* Si al niño le resulta difícil hablar de lo que sucedió, decir: *Aquí tengo una lámina de un robo que se está haciendo al dueño de un kiosco* (usar la lámina que más concuerde con la experiencia del niño). *No puedo imaginarme lo que deben estar sintiendo estos niños que lo vieron. Tú debes entender mejor que yo las emociones que están sintiendo. ¿Quieres mostrarme con las caritas?* Charlar sobre el niño sobre el por qué de las emociones que están sintiendo los niños de la lámina para lograr un panorama más claro de lo que el niño ha vivido y está sintiendo. Se puede usar las técnicas que se sugieren el Capítulo 18 que trata el tema de accidentes y desastres naturales.

Encuentros privados con niños agresivos

Es posible que sea necesario estructurar unos encuentros pastorales privados con el niño agresivo. Para ello, recomiendo que se utilice las sugerencias que se encuentran en los Capítulos 7, sobre la familia, Capítulo 8, sobre los compañeros y Capítulo 9, sobre la escuela. En estos capítulos se dan las maneras de detectar las áreas de conflicto en la vida del niño que puedan estar impulsando su rebeldía. En estos encuentros se deben programar con el niño algunos pasos concretos para cambiar sus conductas y darle la sensación de estar en control de esta área problemática de su vida. Para ayudar al niño a llevar un control de sus conductas durante la semana, se puede utilizar la actividad que se encuentra en el Apéndice, "La solución del semáforo".

La conclusión del encuentro

Pedirle sus peticiones especiales para anotar en la "Libreta de oración". En su oración el maestro debe pedir específicamente para que el niño pueda conocer la paz del Señor en su vida para calmar el temor que a veces siente cuando está en la calle o en la escuela. También se puede orar pidiendo guía y fortaleza de Dios para cambiar las conductas que han sido afectadas por la violencia. Dialogar con él sobre su relación personal con Cristo usando el librito "¡Lo hizo por mí!", que se encuentra en el Suplemento. Es importante cuidar de que éste sea un diálogo y no una predicación unilateral evangelística. El maestro puede decir algo así: *Yo sé que has oído muchas veces del plan de salvación, pero quisiera que miremos juntos un librito que lo explica. Es posible que tengas algunas preguntas sobre lo que significa ser salvo o tener a Cristo en la vida. A veces la gente dice ser creyente, pero hace cosas que nos parecen muy injustas.* Después de comentar el librito parte por parte, decir: *Es posible que nunca recibiste a Jesús como tu Salvador, me gustaría ayudarte a que lo hagas ahora, hablando con Dios en oración.* Si el niño no responde, decir: *Estas cosas son muy privadas entre cada persona y el Señor. En cualquier momento tú puedes orar y pedirle que venga a tu vida. No tiene que ser conmigo. Pero me gustaría saber cuándo lo haces porque me importan muchísimo todos los aspectos de tu vida espiritual. ¿Puedo orar por ti ahora?*

Capítulo 20
Cuida de mis corderos

Me gustan las metáforas. Una metáfora es una palabra o figura que establece una comparación entre dos realidades designadas. La metáfora ayuda para enriquecer los conceptos e inspirarnos a otras dimensiones de comprensión en áreas donde creemos saberlo todo. Hace poco leí una descripción que me inspiró porque establece la perfecta metáfora de lo que es la tarea del maestro. Esta figura me ayudó en renovar mi compromiso para el ministerio entre los niños.

En el país de Escocia se crían ovejas en rebaños numerosos. Los pastores de estas ovejas dependen mucho de las destrezas de unos perros ovejeros para controlar y dirigir los rebaños en su traslado de un pastizal a otro. Estos perros son extraordinarios en su inteligencia y sensibilidad a las órdenes del pastor. Con enorme paciencia son entrenados por muchos años para desempeñar esta tarea, y una vez que hayan aprendido las complicadas maniobras necesarias para controlar los rebaños, representan un valor incalculable para su dueño. Son perros pequeños y veloces que no se pierden entre las formas más grandes y bultosas de las ovejas que los rodea. Su destreza depende de su habilidad de mantener a la vista al pastor, que generalmente está parado sobre alguna colina cercana, y obedecer cada señal que él pueda dar. El pastor ve el panorama completo de lo que ocurre con las ovejas y da órdenes al perro de acuerdo a lo que él desea. El perro, que no ve más que innumerables ovejas rebeldes, no puede saber en qué dirección dirigirlas si no fuera por las instrucciones que da el pastor.

En Escocia se organizan competencias entre estos pastores para comparar las capacidades de los diferentes perros entrenados. Los perros son evaluados sobre las bases de su obediencia a su pastor además de su capacidad de interpretar con rapidez las órdenes que reciben de él. Los que han presenciado estas competencias siempre comentan sobre ciertas características de estos perritos ovejeros. Dicen que es evidente el vínculo de afecto que los une con su pastor. Cuando no están corriendo de un lado para otro detrás de las ovejas, están mirando atentamente el rostro de su pastor. Es más, escribe el autor de la nota, cuando estos perros tienen la oportunidad de descansar siempre lo hacen tirándose a los pies de su pastor.

La descripción de la tarea del perro ovejero me hizo recordar otra vez las palabras del Señor a Pedro. Pensé en aquel encuentro, cargado de emoción debido al fracaso personal que Pedro había tenido. Jesús le pregunta: "Pedro, ¿me amas?" El Señor no hace mención de la negación de Pedro ni de la deserción de todos sus discípulos en el momento cuando más los necesitaba. Solamente hace referencia a lo más importante, a lo que establece y solidifica la relación entre Pedro y el Señor. Pedro responde asegurando al Señor que, dentro de sus pobres posibilidades, sí lo ama. Dentro del contexto de esa declaración de amor, el Señor renueva el llamado sobre la vida de su discípulo:

—Cuida de mis corderos— le dice.

Yo veo en esta frase algo más. Es como si Jesús le estuviera diciendo a Pedro:

—Si no me amas, no te acerques a mis corderos—.

Creo que en la vida de cada maestro el elemento más importante es la relación de amor y comunión íntima que se puede tener con el Señor, el Buen Pastor. Él es el único que entiende el panorama total de las vidas y las circunstancias de cada persona. Es Él quien conoce los caminos por los cuales ha de transitar cada individuo, desde el comienzo de su vida hasta su final. Por el hecho de su perfecto conocimiento y providencia, los corderos no pertenecen a los pastores, sino que le pertenecen a Dios. A nosotros nos corresponde amarlo a él con profundidad e intimidad para poder obedecer sus indicaciones sobre el cuidado de los niños vinculados a nuestro ministerio y para poder amar a esas vidas como él las ama. Sin esta relación íntima con el Señor, las enormes demandas que provienen de estas vidas frágiles, junto con las de sus familias disfuncionales, nos agotarán enseguida. Únicamente el descanso que viene por estar en su presencia, a sus pies, nos renovará las fuerzas.

En los muchos años de ministerio que he disfrutado en América Latina, he tenido innumerables oportunidades de conocer a maestros de muchos países que trabajan con la niñez en su formación espiritual. Doy gracias a Dios por su dedicación y sacrificio. He observado los grandes contrastes que se presentan en este ministerio: algunos que desempeñan sus tareas en iglesias grandes con aulas bien equipadas y otros que lo hacen en iglesias pequeñas donde el único lugar para su clase es en pasillos oscuros, en sótanos, en la cocina de la iglesia, o en patios al aire libre. He visto a sus alumnos arrodillados escribiendo en el piso por falta de mesas. He visto a clases de veinte niños que han tenido una sola tijera para usar entre todos. He sabido que la mayoría de estos maestros jamás han tenido un presupuesto establecido por su iglesia para comprar los materiales necesarios para la enseñanza de sus alumnos. Sin embargo, se sacrifican y con su propio dinero los consiguen. En repetidas ocasiones, al realizar algún taller, me han conmovido profundamente las lágrimas de maestros acongojados por las necesidades de los niños con los cuáles trabajan. Muchas veces solo hemos podido mirarnos, impotentes, frente a las circunstancias dolorosas que esos niños representan y elevar una oración a Dios pidiendo sabiduría para saber qué hacer. Estoy convencida que las lágrimas de estos maestros, y la inversión de su vida en bien de los niños, han de redundar en bendición para la iglesia de Cristo en todo lugar, pero especialmente en América Latina donde he visto esa singular entrega. Estos maestros han sido, y siguen siendo, una fuente de inspiración para mi propia vida.

Es mi deseo personal que los contenidos de este libro puedan facilitar el ministerio de estos maestros en “cuidar de los corderos” que componen su área de ministerio. Es mi deseo que cualquier adulto, especialmente los padres, puedan encontrar en los conceptos vertidos aquí elementos que cambiarán su enfoque en cuanto a la singular tarea de criar a sus hijos. Es mi deseo profundo que toda persona que lea este libro pueda encontrar en él maneras prácticas de llegar a las vidas doloridas de los niños con el amor del Buen Pastor, quien dijo: “El que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí”. Para Dios, todos somos “más que maestros”.

Bibliografía

1. Atiencia, Jorge. *Cómo pastorear y ser pastoreados*, Buenos Aires: Ediciones Certeza ABUA, 1996.
2. Barnes, Robert G. *Padres solteros: Una jornada en el desierto*, Miami, FL: Editorial UNILIT, 1991.
3. Barr, Debbie. *Caught in the crossfire: Children of divorce*, Grand Rapids: Pyranee Books, Zondervan Publishing House, 1986.
4. Beeson, Ray and Mills, Kathi. *Spiritual warfare and your children*, Nashville, TN: Thomas Nelson, Inc., 1993.
5. Biddulph, Steve. *El secreto del niño feliz*, Madrid: Editorial EDAF, S. A., 1996.
6. Brenson Lazán, Gilberto y María Mercedes Sarmiento Díaz, *Y ahora… ¿cómo hago?*, Colorado Springs: EIRENE Internacional, 1987.
7. Campbell, Dr. Ross y Likes, Pat, *Como conocer a tu hijo*. Minneapolis: Editorial Betania, 1989.
8. Campbell, Dr. Ross. *Si amas a tu hijo*, Minneapolis: Editorial Betania, 1985.
9. Carvacho, Patricio Alarcon. *Corazonada: Manual para desarrollar la expresión afectiva*, Santiago: Editorial Borlando, S. A., 1998.
10. Drescher, John M. *Las siete necesidades básicas del niño*, El Paso, TX: Mundo Hispano, 1985.
11. Haeussler, Isabel M. y Milicic, Neva. *Confiar en uno mismo, Libro de actividades*, Santiago de Chile: Dolmen Educación, 1994.
12. ———. *Confiar en uno mismo: Programa de autoestima*. Santiago de Chile: Dolmen Educación, 1994.
13. Hancock, Maxine. *Vidas en formación*, Miami: Editorial Vida. 1978.
14. Haystead, Wes. *No se puede empezar demasiado pronto*, Barcelona: CLIE, 1977.
15. Hemfelt, Robert and Paul Warren. *Kids who carry our pain*, Nashville, TN: Thomas Nelson, Inc., 1990.
16. Hunt, Gary and Angela. *Mom and dad don’t live together anymore*, San Bernardino, CA: Here’s Life Publishers, Inc., 1989.

17. Huntley, Theresa. Helping children grieve, Minneapolis: Augsburg Fortress, 1991.
18. Jakes, T. J. ¡Ayúdenme! Estoy criando a mis hijos sola, Casa Creación, 1996.
19. Jarrat, Claudia Jewett. Helping children cope with separation and loss, Boston: The Harvard Common Press, 1994.
20. Klein, Carole. El mito del niño feliz, Buenos Aires: Asociación Editorial La Aurora, 1978.
21. Kondracki, Linda. All my feelings are okay, Grand Rapids, MI: Fleming H. Revell, 1993.
22. ———. I always, always have choices, Tarrytown, NY: Fleming H. Revell Co., 1992
23. ———. Let's talk, let´s listen too, Grand Rapids, MI: Fleming H. Revell, 1993.
24. Lester, Andrew, editor. Cuando los niños sufren, El Paso, TX: Editorial Mundo Hispano, 1991.
25. ———. Pastoral care with children in crisis, Philadelphia: The Westminster Press, 1985.
26. Lewis, David. Ayude a su hijo a vencer temores y ansiedades, Barcelona: Ediciones Martínez Roca, S. A., 1991.
27. Luna, Matilde. Menores en riesgo y acogimiento familiar, Buenos Aires: Editorial Humanitas.
28. Machado, Conceicao de María Couto. ¿Qué va a ser de mi? Instrumento de ayuda para hijos de padres separados, divorciados, Quito, Ecuador: Consejo Latinoamericano de Iglesias.
29. Maldonado, Jorge E. Aún en las mejores familias, Buenos Aires: Nueva Creación, 1996.
30. Mayesky, Mary. Creative activities for young children, Albany, NY: Delmar Publishers, Inc., 1995.
31. Milicic, Neva. Abriendo Ventanas: Actividades para estimular el desarrollo afectivo de niños entre 5 y 8 años, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1991.
32. Miller, Karen. The crisis manual for early childhood teachers, Beltsville, MA: Gryphon House, 1996.
33. Moe, Jerry and Pohlman, Don. Kids' power: Healing games for children of alcoholics, Deerfield Beach, FL: Health Communications, Inc., 1989.
34. Narramore, Bruce. ¿Por qué se portan mal los niños, Barcelona: CLIE, 1981.
35. Pearce, John. Berrinches, enfados y pataletas, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1995.
36. ———. Buenos hábitos y malos hábitos, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1996.
37. ———. Parientes y amigos, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1995.
38. ———. Peleas y provocaciones, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1996.
39. Pipher, Mary. The shelter of each other, New York: G. P. Putnam's Sons, 1996.
40. Robbins, Duffy. The ministry of nurture: How to build real-life faith into your kids, El Cajón, CA: Youth Specialities Books, 1990.
41. Romano, Ester, Maltrato y violencia infanto-juvenil, Buenos Aires: Asociación Argentina para UNICEF, 1986.
42. Shapiro, Lawrence E. La inteligencia emocional de los niños, Javier Vergara Editor, 1995.
43. Shelly, Judith Allen. The spiritual needs of children: A guide for nurses, parents and teachers, Downers Grove: Intervarsity Press, 1982.
44. Sibley, Linda Kondracki. Facing my feelings, Cincinatti, OH: The Standard Publishing Company, 1997.
45. ———. Growing through changes, Cincinatti, OH: The Standard Publishing Company, 1997.
46. ———. Living in my Family: Distinctively Christian support group curriculum, Cincinatti, OH: The Standard Publishing Company, 1997.
47. ———. Making wise choices, Cincinatti, OH: The Standard Publishing Company, 1997.
48. Simari, Azucena Martín de. Maltrato y abuso sexual de niños, Buenos Aires: Editorial Palabra de ABAP, 1991.
49. Temes, Roberta. The empty place: A child's guide through grief, Far Hills, NJ: Small Horizons, 1992.
50. Tesch, Wayne and Diane. Unlocking the secret world, Wheaton: Tyndale House Publishers, 1995.
51. Typpo, Marion H. and Hastings, Jill M. An elephant in the living room: A leader's guide for helping children of alcoholics, Minneapolis: CompCare Publishers, 1984.
52. Viscott, David. El lenguaje de los sentimientos, Buenos Aires: Emecé Editores, 1978.
53. Vogel, Linda Jane. Ayudando al niño a comprender la muerte, Buenos Aires: Asociación Editorial Aurora, 1978.
54. Wachtel, Ellen F. La clínica del niño con problemas y su familia, Buenos Aires: Amorrortu editores, S. A., 1994.
55. Warren, Paul and Minirth, Dr. Frank. Mi párvulo, Nashville, TN: Editorial Caribe, 1996

56. ———. *Mi preescolar*, Nashville, TN: Editorial Caribe, 1996.
57. ———. *Things that go bump in the night: How to help your children overcome their fears*, Nashville: Thomas Nelson, Inc., 1992.
58. Weston, Denise and Weston, Mark. *Playwise: 365 fun-filled activities for building character, conscience, and emotional intelligence in children*, New York: G. P. Putnam's Sons, 1996.
59. Whiteman, Thomas. *Innocent victims: Understanding the needs and fears of your children*. Nashville: Oliver-Nelson Books. 1992.